*Cronistas e Historiadores de la Conquista de México*

Primera edición española, 1942

Queda hecho el depósito que
marca la ley.—Copyright by
*El Colegio de México*

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico
por
*Fondo de Cultura Económica*
Pánuco, 63

RAMON IGLESIA

# *Cronistas e Historiadores de la Conquista de México*

## *El Ciclo de Hernán Cortés*

EL COLEGIO DE MEXICO

*Y así, no hay una sola de estas grandes historias que no deba sus mayores bellezas a la pasión...*

Menéndez y Pelayo

## *INDICE GENERAL*

*Prefacio* ..... 11

*Hernán Cortés* ..... 17

*Pedro Mártir* ..... 73

*Gonzalo Fernández de Oviedo* ..... 79

*Francisco López de Gómara* ..... 97

Apéndice. El Fragmento *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii* es de López de Gómara ..... 219

Apéndice. La conquista de México de Francisco López de Gómara. *De rebus Gestis Ferdinandi Cortesii.* Vida de Hernán Cortés, traducción de J. García Icazbalceta.... 225

# *PREFACIO*

Uno de *los pecados más graves cometidos por la historia "científica" es el haber venido estorbando hasta hace poco el que se escribiera la historia de la historia.*[1] *Si la historia "progresaba", poco podía importarnos su pasado. Las obras de los historiadores interesaban solamente por los datos que de ellas pudieran obtenerse para incorporarlos a otros textos flamantes, nuevecitos, que "anulaban" a los primeros, anticuados e inservibles.*

*De aquí que, mientras un texto filosófico o literario se estudiaba procurando verlo en su integridad, sometiéndolo a las interpretaciones más diversas, pero buscando siempre en él un sentido, el sentido mismo del espíritu de su autor, el texto histórico fuera tratado de modo inverso: se acudía a él en busca de determinados datos, de "citas", haciendo por cortesía y por seriedad científica una indicación del autor al pie de la página.*

*No hemos de insistir aquí en los daños que ha producido esta deshumanización de la historia y del historiador. Algo hemos hablado de ello en otras ocasiones.*[2] *Baste con decir que en el presente libro hemos partido de la actitud contraria, buscando en la obra histórica al hombre que la escribe, tratando de averiguar lo que siente y lo que piensa, indagando cuáles son los motivos que mueven su pluma y le hacen ver los hechos de determinada manera. Cada hombre contempla la realidad que le rodea con una perspectiva propia, y no puede haber estudio más apasionante que el de observar cómo un mismo núcleo de hechos se refracta diversamente según el espectador que lo describe.*

*Ningún tema se presta mejor a un análisis de este tipo que el de la conquista de México. A partir del momento mismo en que se realizó, desde que Cortés escribió a Carlos V las cartas en que daba noticia de su empresa, conforme ésta se iba desarrollando, hasta hoy, se han escrito sobre la conquista de México, en todos los lugares y en todas las lenguas, libros, artículos,*

[1] Para una opinión diametralmente opuesta, véase J. T. Shotwell, *Historia de la Historia en el Mundo Antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940, cap. I El Profesor Shotwell estima que, si no se ha escrito la historia de la historia, ello se debe a que la historia se ha considerado como una rama de la literatura.

[2] Véase "Un estudio histórico de Edmundo O'Gorman", en *Letras de México*, 15 marzo 1940. "Dos estudios sobre el mismo tema", en *Tiempo*, núms. 6 y 7 (junio-julio 1940). "Orientación actual de las ciencias históricas", en *Educación y Cultura*, México, junio 1940.

*comentarios inspirados en los puntos de vista más opuestos. La cultura, la religión, la nacionalidad, la raza, han entrado en juego para que se juzgue de manera muy diversa la conquista y las personas y pueblos que en ella intervinieron.*

*Nosotros, en vez de yuxtaponer estos relatos buscando los puntos en que coinciden, vamos a tomar aquí los más destacados y característicos, examinándolos como conjuntos, insistiendo más en sus diferencias que en sus afinidades. Seguramente la contemplación de contrastes tan violentos nos dará una visión más cabal de la conquista, de las fuerzas que en ella actuaron, de las pasiones que desató y de las consecuencias que produjo, que si intentáramos, una vez más, elaborar un relato "imparcial, distanciado, objetivo".*

*La estructura de la obra es muy sencilla; su aparato bibliográfico y documental, deliberadamente pobre. Se trata, simplemente, de un comentario de textos. Creemos que esa indagación, esa encuesta que late en el primitivo significado de la palabra historia, puede llevarse a cabo sobre materiales tan conocidos que comúnmente se piensa que ya nada cabe descubrir en ellos. No la dedicamos a los especialistas; pensamos en un público más amplio, que hoy satisface su avidez por la historia en producciones mixtificadas. Es posible que todo lo que digamos aquí sean cosas muy sabidas; pero si lo son, forman parte de esas cosas que, de puro sabidas, están olvidadas.*

*Hemos agrupado en este primer volumen a Hernán Cortés y a los autores que basan directamente su relato en las* Cartas de relación *del conquistador. Creímos necesario dedicar dos breves capítulos a Pedro Mártir de Angleria y a Gonzalo Fernández de Oviedo, porque ellos nos dan la primera impresión del efecto producido en España por la conquista de México. No hemos hecho lo mismo con el P. Las Casas, porque su historia quedó sin terminar, y no alcanza más que hasta el comienzo de la expedición de Cortés.*

*No nos parece excesivamente aventurado suponer que las obras de Pedro Mártir y de Oviedo*[3] *hubieron de influir en el ánimo del conquistador para que buscara un cronista digno de sus hazañas: lo encontró en Francisco López de Gómara, cuya* Historia de la conquista de México *fué el libro que dió a conocer en toda Europa las empresas de Cortés en la Nueva España. Es la suya versión unilateral, como todas, que dió lugar a reacciones vehementes, cuyo exponente máximo es Bernal Díaz del Castillo. De la obra de este último*

[3] El que la *Historia* de OVIEDO no fuera publicada en su totalidad hasta el siglo pasado, no contradice lo que aquí sugiero. Circularían copias manuscritas probablemente. Gómara da muestras de haberla leído, y se refiere a ellas en varias ocasiones.

*y de la de otros cronistas posteriores, hemos de ocuparnos en el volumen que siga al que ahora ofrecemos al público.*[4]

*Este libro no hubiera podido ver la luz sin la generosísima ayuda de México y de mis buenos amigos mexicanos. Consejos, sugestiones, libros, todo se me ha ofrecido de la manera más desinteresada. Mi agradecimiento más profundo a* La Casa de España, *a* El Colegio de México, *y a su presidente, tan mexicano y tan español de espíritu, D. Alfonso Reyes; al Instituto de Investigaciones Estéticas, y muy en especial a uno de sus más distinguidos colaboradores, D. Federico Gómez de Orozco; al Licenciado Juan B. Iguíniz, de la Biblioteca Nacional, y a los Licenciados Agustín Yáñez y Román Beltrán, de la Biblioteca de la Secretaría de Hacienda. A todos quienes me han orientado y estimulado en este trabajo, que es historia de México y es historia de España.*

México, D. F., octubre 1941.

[4] Al titular nuestra obra *Cronistas e historiadores*, seguimos la denominación corriente. En el siglo XVI no se establecía distinción bien precisa entre los dos términos. Y aún hoy el hacerla es más difícil de lo que parece. Las *Cartas* de relación de Cortés forman una crónica de la conquista; pero la amplitud de visión del conquistador le da una altura que no tienen muchas historias.

TENEMOS ABUNDANTES pruebas de que Cortés era gran aficionado a escribir cartas. Son muchas las publicadas ya, y cabe esperar que su número siga en aumento;[1] pero no es nuestro propósito analizar el conjunto de la correspondencia cortesiana, sino fijarnos de modo casi exclusivo en aquellas cartas más extensas, las llamadas de relación, en que da cuenta al césar Carlos V de las empresas llevadas por él a cabo en las tierras que ha descubierto.

Las cartas de este tipo son cinco, de las cuales la primera no ha sido encontrada hasta hoy.[2] Fueron escritas en 1519, 1520, 1522, 1524 y 1526. En la plenitud de la vida de Hernán Cortés —había nacido en 1485— y al margen mismo de los hechos que en ellas se relatan.

Estas cinco cartas, juntamente con otras varias de menos extensión y diversa importancia, fueron publicadas en París, en 1866, por don Pascual de Gayangos, en edición plagada de erratas.[3]

Las anteriores observaciones, de sobra conocidas, se hacen tan sólo para que no se olvide que cuando trabajamos sobre las cartas de Cortés manejamos material defectuosamente editado.

Lo primero que ha sorprendido a cuantos se han acercado a las cartas de Cortés es el tono mesurado, ecuánime, impasible del relato. Refiriéndose en ellas hechos que han dejado estupefactas a generaciones enteras, no encontramos en sus páginas muestra de desbordamiento, de exaltación, de una pasión y un ímpetu que nos hubieran parecido perfectamente explicables, necesarios incluso, dada la índole de los hechos relatados.[4]

[1] Las colecciones más útiles para el conocimiento de la correspondencia cortesiana son: *Cartas y relaciones de Hernán Cortés*, colegidas y publicadas por D. Pascual de GAYANGOS. París, 1866; *Escritos sueltos de Hernán Cortés*. México, 1871 (Biblioteca Histórica de La Iberia, t. XII). Véase también Mariano CUEVAS, *Cartas y otros documentos de Hernán Cortés*... Sevilla, 1915. Una buena edición inglesa es la de MACNUTT, F. A., *Letters of Cortes*, Nueva York, 1908, 2 vols.

[2] Sobre las Cartas de relación de Cortés, véanse la introducción a la edición de Gayangos y la "Nota bibliográfica" en la de MacNutt, t. I, 101-7. La carta perdida se suple con la de la Justicia y regimiento de Veracruz de 10 de julio de 1519. Datos más completos en Henry HARRISSE, *Biblioteca Americana Vetustissima*, New York, 1866, y en J. T. MEDINA, *Biblioteca Hispano-Americana* (Santiago de Chile, 1898), t. I.

[3] Las indicaciones de página que siguen a las citas en nuestro estudio refieren a la edición de Gayangos. Las referencias a los *Escritos sueltos* y a la colección del P. Cuevas se indican expresamente.

[4] El editor inglés de las cartas, MacNutt, dice muy justamente: "The restraint and self-control of which he was master appear in the equal and passionless style of his

El estilo en que narra Cortés es sobrio, sereno, escueto. Veamos lo que nos dice en momentos capitales para su empresa de conquista.[5]

Cuando destruye las naves:

Y porque, demás de los que por ser criados y amigos de Diego Velázquez tenían voluntad de salir de la tierra, había otros que, por verla tan grande, y de tanta gente, y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito; creyendo que si allí los navíos dejase se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que de esta voluntad estaban yo quedaría casi solo, por donde se estorbara el gran servicio que a Dios y a V. A. en esta tierra se ha hecho, tuve manera como, so color que los dichos navíos no estaban para navegar, los eché a la costa. Por donde todos perdieron la esperanza de salir de la tierra, y yo hice mi camino más seguro, y sin sospecha que, vueltas las espaldas, no había de faltarme la gente que yo en la villa había de dejar. (Ed. Gayangos, p. 54).

Cuando se da cuenta de que entre los indios existen profundas divisiones, odios irreconciliables, guerras continuas:

Vista la disconformidad de los unos y de los otros no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito, y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos, y que se dijese aquel común decir: "Del monte, etc.;[6] e aun acordéme de una autoridad evangélica que dice: *Omne regnum in seipsum divisum desolabitur*. Y con los unos y con los otros maneaba, y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba, y le daba crédito de más amistad que al otro (p. 70).

Cuando llega a Tenochtitlán, la capital azteca, y se encuentra con Moctezuma. No se pierda de vista que este encuentro era la meta, la culminación de las aspiraciones de Cortés en la primera etapa de sus descubrimientos. En el modo que tiene Cortés de relatar la entrevista se destaca acusadísimo un rasgo que encontraremos siempre en él: la gran precisión y minucia, la complacencia con que describe lo que ve, y el laconismo, la escasa importancia que concede a sus propósitos y acciones, o a lo que en ellos puede influir.

writings; for he seems neither exalted by success nor cast down by misfortunes, both of which he describes with calm simplicity in language which is both natural and fluent". (*Op. cit.*, t. I, p. 105.)

[5] No siendo el objeto de este trabajo el estudio de la conquista, sino el de sus historiadores, parto del supuesto de que el lector conoce los hechos a que hago alusión. La obra de lectura más grata sobre la conquista de México es la del historiador norteamericano Guillermo H. PRESCOTT, que he manejado en la traducción española de D. José María González de la Vega (México, 1844, 2 vols.). Extraordinariamente sólido y documentado es el tomo IV de la *Historia antigua y de la conquista de México*, México, 1880, de D. Manuel OROZCO Y BERRA, aunque su lectura no sea tan amena como la de Prescott. Para una información más rápida son suficientes las obras de Carlos PEREYRA, *Hernán Cortés*, Madrid, 1931, y Salvador de MADARIAGA, *Hernán Cortés*, Buenos Aires, 1941.

[6] "Del monte sale quien el monte quema." "Omne regnum...", S. Mateo, 12, 25.

Pasada esta puente, nos salió a recebir aquel señor Muteczuma con fasta docientos señores, todos descalzos y vestidos de otra librea o manera de ropa, asimismo bien a su uso, y más que la de los otros. Y venían en dos procesiones, muy arrimados a las paredes de la calle, que es muy ancha, y muy hermosa, y derecha, que de un cabo se parece el otro, y tiene dos tercios de legua, y de la una parte y de la otra muy buenas y grandes casas, así de aposentamientos como de mezquitas Y el dicho Muteczuma venía por medio de la calle con dos señores, el uno a la mano derecha y el otro a la izquierda, de los cuales el uno era aquel señor grande que dije que me había salido a fablar en las andas, y el otro era su hermano del dicho Muteczuma, señor de aquella ciudad de Iztapalapa, de donde yo aquel día había partido; todos tres vestidos de una manera, excepto el Muteczuma, que iba calzado, y los otros dos señores descalzos; cada uno le llevaba de su brazo. Y como nos juntamos, yo me apeé y le fuí a abrazar solo; e aquellos dos señores que con él iban me detuvieron con las manos para que no le tocase; y ellos y él ficieron asimismo ceremonia de besar la tierra; y hecha, mandó a aquél su hermano que venía con él que se quedase conmigo y me llevase por el brazo, y él con el otro se iba adelante de mí poquito trecho; y después de me haber él fablado, vinieron asimismo a me fablar todos los otros señores que iban en las dos procesiones, en orden, uno en pos de otro; e luego se tornaban a su procesión.

E al tiempo que yo llegué a hablar al dicho Muteczuma, quitéme un collar que llevaba de margaritas y diamantes de vidrio, y se lo eché al cuello. E después de haber andado la calle adelante, vino un servidor suyo con dos collares de camarones, envueltos en un paño, que eran hechos de huesos de caracoles colorados, que ellos tienen en mucho; y de cada collar colgaban ocho camarones de oro, de mucha perfección, tan largos casi como un geme; e como se los trujeron, se volvió a mí y me los echó al cuello.

Y tornó a seguir por la calle en la forma ya dicha fasta llegar a una muy grande y hermosa casa que él tenía para nos aposentar bien aderezada. E allí me tomó por la mano, y me llevó a una gran sala que estaba frontera de un patio por do entramos. E allí me fizo sentar en un estrado muy rico que para ello tenía mandado hacer, y me dijo que le esperase allí. Y él se fué, y dende a poco rato, ya que toda la gente de mi compañía estaba aposentada, volvió con muchas y diversas joyas de oro y plata y plumajes, y con fasta cinco o seis mil piezas de ropa de algodón, muy ricas y de diversas maneras tejidas y labradas. E después de me las haber dado, se sentó en otro estrado que luego le ficieron allí, junto con el otro donde yo estaba; y sentado, propuso en esta manera:

"Muchos días ha que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticia que yo, ni todos los que en esta tierra habitamos, no somos naturales della, sino extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas; e tenemos asimismo que a estas partes trajo nuestra generación un señor, cuyos vasallos todos eran. El cual se volvió a su naturaleza, y después tornó a venir dende en mucho tiempo, y tanto que ya estaban casados los que habían quedado con las mujeres naturales de la tierra, y tenían mucha ge-

neración, y fechos pueblos donde vivían; e queriéndolos llevar consigo no quisieron ir, ni menos recibirle por señor; y así se volvió. E siempre hemos tenido que de los que dél descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como a sus vasallos. E según la parte que vos decís que venís, que es a do sale el sol, y las cosas que decís dese gran señor o rey que acá os envió, creemos y tenemos por cierto él ser nuestro señor natural; en especial que nos decís que él ha muchos días que tiene noticia de nosotros. E por tanto vos sed cierto que os obedeceremos y ternemos por señor en lugar de ese gran señor que decís, y que en ello no habrá falta ni engaño alguno; e bien podéis en toda la tierra, digo en lo que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho, y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos dello quisiéredes disponer.

"E pues estáis en vuestra naturaleza y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino y guerras que habéis tenido; que muy bien sé todos los que se vos han ofrecido de Putunchán acá, e bien sé que los de Cempoal y de Tlascaltecal os han dicho muchos males de mí; no creáis más de lo que por vuestros ojos viéredes, en especial de aquéllos que son mis enemigos, y algunos dellos eran mis vasallos, y hánseme rebelado con vuestra venida, y por se favorecer con vos lo dicen. Los cuales sé que también os han dicho que yo tenía las casas con las paredes de oro, y que las esteras de mis estrados y otras cosas de mi servicio eran asimismo de oro, y que yo que era y me facía dios, y otras muchas cosas. Las casas ya las veis que son de piedra y cal y tierra."

Y entonces alzó las vestiduras, y me mostró el cuerpo, diciendo:

"A mí veisme aquí que só de carne y hueso como vos y como cada uno, y que soy mortal y palpable", asiéndose él con sus manos de los brazos y del cuerpo. "Ved cómo os han mentido. Verdad es que yo tengo algunas cosas de oro que me han quedado de mis abuelos. Todo lo que yo tuviere tenéis cada vez que vos lo quisiéredes. Yo me voy a otras casas donde vivo. Aquí seréis proveído de todas las cosas necesarias para vos y vuestra gente; e no recibáis pena alguna, pues estáis en vuestra casa y naturaleza."

Yo le respondí a todo lo que me dijo, satisfaciendo a aquello que me pareció que convenía, en especial en hacerle creer que V. M. era a quien ellos esperaban. E con eso se despidió; y ido, fuimos muy bien proveídos de muchas gallinas, y pan, y fruta, y otras cosas necesarias, especialmente para el servicio del aposento. E desta manera estuve seis días muy bien proveído de todo lo necesario y visitado de muchos de aquellos señores (pp. 84-7).

No hay otro comentario por parte de Cortés a una de las escenas más sorprendentes de la historia del mundo. Le parece normal la explicación dada por Moctezuma de la profecía de Quetzatcoatl, y la identificación que hace del dios con Carlos V.[7] Se limita a asegurar al soberano azteca que está en lo cierto. Y nada añade que demuestre el menor asombro ante lo ocu-

[7] Sobre las vacilaciones y temores que producen en Moctezuma las noticias de los desembarcos de españoles y de su avance sobre Tenochtitlán, la exposición más completa es la de Orozco y Berra, *op. cit.*, que maneja los textos de cronistas indígenas.

rrido, ni la alegría que debía haberle causado el que una circunstancia tan peregrina facilitara totalmente la realización de sus planes. En cambio le hemos visto dedicar largos párrafos al protocolo del encuentro, al atavío de Moctezuma y sus acompañantes, a los movimientos que ejecutan, a los presentes que cambian con él. A todo lo externo y visible. Y somos hoy nosotros quienes nos quedamos estupefactos al ver la naturalidad con que Cortés aceptaba lo maravilloso, lo insólito, como ingrediente de su conducta.

Nada puede extrañarnos que a un hombre así se le ocurra poner en prisión a Moctezuma y que no se aparte de su tono usual para relatarnos por qué y cómo lo hizo.[8]

Pasados, invictísimo príncipe, seis días después que en la gran ciudad de Tenuxtitan entré, e habiendo visto algunas cosas della, aunque pocas según las que hay que ver y notar, por aquéllas me pareció, y aun por lo que de la tierra había visto, que convenía al real servicio y a nuestra seguridad que aquel señor estuviese en mi poder, y no en toda su libertad, porque no mudase el propósito y voluntad que mostraba en servir a V. A., mayormente que los españoles somos algo incomportables e importunos, e porque enojándose nos podría hacer mucho daño, y tanto, que no hobiese memoria de nosotros, según su gran poder; e también porque teniéndole conmigo todas las otras tierras que a él eran súbditas vernían más aína al conocimiento y servicio de V. M., como después sucedió (pp. 88-9).

Le hace, pues, a Moctezuma la proposición de que se vaya a vivir con él hasta que quede aclarado el incidente ocurrido en cierta guarnición de españoles que había sido atacada, al parecer, por vasallos del señor azteca.

Acerca desto pasamos muchas pláticas y razones que serían largas para las escribir, y aun para dar cuenta dellas a V. A. algo prolijas, y también no sustanciales para el caso; y por tanto no diré más de que finalmente él dijo que le placía de se ir conmigo (p. 90).

Vemos por lo anterior que no puede hablarse de inconsciencia en Cortés. Que se da cuenta cabal de los defectos de sus hombres y de los peligros que pueden acarrear, dada la situación en que se encuentran. Cabe que los naturales se lancen sobre ellos y los aniquilen de forma que no quede ni rastro, ni memoria, de su venida a aquellas tierras. Realmente, la situación no podía prestarse mejor a cualquier reflexión enfática, ponderando el peligro en que se encontraban los españoles y el mérito que suponía haberlo vencido; pero nada de esto encontramos en Cortés. Es el suyo un

[8] El mismo Cortés nos dice que esta idea la concibió desde que tuvo noticia de la existencia de Moctezuma. En el comienzo de la segunda carta de relación dice, refiriéndose a la primera: "Y aun me acuerdo que me ofrecí, en cuanto a la demanda deste señor, a mucho más de lo a mí posible, porque certifiqué a V. A. que lo habría preso o muerto o súbdito a la corona real de V. M." (p. 52).

módulo distinto del corriente, y, medidas por él, le resultan totalmente normales las empresas más atrevidas e increíbles.

Podríamos seguir multiplicando los ejemplos de este estado de espíritu de Cortés reflejado en sus cartas. En esta primera época de la conquista, en la plenitud de sus éxitos, Cortés no concede la menor importancia a lo que hace. Tendrán que pasar muchos años, habrá de sentirse postergado y desatendido por el Emperador, para insistir una y otra vez, con fatigosa y justificada machaconería, en el valor extraordinario, único, de las hazañas que había llevado a cabo en tierras mexicanas.

Ya hemos indicado antes que Cortés, si no le da importancia a lo que hace, se la da, y grandísima, a lo que ve. Hay en él una enorme admiración por la magnitud y la belleza de las tierras que descubre, por la pujanza y diversidad de las organizaciones sociales indígenas, muy superiores a todo lo que hasta entonces habían encontrado los españoles en las islas. El conquistador es quien queda, en realidad, conquistado.

Es en estos momentos cuando Cortés, tan sobrio y escueto en el relato de sus hazañas, tan justo en la expresión, nota que la admiración entorpece su pluma, y no acierta a expresar todo lo que quisiera.

En lo del servicio de Muteczuma y de las cosas de admiración que tenía por grandeza y estado hay tanto que escribir que certifico a V. A. que yo no sé por do comenzar que pueda acabar de decir alguna parte dellas; porque, como ya he dicho, ¿qué más grandeza puede ser que un señor bárbaro como éste tuviese contrahechas de oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío, tan al natural lo de oro y plata que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese; y lo de las piedras, que no basta juicio a comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto; y lo de pluma, que ni de cera ni en ningún broslado se podría hacer tan maravillosamente? (p. 109).

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a Vuestra Real Excelencia, de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas desta gran ciudad de Tenuxtitan, y del señorío y servicio deste Muteczuma, señor della, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la orden que en la gobernación, así desta ciudad como de las otras que eran deste señor, hay, sería menester mucho tiempo, y ser muchos relatores, y muy expertos. No podré yo decir de cien partes una de las que dellas se podrían decir; mas, como pudiere, diré algunas cosas de las que vi, que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprehender (pp. 101-2).

Es decir que México es para Cortés una quimera, una tan estupenda ilusión que, aunque la ven los ojos, el entendimiento no la comprende. Y se enamora de esta ilusión. Y desea ávidamente hacerla suya. No es ansia de destrucción la que le impulsa, como tantas veces se ha repetido, sino de posesión y disfrute.

A Cortés todo le sorprende, todo le gusta en las tierras que descubre. Bien característico de su deseo de asimilación es el nombre con que las bautiza.

Por lo que yo he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano; y así, en nombre de V. M., se le puso aqueste nombre. Humildemente suplico a V. A. lo tenga por bien, y mande que se nombre así (p. 156).

Hay buenos ejemplos de que Cortés admira en las nuevas tierras la naturaleza y el paisaje.

A ocho leguas desta ciudad de Churultecal [Cholula] están dos sierras muy altas y muy maravillosas, porque en fin de agosto tienen tanta nieve que otra cosa de lo alto dellas sino la nieve no se parece. De la una, que es la más alta, sale muchas veces, así de día como de noche, tan grande bulto de humo como una gran casa, y sube encima de la sierra hasta las nubes, tan derecho como una vira, que según parece, es tanta la fuerza con que sale que, aunque arriba en la sierra anda siempre muy recio viento, no lo puede torcer.

Y porque yo siempre he deseado de todas las cosas desta tierra poder hacer a V. A. muy particular relación, quise désta, que me pareció algo maravillosa, saber el secreto, y envié diez de mis compañeros, tales cuales para semejante negocio eran necesarios, y con algunos naturales de la tierra que los guiasen, y les encomendé mucho procurasen de subir la dicha sierra, y saber el secreto de aquel humo, de dónde y cómo salía Los cuales fueron, y trabajaron lo posible por la subir, y jamás pudieron, a causa de la mucha nieve que en la sierra hay, y de muchos torbellinos que de la ceniza que de allí sale andan por la sierra, y también porque no pudieron sofrir la gran frialdad que arriba hacía; pero llegaron muy cerca de lo alto, y tanto, que estando arriba comenzó a salir aquel humo, y dicen que salía con tanto ímpetu y ruido que parecía que toda la tierra se caía abajo; y así se bajaron, y trujeron mucha nieve y carámbanos para que los viésemos, porque nos parecía cosa muy nueva en estas partes, a causa de estar en parte tan cálida, según hasta agora ha sido opinión de los pilotos (pp. 77-8).

Pero lo que más llama la atención del conquistador es el nivel de cultura alcanzado por los naturales. Donde mejor se puede apreciar este asombro es en las descripciones de ciudades.

Esta gran ciudad de Tenuxtitan está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan anchas como dos lanzas jinetas.

Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles della, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas déstas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas; y todas las calles de trecho a trecho están abiertas, por do atraviesa el agua de las unas a las otras, e en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y tales que por muchas dellas pueden pasar diez de caballo juntos a la par. E viendo que si los naturales desta ciudad quisiesen hacer alguna traición tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad de la manera que digo, y que quitadas las puentes de las entradas y salidas nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra, luego que entré en la dicha ciudad di mucha priesa a facer cuatro bergantines, y los fice en muy breve tiempo, tales que podían echar trecientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos.

Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la de la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas; véndese cal, piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras.

Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos; y de algunas aves déstas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas. Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños que crían para comer castrados.

Hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como ungüentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro, y esteras de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asiento y para esterar salas y cámaras.

Hay todas las maneras de verduras que se fallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas que son semejables a las de España. Venden miel de abejas, y cera, y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que lla-

man en las islas maguey, que es muy mejor que arrope; y destas plantas facen azúcar y vino, que asimismo venden.

Hay a vender muchas maneras de filado de algodón de todos colores en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores para pintores cuantas se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado, con pelo y sin él, teñidos, blancos y de diversas colores. Venden mucha loza, en gran manera muy buena; venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos, y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más vedriadas y pintadas.

Venden maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de las otras islas y tierra firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares y de todas las otras aves que he dicho, en gran cantidad; venden tortillas de huevos fechas.

Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que, además de las que he dicho, son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso. Cada género de mercadurías se vende en su calle, sin que entremetan otra mercaduría ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo lo venden por cuenta y medida, excepto que fasta agora no se ha visto vender cosa alguna por peso. Hay en esta gran plaza una muy buena casa como de audiencia, donde están siempre sentadas diez o doce personas, que son jueces, y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente mirando lo que se vende, y las medidas con que miden lo que venden, y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa (pp. 103-5).

Sigue la descripción de los templos, los ídolos, los palacios señoriales, el sistema de conducción y suministro del agua. Y nos da su impresión de conjunto con las palabras siguientes:

La gente desta ciudad es de más manera y primor en su vestido y servicio que no la otra destas provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Muteczuma, y todos los señores sus vasallos ocurrían siempre a la ciudad, había en ella más manera y policía en todas las cosas. Y por no ser más prolijo en la relación de las cosas desta gran ciudad (aunque no acabaría tan aína), no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente della hay la manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras

naciones de razón es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas[9] (p. 109.)

La admiración, el amor que Cortés siente por las tierras que ha descubierto, determinan toda su política. Ya muy al comienzo de su viaje se ha decidido a no seguir rescatando, es decir, obteniendo simplemente oro de los naturales a cambio de chucherías, sino a poblar la tierra para incorporarla a los dominios de la corona española. Para ello le interesa ante todo captarse la buena amistad de los indios, llevar a cabo con ellos una política de atracción, asegurarlos, según él dice; y en este sentido les habla siempre y se conduce siempre, lo mismo si los naturales huyen en presencia de los españoles, que si les dan guerra y se oponen a dejarlos entrar en su país.

El capitán le habló con el intérprete, y le dijo que él no quería ni venía a les hacer mal alguno, sino a les decir que viniesen al conocimiento de nuestra santa fe, y que supiesen que teníamos por señores a los mayores príncipes del mundo, y que éstos obedecían a un mayor príncipe de él, y que lo que el dicho capitán Fernando Cortés les dijo que quería de ellos no era otra cosa sino que los caciques y indios de aquella isla obedeciesen también a VV. AA., y que haciéndolo así serían muy favorecidos, y que haciendo esto no habría quien los enojase. Y el dicho cacique respondió que era contento de lo hacer así, y envió luego a llamar a todos los príncipes de la dicha isla, los cuales vinieron, y venidos holgaron mucho de todo lo que el dicho capitán Fernando Cortés había hablado a aquel cacique señor de la isla; y ansí los mandó volver, y volvieron muy contentos. Y en tanta manera se aseguraron que de allí a pocos días estaban los pueblos tan llenos de gente y tan poblados como antes, y andaban entre nosotros todos aquellos indios con tan poco temor como si mucho tiempo hubieran tenido conversación con nosotros (p. 10).

Si en algo peca Cortés en su política de atracción durante esta primera etapa es por un exceso de impaciencia. Para él la distinción fundamental, el vacío que hay que colmar entre los españoles y los naturales, es la diversidad de religión. Vemos bien cómo nos dice cuando concluye de describir la capital azteca, que la manera de vivir de los indígenas es casi la de España,

[9] Para no alargar desmesuradamente las citas —aunque las citas son lo esencial en este estudio—, no reproduzco la descripción que hace Cortés de los palacios y género de vida de Moctezuma. Todo ello le llena de tanta admiración como la contemplación de la ciudad (Gayangos, pp. 109-13). Realmente, debía ser maravilloso el aspecto de la Tenochtitlán azteca, y no se comprende el empeño de rebajar su grandeza que manifiestan algunos comentarios de Carlos PEREYRA (*op. cit.*, p. 217, "Una ciudad lacustre"), quien, llevado por su exagerada tendencia españolista, adopta una actitud que no corresponde a la de los propios conquistadores. Es bellísima, en cambio, la evocación que nos da Alfonso REYES en su *Visión de Anáhuac*, Madrid, 1923.

"y con tanto concierto y orden como allá", lo cual resulta difícil de concebir en gentes apartadas del conocimiento de la verdad divina. Es decir que, atraídos los naturales a este conocimiento, su identificación con los españoles sería perfecta y sin roces. Tanto más cuanto que, según nos indica la primera carta, la evangelización parece fácil dada la inteligencia superior y la capacidad de comprensión de los indígenas.

Es de creer que no sin causa Dios nuestro Señor ha sido servido que se descubriesen estas partes en nombre de VV. RR. AA., para que tan gran fruto y merecimiento de Dios alcanzasen VV. MM. mandando informar, y siendo por sus manos traídas a la fe estas gentes bárbaras, que, según lo que de ellos hemos conocido, creemos que habiendo lenguas y personas que les hiciesen entender la verdad de la fe y el error en que están, muchos dellos y aun todos se apartarían muy brevemente de aquella errónea seta que tienen, y vendrían al verdadero conocimiento, porque viven más política y razonablemente que ninguna de las gentes que hasta hoy en estas partes se han visto (p. 25).

De aquí la impaciencia de Cortés. Y de aquí actos tan impolíticos, por prematuros, como la destrucción de los ídolos que lleva a cabo apenas entra en la capital. A nosotros nos resulta hoy duro de creer que el propio Moctezuma ayudara a Cortés con buen semblante para acondicionar el templo y dar cabida en él a las nuevas divinidades. Pero es evidente que Cortés lo creía así. Y esta seguridad suya en el éxito de la empresa, este afán por verla concluída ya, es lo que le llevaba también a proceder de modo violentísimo apenas presentía en los indios un asomo de resistencia a sus propósitos de asimilación brusca.

Buen ejemplo de esta violencia es su conducta con los emisarios de Tlascala, de los que sospecha que son espías.

Otro día siguiente vinieron fasta cincuenta indios, que, según pareció, eran hombres de quien se hacía caso entre ellos, diciendo que nos traían de comer; y comienzan a mirar las entradas y salidas del real, y algunas chozuelas donde estábamos aposentados. Y los de Cempoal vinieron a mí y dijéronme que mirase que aquéllos eran malos, y que venían a espiar y mirar cómo nos podrían dañar, e que tuviese por cierto que no venían a otra cosa. Yo hice tomar uno de ellos disimuladamente, que los otros no lo vieron, y apartéme con él y con las lenguas, y amedrentéle para que me dijese la verdad; el cual confesó que Sintengal [Xicoténcatl], que es el capitán general desta provincia, estaba detrás de unos cerros que estaban fronteros del real, con mucha cantidad de gente para dar aquella noche sobre nosotros, que no les aprovechaba nada, y que querían probar de noche, porque los suyos no temiesen los caballos ni los tiros ni las espadas; y que los habían enviado

a ellos para que viesen nuestro real y las partes por donde nos podrían entrar, y cómo nos podrían quemar aquellas chozas de paja. Y luego fice tomar otro de los dichos indios, y le pregunté asimismo, y confesó lo que el otro por las mismas palabras; y déstos tomé cinco o seis que todos conformaron en sus dichos. Y visto esto, los mandé tomar a todos cincuenta y cortarles las manos; y los envié que dijesen a su señor que de noche y de día, y cada y cuando él viniese verían quién éramos (pp. 63-6).

Mayor es todavía su crueldad en Cholula ante el anuncio de que los indios le tienden una emboscada.

E así por esto como por las señales que para ello había, acordé de prevenir antes de ser prevenido, e hice llamar a algunos de los señores de la ciudad, diciendo que los quería hablar, y metílos en una sala; e en tanto fice que la gente de los nuestros estuviese apercibida, y que, en soltando una escopeta, diesen en mucha cantidad de indios que había junto a el aposento, y muchos dentro en él. E así se hizo, que después que tuve los señores dentro en aquella sala, dejélos y cabalgué, e hice soltar el escopeta; y dímosles tal mano, que en dos horas murieron más de tres mil hombres. Y porque V. M. vea cuán apercibidos estaban, antes que yo saliese de nuestro aposentamiento tenían todas las calles tomadas y toda la gente a punto, aunque como los tomamos de sobresalto fueron buenos de desbaratar, mayormente que les faltaban los caudillos, porque los tenía yo presos (p. 73).

Pero incluso en casos como éste, apenas concluído el choque, lo que más le interesa es proseguir su política de atracción, conseguir rápidamente que se borren las huellas de lo ocurrido y restablecer la normalidad sobre la marcha.

E vuelto al aposento hablé con aquellos señores que tenía presos, y les pregunté qué era la causa que me querían matar a traición. E me respondieron que ellos no tenían la culpa, porque los de Culúa, que son los vasallos de Muteczuma, los habían puesto en ello; y que el dicho Muteczuma tenía allí en tal parte que, según después pareció, sería legua y media, cincuenta mil hombres de guarnición para lo hacer. Pero que ya conocían cómo habían sido engañados; que soltase uno o dos dellos, y que harían recoger la gente de la ciudad, y tornar a ella todas las mujeres y niños y ropa que tenían fuera; y que me rogaban que aquel yerro los perdonase, que ellos me certificaban que de allí adelante nadie los engañaría, y serían muy ciertos y leales vasallos de V. A., y mis amigos; y después de les haber hablado muchas cosas acerca de su yerro, solté dos dellos. Y otro día siguiente estaba toda la ciudad poblada y llena de mujeres y niños, muy seguros, como si cosa alguna de lo pasado no hobiera acaecido. E luego solté todos los otros señores que tenía presos, con que me prometieron de servir a V. M. muy lealmente. En obra de quince o veinte días quedó la ciudad y tierra tan pacífica y tan poblada que parecía que nadie faltaba della, y sus mercaderes y tratos por la ciudad como antes los solían tener (p. 74).

Buena muestra tenemos aquí de la mentalidad de Cortés, de cómo su imaginación camina a marchas forzadas hacia la meta. No es posible que después de matar tres mil cholultecas —y aunque hubieran sido muchos menos—, ya al día siguiente, estuviera la ciudad tan pacífica y poblada como si nada hubiera ocurrido. Cortés fuerza los hechos en su deseo de mantenerse dentro de su política de atracción.

En verdad que con ella obtiene excelentes resultados. La mejor prueba es que, al dirigirse sobre México, su reducida tropa de españoles va acompañada por millares de indios amigos que le sirven fidelísimamente, que están dispuestos a hacer por él los máximos sacrificios. Y es que sin duda poseía Cortés en alto grado las condiciones del hombre nacido para mandar, ese prestigio que ya apunta en la primera carta de relación, cuando se nos dice que Velázquez, el gobernador de Cuba, piensa en él como jefe de la nueva expedición "porque a la sazón el dicho Fernando Cortés tenía mejor aparejo que otra persona alguna de la dicha isla, y con él se creía que querría venir mucha más gente que con otro cualquiera" (p. 8).

Ese mismo ascendiente que tiene sobre sus compatriotas lo consigue muy pronto sobre los indios.

> Y dejé toda aquella provincia de Cempoal, y toda la sierra comarcana a la dicha villa, que serán hasta cincuenta mil hombres de guerra, y cincuenta villas y fortalezas, muy seguros y pacíficos, y por ciertos y leales vasallos de V. M. como hasta agora lo han estado y están; porque ellos eran súbditos de aquel señor Muteczuma, y según fuí informado, lo eran por fuerza y de poco tiempo acá; y como por mí tuvieron noticias de V. A. y de su muy real y gran poder, dijeron que querían ser vasallos de V. M., y mis amigos, y que me rogaban que los defendiese de aquel gran señor que los tenía por fuerza y tiranía, y que les tomaba sus hijos para los matar y sacrificar a sus ídolos, y me dijeron otras muchas quejas dél. E con esto han estado y están muy ciertos y leales en el servicio de V. A., e creo lo estarán siempre por ser libres de la tiranía de aquél, y porque de mí han sido siempre bien tratados y favorecidos (p. 53).

Este ascendiente va unido en Cortés a un exclusivismo total, que le hace considerarse único propulsor de la empresa frente a la voluntad de sus compañeros, frente al destino, frente a todo.

> E después de sabida la victoria que Dios nos había querido dar, y cómo dejaba aquellos pueblos de paz, hobieron mucho placer; porque certifico a V. M. que no había tal de nosotros que no tuviese mucho temor por nos ver tan dentro en la tierra, y entre tanta y tal gente, y tan sin esperanza de socorro de ninguna parte. De tal manera que ya a mis oídos oía decir por los corrillos y casi público que había sido Pedro Carbonero, que

los había metido donde nunca podrían salir. E aun más, oí decir en una choza de ciertos compañeros, estando donde ellos no me veían, que si yo era loco y me metía donde nunca podría salir, que no lo fuesen ellos, sino que se volviesen a la mar, y que si yo quisiese volver con ellos, bien; y si no, que me dejasen. E muchas veces fuí desto por muchas veces requerido, y yo los animaba diciéndoles que mirasen que eran vasallos de V. A., y que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que estábamos en disposición de ganar para V. M. los mayores reinos y señoríos que había en el mundo. Y que demás de facerlo, que como cristianos éramos obligados en puñar contra los enemigos de nuestra fe, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria, y en éste conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó. Y que mirasen que teníamos a Dios de nuestra parte, y que a él ninguna cosa es imposible, y que lo viesen por las victorias que habíamos habido, donde tanta gente de los enemigos eran muertos, y de los nuestros ningunos. Y les dije otras cosas que me pareció decirles desta calidad, que con ellas y con el real favor de V. A. cobraron mucho ánimo, y los atraje a mi propósito y a facer lo que yo deseaba, que era dar fin en mi demanda comenzada (p. 65).

Y después de estar algo descansado, salí una noche, después de rondada la guardia de la prima, con cien peones y con los indios nuestros amigos y con los de a caballo; y a una legua del real se me cayeron cinco de los caballos y yeguas que llevaba, que en ninguna manera los pude pasar adelante, y hícelos volver. E aunque todos los de mi compañía decían que me tornase, porque era mala señal, todavía seguí mi camino, considerando que Dios es sobre natura (p. 64).

Notamos en los párrafos anteriores cuáles son los móviles que Cortés considera base y justificante de su empresa. Sobre ellos volveremos más tarde. Lo que ahora nos importa es destacar hasta qué punto la considera obra exclusivamente suya. De esta seguridad ciega en sí mismo y en su éxito emana el exceso de confianza que le hace pensar, recién llegado a México, que su labor de atracción está asentada sólidamente. Le vemos ocupado en explorar la tierra, en conocer dónde hay buenos puertos, y sobre todo, dónde hay minas de oro para enviarlo al Emperador. Actividades todas que nos lo muestran totalmente seguro y convencido de tener en su mano a los indígenas.

Asimismo le rogué al dicho Muteczuma que me dijese si en la costa de la mar había algún río o ancón en que los navíos que viniesen pudiesen entrar y estar seguros. El cual me respondió que no lo sabía; pero que él me faría pintar toda la costa y ancones y ríos della, y que enviase yo españoles a los ver, y que él me daría quien los guiase y fuese con ellos; y así lo hizo. E otro día me trajeron figurada en un paño toda la costa (p. 94).

Después que yo conocí dél muy por entero tener mucho deseo al servicio de V. A., le rogué que porque más enteramente yo pudiese hacer relación a V. M. de las cosas de esta tierra, que me mostrase las minas de donde sacaba el oro. El cual, con muy alegre voluntad, según mostró, dijo que le placía. E luego hizo venir ciertos servidores suyos, y de dos en dos repartió para cuatro provincias donde dijo que se sacaba, e pidióme que le diese españoles que fuesen con ellos para que lo viesen sacar; e asimismo yo le di a cada dos de los suyos otros dos españoles (p. 92).

En esta gran ciudad estuve proveyendo las cosas que parecía que convenían al servicio de V. S. M., y pacificando y atrayendo a él muchas provincias y tierras pobladas de muchas y muy grandes ciudades y villas y fortalezas, y descubriendo minas, y sabiendo y inquiriendo muchos secretos de las tierras del señorío de este Muteczuma, como de otras que con él confinaban y él tenía noticia, que son tantas y tan maravillosas que son casi increíbles; y todo con tanta voluntad y contentamiento del dicho Muteczuma y de todos los naturales de las dichas tierras, como si de *ab initio* hobieran conocido a V. S. M. por su rey y señor natural, y no con menos voluntad hacían todas las cosas que en su real nombre les mandaba (p. 113).

Pronto iba a ver Cortés que las cosas no eran tan sencillas como él se había imaginado, que no era posible cambiar de manos el poder, establecer un nuevo orden, apelando simplemente a la buena voluntad y al consentimiento de los sometidos.

Si en alguna ocasión las hipótesis podrían resultar gratas es ahora. ¡Un Cortés que lograra, como él se imaginó, la incorporación pacífica de los dominios de Moctezuma a los de Carlos V! Pero esto no podía ser, sencillamente. Nada sabemos por las cartas de Cortés del verdadero estado de ánimo de los aztecas. El conquistador no da sino una visión totalmente optimista y conforme a sus propósitos. Es curiosa esta ceguedad de enamorado de Cortés, quien nada tenía de iluso y que, como buen jefe militar, era extremadamente previsor. Ya hemos visto, por ejemplo, que al entrar en la ciudad y ver cómo estaba edificada, lo primero que dispone es la construcción de bergantines para navegar por la laguna. Y son muchos los ejemplos de que en nada descuidaba la vigilancia más minuciosa.

Pero la descuidaba en lo esencial, en no darse cuenta del verdadero estado de ánimo de los aztecas ante la presencia de los españoles. No cabe suponer que un pueblo dominante y guerrero hubiera podido soportar por largo tiempo la dominación extranjera sin oponerle una resistencia vigorosa. Mas lo grave del caso es que fueron los propios españoles quienes echa-

ron a perder por completo una obra bellamente iniciada y que, en apariencia, estaba concluída ya.[10]

Diego Velázquez, el gobernador de Cuba, no acepta lo hecho por Cortés y sus hombres en Veracruz, considera un desacato a sus instrucciones el cambio de carácter que imprimen a la expedición, y manda contra ellos a Pánfilo de Narváez. Este adopta la táctica más torpe y peligrosa que podía emplearse en aquellos momentos: la de desacreditar a Cortés ante los indios, la de decirles que les devolvería la libertad y se iría de su tierra una vez vencido Cortés. Anunció a Moctezuma "que él le soltaría, y que venía a prenderme a mí y a todos los de mi compañía, e irse luego y dejar la tierra; y que él no quería oro, sino, preso yo y los que conmigo estaban, volverse, y dejar la tierra y sus naturales della en plena libertad" (p. 121).

Cortés, con la confianza ciega en sí mismo, en su prestigio y en su éxito que ya hemos señalado, sale de la capital para combatir a Narváez.

E como yo vi el gran daño que se comenzaba a revolver, y cómo la tierra se levantaba a causa del dicho Narváez, parecióme que con ir yo donde él estaba se apaciguaría mucho, porque viéndome los indios presentes no se osarían levantar (p. 119).

No se le oculta el peligro que supone dejar la ciudad.

Lo cual yo no osaba dejar, con temor que, salido yo de la dicha ciudad la gente se rebelase, y perdiese tanta cantidad de oro y joyas, y tal ciudad, mayormente que, perdida aquélla, era perdida toda la tierra (p. 118).

A pesar de estos temores se decide a ir contra Narváez, "considerando que morir en servicio de mi rey, y por defender y amparar sus tierras, y no las dejar usurpar, a mí y a los de mi compañía se nos seguía farta gloria" (p. 123).

Derrota a Narváez y lo hace prisionero con gran facilidad; pero el daño estaba ya hecho. Se había roto el hechizo. Vistas las diferencias entre los españoles, los indios dejan de venerar a Cortés y los suyos, de considerarlos como a seres sobrenaturales. Y se disponen a deshacerse de ellos.

E según de los indios yo me informé, tenían acordado que si a mí el dicho Narváez prendiese, como él les había dicho, que no podría ser tan sin daño suyo y de su gente que muchos dellos y de los de mi compañía no muriesen. E que entre tanto ellos matarían a los que yo en la ciudad dejaba, como lo acometieron, e después se juntarían y darían sobre los que acá quedasen, en manera que ellos y su tierra quedasen libres, y de los españoles no quedase memoria (p. 125).

[10] Entran otros factores en el cambio de actitud de los indios. No se olvide que lo que aquí pretendemos es ver la empresa tal como Cortés la veía.

Los temores que había manifestado Cortés al dejar la ciudad se confirman. En su ausencia hay un choque entre los españoles y los indios.[11] Tiene que volverse a marchas forzadas. Su preocupación es siempre la misma: que la ciudad no se pierda.

Vista la necesidad en que estos españoles estaban, y que si no los socorría, demás de los matar los indios y perderse todo el oro y plata y joyas que en la tierra se habían habido, así de V. A. como de españoles y mías, se perdía la mejor y más noble ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdía todo lo que estaba ganado, por ser la cabeza de todo, y a quien todos obedecían (p. 126).

Si la venda había caído ya de los ojos de los indios, a Cortés le cuesta gran trabajo arrancarse la suya. Hasta el último momento piensa que lo ocurrido puede tener arreglo, que van a subsistir su poder y prestigio, que los mexicanos se mantendrán pacíficos, como hasta entonces lo han estado. De vuelta en la capital cree encontrarla tranquila.

E con esto me fuí a la fortaleza, en la cual y en aquella mezquita mayor que junto a ella está se aposentó toda la gente que conmigo venía. E los que estaban en la fortaleza nos recibieron con tanta alegría como si nuevamente les diéramos las vidas, que ya ellos estimaban perdidas; y con mucho placer estuvimos aquel día y noche, creyendo que ya todo estaba pacífico. E otro día después de misa envié un mensajero a la villa de Veracruz, por les dar buenas nuevas de cómo los cristianos eran vivos, y yo había entrado en la ciudad, y estaba segura. El cual mensajero volvió dende a media hora todo descalabrado y herido, dando voces que todos los indios de la ciudad venían de guerra, y que tenían todas las puentes alzadas. E junto tras él da sobre nosotros tanta multitud de gente por todas partes que ni las calles ni azoteas se parecían con la gente; la cual venía con los mayores alaridos y grita más espantable que en el mundo se puede pensar; y eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro en la fortaleza, que no parecía sino que el cielo las llovía, e las flechas y tiraderas eran tantas que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellas (p. 128)

[11] Podrá sorprender a los lectores que pasemos como sobre ascuas al tratar de temas acerca de los que se han vertido raudales de tinta; pero insistimos en que nuestro propósito es trazar una silueta de Cortés y su obra a través de sus escritos, situarnos desde su punto de vista. Por eso no nos detenemos a examinar si la hecatombe producida en México en ausencia de Hernán Cortés fué o no debida a una salvajada de Pedro de Alvarado. El lector curioso encontrará una buena documentación sobre este particular en OROZCO Y BERRA, *op. cit.*, pp. 410-18. Para nosotros, lo único interesante de momento es que Cortés atribuye el fracaso de su política de atracción, no a Pedro de Alvarado, sino a Pánfilo de Narváez, según nos lo dice años más tarde —1526— en su quinta carta de relación: "Aunque lo uno y lo otro se perdió [el oro para Carlos V] porque nos lo tomaron cuando nos echaron desta ciudad por el levantamiento que en ella hubo con la venida de Narváez a esta tierra; lo cual, aunque fué por mis pecados, no fué por mi negligencia" (pp. 485-6).

No había, pues, remedio. Hay un último esfuerzo conciliatorio de Moctezuma que le cuesta la vida.[12]

Y el dicho Muteczuma, que todavía estaba preso, y un hijo suyo, con otros muchos señores que al principio se habían tomado, dijo que le sacasen a las azoteas de la fortaleza, y que él hablaría a los capitanes de aquella gente, y les haría que cesase la guerra. E yo lo hice sacar, y en llegando a un pretil que salía fuera de la fortaleza, queriendo hablar a la gente que por allí combatía, le dieron una pedrada los suyos en la cabeza, tan grande, que de allí a tres días murió. E yo le fice sacar así muerto a dos indios de los que estaban presos, e a cuestas lo llevaron a la gente, y no sé lo que dél hicieron, salvo que no por eso cesó la guerra, y muy más recia y muy cruda de cada día.

Y este día llamaron por aquella parte por donde habían herido al dicho Muteczuma, diciendo que me allegase yo allí, que me querían hablar ciertos capitanes; y así lo hice, y pasaron entre ellos y mí muchas razones, rogándoles que no peleasen conmigo, pues ninguna razón para ello tenían, e que mirasen las buenas obras que de mí habían recibido, y cómo habían sido muy bien tratados de mí. La respuesta suya era que me fuese, y que les dejase la tierra, y que luego dejarían la guerra; y que de otra manera, que creyese que habían de morir todos o dar fin de nosotros. Lo cual, según pareció, hacían porque yo me saliese de la fortaleza, para me tomar a su placer al salir de la ciudad, entre las puertas. E yo les respondí que no pensasen que les rogaba con la paz por temor que les tenía, sino porque me pesaba del daño que les hacía y les había de hacer, e por no destruir tan buena ciudad como aquélla era; e todavía respondían que no cesarían de me dar guerra hasta que saliese de la ciudad (pp. 129-30).

La voluntad de los indios está bien clara. La obra de Cortés se viene abajo. Muerto Moctezuma, los aztecas redoblan en su ardor para asediar a los españoles. Y es ahora, y sólo ahora, cuando va a surgir el Cortés a quien muchos mexicanos aún no han perdonado hoy, el Cortés que habla de exterminio y de guerra sin cuartel, enloquecido por la pérdida de

[12] Es otro tema debatidísimo éste de la muerte de Moctezuma. Bien sabido es que se acusó a los españoles de haberlo asesinado. Genaro GARCÍA, en su obra, tan documentada como tendenciosa, *Carácter de la conquista española en América y en México...*, México, 1901, aduce gran número de testimonios y razones para demostrar que Moctezuma estaba ya muerto cuando fué presentado en la azotea del edificio cercado por sus vasallos (pp. 213-19). El propio MacNutt, aunque favorable a Cortés, le cree también culpable en este caso (*op. cit.*, t. I, p. 107). Desde luego, el conquistador no era hombre para retroceder ante la crueldad si la consideraba necesaria para realizar sus designios; pero matar a Moctezuma en aquellos momentos es la mayor torpeza que habría podido cometer. Téngase en cuenta que de las crueldades cometidas por Cortés, quien nos da la primera noticia es él mismo —matanza de Cholula, suplicio y muerte de Cuauhtémoc—, y no hay motivo para pensar que en este caso no hubiera procedido igual. Realmente, si algún tema nos prueba que no cabe una historia imparcial, es éste de la conquista de México, en el que hechos ocurridos hace más de cuatrocientos años apasionan y se discuten como cualquier noticia de última hora.

todo aquello que, con la ingenuidad del amor a su obra, había considerado ya tan suyo. Vuelve a hablar con los indios después del ataque al gran templo.

E luego torné a aquella azotea, y hablé a los capitanes que antes habían hablado conmigo, que estaban algo desmayados por lo que habían visto. Los cuales luego llegaron, y les dije que mirasen que no se podían amparar, y que les hacíamos cada día mucho daño, y morían muchos dellos, y quemábamos y destruíamos su ciudad, e que no había de parar fasta no dejar della ni dellos cosa alguna. Los cuales me respondieron que bien veían que recibían de nós mucho daño, y que morían muchos dellos; pero que ellos estaban ya determinados de morir todos por nos acabar. Y que mirase yo por todas aquellas calles y plazas y azoteas cuán llenas de gente estaban, y que tenían hecha cuenta que, a morir veinte y cinco mil de ellos y uno de los nuestros, nos acabaríamos nosotros primero, porque éramos pocos, y ellos muchos; y que me hacían saber que todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran deshechas —como de hecho pasaba, que todas las habían deshecho excepto una—, e que ninguna parte teníamos por do salir, sino por el agua; e que bien sabían que teníamos pocos mantenimientos y poca agua dulce, que no podíamos durar mucho que de hambre no nos muriésemos, aunque ellos no nos matasen. Y de verdad que ellos tenían mucha razón, que aunque no tuviéramos otra guerra sino la hambre y necesidad de mantenimientos, bastaba para morir todos en breve tiempo. E pasamos otras muchas razones, favoreciendo cada uno sus partidos (p. 132)

¡Pobre Cortés! De la bella idea de unidad que él había concebido, de la posibilidad de una asimilación rápida y sin sangre del imperio azteca al imperio universal y cristiano de Carlos V, no quedaba nada. Quedaban los "partidos". El llevaba consigo el simplismo de todos los pueblos y de todos los hombres que se creen superiores, elegidos. Y no podía concebir la legítima actitud de los aztecas sino tachándola de traición.[13] El conflicto era inevitable, y había de ser a muerte. Cortés pone en el exterminio la misma vehemencia que antes había puesto en lograr la atracción, y exaspera el heroísmo magnífico de los naturales. Cree poder dominarlos rápidamente por el terror, y se labra su propia ruina. Acosado por todas partes, no le queda otro recurso que abandonar la ciudad. La melancolía y el desaliento que por entonces han dominado su ánimo se traslucen bien en la descripción que nos hace de los preparativos para la evacuación.

[13] Robustecía esta idea de Cortés el que durante su efímera amistad con Moctezuma éste había hecho jurar a sus vasallos fidelidad a Carlos V (GAYANGOS, *op. cit.*, p. 98).

Y viendo el gran peligro en que estábamos, y el mucho daño que cada día nos hacían, y temiendo que también deshiciesen aquella calzada como las otras, que deshecha era forzado morir todos, y porque de todos los de mi compañía fuí requerido muchas veces para que me saliese, e porque todos o los más estaban heridos, y tan mal que no podían pelear, acordé de lo hacer aquella noche; e tomé todo el oro y joyas de V. M. que se podían sacar, y púselo en una sala, y allí lo entregué en ciertos líos a los oficiales de V. A. que yo en su real nombre tenía señalados; y a los alcaldes y regidores, y a toda la gente que allí estaba, les rogué y requerí que me ayudasen a lo sacar y salvar; e di una yegua mía para ello, en la cual se cargó tanta parte como yo podía llevar; e señalé ciertos españoles, así criados míos como de los otros, que viniesen con el dicho oro y yegua; y lo demás los dichos oficiales y alcaldes y regidores y yo lo dimos y repartimos por los españoles para que lo sacasen. E desamparada la fortaleza, con la mucha riqueza, así de V. A. como de los españoles y mía, me salí lo más secreto que pude (pp. 134-5).

Cortés no deja nunca de mostrarse sincero en sus cartas. Bien nos demuestra su codicia, que era mucha, la minuciosidad con que relata las precauciones tomadas para salvar el tesoro; pero no se olvide que escribe para el Emperador, y que el salvar, o querer salvar, sus bienes era una demostración de celo, un mérito. La ambición de Cortés era tan grande, que en ella las riquezas no ocupaban el primer lugar, aunque no las desdeñara, ni mucho menos.[14]

Decíamos que Cortés no pierde su sinceridad al relatar el desastre espantoso de la salida de México. Sus noticias tienen siempre la sobriedad de los partes militares.

En este desbarato se halló por copia que murieron ciento y cincuenta españoles, y cuarenta y cinco yeguas y caballos, y más de dos mil indios que servían a los españoles, entre los cuales mataron al hijo y hijas de Muteczuma y a todos los otros señores que traíamos presos (p. 137).

[14] Señala muy bien este aspecto del carácter de Cortés el historiador D. Lucas ALAMAN, en la sexta de sus *Disertaciones sobre la historia de la República Megicana*, Mégico, 1844-9, 3 vols.: "La ambición de Cortés mudó de naturaleza cuando varió el campo en que había de ejercitarse. El mismo que sólo vino a buscar oro a la isla Española, no consideró el oro en Nueva España sino como el medio de satisfacer miras más altas, y lo que al principio no fué más que codicia, se cambió en ambición de gloria y de poder. Por esto en la distribución del rico tesoro de Moctezuma abandonó a los soldados la parte que le tocó, para acallar el disgusto que la desigual repartición causaba. Fundar en Mégico un grande Imperio para su soberano; establecer en él la religión cristiana, ideas que iban unidas en el espíritu de los conquistadores, y que eran las dominantes en aquel siglo; ampliar todavía más este imperio con los descubrimientos en el mar del Sur, y hacer depender de la corona de Castilla la China y las islas de la Especería, realizando así el primer intento de Colón: éstos eran los grandes objetos de la ambición de Cortés. Su engrandecimiento y fortuna particular habían de ser la consecuencia de estos intentos" (t. II, pp. 14-15).

No trata de echar tierra sobre la magnitud del desastre. Ni siquiera oculta que de los españoles se había adueñado la angustia típica de las tropas en derrota, que se creen acosadas por todas partes, incluso cuando el enemigo no las persigue.

E quiso Nuestro Señor, ya que la noche sobrevenía, mostrarnos una torre y buen aposento en un cerro, donde asimismo nos hicimos fuertes; e por aquella noche nos dejaron, aunque casi al alba hubo otro cierto rebato sin haber de qué más del temor que ya todos llevábamos de la multitud de gente que a la continua nos seguía el alcance (p. 137).

Gran condición es ésta de la sobriedad militar de Cortés, pues conforme no calla las derrotas, tampoco se extiende demasiado cuando la suerte le acompaña, como ocurrió en Otumba. Véase el espacio que dedica al episodio tan conocido de la muerte del jefe indio portador de la insignia.

E con este trabajo fuimos mucha parte del día, hasta que quiso Dios que murió una persona de ellos que debía ser tan principal que con su muerte cesó toda aquella guerra (p. 139).

No es Cortés hombre que se deja abatir. Y apenas pisa la tierra amiga de Tlaxcala, cuando manifiesta de un modo terminante su voluntad de volver sobre México y recuperar lo perdido. Una vez más se nos presenta él mismo venciendo la resistencia de sus compañeros.

Viendo los de mi compañía que eran muertos muchos, y que los que restaban quedaban flacos y heridos, y atemorizados de los peligros y trabajos en que se habían visto, y temiendo los por venir, que estaban a sazón muy cercanos, fuí por muchas veces requerido dellos que me fuese a la villa de la Veracruz, y que allí nos haríamos fuertes antes que los naturales de la tierra que teníamos por amigos, viendo nuestro desbarato y pocas fuerzas, se confederasen con los enemigos, y nos tomasen los puertos que habíamos de pasar, y diesen en nosotros por una parte, y por otra en los de la villa de la Veracruz; y que estando todos juntos, y allí los navíos, estaríamos más fuertes y nos podríamos mejor defender, puesto que nos acometiesen, hasta tanto que enviásemos por socorro a las islas. E yo, viendo que mostrar a los naturales poco ánimo, en especial a nuestros amigos, era causa de más aína dejarnos y ser contra nosotros, acordándome que siempre a los osados ayuda la fortuna, y que éramos cristianos, y confiando en la grandísima bondad y misericordia de Dios, que no permitiría que del todo pereciésemos, y se perdiese tanta y tan noble tierra como para V. M. estaba pacífica y en punto de se pacificar, ni se dejase de hacer tan gran servicio como se hacía en continuar la guerra, por cuya

causa se había de seguir la pacificación de la tierra como antes estaba, me determiné de por ninguna manera bajar los puertos hacia la mar; antes pospuesto todo trabajo y peligros que se nos pudiesen ofrecer, les dije que yo no había de desamparar esta tierra, porque en ello me parecía que, demás de ser vergonzoso a mi persona, y a todos muy peligroso, a V. M. hacíamos muy gran traición. E que me determinaba de por todas las partes que pudiese volver sobre los enemigos y ofenderlos por cuantas vías a mí fuese posible (pp. 142-3).

Ahora ya no usa para nada el lenguaje de la conciliación y de la paz. Piensa que la única manera de recuperar lo perdido es someter a los indígenas por el terror y la fuerza.[15]

Y también me movió a facer los dichos esclavos por poner algún espanto a los de Culúa, y porque también hay tanta gente que, si no ficiese grande y cruel castigo en ellos, nunca se enmendarían jamás (p. 144).

Grande y cruel castigo. Bajo este signo de la venganza y el desquite está toda la actividad febril que Cortés despliega en la recuperación de su ejército, en la renovada política de alianzas con los indios enemigos de los aztecas, en la minuciosidad y la amplitud de los preparativos para dar el golpe de muerte a la ciudad que había creído poseer y que le había humillado y vencido. Pero ha dado con enemigos dignos de su talla, que tampoco se duermen sobre los laureles.

De los que en la ciudad de Guacachula se prendieron, en especial aquel herido, supe muy por extenso las cosas de la gran ciudad de Tenuxtitan, e cómo después de la muerte de Muteczuma había sucedido en el señorío un hermano suyo, señor de la ciudad de Iztapalapa, que se llama Cuetravacin [Cuitláhuac], el cual sucedió en el señorío porque murió en las puentes el hijo de Muteczuma que heredaba el señorío, y otros dos hijos suyos que quedaron vivos, el uno diz que es loco y el otro perlático, e a esta causa decían

[15] Es muy interesante encontrar en un historiador mexicano tan sereno como D. José María Luis MORA la indicación precisa del cambio radical experimentado por Cortés que nosotros venimos subrayando en su correspondencia. "La segunda parte de la expedición de Cortés, que puede llamarse la militar o guerrera, empieza después de su retirada de Méjico. Así como en la primera los medios principales de acción eran la seducción, el convencimiento y todo lo que constituye una negociación fina y delicadamente conducida, dejando las batallas y el empleo de la fuerza para los casos extremos, en la segunda las operaciones militares ocupaban el lugar principal, y las negociaciones pacíficas sólo venían como auxiliares. Si en la primera sólo se procuraba ganar amigos y aliados, por medio de los halagos, regalos y persuasión, en la segunda se intimidaba abierta y claramente a los pueblos la sumisión a la Corona de Castilla, amenazándolos con la fuerza si se rehusaban a prestarla, y usando de ella para someterlos: en una palabra, en la primera se buscaban amigos a quienes se suplicaba y procuraba interesar en favor de una colonia débil; en la segunda se querían súbditos a quienes se les mandaba obedecer sin réplica los preceptos de un general que tenía a sus órdenes un ejército conquistador, y se conocía bastante fuerte para llevar la ley en la punta de su espada. (*Méjico y sus revoluciones*, París, 1836, t. I, pp. 90-1.)

aquéllos que había heredado aquel hermano suyo, e también porque él nos había hecho la guerra, y porque lo tenían por valiente hombre e muy prudente. Supe asimismo cómo se fortalecían así en la ciudad como en todas las otras de su señorío, y hacían muchas cercas y cavas y fosados, y muchos géneros de armas. En especial supe que hacían lanzas largas como picas, para los caballos; e aún ya habemos visto algunas de ellas, porque en esta provincia de Tepeaca se hallaron algunas con que pelearon, y en los ranchos y aposentos en que la gente de Culúa estaba en Guacachula se hallaron asimismo muchas dellas. Otras muchas cosas supe, que por no dar a V. A. importunidad dejo.

Yo envío a la isla Española cuatro navíos para que luego vuelvan cargados de caballos y gente para nuestro socorro. E asimismo envío a comprar otros cuatro para que desde la dicha isla Española y ciudad de Santo Domingo traigan caballos y armas y ballestas y pólvora, porque esto es lo que en estas partes es más necesario; porque peones rodeleros aprovechan muy poco solos, por ser tanta cantidad de gente, y tener tan fuertes y grandes ciudades y fortalezas. Y escribo al licenciado Rodrigo de Figueroa y a los oficiales de V. A. que residen en la dicha isla que den para ello todo el favor y ayuda que ser pudiere, porque así conviene mucho al servicio de V. A. y a la seguridad de nuestras personas; porque viniendo esta ayuda y socorro, pienso volver sobre aquella gran ciudad y su tierra. E creo, como ya a V. M. he dicho, que en muy breve plazo tornará al estado en que antes yo la tenía, e se restaurarán las pérdidas pasadas. Y en tanto yo quedo haciendo doce bergantines para entrar por la laguna, y estáse labrando ya la tablazón y piezas dellos, porque así se han de llevar por tierra, porque en llegando se liguen y acaben en breve tiempo; e asimismo se hace clavazón para ellos, y está aparejada pez y estopa y velas y remos, y las otras cosas para ello necesarias. E certifico a V. M. que hasta conseguir este fin no pienso tener descanso ni cesar para ello todas las formas y maneras a mí posibles, posponiendo para ello todo el trabajo y peligro y costa que se me puede ofrecer (pp. 153-4).

Con este tono concluye la segunda carta de relación de Cortés. Y la tercera se inicia enlazando con ella, señalando una vez más los motivos de agravio contra los naturales y el propósito de destruirlos.

Y en lo último de la dicha relación hice saber a V. M. cómo después que los indios de la ciudad de Tenuxtitan nos habían echado por fuerza della, yo había venido sobre la provincia de Tepeaca, que era sujeta a ellos y estaba rebelada, y con los españoles que habían quedado y con los indios nuestros amigos le habían hecho la guerra y reducido al servicio de V. M. Y que como la traición pasada y el gran daño y muertes de españoles estaban tan recientes en nuestros corazones, mi determinada voluntad era revolver contra los de aquella ciudad, que de todo había sido la causa; y que para ello comenzaba a hacer trece bergantines para por la laguna hacer con ellos todo el daño que pudiese, si los de la ciudad perseverasen en su mal propósito (pp. 161-2).

Donde muy a las claras se ve el pensamiento de Cortés por aquel entonces es en la arenga que pronuncia ante sus tropas reunidas en Tlaxcala, con ocasión del alarde efectuado antes de iniciar la marcha sobre México.

El segundo día de la dicha Pascua de Navidad [16] hice alarde en la dicha ciudad de Tascaltecal, y hallé cuarenta de caballo y quinientos y cincuenta peones, los ochenta dellos ballesteros y escopeteros, y ocho o nueve tiros de campo, con bien poca pólvora; y hice de los de caballo cuatro cuadrillas, de diez en diez cada una, y de los peones hice nueve capitanías de a sesenta españoles cada una.

Y a todos juntos en el dicho alarde les hablé y dije que ya sabían cómo ellos y yo, por servir a V. S. M., habíamos poblado esta tierra, y que ya sabían cómo todos los naturales della se habían dado por vasallos de V. M. y como tales habían perseverado algún tiempo, recibiendo buenas obras de nosotros y nosotros dellos; y cómo, sin causa ninguna, todos los naturales de Culúa, que son los de la gran ciudad de Tenuxtitan, y los de todas las otras provincias a ella sujetas, no solamente se habían revelado contra V. M., mas aun nos habían muerto muchos hombres deudos y amigos nuestros, y nos habían echado fuera de toda su tierra. Y que se acordasen de cuántos peligros y trabajos habíamos pasado, y viesen cuánto convenía al servicio de Dios y de V. C. M. tornar a cobrar lo perdido, pues para ello teníamos de nuestra parte justas causas y razones: lo uno, por pelear en aumento de nuestra fe y contra gente bárbara; y lo otro, por servir a V. M.; y lo otro, por seguridad de nuestras vidas; y lo otro, porque en nuestra ayuda teníamos muchos de los naturales nuestros amigos; que eran causas potísimas para animar nuestros corazones. Por tanto, que les rogaba que se alegrasen y esforzasen, y que porque yo, en nombre de V. M., había fecho ciertas ordenanzas para la buena orden y cosas tocantes a la guerra, las cuales luego allí fice pregonar públicamente, y que también les rogaba que las guardasen y cumpliesen, porque dello redundaría mucho servicio a Dios y a V. M. Y todos prometieron de lo facer y cumplir así, y que de muy buena gana querían morir por nuestra fe y por servicio de V. M., o tornar a recobrar lo perdido y vengar tan gran traición como nos habían hecho los de Tenuxtitan y sus aliados. Y yo, en nombre de V. M., se lo agradecí. Y así, con mucho placer, nos volvimos a nuestras posadas aquel día del alarde (pp. 165-6).

Son del mayor interés las ordenanzas a que Cortés hace referencia en esta arenga. En ellas destaca también, como justificante de la conquista, la conversión de los infieles.

Con toda la justicia que puedo y debo, exhorto y ruego a todos los españoles que en mi compañía fueren a esta guerra que al presente vamos, y a todas las otras guerras y conquistas que en nombre de Su Majestad por mi mandado hubieren de ir, que su principal motivo e intención sea

[16] Miércoles 26 de diciembre de 1520.

apartar y desarraigar de las dichas idolatrías a todos los naturales destas partes, y reducillos, o a lo menos desear su salvación y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su santa fe católica; porque si con otra intención se hiciese la dicha guerra, sería injusta, y todo lo que della se hobiese, obnoxio e obligado a restitución; e Su Majestad no ternía razón de mandar gratificar a los que en ella sirviesen (*Escritos sueltos*, p. 15).

Nosotros, escépticos, podemos preguntarnos hoy si este deseo de salvar a los naturales hubiera sido tan ardiente de no haberse encontrado oro en las tierras nuevas; pero estas reflexiones siempre resultan un tanto impertinentes. No hace falta ser un lince para ver la sed de oro y riquezas que dominaba a los conquistadores. Son ellos los primeros que no la ocultan, como hombres rudos y sinceros que eran, para quienes los intereses materiales no precisan ser disfrazados con ideologías altisonantes, como ocurre en nuestra época. Pero pecaría de parcial quien no quisiera reconocer en ellos, por lo menos en los mejores de ellos, un deseo igualmente sincero de lograr la salvación de los indios.

Hay otros aspectos muy interesantes en las ordenanzas, que merecen ser leídas en su integridad:[17] que no se hagan burlas los de unas capitanías a otras; que no se embosquen los soldados entre el fardaje; que no roben en las casas de los enemigos "hasta ser del todo echados fuera y haber conseguido el fin de la victoria". Es sobre todo pintoresca la disposición en que Cortés prohibe los juegos, excepto en su aposento, demostrativa de lo aficionado que era a ellos, según lo comprueban también otros testimonios.[18]

> Pero por cuanto en las guerras es bien que tenga la gente algún ejercicio, y se acostumbra y permítese que jueguen porque se eviten otros mayores inconvenientes, permítese que en el aposento donde yo estuviere se jueguen naipes e otros juegos moderadamente, con tanto que no sea a los dados, porque allí excusarse han de no decir mal, e a lo menos si lo dijeren serán castigados (*Escritos sueltos*, p. 17).

No son sólo las ordenanzas el lugar en que encontramos mayor viveza y animación, una imagen más cabal de la vida entre los hombres de Cortés. El relato de esta segunda marcha sobre México es más circunstanciado,

[17] Es un documento muy conocido. Ha sido publicado en el apéndice de la edición citada de PRESCOTT (t. II, p. 387); en la *Colección de documentos para la historia de México*, de Joaquín GARCÍA ICAZBALCETA, México, 1858-66, 2 vols., t. I, p. 445; y en los *Escritos sueltos*, p. 13.

[18] Es una de las acusaciones en que están acordes todos los testigos llamados a declarar en el juicio de residencia instruído a Cortés. (*Residencia de Cortés*, publicada por Ignacio LÓPEZ RAYÓN. México, 1852-3, 2 vols.)

más íntimo que el de la primera. Así descubrimos en él frecuentes notas sobre el estado de ánimo de los conquistadores.

Y al cabo de media legua plugo a Dios que abajamos a lo raso, y allí me reparé a esperar la gente, y llegados díjeles a todos que diesen gracias a Nuestro Señor pues nos había traído en salvo hasta allí, de donde comenzamos a ver todas las provincias de Méjico y Tenuxtitan que están en las lagunas y en torno dellas. Y aunque hobimos mucho placer en las ver, considerando el daño pasado que en ellas habíamos recibido, representósenos alguna tristeza por ello, y prometimos todos de nunca dellas salir sin victoria, o dejar allí las vidas. Y con esta determinación íbamos, todos tan alegres como si fuéramos a cosa de mucho placer (pp. 168-9).

Se aprecia en los españoles, a pesar del deseo de venganza y de la seguridad en el triunfo, un ambiente de desasosiego y temor que Cortés no oculta.

E otro día lunes, al último de diciembre, seguimos nuestro camino por la orden acostumbrada, y a un cuarto de legua desta población de Coatepeque, yendo todos en harta perplejidad, y razonando con nosotros si saldrían de guerra o de paz los de aquella ciudad, teniendo por más cierta la guerra, salieron al camino cuatro indios principales con una bandera de oro en una vara, que pesaba cuatro marcos de oro, e por ella daban a entender que venían de paz. Lo cual Dios sabe cuánto deseábamos y cuánto la habíamos menester por ser tan pocos, y tan apartados de cualquier socorro, y metidos en las fuerzas de nuestros enemigos (pp. 169-70).

La indecisión y el recelo, el miedo que precede a todo combate, asoman bien claros en las tentativas y ofertas de paz de Cortés.

Después de haber estado tres días desta manera en esta ciudad sin haber recuentro alguno con los indios, porque por entonces ni ellos osaban venirnos a acometer ni nosotros curábamos de salir lejos a los buscar, porque mi final intención era, siempre que quisiesen venir de paz, recibirlos, y a todos tiempos requerirles con ella... (p. 172).

... porque deseaba atraer a los de la ciudad a nuestra amistad, porque della dependía la paz o la guerra de las otras provincias que estaban alzadas, hice desatar aquellos mensajeros, y díjeles que no tuviesen temor, porque yo les quería tornar a enviar a Tenuxtitan, y que les rogaba que dijesen a los señores que yo no quería guerra con ellos, aunque tenía mucha razón, y que fuésemos amigos, como antes lo habíamos sido; y por más los asegurar y atraer al servicio de V. M., les envié a decir que bien sabía que los principales que habían sido en hacerme la guerra pasada eran ya muertos, y que lo pasado fuese pasado, y que no quisiesen dar causa a que destruyese sus tierras y ciudades, porque me pesaba mucho dello (p. 173).

Las operaciones llevan un ritmo bastante lento hasta que los bergantines no están concluídos. Entonces Cortés se anima, su aplomo crece, y vuelve a emplear el lenguaje de la venganza y el desquite.

El dicho alguacil mayor [19] pasó adelante cinco o seis leguas a una población de Tascaltecal [Tlaxcala], que es la más junta a los términos de Culúa, y allí halló a los españoles y gente que traían los bergantines. E otro día que llegó, partieron de allí con la tablazón y ligazón dellos, la cual traían con mucho concierto más de ocho mil hombres, que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oír, llevar trece fustas diez y ocho leguas por tierra, que certifico a V. M. que dende la avanguarda a la retroguarda había bien dos leguas de distancia. E como comenzaron su camino, llevando en la delantera ocho de caballo y cien españoles, y en ella y en los lados por capitanes de más de diez mil hombres de guerra a Yutecad y Teutipil, que son dos señores de los principales de Tascaltecal; y en la rezaga venían otros ciento y tantos españoles con otros ocho de caballo, y en ella venía por capitán, con otros diez mil hombres de guerra muy bien aderezados, Chichimecatecle, que es de los principales señores de aquella provincia, con otros capitanes que traía consigo. El cual, al tiempo que partieron de ella, llevaba la delantera con la tablazón, y la rezaga traían los otros dos capitanes con la ligazón; y como entraron en tierra de Culúa, los maestros de los bergantines mandaron llevar en la delantera la ligazón dellos, y que la tablazón se quedase atrás, porque era cosa de más embarazo, si alguno les acaeciese; lo cual, si fuera, había de ser en la delantera. E Chichimecatecle, que traía la dicha tablazón, como siempre fasta allí con la gente de guerra había traído la delantera, tomólo por afrenta, y fué cosa recia acabar con él que se quedase en la retroguarda, porque él quería llevar el peligro que se pudiese recibir; y como ya lo concedió, tampoco quería que en la rezaga se quedasen ningunos españoles, porque es hombre de mucho esfuerzo, y quería él ganar aquella honra. E llevaban estos capitanes dos mil indios cargados con su vitualla. E así, con esta orden y concierto, fueron su camino, en el cual se detuvieron tres días; y al cuarto entraron en esta ciudad con mucho placer y estruendo de atabales, y yo los salí a recebir. E como arriba digo, extendíase tanto la gente que dende que los primeros comenzaron a entrar hasta que los postreros hobieron acabado se pasaron seis horas sin quebrar el hilo de la gente. E después de llegados y agradecido a aquellos señores las buenas obras que nos hacían, hícelos aposentar y proveer lo mejor que ser pudo. Y ellos me dijeron que traían deseo de se ver con los de Culúa, y que viese lo que mandaba, que ellos y aquella gente venían con deseos de se vengar o morir con nosotros; y yo les di las gracias, y les dije que reposasen, y que presto les daría las manos llenas (pp. 184-5).

Y que presto les daría las manos llenas. Lenguaje bien distinto del empleado en las primeras cartas. Ahora ha surgido en Cortés el guerrero, el

[19] Gonzalo de Sandoval.

hombre que busca la revancha y se complace destrozando al enemigo sin piedad. Así nos lo dice con ocasión del primer combate de los bergantines en la laguna.

Y como yo deseaba mucho que el primer reencuentro que con ellos hobiésemos fuese de mucha victoria, y se hiciese de manera que ellos cobrasen mucho temor de los bergantines, porque la llave de toda la guerra estaba en ellos, y donde ellos podían recibir más daño, y aun nosotros también, era por el agua, plugo a Nuestro Señor que, estándonos mirando los unos a los otros, vino un viento de la tierra muy favorable para embestir con ellos. Y luego mandé a los capitanes que rompiesen por la flota de las canoas, y siguiesen tras ellos fasta los encerrar en la ciudad de Tenuxtitan; y como el viento era muy bueno, aunque ellos huían cuanto podían, embestimos por medio dellos, y quebramos infinitas canoas, y matamos y ahogamos muchos de los enemigos, que era la cosa del mundo más para ver (pp. 211-2).

No es el único ejemplo de la complacencia manifestada por Cortés al relatar cómo son desbaratados y aniquilados los aztecas. Menudean frases de este tipo:

Desta manera hicimos mucho daño, porque ocurrieron muchos indios de los amigos nuestros, y como iban descansados, y los contrarios casi muertos, mataron muchos. Por manera que en poco rato estaba el campo vacío de los vivos, aunque de los muertos algo ocupado (p. 149).

E como fué tiempo salimos, y comenzamos a alancear en ellos; y duró el alcance cerca de dos leguas, todas llanas como la palma, que fué muy hermosa cosa; y así murieron muchos dellos a nuestras manos y de los indios nuestros amigos (p. 188).

Como los indios nuestros amigos los siguieron, y los enemigos se vieron de vencida, fué tanta la matanza dellos a manos de los nuestros, y dellos despeñados de lo alto, que todos los que allí se hallaron afirman que un río pequeño, que cercaba casi aquel pueblo, por más de una hora fué teñido en sangre, y les estorbó de beber por entonces, porque como hacía mucha calor tenían necesidad dello (p. 190).

E entrámoslos de tal manera que ninguno dellos se escapó, excepto las mujeres y niños; y en este combate me hirieron veinte y cinco españoles; pero fué muy hermosa victoria (p. 211).

Ni siquiera se salvan siempre mujeres y niños, como acaba de decirnos Cortés que ocurrió en una ocasión. Convencido el conquistador del fracaso de su primera táctica pacificadora, se aplica a conseguir por el terror la sumisión de los aztecas, empleando métodos que sólo en nuestros días de guerra total han llegado a parecer normales.

Como ya conocimos que los indios de la ciudad estaban muy amedrentados,

supimos de unos dos dellos de poca manera —que de noche se habían salido de la ciudad y se habían venido a nuestro real, que se morían de hambre—, que salían de noche a pescar por entre las casas de la ciudad, y andaban por la parte que della les teníamos ganada buscando leña y yerbas y raíces que comer. E porque ya teníamos muchas calles de agua cegadas, y aderezados muchos malos pasos, acordé de entrar al cuarto del alba y hacer todo el daño que pudiésemos. E los bergantines salieron antes del día, y yo, con doce o quince de caballo, y ciertos peones y amigos nuestros, entramos de golpe; y primero pusimos ciertas espías, las cuales, siendo de día, estando nosotros en celada, nos ficieron señal que saliésemos, y dimos sobre infinita gente; pero como eran de aquéllos más miserables y que salían a buscar de comer, los más venían desarmados, y eran mujeres y muchachos. E ficimos tanto daño en ellos por todo lo que se podía andar de la ciudad, que presos y muertos pasaron de más de ochocientas personas; e los bergantines tomaron también mucha gente y canoas que andaban pescando, y ficieron en ellas mucho estrago. E como los capitanes y principales de la ciudad nos vieron andar por ella a hora no acostumbrada, quedaron tan espantados como de la celada pasada, y ninguno osó salir a pelear con nosotros; y así nos volvimos a nuestro real con harta presa y manjar para nuestros amigos (pp. 245-6).

Este es otro rasgo tremendo de la guerra: que hubiera manjar para los amigos, que tolerase Cortés la antropofagia entre los indios que le acompañaban. No cabe duda de que era así, pues bien claro lo dice en otro lugar.

Desta celada se mataron más de quinientos, todos los más principales y esforzados y valientes hombres; y aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos, porque todos los que se mataron tomaron y llevaron hechos piezas para comer (p. 244).

Estamos ahora en presencia de un Cortés que todos querríamos que no hubiera existido, de un Cortés en cuyo ánimo se había producido la escisión inevitable de todas las guerras: el *nosotros* y el *ellos*. Así, quien con tanta naturalidad relata las atrocidades que acabamos de ver, se conmueve hasta el extremo, no ya con la muerte de un compañero suyo, sino con la de una simple yegua.

E aquel día ningún peligro hubo en los de nuestro real, excepto que al tiempo que salímos de la celada se encontraron unos de caballo, y cayó uno de una yegua, y ella fuése derecha a los enemigos, los cuales la flecharon, y bien herida, como vió la mala obra que recibía, se volvió hacia nosotros, y aquella noche se murió; y aunque nos pesó mucho, porque los caballos y yeguas nos daban la vida, no fué tanto el pesar como si muriera en poder de los enemigos, como pensamos que de hecho pasara, porque si así fuera, ellos hubieran más placer que no pesar por los que les matábamos (p. 245).

Son muchas las ocasiones en que Cortés echa la culpa de las crueldades realizadas a los indios que le acompañan. Así en el ataque a Ixtapalapa.

Quiso Nuestro Señor dar tanto esfuerzo a los suyos que les entramos fasta los meter por el agua, a las veces a los pechos, y otras nadando, y les tomamos muchas casas de las que están en el agua; y murieron dellos más de seis mil ánimas entre hombres y mujeres y niños, porque los indios nuestros amigos, vista la victoria que Dios nos daba, no entendían en otra cosa sino en matar a diestro y a siniestro (p. 174).

En la entrada a Tacuba.

Y en amaneciendo, los indios nuestros amigos comenzaron a saquear y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aun dél se quemó un cuarto (p. 187).

Podríamos multiplicar los ejemplos. Es un expediente cómodo cargar las crueldades de la guerra en la cuenta de los indios aliados; pero se nota en el tono de Cortés, indulgente como un abuelo con las travesuras del nietecito, que no las veía con ojos excesivamente severos. También es verdad que los españoles estaban totalmente desbordados por la gran cantidad de indios que les acompañaban, y que no podían intentar de ningún modo someterlos a una disciplina rígida, aunque hubieran querido. Cortés mismo se queja de su impotencia.

Aquel día se mataron y prendieron más de cuarenta mil ánimas. Y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no había persona a quien no quebrantase el corazón. E ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad, que no en pelear con los indios. La cual crueldad nunca en generación tan recia se vió ni tan fuera de toda orden de naturaleza como en los naturales destas partes. Nuestros amigos hubieron este día muy gran despojo, el cual en ninguna manera les podíamos resistir, porque nosotros éramos obra de nuevecientos españoles, y ellos más de ciento y cincuenta mil hombres, y ningún recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar que no robasen, aunque de nuestra parte se hacía todo lo posible (p. 254).

Puede apreciarse en el párrafo anterior, que se refiere a escenas de los últimos días del cerco de la capital, una actitud distinta de la que veníamos señalando. No es el único ejemplo. Y pecaríamos de injustos si no destacásemos en el conquistador, incluso cuando extrema la nota de violencia, más sentimiento que el deseo de destrucción. Era imposible que Cortés no sintiese pena al destruir todos aquellos lugares que con tanto cariño y admiración había descrito al contemplarlos por primera vez. Ya parece que apunta esta pena cuando nos habla de Xochimilco arrasada.

Y así estuvimos en esta ciudad tres días, que en ninguno dellos dejamos de pelear; y al cabo, dejándola quemada y asolada, nos partimos. Y cierto

era mucho para ver, porque tenía muchas casas y torres de sus ídolos de cal y canto; y por no me alargar dejo de particularizar otras cosas bien notables desta ciudad (p. 201).

Este sentimiento de Cortés va aumentando a medida que crece la destrucción de la capital.

Aquel día por los lados de la una parte y de la otra de aquella calle principal no se entendió sino en quemar y allanar casas, que era lástima cierto de lo ver; pero como no nos convenía hacer otra cosa, éranos forzado seguir aquella orden. Los de la ciudad, como veían tanto estrago, por esforzarse, decían a nuestros amigos que no ficiesen sino quemar y destruir, que ellos se las harían tornar a hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabían que había de ser así, y si no, que las habían de hacer para nosotros; y desto postrero plugo a Dios que saliesen verdaderos, aunque ellos son los que las tornan a hacer (p. 246-7).

Viendo que éstos de la ciudad estaban rebeldes y mostraban tanta determinación de morir o defenderse, colegí dellos dos cosas: la una, que habíamos de haber poca o ninguna de la riqueza que nos habían tomado; y la otra, que daban ocasión y nos forzaban a que totalmente los destruyésemos. E desta postrera tenía más sentimiento, y me pesaba en el alma, y pensaba qué forma ternía para los atemorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro y del daño que podían recibir de nosotros, y no hacía sino quemalles y derrocalles las torres de sus ídolos y sus casas. E porque lo sintiesen más, este día fice poner fuego a estas casas grandes de la plaza, donde, la otra vez que nos echaron de la ciudad, los españoles y yo estábamos aposentados, que eran tan grandes, que un príncipe con más de seiscientas personas de su casa y servicio se podía aposentar en ellas; y otras que estaban junto a ellas, que, aunque algo menores, eran muy más frescas y gentiles, y tenía en ellas Muteczuma todos los linajes de aves que en estas partes había; y aunque a mí me pesó mucho dello, porque a ellos les pesaba mucho más, determiné de las quemar, de que los enemigos mostraron harto pesar, y también los otros sus aliados de la laguna, porque éstos ni otros nunca pensaron que nuestra fuerza bastase a les entrar tanto en la ciudad; y esto les puso harto desmayo (p. 222).

A Cortés le duele la destrucción de una ciudad que le había cautivado y llenado de asombro. Ahora en la lucha tenía un nuevo motivo de admiración: el coraje de los naturales, la valentía y el tesón admirables que ponen en la defensa de su libertad. Cortés reconoce que ha topado con enemigos dignos de él, y de continuo señala su valor.

Como eran tan valientes hombres, muchos dellos osaban esperar a los de caballo con sus espadas y rodelas (p. 199).

E aunque los enemigos vían que recibían daño, venían los perros tan rabiosos que en ninguna manera los podíamos detener ni que nos dejasen de seguir (p. 219).

Y así, en el retraer, como ellos venían tan golosos tras nosotros, algunas veces fingíamos ir huyendo, y revolvíamos los de caballo sobre ellos, y siempre tomábamos doce o trece de aquéllos más esforzados; y con esto, y con algunas celadas que siempre les echábamos, continuo llevaban lo peor. Y cierto verlo era cosa de admiración; porque por más notorio que les era el mal y daño que al retraer de nosotros recibían, no dejaban de nos seguir hasta nos ver salidos de la ciudad (p. 224).

La tenacidad de los defensores, si por un lado exaspera a Cortés, por otro aumenta sus deseos de lograr la paz. Y así la ofrece en repetidas ocasiones.

Yo buscaba siempre, muy poderoso señor, todas las maneras y formas que podía para atraer a nuestra amistad a éstos de Tenuxtitan; lo uno, porque no diesen causa a que fuesen destruídos; y lo otro, por descansar de los trabajos de todas las guerras pasadas, y principalmente porque dello sabía que redundaba servicio a V. M. E doquiera que podía haber alguno de la ciudad, se lo tornaba a enviar, para les amonestar y requerir que se diesen de paz (p. 191).

Y como mi motivo sea siempre dar a entender a esta gente que no les queremos hacer mal ni daño por más culpados que sean, especialmente queriendo ellos ser vasallos de V. M., y es gente de tanta capacidad que todo lo entienden y conocen muy bien, mandé que no se les hiciese más daño; y llegados a me hablar, los recibí bien (p. 195).

E yo miré dende aquella torre lo que teníamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teníamos ganado las siete; e viendo que tanto número de gente de los enemigos no era posible sufrirse en tanta angostura, mayormente que aquellas casas que les quedaban eran pequeñas, y puesta cada una dellas sobre sí en el agua, y sobre todo la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles hallábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles, acordé de los dejar de combatir por algún día, y movelles algún partido por donde no pereciese tanta multitud de gente; que cierto me ponía en mucha lástima y dolor el daño que en ellos se hacía, y continuamente les hacía acometer con la paz; y ellos decían que en ninguna manera se habían de dar, y que uno solo que quedase había de morir peleando, y que de todo lo que teníamos no habíamos de haber ninguna cosa, y que lo habían de quemar y echar al agua, donde nunca pareciese. Y yo, por no dar mal por mal, disimulaba en no les dar combate (pp. 248-9).

Todas las tentativas de Cortés se estrellan ante la trágica decisión de

no rendirse a que se aferran los naturales, quienes llegan a pedirle que los mate de una vez para que tengan fin sus sufrimientos.

Otro día siguiente tornamos a la ciudad, y mandé que no peleasen ni ficiesen mal a los enemigos. Y como ellos veían tanta multitud de gente sobre ellos, y conocían que los venían a matar sus vasallos y los que solían mandar, y veían su extrema necesidad, y como no tenían donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos, con deseo de verse fuera de tanta desventura, decían que por qué no los acabábamos ya de matar; y a mucha priesa dijeron que me llamasen, que me querían hablar. E como todos los españoles deseaban que ya esta guerra se concluyese, y habían lástima de tanto mal como hacían, holgaron mucho, pensando que los indios querían paz, y con mucho placer viniéronme a llamar y a importunar que me llegase a una albarrada donde estaban ciertos principales, porque querían hablar conmigo. E aunque yo sabía que había de aprovechar poco mi ida, determiné de ir, como quiera que bien sabía que el no darse estaba solamente en el señor y otros tres o cuatro principales de la ciudad, porque la otra gente, muertos o vivos, deseaban ya verse fuera de allí. Y llegado al albarrada, dijéronme que pues ellos me tenían por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad como era en un día y una noche daba vuelta a todo el mundo, que por qué yo así brevemente no los acababa de matar y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenían deseos de morir y irse al cielo para su Ochilobus que los estaba esperando para descansar; y este ídolo es el que en más veneración ellos tienen. Yo les respondí muchas cosas para los atraer a que se diesen, y ninguna cosa aprovechaba, aunque en nosotros veían más muestras y señales de paz que jamás a ningunos vencidos se mostraron, siendo nosotros, con el ayuda de nuestro Señor, los vencedores (pp. 250-1).

Los aztecas pasman a Cortés con su tenacidad, como le han pasmado con su esplendor. No sabiendo cómo vencer su resistencia se decide a mandar arrasar casa por casa la ciudad que tanto había admirado.

E para esto yo llamé a todos los señores y principales nuestros amigos, y díjeles lo que tenía acordado; por tanto, que hiciesen venir mucha gente de sus labradores, y trujesen sus coas, que son unos palos de que se aprovechan tanto como los cavadores en España de azada; y ellos me respondieron que así lo harían de muy buena voluntad, y que era muy buen acuerdo. Y holgaron mucho con esto, porque les pareció que era manera para que la ciudad se asolase; lo cual todos ellos deseaban más que cosa del mundo (p. 241).

Otro día de mañana tornamos a entrar en la ciudad, y como ya nuestros amigos veían la buena orden que llevábamos para la destrucción della, era tanta la multitud que de cada día venían que no tenían cuento (p. 246).

No participa Cortés de esta alegría de sus aliados. Así le vemos indeciso y pesaroso, sin saber qué partido tomar.

Yo, viendo como éstos de la ciudad estaban tan rebeldes, y con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo, no sabía qué medio tener con ellos para quitarnos a nosotros de tantos peligros y trabajos, y a ellos y a su ciudad no los acabar de destruir, porque era la más hermosa cosa del mundo (p. 240).

Ensayadas sin éxito las mayores violencias y atrocidades, Cortés quiere de nuevo dulcificar su conducta; pero ahora ya es tarde.

Y como en estos conciertos se pasaron más de cinco horas, y los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lago donde estaban las canoas, que era grande, era tanta la pena que tenían que no bastaba juicio a pensar cómo lo podían sufrir; y no hacían sino salirse infinito número de hombres y mujeres y niños hacia nosotros. Y por darse prisa al salir, unos a otros se echaban al agua, y se ahogaban entre aquella multitud de muertos; que, según pareció, del agua salada que bebían, y de la hambre y mal olor, había dado tanta mortandad en ellos que murieron más de cincuenta mil ánimas, los cuerpos de las cuales, porque nosotros no alcanzásemos su necesidad, ni los echaban al agua, porque los bergantines no topasen con ellos, ni los echaban fuera de su conversación, porque nosotros por la ciudad no los viésemos. Y así, por aquellas calles en que estaban, hallábamos los montones de los muertos, que no había persona que en otra cosa pudiese poner los pies. Y como la gente de la ciudad se salía a nosotros, yo había proveído que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar que nuestros amigos no matasen a aquellos tristes que salían, que eran sin cuento. Y también dije a todos los capitanes de nuestros amigos que en ninguna manera consintiesen matar a los que salían; y no se pudo tanto estorbar, como eran tantos, que aquel día no mataran y sacrificaran más de quince mil ánimas (p. 256).

Cortés es impotente para hacer cesar una matanza que él mismo había desencadenado. En vano multiplica las órdenes para que no se mate a los que salen de la ciudad, para que sean respetadas las vidas de mujeres y niños. Imposible frenar a los indios auxiliares, habituados a la guerra sin cuartel.

Otro día, después de asentado el trabuco, volvimos a la ciudad; y como ya había tres o cuatro días que no los combatíamos, hallamos las calles por donde íbamos llenas de mujeres y niños y otra gente miserable, que se morían de hambre, y salían traspasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de los ver. Y yo mandé a nuestros amigos que no les ficiesen daño alguno (pp. 249-50).

Y fué tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, que muer-

tos y presos pasaron de doce mil ánimas, con los cuales usaban de tanta crueldad nuestros amigos, que por ninguna vía a ninguno dejaban la vida, aunque más reprendidos y castigados de nosotros eran (p. 250).

Fracasan todas las tentativas de Cortés para hablar con Cuauhtémoc y proponerle la paz directamente. No consigue enfrentarse con él sino cuando toda resistencia se ha hecho imposible. El jefe indio cierra con actitud admirable la epopeya que había escrito su pueblo. Y Cortés, vencida la resistencia azteca, recobra la sobriedad habitual, dándonos cuenta, con su tono modesto, de que reanuda su política de atracción.

Y plugo a Dios que un capitán de un bergantín, que se dice Garci Holguín, llegó en pos de una canoa, en la cual le pareció que iba gente de manera; y como llevaba dos o tres ballesteros en la proa del bergantín, y iban encarando en los de la canoa, ficiéronle señal que estaba allí el señor, que no tirasen; y saltaron de presto, y prendiéronle a él y a aquel Guautimoucín, y a aquel señor de Tacuba, y a otros principales que con él estaban. Y luego el dicho capitán Garci Holguín me trujo allí a la azotea donde estaba, que era junto al lago, al señor de la ciudad y a los otros principales presos. El cual, como le fice sentar, no mostrándole riguridad ninguna, llegóse a mí, y díjome en su lengua que ya él había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos hasta venir en aquel estado; que ahora ficiese dél lo que yo quisiese. Y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase. E yo le animé, y le dije que no tuviese temor ninguno; y así, preso este señor, luego en ese punto cesó la guerra. A la cual plugo a Dios nuestro Señor dar conclusión martes, día de San Hipólito, que fueron 13 de agosto de 1521 años.

De manera que desde el día que se puso cerco a la ciudad, que fué a 30 de mayo del dicho año, hasta que se ganó, pasaron setenta y cinco días, en los cuales V. M. verá los trabajos, peligros y desventuras que estos sus vasallos padecieron, en los cuales mostraron tanto sus personas que las obras dan buen testimonio dello. Y en todos aquellos setenta y cinco días del cerco ninguno se pasó que no se tuviese combate con los de la ciudad, poco o mucho.

Aquel día de la prisión de Guatimoucín y toma de la ciudad, después de haber recogido el despojo que se pudo haber, nos fuimos al real, dando gracias a nuestro Señor por tan señalada merced y tan deseada victoria como nos había dado. Allí en el real estuve tres o cuatro días, dando orden en muchas cosas que convenían. Y después nos venimos a la ciudad de Cuyoacán, donde hasta ahora he estado entendiendo en la buena orden, gobernación y pacificación destas partes (pp. 256-7).

Medrados estaríamos si, como hace don Antonio de Solís,[20] nos des-

[20] Solís desempeñó el cargo de cronista de Indias desde 1681 a 1686. Su *Historia de la conquista de México*, Madrid, 1684, es libro que gozó de gran fama por la belleza de su

pidiéramos de Cortés sobre las ruinas de Tenochtitlán con unas palabras de elogio para su empresa. Este remate espectacular no cuadra con el verdadero carácter del conquistador, ni una visión final de ruinas corresponde a la índole de su obra. Es el mismo Cortés, en uno de los numerosos memoriales que dirige al Emperador, quien nos señala de qué tipo son sus méritos y servicios.

Sólo suplica a V. M. mire y resuma sus servicios en que él solo se ha señalado en aquellas partes, así en las conquistas que en ellas se han hecho, como en la conservación y conversión de los naturales, y población y gobernación de las tierras; y que nadie como él ha fecho estas tres cosas, y que no tiene V. M. en aquellas partes sino lo que él ganó y gobernó, y que tuviera más si no le hubieran estorbado (*Escritos sueltos*, p. 322).

Ya sabemos que Cortés abusa de la primera persona. Pero en el fondo son perfectamente justas sus palabras, y en ellas aparece, como siempre, con plena conciencia de la obra realizada. Si destacada fué su actuación en la conquista no lo fué menos como gobernante y explorador.[21] Cortés no se limitó a ser un gran capitán, como dice su panegirista Solís. De no haber sido más que eso habría dejado de existir históricamente una vez conquistada México y sofocados los brotes de rebelión que se producen por algún tiempo después de caída la capital; pero es que en Cortés hay todo un gobernante. Los métodos que emplea son sencillos. Proclama abiertamente su pragmatismo, la necesidad de actuar según las circunstancias.

Y siempre terné cuidado de añadir lo que más me pareciere que conviene, porque como por la grandeza y diversidad de las tierras que cada día se descubren y por muchos secretos que cada día de lo descubierto conocemos, hay necesidad que a nuevos acontecimientos haya nuevos pareceres y consejos, y si en algunos de los que he dicho o de aquí adelante dijere a V. M. le pareciere que contradigo algunos de los pasados, crea V. E. que nuevo caso me hace dar nuevo parecer (p. 323).

Sin embargo, si repasamos las cartas y memoriales de Cortés al Emperador las contradicciones no son tan grandes como él nos dice. Siempre que propone medidas de gobierno —o que discute las que se le ordenan, cosa que hace sin ningún tapujo— encontramos en él dos ideas básicas que in-

estilo. Termina el relato con la caída de México y las siguientes palabras del autor: "¡Admirable conquista! ¡Y muchas veces ilustre capitán, de aquéllos que producen tarde los siglos, y tienen raros exemplos en la Historia!"

[21] Para el conocimiento del Cortés gobernante son de interés fundamental la cuarta de sus cartas de relación (GAYANGOS, *op. cit.*, p. 273), y sus numerosos memoriales al Emperador. Una buena exposición de conjunto de las actividades de Cortés como gobernante y explorador en las *Disertaciones* de ALAMÁN, especialmente en la sexta, "Empresas particulares de Cortés" (t. II, pp. 63 *ss*).

forman toda su política: conseguir a toda costa la conservación de los indios y lograr el arraigo de los españoles en las tierras nuevas.

En la Nueva España sujetó a la corona real de V. M. muchas provincias, ciudades, villas y lugares, según que de todo V. M. cree está informado. Pacíficas, trabajó de dar orden cómo los naturales de ellas conservasen sus vidas y haciendas, y conociesen a Dios y sirviesen a V. M., muy al contrario de lo que hasta entonces se había hecho en aquellas partes, como consta por el suceso. Poblólas de gente española a mucha costa suya, dando mucha cantidad de dinero, a unos para que fuesen por sus mujeres e hijas, para que se arraigasen en la tierra, e ayudándoles en los casamientos de ellas; a otros pagando los fletes y sosteniéndolos e ayudándoles con darles de comer y ropas e caballos e otras cosas (*Escritos sueltos,* pp. 313-4).

Siempre la misma claridad. Cortés ve perfectamente el problema indígena. Ha observado el resultado desastroso de la dominación española en las islas, la desaparición de los naturales, y no quiere de ningún modo que esto se repita en las tierras por él conquistadas.

Que no bastara haber yo conquistado aquellas partes, y dilatado en ellas el real patrimonio de V. M., si para conservación de ellas no dijese lo que alcanzo (*Escritos sueltos,* p. 169)..

Fía, como siempre, en su propio criterio, le teme a la diversidad de pareceres, y recaba para sí toda la responsabilidad de su conducta.

Porque conozco que siendo así, y gobernándose esta tierra por diversidad de pareceres, como las otras islas, parará en lo que las otras han parado. E nunca Dios quiera que, pues El fué servido de hacerme a mí medio para ganar estas tierras, que yo sea fin de perderlas (p. 336).

Cuenta Cortés con una experiencia valiosa para orientar su conducta, la de lo ocurrido en las islas. Convendrá hacer exactamente lo contrario de lo que en ellas venía haciéndose. Cortés sabe muy bien que si en las islas han desaparecido los naturales es a causa de la violencia y los malos tratos a que han sido sometidos.

La manera y orden que yo he dado en el servicio destos indios a los españoles es tal que por ella no se espera que vendrán en diminución ni consumimiento, como han hecho los de las islas que hasta ahora se han poblado en estas partes; porque como ha veinte y tantos años que yo en ellas resido, y tengo experiencia de los daños que se han hecho e de las causas dellos, tengo mucha vigilancia en guardarme de aquel camino, y guiar las cosas por otro muy contrario, porque se me figura que me sería aún mayor culpa, conociendo aquellos yerros, seguirlos, que no a los que primero los usaron (p. 329).

No será menor ni de menor calidad el servicio que allí haré en avisar

de lo que se debe proveer para que estas partes se conserven, y los naturales dellas vengan en conocimiento de nuestra santa fe, y V. M. tenga acá perpetuamente muchas y muy crecidas rentas, y que siempre vayan en crecimiento y no en diminución, como han hecho las de las islas y Tierra Firme por falta de buena gobernación, y de ser los Católicos Reyes, padres y abuelos de V. E., avisados con celo de su servicio y no de particulares intereses (p. 487).

Pues consta que todas o las más de las islas e provincias conquistadas hasta hoy en aquellas partes están despobladas de los naturales, y las que del todo no lo están, arruinadas e disminuídas, que claro muestran llevar el camino de las otras, saber si este daño procedió de la conquista o del proceso de la gobernación (p. 563).

Cortés sabe muy bien dónde está la causa del daño. Por la opresión nada se consigue de los naturales. Si a él le han ayudado a conquistar México fué precisamente para verse libres de una opresión contra la que siempre están dispuestos a sublevarse.

Crea V. Ces. M. que son estas gentes tan bulliciosas que cualquier novedad o aparejo que vean de bullicio los mueve, porque ellos así lo tenían por costumbre de rebelarse y alzarse contra sus señores; y ninguna vez verán para esto aparejo que no lo hagan (pp. 302-3).

Si alguna cosa temen los naturales, cuando se les trata bien, es volver al estado en que antes se encontraban.

E ha acaecido, e cada día acaece, que para espantar algunos pueblos e que sirvan bien a los cristianos a quien están depositados, se les dice que si no lo hacen bien que los volverán a sus señores antiguos; y esto temen más que ninguna otra amenaza ni castigo que se les pueda hacer (p. 329).

El único procedimiento para tener seguros a los indios es tratarlos bien. Este es el primer artículo de las instrucciones que se dan a quienes van a poblar nuevas villas.

Lo primero, porque del buen tratamiento de los naturales de estas partes, Dios Nuestro Señor y S. M. son muy servidos de ello, y resulta todo bien y pacificación de la tierra, ternéis muy especial cuidado y vigilancia en que sean muy bien tratados, e no consentiréis que ninguna persona les haga agravio ni fuerza en ninguna ni por alguna manera, y al que lo hiciere castigarlo heis con mucha reguridad en presencia de los indios, y dándoles a entender por qué se hace el castigo, por manera que ellos conozcan que han de ser amparados e mantenidos en justicia, así ellos como sus haciendas. (*Escritos sueltos,* p. 86).

Cortés encuentra plenamente justificada la rebelión de los indígenas cuando éstos se alzan contra quienes los tratan mal.

Porque algunas provincias que se rebelaron por los malos tratos que en mi ausencia recibieron, y fueron contra ellas más de ciento y tantos de caballo, y trecientos peones, y por capitán el veedor que aquel tiempo gobernaba, y mucha artillería, y mucho número de indios amigos, no pudieron con ellos, antes les mataron diez o doce hombres españoles, y muchos indios, y se quedó la cosa como antes. Y venido yo, con un mensajero que les envié, donde supieron mi venida, sin ninguna dilación vinieron a mí las personas principales de aquella provincia, que se dice Coatlan, y me dijeron la causa de su alzamiento, que fué harto justa (p. 477).

No es de extrañar que la conducta torpe e interesada de algunos capitanes suscite la desconfianza de los indios, dificultando la labor de atracción.

Aunque todavía me dijeron que tenían temor que no sería verdad lo que les decían, porque aquellos capitanes que antes de mí habían ido les habían dicho aquellas palabras, y otras, y que después les habían mentido, y les habían llevado las mujeres que ellos les daban para que les hiciesen pan, y los hombres que les traían para que les llevasen sus cargas, y que así creían que haría yo (pp. 455-6).

Hay que vencer esta desconfianza. Y la tarea es doblemente difícil porque el indio de la Nueva España es superior en inteligencia, cultura y nivel de vida al de las islas. De aquí que Cortés en un principio desaconseje la encomienda, el que el indio tenga que trabajar para los españoles.

Por una carta mía hice saber a V. M. cómo los naturales destas partes eran de mucha más capacidad que no los de las otras islas, que nos parecían de tanto entendimiento y razón cuanto a uno medianamente basta para ser capaz; y que a esta causa me parecía cosa grave por entonces compelerlos a que sirviesen a los españoles de la manera que los de las otras islas (p. 271).

Si más tarde acepta la encomienda, es como mal menor, porque no encuentra otro medio de recompensar a los españoles por sus servicios. De no asentar los conquistadores en las tierras nuevas beneficiándose del trabajo de los indios, sería preciso mantener un ejército de ocupación, que ocasionaría gastos exorbitantes y lo destruiría todo.

E ya que allá se quiera decir que para sostener la tierra V. A. tendría en ella gente a sueldo, esto no se piense en ninguna manera, porque para sostener lo ganado sin se pensar en acrecentar más ni se conquistar más tierra, serán menester a lo menos mil de caballo y cuatro mil peones. Estos, ninguno de caballo se podría sufrir con que le diesen quinientos mil maravedís de prestido, porque en un caballo se va más de la mitad, en especial agora que los de la Española han defendido que nos pasen acá yeguas de ninguna isla, por vendernos los caballos más caros; y lo demás no bastaría para herraje, ni para vestirse, según valen las cosas. De manera que con este partido les faltaría aun para comer; y eran para sólo los de caballo me-

nester quinientos cuentos. Pues los peones, aunque se les diese al precio que se les da al menor, que son doscientos pesos de oro, pues cuatro mil veces doscientos pesos son ochocientos mil pesos; así que vea V. M. qué bastaría para pagar esta suma, cuanto más que con darles esto no se hallarían. Y ya que se hallasen, no era menester otra pestilencia para destruir la tierra sino ellos; y demás desto, y lo que sería peor, era forzado que había de cesar la conversión de los naturales, porque era menester con cada fraile que fuese a predicar a un pueblo ir una guarnición. E ésta con tres días que estoviese en el pueblo lo dejaría asolado, e cierto en muy breve tiempo se acabaría la tierra (pp. 322-3).

Bien sabe Cortés que la mayoría de los españoles van a las tierras nuevas con fines de lucro inmediato, que con su egoísmo feroz, su desprecio por los naturales y su conducta poco edificante son causa de una serie de inconvenientes graves.

Y si todos los españoles que en estas partes están y a ellas vienen fuesen frailes, o su principal intención fuese la conversión destas gentes, bien creo yo que su conversación con ellas sería muy provechosa; mas como esto sea al revés, al revés ha de ser el efecto que obrare; porque es notorio que la más de la gente española que acá pasa son de baja manera, fuertes y viciosos de diversos vicios y pecados. Y si a estos tales se les diese libre licencia de se andar por los pueblos de los indios, antes por nuestros pecados se convertirían ellos a sus vicios que los atraerían a virtud; y sería mucho inconveniente para su conversión, porque oyendo los sermones de los religiosos y personas que en esto entienden, que por ellos les prohiben los vicios y aconsejan el uso de las virtudes, y viendo las obras déstos que en su conversación andoviesen ser contrarias a lo que de nuestra santa fe se les predica, sería tenerlo por cosa de burla, y creer que las palabras de los religiosos y personas buenas que en esto entienden les dijesen eran por causa de su interese y no a efeto de la salvación de sus almas. Y demás desto, haciéndoles agravios, sería causa que, no pudiéndolos sufrir, se rebelasen, y como ya más diestros de nuestras cosas podrían buscar muchos géneros de armas contra las nuestras para se defender y ofender, que tienen para esto asaz habilidad; y como sean gentes sin número, y nosotros en su comparación meaja, muy brevemente nos acabarían (pp. 326-7).

De aquí que todo el empeño de Cortés consista en interesar a los españoles en la obra de gobierno realizada, logrando su arraigo y afincamiento en las nuevas tierras.

No hay duda que para que los naturales obedezcan los reales mandamientos de V. M. y sirvan en lo que se les mandare, es necesario que haya en la tierra copia de españoles, y de tal manera que vivan y estén arraigados en ella. Esto no puede ser si no tienen con qué sostenerse, de manera que el interese les obligue a permanecer y olvidar su naturaleza. (*Escritos sueltos*, p. 270).

Para lograr este arraigo la primera resistencia que tiene que vencer es la de los propios españoles.

Hice ciertas ordenanzas, y las mandé pregonar, y porque dellas envío copia a V. M. no terné que decir sino que a todo lo que acá yo he podido sentir es cosa muy conveniente que las dichas ordenanzas se cumplan. De algunas dellas los españoles que en estas partes residen no están muy satisfechos, en especial de aquéllas que los obligan a arraigarse en la tierra; porque todos, o los más, tienen pensamientos de se haber con estas tierras como como se han habido con las islas que antes se poblaron, que es esquilmarlas y destruirlas, y después dejarlas (p. 322).

No fía gran cosa Cortés de la conducta de sus compatriotas, ni siquiera cuando se trata de eclesiásticos. Así pide que para los trabajos de evangelización se le envíen frailes de vida austera y no prelados mundanos.

Porque habiendo obispos y otros prelados, no dejarían de seguir la costumbre que por nuestros pecados hoy tienen en disponer de los bienes de la Iglesia, que es gastarlos en pompas, y en otros vicios, y en dejar mayorazgos a sus hijos o parientes; y aun sería otro mayor mal que, como los naturales destas partes tenían en sus tiempos personas religiosas que entendían en sus ritos y ceremonias, y éstos eran tan recogidos, así en honestidad como en castidad, que si alguna cosa fuera de esto a alguno se le sentía era punido con pena de muerte, si agora viesen las cosas de la Iglesia y servicio de Dios en poder de canónigos o otras dignidades, y supiesen que aquéllos eran ministros de Dios, y los viesen usar de los vicios y profanidades que agora en nuestros tiempos en esos reinos usan, sería menospreciar nuestra fe y tenerla por cosa de burla; y sería a tan gran daño, que no creo aprovecharía ninguna otra predicación que se les hiciese (pp. 319-20).

Se ven, pues, bien claros en las ideas del Cortés gobernante los mismos rasgos esenciales que habíamos apreciado en la etapa de conquista: amor a su obra, interés por los naturales y por la elevación de su nivel de vida, deseo de incorporarlos a su empresa, respeto por sus instituciones, que solamente podrán ser sustituídas para ser mejoradas. Y como complemento necesario, el esfuerzo por inculcar a los demás españoles el amor que él sentía hacia las tierras nuevas, el empeño de que olvidaran "su naturaleza" y arraigaran aquí. Ideas hoy en boga, que se creen muy recientes, las vemos ya como inspiradoras de la obra de Cortés.

Cortés simultanea la consolidación de lo conquistado, su obra de gobernante, con la continuada exploración de nuevas tierras y mares. La mar del Sur —el Pacífico— solicita especialmente su atención. "Universal con-

dición es de todos los hombres desear saber", nos dice en el comienzo de una de sus cartas. Y aplica este principio aristotélico en las propias exploraciones, y lo recomienda de continuo a sus capitanes, que deseen saber, que no omitan detalle en sus relaciones de descubrimientos. Uno de los cargos más graves que se hacen a Juan de Grijalva, el predecesor de Cortés, es el no llevar a cabo esta exploración minuciosa.

Y tomada su agua se tornó a sus naos sin calar la tierra ni saber el secreto della, lo cual no debiera hacer; pues era menester que la calara y supiera para hacer relación a VV. RR. AA. de lo que era aquella isla (p. 5).
Se fué el dicho capitán Grijalva por la costa abajo con los navíos que le quedaron, y anduvo por ella hasta 45 leguas sin saltar en tierra ni ver cosa alguna, excepto aquello que desde la mar se parecía, y desde allí se comenzó a volver para la isla Fernandina, y nunca más vió cosa alguna de la tierra que de contar fuese. Por lo cual VV. RR. AA. pueden creer que todas las relaciones que desde esta tierra se les han hecho no han podido ser ciertas, pues no supieron los secretos de ella más de lo que por sus voluntades han querido escribir (p. 7).

No quiere Cortés incurrir en este defecto, ni que incurran en él sus capitanes. Así le ordena a Diego Hurtado de Mendoza cuando sale a explorar por la mar del Sur:

Seguiréis la dicha costa hasta 100 o 150 leguas, entrando siempre por todos los puertos y ríos que por ella hobiere, y tomando la posesión, como dicho es, e informándoos muy particularmente de todas las calidades de la tierra y gente de ella, y todas las costumbres, leyes o ritos que tuvieren, por manera que de todo traigáis muy particular y larga relación. (*Escritos sueltos*, p. 203).

Esta curiosidad no es puramente desinteresada.

Miraréis si las personas que vinieren a hablaros traen algunas cosas para ornato de sus personas, y miraréis de cuáles son las que más se precian para que ansimismo tengáis aviso de ello; e miraréis si en alguna parte de sus vestidos traen oro o perlas o piedras preciosas, y qué piedras son. Y no les preguntéis por nada, ni mostraréis aficionaros a ninguna cosa más que a otra de todas las que en ellos viéredes, porque no se resabien o tomen aviso de algo, sino con mucha disimulación notaréis las cosas a que más inclinación tienen (*ibid.*, p. 201).

Tampoco se descuidan las consideraciones militares en el examen de las tierras nuevas.

... e qué armas e fuerzas tienen, e la manera e disposición de la tierra para se poder conquistar a caballo (*ibid.*, p. 139).

Se toman todas las medidas para poder comunicar con los naturales y obtener de ellos el mayor número posible de informes.

Daréis a los señores de las tierras donde llegardes o poblardes las cartas mías que lleváis para ellos, las cuales van escritas en latín, porque, como lengua más general en el universo, podrá ser, según hay contratación en esas partes de muchas e diversas naciones, a causa de las especerías, que halléis judíos o otras personas que las sepan leer. E no hallando tales personas, haréislas interpretar e declarar a la lengua arábiga que lleváis, porque de ésta creo que hallaréis más copia por la mucha contratación que con los moros tienen. E si no tuvieren, lleváis un indio natural de Calicut: éste forzado fallará lengua que le entienda, e por medio della se podrá decir a los naturales de la tierra todo lo que quisierdes (*ibid.*, p. 144).

Cortés nunca se olvida de describir las tierras que descubre, ni aun en los momentos más peligrosos de las operaciones militares, ni aun en medio de penalidades tan terribles como las de su expedición a las Hibueras.

Interesa subrayar hasta qué punto esta labor de exploración es esencial dentro de la obra de Cortés, y cómo encaja dentro de su visión amplísima de un imperio universal para Carlos V. La mar del Sur, y los navíos que manda construir para que la exploren, son su obsesión.

Tengo en tanto estos navíos, que no lo podría significar; porque tengo por muy cierto que con ellos, siendo Dios nuestro Señor servido, tengo de ser causa que V. Ces. M. sea en estas partes señor de más reinos y señoríos que los que hasta hoy en nuestra nación se tiene noticia. A El plega encaminarlo como El se sirva y V. Ces. M consiga tanto bien, pues creo que con hacer esto no le quedará a V. Excels. más que hacer para ser monarca del mundo (p. 308).

Es inmensa la escala en que Cortés concibe su obra, viéndola como un complemento necesario y armónico de la llevada a cabo por el Emperador en el Viejo Mundo.

Suplico a V. M. sea servido mandarme siempre avisar de su voluntad porque yo acierte, pues es éste mi principal deseo, y lo mande así a los del Consejo, pues están más cerca para hacerlo. Y también me haga merced de me mandar escrebir las nuevas de todo lo acaecido a V. M. en esas partes, porque acá damos gracias a Dios y nos regocijamos con sus vitorias, que yo espero por la santa intinción de V. M., él por esas partes, y nosotros por estotras, hemos de traer al corral mucha parte de las ovejas perdidas (p. 506).

Cortés se embriaga con sus planes grandiosos, y tanto más los acaricia cuanto más le persigue la adversidad. El, tan lacónico al dar noticia de sus grandes éxitos, se deleita ahora, al regresar de las Hibueras, cuando concluye la carta en que relata la desastrosa expedición.

Mis navíos de la mar del Sur están, como a V. M. he dicho, muy a punto

para hacer su camino, porque luego como llegué a esta ciudad comencé a dar priesa en su despacho. Ya fueran partidos, sino por esperar a ciertas armas y artillería y munición que me trujeron desos reinos para lo poner en los dichos navíos, porque vayan a mejor recaudo. E yo espero en Nuestro Señor que en ventura de V. M. tengo de hacer este viaje en muy gran servicio; porque ya que no se descubra estrecho, yo pienso dar por aquí camino para la Especería, que en cada un año V. M. sepa lo que en toda aquella tierra se hiciere; y si V. M. fuere servido de me mandar conceder las mercedes que en cierta capitulación envié a suplicar se me hiciesen cerca deste descubrimiento, yo me ofrezco a descubrir por aquí toda la Especería y otras islas, si hobiere acá de Maluco y Malaca y la China, y aun de dar tal orden que V. M. no haya la especería por vía de rescate, como la ha el rey de Portugal, sino que la tenga por cosa propia, y los naturales de aquellas islas le reconozcan y sirvan como a su rey y señor natural; porque yo me ofrezco, con el dicho aditamento, de enviar a ellas tal armada, o ir yo con mi persona, por manera que las sojuzgue y pueble y haga en ellas fortalezas, y las bastezca de pertrechos y artillería de tal manera que a todos los príncipes de aquellas partes, y aun a otros, se puedan defender. Y si V. M. fuere servido que yo entienda en esta negociación, concediéndome lo pedido, creo será dello muy servido, y ofrezco que, si como he dicho no fuere, V. M. me mande castigar como a quien a su rey no dice verdad (p. 490).

Son tan vastos los designios de Cortés, están tan fuera de lo corriente, incluso para una época como la de Carlos V, que despiertan todo género de recelos, en especial por parte de los burócratas que rodean al conquistador. Así, el escribano Diego de Ocaña aconseja a Carlos V que no se autorice la expedición que Cortés planea.

Con S. M. tiene concertado Hernando Cortés, con ciertas mercedes que le han prometido, de descobrir en aquellas mares; y pues S. M. lo puede hacer sin ellas, puede tornar a mandar ver si será bien hacello a su costa, y encargallo a quien pueda remover cada vez que fuere servido, porque algunos piensan aquí, según lo que han visto en tiempo pasado, que si Cortés lo va a hacer morirá con corona (p. 360).

En España se hacen eco de estos recelos.[22] Se le ponen a Cortés todo género de cortapisas y dificultades. No puede llegar a ver realizada su gran empresa en el mar del Sur. Todas las expediciones fracasan.

[22] He citado la de Diego de Ocaña al azar, entre muchas acusaciones análogas. Pueden verse detalladamente en el juicio de residencia antes citado. Uno de los puntos que se mandan investigar en este juicio el verdadero carácter de la expedición de Cortés, pues la Corona teme que, efectivamente, quiera alzarse con los navíos: "Y que en las provincias de Zacatula, qu'es puerto de la mar del Sur, donde tiene hechos los navíos para descubrir la Especería, ha enviado muchas cargas de oro, y qu'estos navíos, aunque ha echado siempre fama que son para descubrir el estrecho, ha sido con otra intención, para irse por allí con los tesoros que tiene adonde no se pudiese haber, lo cual dizque parece muy claro por las conjeturas y señales que se han visto, porque ha más de año e medio o dos que tenía allí

Antes de ver a Cortés hundido en la desgracia, debemos señalar otro aspecto de su obra, que complementa el de la exploración, aspecto en el que pone también todo su cariño, toda su energía: la población, la fundación de villas. No se trataba sólo de describir tierras nuevas, de levantar mapas y de marcharse luego. Había que establecerse en lo descubierto, que arraigar allí. Había que poblar. En los afanes de fundador de Cortés había de ocupar lugar primordial la reconstrucción de México. Apenas ocupada la capital dicta las órdenes para que resurja. Y una vez más se manifiesta en ellas su admiración por la ciudad azteca.

De cuatro o cinco meses acá que la dicha ciudad de Tenuxtitan se va reparando, está muy hermosa, y crea V. M. que cada día se irá ennobleciendo en tal manera, que como antes fué principal y señora de todas estas provincias, que lo será también de aquí adelante (p. 262).

Y porque hay mucho aparejo de piedra, cal y madera, y de mucho ladrillo que los naturales labran, hacen todos tan buenas y grandes casas, que puede creer V. S. M. que de hoy en cinco años [escrito en 1524] será la más noble y populosa ciudad que haya en lo poblado del mundo, y de mejores edificios (p. 310).

Cortés es tan minucioso y previsor para la fundación de una villa como para la exploración de tierras nuevas. Y nos reposa encontrar en sus instrucciones detalles que iluminan la vida diaria, vulgar, de aquellos hombres que nos imaginamos siempre demasiado envueltos en el torbellino de las aventuras.

Comenzaréis luego con mucha diligencia a limpiar el sitio desta dicha villa que yo dejo talado; e después de limpio, por la traza que yo dejo hecha, señalaréis los lugares públicos que en ella están señalados, así como plaza, iglesia, casa de cabildo e cárcel, carnicería, matadero, hospital, casa de contratación, según y como yo lo dejo señalado en la traza e figura que queda en poder del escribano del cabildo. E después señalaréis a cada uno de los vecinos de la dicha villa su solar, en la parte que yo en la dicha traza dejo señalado; e los que después vinieren, se les den sus solares, prosiguiendo

los navíos y nunca los ha despachado habiendo hecho muchas armadas por mar y por tierra (*op. cit.*, t. I, p. 27). Ha sido también muy debatida esta cuestión de si Cortés acariciaba la idea de hacerse independiente. La mejor exposición que conozco del tema es la hecha por Luis González Obregón, *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo xvi*, México, 1906. El competente historiador cree que a Cortés le faltó decisión para poner en práctica su idea de hacerse independiente: "vaciló en escalar con su audacia, su valor y su política el pedestal glorioso donde se levantan gigantescos los fundadores y libertadores de una nacionalidad" (*op. cit.*, p. 186). No creo esta conclusión de acuerdo con el carácter de Cortés. Nada le hubiera costado independizarse de la corona, de habérselo realmente propuesto, dado el prestigio de que gozaba entre la mayoría de los conquistadores, y, sobre todo, entre los indios.

por la dicha traza. Y trabajaréis mucho que las calles vayan muy derechas, y para ello buscaréis personas que lo sepan bien hacer, a los cuales daréis cargo de alarife para que midan y tracen los solares y calles (*Escritos sueltos,* p. 92).

Que este dicho fiel haga señalar e señale una, o dos, o tres partes, o las que fueren necesarias, conforme a la calidad y disposición del asiento de la dicha villa, adonde se eche la basura e suciedad que se sacare de las casas, en los cuales dichos lugares ponga el dicho fiel sendas estacas gordas y altas; e que se pregone que todos los vecinos e moradores estantes e habitantes de las dichas villas echen a ella dicha basura e suciedad, e no en otra parte, so pena de medio real de plata por cada vez al que lo contrario hiciere (*ibid.,* pp. 78-9).

Que los tales carniceros sean obligados a matar los sábados en la tarde, y pesar la carne que se hubiere de comer los domingos, e que el domingo por la mañana no haya carnicería abierta (*ibid.,* p. 80).

Que las dichas panaderías vendan el dicho pan bien cocido e sacado de agua, porque lo suelen dejar por cocer porque pese más (*ibid.,* p. 81).

Que los domingos y fiestas de guardar todos los vecinos y moradores estantes y habitantes en la dicha villa vayan a oír misa mayor a la iglesia principal, y entren en ella antes que se comience el Evangelio, y estén en ella hasta que el preste diga: "Ite, misa est", y eche la bendición, so pena de medio peso de oro, lo cual se aplique la mitad para el alguacil que los denunciare e la otra mitad para la obra de la dicha iglesia (*ibid.,* p. 82).

Ahora sí que hubiéramos querido poder separarnos de Cortés, dejándole entregado a sus tareas de fundador, a las tareas tranquilas del ordenar que las calles sean rectas y las villas estén limpias; pero hemos de seguirle brevemente hasta que muere.

Ya hemos mencionado antes la expedición de Cortés a las Hibueras, al golfo de Honduras. Nos interesa especialmente porque el conquistador dedica casi por entero a su relato la última de sus grandes cartas de relación, la quinta. Se trata de un documento extraordinario, que merece ser leído en su integridad. Los esfuerzos de aquellos hombres, perdidos y desorientados, para abrirse camino por la selva virgen, pusieron a prueba su capacidad de resistencia. La expedición es un desastre en el que van sucumbiendo hombres y animales. Hay momentos en que el propio Cortés nos parece a punto de perder la serenidad.

Estuve en este pueblo veinte días, que en todos ellos no cesé de buscar ca-

mino que fuese para alguna parte, y jamás se halló chico ni grande; antes por cualquier parte que salíamos arrededor del pueblo había tan grandes y espantosas ciénagas que parecía cosa imposible pasarlas (pp. 402-3).

Púsome en tanto estrecho este estero o ancón que sería imposible poderlo significar, porque pasar por él parecía imposible, a causa de ser tan grande, y no tener canoas en que pasarlo, y aunque las tuviéramos para el fardaje y la gente, los caballos no podían pasar, porque a la entrada y a la salida había muy grandes ciénagas y raíces de árboles que, si volando no, de otra manera era excusado el pensar de pasar los caballos (pp. 413-4).

En todo este tiempo que pasamos este puerto jamás cesó de llover de noche y de día; y eran las sierras de tal calidad que no se detenía en ellas agua para poder beber. Padecíamos mucha necesidad de sed, y los más de los caballos murieron por esta falta, y si no fuera porque de los ranchos y chozas que cada noche hacíamos para nos meter, que dellos cogíamos agua en calderas y otras vasijas, que, como llovía tanto, había para nosotros y los caballos, fuera imposible escapar ningún hombre ni caballo de aquellas sierras (p. 433).

Había diez días que no comíamos sino cuescos de palmas y palmitos, y aun déstos se comían pocos, porque no traíamos ya fuerzas para cortarlos (p. 434).

Y así estuve toda aquella noche con la mayor agua que nunca se vido, y con la mayor pestilencia de mosquitos que se podía pensar, y era tal el monte y el camino, y la noche tan oscura y tempestuosa, que dos o tres veces quise salir para ir a dar en el pueblo, y jamás acerté a dar en el camino, aunque estaríamos tan cerca del pueblo que casi oíamos hablar la gente dél (p. 446).

Tal es el tono general del relato. Ya al final de esta carta, junto con los planes grandiosos de exploración por el Pacífico que antes hemos visto, se extiende Cortés en sus quejas al Emperador, y en la defensa ante los cargos que se le hacen. Quejas, descargos, señalamiento de sus méritos, y reclamaciones por las injusticias que con él se cometen, llenan la correspondencia de Cortés en los veinte años largos transcurridos desde su regreso de las Hibueras, en 1526, hasta que muere en 1547.

Es la parte más penosa de su vida, y la más monótona de sus escritos, aquélla en que procura defender obstinadamente su obra contra intromisiones que le parecen intolerables. No puede Cortés consentir que se le ate corto, que se le resten atribuciones, que se nombren oidores, y un virrey más tarde, para gobernar unas tierras cuya incorporación a la corona de Carlos V ha sido obra tan suya, cuyos problemas siente y comprende mejor que nadie. Y emplea todos los tonos en su reclamación, desde el despecho

y la amenaza hasta la súplica más emocionada y rendida. Su actitud es la del celoso, atormentado terriblemente porque otros poseen y disfrutan el que había sido su gran amor: la Nueva España.

Así reprocha a los demás vicios de los que él no estaba libre: a los oidores, su codicia.

[De proceder rectamente], ellos no pudieran haber tenido, como tienen, cada cincuenta mil castellanos en un año, sin casi otros tantos que han gastado en pagar muchas deudas que trajeron, y enviar a esos reinos, como han enviado, en cabeza de otros, mucha suma de oro y joyas, y gastar en banquetes y fiestas con mugeres y otras deshonestidades, que porque hay desto muchos coronistas, y algunas de las corónicas han enviado a V. M. y su Consejo, yo no me entrometo (pp. 503-4).

A Nuño de Guzmán, presidente de la Audiencia, el haber dado tormentos atroces al señor de Michoacán. ¡El, que había hecho lo mismo con Cuauhtémoc!

Consta cómo le dió a dicho Cazocin crudelísimos tormentos de fuego e agua, quemándole, como le quemó, los pies e piernas e las ijadas, de lo cual estando a punto de muerte lo arrastró e hizo cuartos, so color e diciendo que quería alzarse contra el dicho Nuño Guzmán (p. 509).

Pero el blanco máximo de las iras y del despecho de Cortés es el virrey don Antonio de Mendoza. Pide que se abra juicio de residencia para investigar su conducta, que le parece deplorable. No puede perdonar a Mendoza que haga exploraciones y conquistas por su cuenta.

V. A. sabrá que don Antonio de Mendoza, vuestro virrey en la dicha tierra, dexando de usar el oficio de virrey e gobernador para que V. A. le proveyó, ha entendido y entiende en descubrimientos e conquistas de nuevas tierras, a cuya causa no sólo ha sido y es remiso en proveer las cosas tocantes a la buena gobernación de la tierra, que es su prencipal oficio y para que V. A. le envió, mas por seguir los dichos descubrimientos e conquistas ha hecho muchas extorsiones, fuerzas e agravios, así a los dichos naturales como a pobladores españoles (*Docs. Cuevas,* p. 202).

De todo fué causa el virrey, por entremeterse en las dichas conquistas e descubrimientos y no usar de su oficio sin entremeterse en el ajeno. Porque el dicho virrey no tenía facultad de V. A para las hacer ni descubrir tierras nuevas, antes por V. A. está declarado que cuando al gobernador y audiencia y a su capitán general en la dicha Nueva España pareciere que conviene a vuestro real servicio que se haga alguna guerra o conquista, que acordado, la execución sea al capitán general. Y sin duda ha costado esta rebelión, guerra e descubrimientos del dicho virrey más muertos de los naturales de la tierra, e destruición de sus haciendas, que costó toda la conquista de la nueva España (*ibid.,* p. 204).

No le bastan a Cortés estas censuras. Hasta la conducta de los criados del virrey le escandaliza.

Sus criados y allegados de su casa han hecho muchas cosas feas y perjudiciales en casa de mujeres casadas e doncellas, que no se señalan por la fama de ellas; y de algunas y de todas o las más ha tenido noticia el dicho virrey, y el remedio que ha puesto ha sido decir que guarde cada uno su casa (*Escritos sueltos,* p. 333).

¡Cortés metido a puritano! Un hombre de quien López de Gómara, su capellán y cronista —que no corre peligro de estar entre sus detractores— decía: "Era celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas." Gómara lo dice hablando de mujeres; pero igual le ocurría a Cortés con su conquista. Era celoso en su casa. Y su casa, el lugar de su predilección y de sus afanes, era la Nueva España. De aquí su exasperación al verla en otras manos. No se resigna a perderla, y se nota su amor por ella en que siempre hace mención de que la defenderá como simple soldado cuando protesta porque se le despoja de sus mandos.

Así responde al licenciado Marcos de Aguilar, cuando éste le intima para que renuncie al cargo de capitán general:

Que si el dicho señor licenciado, no obstante lo por el dicho señor gobernador alegado, todavía como justicia le mandare que dexe los dichos cargos, que él, no de su voluntad, pero constriñido de la obidiencia que debe a la justicia de Su Magestad, mandándoselo el dicho señor licenciado, los dexará, con protestación que, si por causa de los dexar, entre los naturales o españoles desta Nueva España hobiere algún levantamiento, bollicio o escándalo por donde la tierra se pierda o venga en disminución de las rentas reales de Su Magestad, dexándose de sacar oro o de pacificar nuevas provincias e tierras, o por otra causa e razón le venga algún deservicio, que sea a culpa e cargo del dicho señor licenciado e no a la de dicho señor gobernador (*Docs. Cuevas,* p. 19).

E ansimismo protestó que habiendo algún levantamiento en los dichos naturales por la dicha causa, que él no iría contra ellos como capitán general, sino como un vecino, mandándoselo el dicho señor licenciado como justicia, e no de otra manera (*ibid.,* pp. 19-20).

Lo mismo, aunque en términos más humildes, le dice al Emperador:

V. M. proveerá lo que sea servido. Lo que yo de mi parte suplico es que V. M. sea servido, pues tan poco conceto se tiene que sabré servir en este oficio, me haga merced de encomendarlo a quien mejor lo sepa, porque, pues hasta aquí no he errado, no querría errar de aquí en adelante. Yo, como un vecino, seguiré lo que me mandaren (*Escritos sueltos,* p. 193).

Y si a V. M. le pareciere que otros lo harán mejor, se les encargue y se les dé autoridad; porque de aquello que V. M. fuere más servido, él recibirá más merced; y cada vez que los que tovieren cargo le mandaren acudir con su lanza, lo hará con toda su posibilidad (*Ibíd.*, p. 238).

Hay en estas frases altanería y orgullo herido; pero hay amor también. Nótese que ni un solo momento Cortés piensa en abandonar la Nueva España. Su tono se va amortiguando y denota cada vez amargura mayor.

Si pareciese a V. S. y mercedes larga escritura ésta para carta mensajera, recíbanla en lugar de petición, que si hubiere de hacer relación de todos los agravios que acá me hacen, y poco remedio que de allá se me provee, aunque llevase tantos pliegos cuantas leguas ha de caminar, serían pocos —dice en 1533— (p. 515).

Yo tengo harto que hacer en mantenerme en una aldea donde tengo a mi mujer, sin osar residir en esta ciudad ni venir a ella por no tener que comer en ella; y si alguna vez vengo porque no puedo escusarlo, si estoy en ella un mes tengo necesidad de ayunar un año —dice en 1538— (*Escritos sueltos*, p. 285).

Véome viejo, y pobre, y empeñado —dice en 1543—[23] (*ibid.*, p. 345).

Donde sobre todo culmina esta amargura es en el memorial dirigido al Emperador en febrero de 1544, que comienza con las palabras famosas:

Pensé que el haber trabajado en la juventud me aprovechara para que en la vejez tuviera descanso; y así ha cuarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer, y a las veces ni bien ni mal, traer las armas a cuestas, poner la persona en peligros, gastar mi hacienda y edad, todo en servicio de Dios, trayendo ovejas en su corral muy remotas de nuestro hemisferio, e inotas y no escritas en nuestras escrituras, y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi rey, ganándole y trayéndole a su yugo y real cetro muchos y muy grandes reinos y señoríos de muchas bárbaras naciones y gentes, ganados por mi propia persona y expensas, sin ser ayudado de cosa alguna, antes muy estorbado por muchos émulos e invidiosos que, como sanguijuelas, han reventado de hartos de mi sangre (p. 567).

Tres años más tarde muere Cortés en España. Y en la primera cláusula de su testamento pide que su cuerpo sea llevado a México, fiel al amor de toda su vida.

Primeramente mando que, si muriere en estos reinos de España, mi cuerpo sea puesto e depositado en la iglesia de la parroquia donde estuviere situada la casa donde yo falleciere, y que allí esté en depósito hasta que sea tiempo, y a mi sucesor le parezca, de llevar mis huesos a la Nueva

[23] No hace falta indicar que Cortés exagera; pero dada la magnitud de sus servicios a la corona, las quejas están justificadas.

España, lo cual yo le encargo e mando que así haga dentro de diez años, y antes si fuese posible; y que los lleve a la mi villa de Cuyoacán, y allí les den tierra en el monasterio de monjas que mando hacer y edificar en la dicha mi villa, intitulado de la Concepción, del orden de San Francisco, en el enterramiento que en el dicho monasterio mando hacer para este efecto, el cual señalo e constituyo por mi enterramiento y de mis sucesores (*Escritos sueltos,* p. 353).

Ni siquiera sus huesos pudieron disfrutar de una tranquilidad que él no pudo conocer en vida.[24] Parece como si el destino de este hombre extraordinario fuera peregrinar eternamente, vivo o muerto, despertando recelos y odio en aquéllos a quienes más había querido servir. Ya sus contemporáneos comenzaron la enumeración de sus defectos, tarea que se ha proseguido hasta hoy; pero que no se olvide un factor esencialísimo en la valoración de Cortés. El amor y la estimación de que gozaba entre los indios. Tenemos de ello muchas pruebas; mas quiero señalar tan sólo una bien característica, la declaración del doctor Cristóbal de Ojeda en el juicio de residencia que se siguió al conquistador.

Asimismo sabe e vido este testigo qu'el dicho don Fernando Cortés confiaba mucho en los indios desta tierra porque veía que los dichos indios querían bien al dicho don Fernando Cortés e facían lo que él les mandaba de muy buena voluntad.[25]

Para Ojeda es éste un cargo contra Cortés. Para nosotros es el máximo timbre de gloria a que puede aspirar, el haberse ganado la confianza, el amor de los indios. No hubiera podido hacerlo de ser un simple tirano ávido de riquezas y de gloria.

[24] Un breve resumen de las andanzas de los restos de Cortés en PEREYRA, *op. cit.*, pp. 426-33. Para información más detallada, consúltese *Postrera voluntad y testamento de Hernán Cortés, marqués del Valle.* Introducción y notas por G. R. G. Conway. México, 1940, apéndice I.

[25] *Residencia de Cortés,* vol. I, p. 123.

*PEDRO MARTIR*

PEDRO MÁRTIR de Angleria fué un clérigo mundano, un humanista. Nació en Italia en 1547.[1] Vivió en España desde 1487, desempeñando cargos importantes, muy metido en la vida de la corte, siendo testigo presencial de muchos de los grandes acontecimientos que señalan el tránsito de los siglos XV al XVI.

Estaba en inmejorables condiciones para tener noticia de los nuevos descubrimientos y conquistas, pues ocupó un puesto en el Consejo de Indias; pero sus muchas ocupaciones y su temperamento curioso e impresionable hacen de él un esclavo de la novedad, que escribe atropelladamente y lanza sus noticias a los cuatro vientos apenas recibidas. De aquí que cultivara el género epistolar. Sus cartas forman una especie de noticiario de la época, abigarrado e inconexo como todos los noticiarios.

Igual carácter tienen sus décadas *De Orbe Novo,* cartas extensas en las que procura ceñirse al tema de los descubrimientos y conquistas llevados a cabo en el Nuevo Mundo. Las décadas son ocho, y fueron por primera vez editadas en su totalidad en Alcalá de Henares, en 1530. Están escritas en un latín enrevesado. "Algunos quisieran más que las escribiera en romance, o mejor y más claro"; diría años más tarde el cronista López de Gómara.[2]

Pedro Mártir nos dice que terminó de escribir sus décadas en 1526, y nos indica también que en dicho año, el 2 de febrero, cumplía los sesenta y nueve de edad.[3] Pero como también nos dice que su memoria estaba muy floja, hasta el punto de olvidársele todo lo que acababa de escribir, los eruditos han podido darse el gusto de discutir la fecha de su nacimiento. A nosotros nos interesa retener que Pedro Mártir estaba viejo y desmemoriado cuando se ocupa de Cortés y la conquista de la Nueva España, lo único que de su obra nos importa ahora.

Desde luego, la base de su relato son las cartas de relación del conquista-

[1] Para datos sobre Pedro Mártir y su obra pueden consultarse la *Biblioteca Americana Vetustissima* de Henry HARRISSE, Nueva York, 1866, p. 123, y el prólogo de la traducción española de las *Décadas* publicada por don Joaquín TORRES ASENSIO con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, con el título *Fuentes históricas sobre Colón y América. Pedro Mártir Angleria.* Madrid, 1892, 4 vols. Vol. I, pp. XXVIII *ss.* Véase también la Introducción a la traducción inglesa de F. A. MACNUTT, *De Orbe Novo,* The Eight Decades of Peter Martyr D'Anghera, Nueva York, 1912, 2 vols.

[2] He manejado las *Décadas* en la traducción española de don Joaquín TORRES ASENSIO, a la que se refieren las indicaciones de tomo y página que siguen a las citas de Pedro Mártir.

[3] "Pues el año setenta de mi edad, en que entraré el 2 del próximo febrero del año 1526, restregándome la memoria con su esponja, me la ha borrado de tal modo, que apenas la pluma ha escrito un período, si alguno me preguntare qué he puesto, le responderé que no lo sé, en particular por venir a mis manos estas cosas anotadas en diferentes tiempos y de varias personas" (t. IV, pp. 377-8).

dor. "Se han recibido cartas de Hernán Cortés, prefecto de la armada del César, escritas desde aquellas tierras que trataba de someter al poder de España, en las cuales se contienen cosas nuevas e inauditas, y sobremanera admirables", dice al comenzar la década quinta. Pero estas cosas nuevas, inauditas y admirables son tratadas por él a vuelapluma, y su relato no pasa de ser un extracto del de Cortés. Cuando éste habla de Ixtapalapa, Pedro Mártir comenta: "De estas cosas refiere muchas menudencias que ya me fatigan con su proligidad" (t. III, p. 180). Y al tratar de la llegada a la Nueva España de Pánfilo de Narváez indica que pasará por alto "muchas menudencias que los griegos y los judíos, como que siempre se vieron dentro de estrechos límites, insertarían en las historias si les hubieran sucedido a sus conciudadanos; pero nosotros, en medio de tal amplitud de asuntos, omitimos no pocas cosas" (t. III, pp. 259-60).

Curiosa explicación. La grandeza del tema, en lugar de requerir una atención mayor, justifica que se le trate atropelladamente. Lo que en realidad ocurre es que el buen deán de Granada estaba desbordado, que su eterna prisa no le daba vagar para un estudio más reposado y sereno. Sincero sí que lo era, pues en otra ocasión nos dice: "Todo lo escribo deprisa y casi en confuso, cuando hay lugar; y no se puede guardar orden en estas cosas porque acontecen sin orden" (t. IV, p. 400).

Este defecto de Pedro Mártir, esta precipitación y falta de madurez con que escribe, se convierte para nosotros en una ventaja, pues hace de su obra un aparato registrador en que se anotan las fluctuaciones de criterio, la desconfianza, con que desde España se seguían los actos de Cortés después de conquistado México.

Se suceden en las dos últimas décadas los juicios contradictorios acerca del conquistador extremeño. Así, cuando nos habla Pedro Mártir de que muchos conquistadores han tenido mal fin, observa que el único que tiene poder y riquezas es Cortés, "pues manda en muchas ciudades y príncipes, en cuyos ríos y montañas hay abundante oro, y no faltan ricas cavernas de minas de plata; pero acaso acerca de él se verificará aquel proverbio vulgar: 'De riquezas, fidelidad y talento, se encuentra en lo secreto mucho menos de lo que pregona la fama.' El tiempo lo dirá" (t. IV, p. 134).

A esta opinión desconfiada, de fondo desfavorable, sigue poco más adelante otra de signo contrario, cuando Pedro Mártir se resiste a creer que Cortés haga ostentación de un fausto excesivo mandando fundir dos cañones de oro: "o lo habrán fingido por envidia, pues sus ínclitas hazañas a toda hora son objeto de líbidos ataques" (t. IV, p. 136).

Esta inseguridad hace que Pedro Mártir pregunte ávidamente a los

que llegan de las Indias cuál es la verdadera actitud de Cortés, si se mantiene fiel a la corona o está en rebeldía, como algunos sostienen. El alguacil Cristóbal Pérez, compañero de Francisco de Garay, el desgraciado explorador de Pánuco, le da noticias sobre el género de vida de Cortés, y añade "que no tiene fundamento la sospecha popular de rebeldía contra el César, concebida por nuestra gente de corte; que ni él ni nadie ha visto en él indicio de traición, y que se quedaron allí preparadas tres caravelas para enviarlas con tesoros al César, juntamente con aquel cañón que llaman culebrina, la cual declara que él examinó diligentemente, que le cabe una naranja, pero que, según su parecer, no tiene tanto oro como cuentan" (t. IV, p. 298).

Un Santiago García, que había salido de Veracruz hacia primeros de abril de 1524, "sostiene asimismo que no se observa en Cortés indicio ninguno de rebelión contra el César, como andan murmurando muchos por envidia. Por la relación de éste y de otros, tenemos que no cabe mayor sumisión a su rey que la de Cortés; que su cuidado es reparar lo arruinado en la gran ciudad de la laguna en tiempo de las guerras; que ha reconstruído los acueductos que entonces cortó para hacer pasar sed a los tenaces sitiados de la ciudad, y que los puentes destruídos están ya arreglados, y renovadas muchas de las casas que se arruinaron; y que poco a poco recobra la ciudad su antiguo aspecto, y no paran las ferias y mercados, y hay la misma concurrencia que antes había de lanchas que van y vienen" (t. IV, p. 312).

Hasta aquí todo va bien; pero lo que cuenta Lope Samaniego "que actualmente está en mi casa" suena de muy distinto modo. Y Pedro Mártir nos dice que se piensa proceder seriamente para resolver de plano este enigma de la conducta de Cortés. "Acerca de Cortés, y de sus malas artes de engañar y seducir, muy diferentes de lo que muchos han contado; asimismo de las claras pruebas de que tiene acumulados montones inauditos de oro, piedras preciosas y plata, introducidos en parte por el pórtico de su inmenso palacio, y en parte furtivamente, de noche, en fardos, por los esclavos de los caciques, sin que lo sepan los magistrados; así también de las ciudades opulentas, con sus municipios y villas innumerables; de las minas de oro y de plata, y del número y grandeza de las provincias y de otras muchas cosas, me reservo hablar en otro tiempo. Se están meditando en secreto ciertos remedios. Sería en mí un delito descubrir cosa alguna al presente. Hasta que se acabe de tejer esta tela que ahora estamos urdiendo, quédense a un lado estas cosas y digamos un poco de otras flotas" (t. IV, pp. 407-8).

Pasa el tiempo. Van y vienen las naves a Indias. Van y vienen noticias contradictorias. Llegan nuevas cartas de Cortés. En ellas se queja de las dificultades que tiene para construir los barcos que han de explorar la Mar del Sur, de los gastos exorbitantes de la empresa. Pero "vienen asimismo cartas particulares y secretas del contador Albornoz, secretario del rey, escritas en caracteres desconocidos, que llaman cifras, que se le dieron a Albornoz al tiempo de partir, porque ya entonces sospechábamos de las intenciones de Cortés. Estas cartas se han escrito contra los astutos manejos de Cortés, su ardiente avaricia y casi manifiesta voluntad de alzarse con el mando. Pero si todas estas cosas son verdad, o sólo se han urdido con ánimo de congraciarse, como acontece muchas veces, lo habrá de decir el tiempo; pues se han elegido ya varones graves que serán enviados para averiguarlo" (t. IV, p. 420).

Este es el secreto de la tela que se estaba urdiendo. El envío de varones graves. Realmente Pedro Mártir, y con él los demás consejeros de Indias, tenían motivos sobrados para no saber a qué carta quedarse. Su inquietud aumenta cuando se cree que Cortés ha muerto en el viaje a las Hibueras. Y envían para que investigue la conducta del conquistador a don Luis Ponce de León, "varón modesto y de esclarecido ingenio, de cuyas disposiciones esperamos que ha de resultar que aquella nave cesárea tan fluctuante ha de ser llevada, bajo felices auspicios del César, a puerto tranquilo. Lleva también orden de atraerse a Cortés, si le encuentra vivo, con mil halagos, y de reducirle a la debida fidelidad, de la cual, sin embargo, no se separó jamás claramente, pues el nombre del rey y emperador fué siempre venerado en su boca y en sus cartas. Pero de lo oculto, como ya hemos dicho extensamente, sospechamos no sé qué por conjeturas y acusaciones de muchos. Hombre de carácter altivo, siempre deseó obtener nuevos honores. Ya hace tiempo consiguió los títulos de Gobernador general y Adelantado de todas aquellas amplísimas regiones que se comprenden bajo el nombre de Nueva España. Hace poco pidió la insignia de Santiago de la Espada, que ya se lleva el citado Ponce para dársela. Pronto marchará; ya ha sido despachado por el César, y saldrá con una flota de veintidós naves. Mas si se encuentra con que ha fallecido Cortés, habrá de obrar en distinta forma: ninguno de los otros se atreverá a erguirse. Con tal que encuentre a los indígenas sin novedad de sublevaciones, todo saldrá bien... (t. IV, p. 444).

Con este signo de interrogación deja Pedro Mártir de ocuparse de Hernán Cortés. Y poco después concluyen sus décadas.

*GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO*

Pocas existencias habrá tan típicas, tan representantivas de la generación excelente que se forma en España en el último cuarto del siglo XV, como la de Gonzalo Fernández de Oviedo.[1] Nace en Madrid en 1478, entra a los doce años en la corte como mozo de cámara del príncipe don Juan, el hijo malogrado de los Reyes Católicos, y con él se educa, recibiendo así la mejor formación posible en aquellos días. Presencia la guerra de Granada, la llegada de Colón a Barcelona ante los reyes, de vuelta del primer viaje a las Indias, trata íntimamente a los hijos del Almirante, don Diego y don Fernando, que también entran a formar parte de la cámara del príncipe don Juan.

Muerto éste en 1497, pasa Oviedo a Italia, al servicio del rey de Nápoles. Allí aprende la lengua, y adquiere libros y conocimientos. "Discurrí por toda Italia, donde me di todo lo que yo pude a saber e leer y entender la lengua toscana, y buscando libros en ella, de los cuales tengo algunos que ha más de cincuenta y cinco años que están en mi compañía, deseando por su medio no perder de todo punto mi tiempo", escribía en 1555 (t. I, p. XVIII, n. 20).

De vuelta a España, en 1502, se casa con "una de las más hermosas mugeres que hobo en su tiempo en el reino de Toledo", Margarita de Vergara, que muere a los pocos meses. Marcha a las Indias en 1514, con cargo de veedor de las fundiciones de oro de Tierra Firme, en la expedición de Pedrarias Dávila, la misma en que iba Bernal Díaz del Castillo.

No le seguiremos en su accidentada y larga carrera. Fué durante años alcaide de la fortaleza de Santo Domingo en la isla Española. Cruzó el Atlántico doce veces, en las condiciones en que entonces se viajaba, con travesías que obligaban a guardar luego cama para reponerse de las penalidades sufridas en aquellos barquitos de madera durante las frecuentes tempestades. Murió en Valladolid en 1557. ¿Tal vez procurando la resolución de algún pleito de los infinitos a que daba lugar la gobernación de las nuevas tierras? No, sino gestionando la impresión de su *General y Natural Historia de las Indias*. En esta obra llevaba trabajando —según él mismo decía enfáticamente— "desde el tiempo que estas partes se descubrieron por el primero almirante don Cristóbal Colom, año de 1492, hasta

[1] Sobre la vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo consúltese la amplia introducción de don José Amador de los Ríos a su edición de la *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, 4 vols., 1851-55 (vol. I, pp. IX-CXII). De ella tomamos los datos sobre la vida de Oviedo; y a la edición están hechas las referencias de tomo y página en las citas.

el presente de 1548; y pues ha cincuenta años que en esto entiendo, creer se debe que es historia" (t. I, p. XIV, n. 10).

No es de extrañar que una persona de curiosidad despierta, tan mezclada como lo estuvo Oviedo en acontecimientos notables, se sintiera impulsada a relatarlos. Y así vemos que, salvo un par de traducciones —la de un libro de caballerías y la de un tratado de devoción—, toda la voluminosa producción original de Oviedo está formada por obras históricas. No hemos de estudiarlas en su conjunto. Nos bastará con fijar la atención en las que tratan de las Indias. Ya en 1526 publica Oviedo un *Sumario de la Natural Historia de las Indias,* compuesto de memoria en España, pues todos sus papeles se encontraban en la isla de Santo Domingo. Es esta obra una breve descripción de las tierras recién descubiertas, con lo más notable de su flora y su fauna, de las costumbres de los naturales, las minas de oro, la navegación.

Los trabajos históricos de Oviedo son altamente apreciados en la corte, pues en 1532 se le nombra cronista general de Indias. En 1535 publica la primera parte de su *General y Natural Historia,* obra en la cual —según antes dijimos— sigue trabajando incesantemente, enriqueciéndola con cuantos datos llegan a su poder, hasta el año de 1548. No pudo tener la satisfacción de verla publicada en vida en su totalidad, a causa, según indica Gómara,[2] de las intrigas del Padre Las Casas, enemigo personal de nuestro cronista. Y así se quedó la obra manuscrita hasta el siglo pasado en que la publicó la Academia de la Historia de Madrid, en cuatro grandes volúmenes.

Bien se daba Oviedo cuenta de que el descubrimiento de las Indias revolucionaba los conocimientos humanos. Conforme Colón había llevado a sus carabelas hasta lugares desconocidos, gracias a nuevos métodos de navegación que nada tenían que ver con los antiguos, practicados siempre a escasa distancia de la costa, también la mente humana debería ahora engolfarse en nuevos conocimientos y buscar nuevos rumbos, soltando amarras de la autoridad de los escritores clásicos. Es un estudio apasionante —que yo no creo que se haya hecho— el del conflicto creado en las mentes renacentistas entre el redescubrimiento y la veneración por la cultura antigua, de un lado, y el acervo de nuevas experiencias que, simultáneamente, vienen a enfrentarse con los resultados de esta cultura y a sacudirla hasta los cimientos. Es un grave dilema el planteado a estos hombres entre la "autoridad" y la propia experiencia que suele contradecirla, entre la avidez

[2] *Vide infra,* p. 133.

por adueñarse de conocimientos adquiridos, y el hecho nuevo que viene a invalidarlos.

Así Oviedo invoca la propia experiencia frente a los miles de libros que otros acumulan. "Las cuales [las materias de estos libros] no he sacado de dos mil millares de volúmenes que haya leído, como en el lugar suso alegado Plinio escribe...; pero yo acumulé todo lo que aquí escribo de dos mil millones de trabajos y necesidades e peligros en veinte e dos años e más que ha que veo y experimento por mi persona estas cosas" (t. I, p. 6 a).

Donde primero aprecia la revolución es en la cosmografía y en las artes de navegación, en las ciencias naturales todas: "Esto que he dicho no se puede aprender en Salamanca, ni en Boloña, ni en París, sino en la cátedra de la gisola, que es aquel lugar donde va puesta la aguja de navegar, e con el cuadrante en la mano, tomando en la mar ordinariamente las noches el estrella, e los días el sol, con el astrolabio" (t. I, pp. 39-40).

Es palpable el orgullo al sentir superados los conocimientos de la antigüedad: "Todo esto es mejor remitirlo a las cartas de navegar y cosmografía nueva, la cual, ignorada por Tolomeo y los antiguos, ninguna cosa de ella hablaron".[3] Y, sin embargo, la antigüedad pesa, y se repiten fábulas y mitos absurdos mezclados con los nuevos descubrimientos.

Cito un poco al azar. Me faltan medios —y conocimientos— para tratar este problema a fondo, y no pretendo más que dar unos botones de muestra del mismo, llevado por la irritación frente a historiadores superficiales que al encontrarse con obras como la de Oviedo la despachan tildándola de ingenua. Ingenua y pedante era la actitud del siglo pasado, que creyó definitivamente ganada la batalla contra el mito y el absurdo. Bien caros pagamos hoy los resultados de esta ingenuidad.

Oviedo tenía un sentido enciclopedista del conocimiento. En su obra vuelca todo, lo mismo una disertación sobre el origen de la sífilis, que las descripciones de plantas y animales raros, que el relato de una expedición de conquista. Su historia es "general y natural", abarca "ciencias naturales" y "ciencias culturales", como diríamos hoy con términos de Rickert. Y si en las primeras la observación puede repetirse cuantas veces se quiera, en las segundas ya sabemos, por los tiempos de Oviedo y los actuales, lo inseguro que es el testimonio humano.

¿Cuál es el método de trabajo del Oviedo cronista? El mismo nos lo dice. Es muy sencillo. Y es el único posible cuando se trata de narrar suce-

[3] *Sumario*, Biblioteca de Autores Españoles, t. 22, p. 473 b.

sos contemporáneos —los únicos cuyo relato nos interesa en Oviedo—: "...pues no escribo de autoridad de algún historiador o poeta, sino como testigo de vista en la mayor parte de cuanto aquí tratare; y lo que yo no hobiere visto, dirélo por relación de personas fidedignas, no dando en cosa alguna crédito a un solo testigo, sino a muchos, en aquellas cosas que por mi persona no hobiere experimentado" (t. I, p. 10 a).

Le concede nuestro cronista una importancia primordial a lo que hoy llamaríamos la vivencia, a la experiencia propia, al haber presenciado los sucesos que relata. De aquí que no conciba lo hecho por Pedro Mártir al escribir sobre las Indias sin moverse de España. "Por cierto yo veo cosas escritas desde España destas Indias que me maravillo de lo que osaron los autores decir dellas, arrimados a sus elegantes estilos, seyendo tan desviados de la verdad como el cielo de la tierra. Y quedan disculpados con decir: 'Así lo oí, e aunque no lo vi, entendílo de personas que lo vieron e dieron a entender.' De manera que se osó escrebir al Papa e a los reyes e príncipes extraños" (t. I, p. 10 b).

Es fundamental haber sido testigo de lo que se va a relatar. Y al hacer el relato hay que estar poseído por el deseo de no apartarse de la verdad, de que la pasión o el interés no deformen deliberadamente los hechos. Cuando Las Casas se duele de lo que Oviedo ha dicho de la desastrosa expedición hecha a Cubagua y Cumaná para ensayar los métodos de colonización pacífica del dominico, el cronista responde con entereza: "En verdad yo no tuve cuenta ni respecto, cuando aquello escribí, a le hacer pesar ni placer, sino a decir lo que pasó" (t. III, p. 552 b). Es de esperar que, si cambia la suerte de Las Casas, le agradará más el relato de Oviedo: "... y que pues él continuaba nuevas empresas, e yo no había de cesar de escribir las materias de Indias en tanto que Sus Magestades desto fuesen servidos, que yo tengo esperanza en Dios que le dexará mejor acertar en lo porvenir que en lo pasado, e así adelante le parecería mejor mi pluma" (t. III, pp. 552-3).

Todo va bien mientras uno ha sido testigo de lo que dice. Lo grave es cuando hay que fiarse de relatos ajenos. Oviedo nunca está suficientemente seguro de la fidelidad de los testigos que le informan.

Yo sé cierto que digo verdad en lo que escribo, y confieso que en las cosas en que no he seído presente podrían haberme engañado los que me dieron relación dellas. Y sé que en estas historias se hallarán particulares materias que contenten a unos y enojen a otros; y para que yo quede sin cargo, y se deba creer que interés ni pasión no movió mi pluma a hablar en perjuicio de nadie, hase de acordar el que lee (si mis palabras no le satisfacen) que es general delicto reprehender los hombres unos a otros. Y por esto no me faltarán a mí murmuradores, menos que faltaron a los

escritores antiguos y más dotos; porque a estas partes han pasado muchas diversidades de hombres y lenguas, e por la mayor parte más codiciosos que continentes, e más idiotas que sabios, e más envidiosos que comedidos, e más personas de baxa sangre que hidalgos e ilustres. E quiero más quedar abonado con uno de los virtuosos, diciendo verdad, que contentar a todos los que no lo son, mintiendo (t. III, p. 256 a-b).

Oviedo se da cuenta de la enorme relatividad del conocimiento histórico, de que hay muchos motivos que pueden deformar el testimonio de un mismo hecho dado por diversos testigos.

Pero como el entendimiento de los hombres sea mucho mejor en unos que en otros, no es de maravillar que discrepen en sus dichos e aun en sus hechos, en especial en cosas semejantes, en qu'el intento e afición e interés particular causa esas diversidades en la información que algunos me han dado en lo que no he visto. E como sólo Dios es el que sabe e puede entender a todos, yo como hombre podría ser engañado, o no tan al propio informado como conviene; pero oyendo a muchos, voy conociendo en parte algunos errores, e así voy e iré enmendando donde convenga mejor distinguir lo que estoviere dudoso o desviado del camino derecho (t. III, p. 547 a).

Puesto que los doctos también yerran —y bien nos lo recuerda Oviedo con sus rectificaciones a Pedro Mártir—, hay que tomar los informes de donde vengan, aunque se trate de gente ignorante. Tiempo habrá de corregirlos luego.

Aunque os parezca, letor, que algunas cosas que aquí se tocan, e pueblos e provincias que aquí se nombran, es superfluo, e que la cosmografía anda escura por culpa de lo qu'estas relaciones hacen, que ni distinguen los asientos e promontorios e costas de las mares e de los ríos e lagos, ni dicen los grados ni alturas de cada provincia e pueblo, ni en qué clima o paralelo están, sino así a modo soldadesco, como si para ellos solamente fuese, no creáis que aunque haya en ellos esos e otros defetos, que dexa de ser provechoso para adelante en alguna manera. Porque, sin duda, todo lo que escribió Claudio Tolomeo Alexandrino en su *Geographia,* e lo que acumuló Plinio en su *Natural Historia,* o la mayor parte dello, otros lo dixeron y escribieron en pocas, o menos, e gruesas palabras, oídas a los que lo vieron antes, e los segundos lo apuntaron mejor (t. III, p. 487 a-b).

Hay que reunir la mayor cantidad posible de informes y esforzarse por llegar al fondo común que se esconde bajo su diversidad.

Con estos dos capítulos, e con los dos de suso, se acabará esta relación qu'el cronista acumuló y entendió de personas fidedignas que se hallaron presentes en esta conquista. E no le parezca al que lee qu'es contradecirse lo uno a lo otro, porque los hombres, así como son de diversos juicios e condiciones, así miran y entienden las cosas diferenciadamente, e las cuentan, puesto que vengan los unos e los otros a una general e mesma conclusión, e

aun a las veces se contradicen en muchas cosas puntualmente. Cada día vemos que se ofrecen casos no pensados, e aun acordados. E queriendo un juez o príncipe informarse de la verdad, juran los testigos e deponen diferenciadamente, con más o menos palabras, e diciendo uno las particularidades que otro testigo calla, o no entendió, o no las supo entender aunque las vido: de forma que en un mesmo negocio hay diversas pruebas, e aunque sean contestes en la sentencia e sentido, son apartados en deponer unos mejor que otros. Así, con estas condiciones, habéis, letor, de pensar lo que está dicho, e lo que demás se dirá desta conquista, habiendo por máxima que yo me he informado de personas que merecen ser creídas, e que en todo se hallaron. Déstos tomé y examiné lo que conviene a la materia, aunque parezca, como he dicho, que va salteada (t. III, p. 506 a-b).

En Oviedo encontramos una escrupulosidad exquisita para señalar siempre de dónde provienen sus informes. Y cuando se encuentra con que de un solo hecho hay versiones distintas, las reproduce todas en su integridad. Este proceder ha atraído sobre su cabeza las censuras de los historiadores "críticos". Fueter, por ejemplo, dice de él en su *Historia de la historiografía moderna*: "Es una prueba de imparcialidad el haber dado cabida a informaciones de distintos lados; pero lo que denota su falta de sentido crítico es el que no supiera elegir entre sus diversos informes. Su obra es una mina de útiles noticias históricas, pero no es una historia".[4]

El juicio de Fueter es excesivamente desfavorable. No creo que sea muy superior al método de Oviedo, con sus relatos contradictorios por separado, el de muchos historiadores modernos con sus reconstrucciones elaboradas en mosaico, con retazos tomados de aquí y de allá. El método de Oviedo es muy sincero y muy claro. Y en cuanto a lo de no saber elegir, al no decidirse, es posible que tuviera en ello más sentido crítico que muchos historiadores de hoy, influídos por el método de las ciencias no históricas. ¿Qué culpa tenía él, por ejemplo, de que al relatar el primer viaje de Colón dijeran unos que era el Almirante quien se había descorazonado y quería volverse, mientras otros mantenían que era el propio Colón quien se había impuesto a su gente, partidaria de volverse atrás? Oviedo da las dos versiones.[5] ¿Es que hoy, con toda la montaña que forma la bibliografía colombina, sabemos cuál de las dos es la verdadera?

Hechas estas observaciones —sin otra ambición que la de precisar un poco lo que Oviedo es como cronista—, pasemos a lo único que de su obra nos importa aquí, al libro XXXIII de su *General y Natural Historia de las*

[4] Ed. Fueter, *Histoire de l'Historiographie moderne*, París, 1914, p. 369.
[5] OVIEDO, *Historia*, vol. I, pp. 21-25.

*Indias,* "el cual trata de la provincia e gobernación e conquista e población de la Nueva España".[6]

Oviedo, en su calidad de cronista de Indias, poseía cédulas reales para que los conquistadores y gobernantes le enviasen relación de todo lo que pudiera tener interés para su obra. Estaba muy ufano con estas cédulas, pues alude a ellas repetidas veces. "Porque tengo cédulas y mandamientos de la Cesárea Magestad, para que todos sus gobernadores e justicias e oficiales de todas las Indias me den aviso e relación verdadera de todo lo que fuere digno de historia, por testimonios auténticos, firmados de sus nombres e signados de escribanos públicos, de manera que hagan fe" (t. I, p. 10 a). Vemos que el buen Oviedo tomaba sus precauciones.

En uso de estas prerrogativas le escribe a Hernán Cortés pidiéndole datos sobre la conquista de la Nueva España. El conquistador no parece hacerle demasiado caso, lo cual hiere el amor propio de nuestro cronista. "Demás desto digo que yo tengo cédulas reales para que los gobernadores me envíen relación de lo que tocare a la historia en sus gobernaciones para estas historias. Y escribí e avisé al marqués del Valle, don Hernando Cortés, para que me enviase la suya, conforme a lo que sucesivamente mandaba; e remitióme unas cartas misivas que le escribió a Su Magestad, de lo sucedido en aquella conquista, e no curó de más. E désas, e de lo que me informaron, de todo haré memoria en este libro XXXIII" (t. III, p. 258 a-b).[7]

Así es que Oviedo hace su relato sin apartarse un punto de las cartas de relación, pero aprovecha cualquier motivo para enmendarle la plana a Cortés. Incluso le discute sus puntos de vista sobre la belleza de una ciudad, como ocurre al hablar de Cholula.

> Decía Hernando Cortés en sus cartas que es aquella ciudad por defuera más hermosa que todas las de España porque es muy torreada e llana. Pero yo diría que la ciudad que ha de parecer bien desde fuera no ha de ser llana, sino encumbrada e asentada en ladera, así como Granada, Toledo, Cuenca e otras, que, por no ser llanas, son muy hermosas viéndolas desde fuera; e Burgos es asimesmo hermosa población por no ser llana. E de día parecen muy bien desde lexos, e de noche por consiguiente, porque como las casas están más altas unas que otras, vense muchas lumbres a prima noche, y es muy hermosa la vista de tales poblaciones. Las que están en llano se han de mirar, no desde fuera, como Cortés dice, sino desde alguna torre alta, para que bien parezcan, así como Gante en Flandes, e Milán en Lombardía, e Sevilla en España, e otras que están asentadas en lo llano (p. 277 b).

[6] Comprende las pp. 256-556 del t. III, ed. Amador de los Ríos.

[7] A partir de esta cita, todas se refieren al t. III de la ed. Amador de los Ríos. Por ello nos limitamos a indicar la página.

Esta actitud de reserva frente a lo que Cortés dice, se aprecia bien en los comentarios que hace Oviedo a la prisión de Moctezuma, y a la sumisión dada por éste y sus vasallos a Carlos V.

Y en la verdad, si como Cortés lo dice o escribió, pasó en efeto, muy gran cosa me parece la conciencia y liberalidad de Montezuma en esta su restitución e obidiencia al rey de Castilla, por la simple o cautelosa información de Cortés, que le podía hacer para ello. Mas aquellas lágrimas con que dice que Montezuma hizo su oración e amonestamiento, despojándose de su señorío, e las de aquéllos con que le respondieron aceptando lo que les mandaba y exhortaba, a mi parecer su llanto quería decir o enseñar otra cosa de lo qu'él y ellos dixeron; porque las obediencias que se suelen dar a los príncipes, con risa e con cantares, e diversiones de música e leticia en señales de placer se suele hacer, e no con lucto ni lágrimas e sollozos, ni estando preso quien obedece (p. 297 a).

También se le hace duro de creer a Oviedo lo que cuenta Cortés de la destrucción de los ídolos y de la buena voluntad con que los indios la aceptaban.

Y así todo esto que está dicho lo escribió Hernando Cortés al Emperador nuestro señor. E bien pudo Dios dar lugar a ello; pero para mí yo tengo por maravilla, e grande, la mucha paciencia de Montezuma e de los indios principales que así vieron tratar sus templos e ídolos. Mas su disimulación adelante se mostró ser otra cosa, viendo que una gente extranjera e de tan poco número les prendió su señor, e por qué formas los hacía tributarios, e se aniquilaban e disipaban sus templos e seta, en que ellos e sus antecesores estaban. Recia cosa me parece comportarla con tanta quietud; pero adelante, como lo dirá la historia, mostró el tiempo lo que en el pecho estaba oculto en todos los indios generalmente (pp. 303-4).

Oviedo no es, como vemos, tan ingenuo como se ha dicho. Se daba cuenta de que Cortés forzaba los hechos en su deseo de dar por concluída, de modo prematuro, la sumisión de los indios. Claro que Oviedo, cuando escribe, tenía ya noticia de lo ocurrido con posterioridad, y del desastre en que había parado la primera entrada de los españoles en México.

Llegamos a la expedición de Pánfilo de Narváez contra Cortés. Aquí Oviedo extrema sus precauciones, y aplica el método de que antes hemos hablado, dando cabida al relato de las dos partes contrarias. "Lo que la historia cuenta en este capítulo es asimesmo conforme a la relación qu'el capitán Hernando Cortés escribió a César de la prisión del capitán Pánfilo de Narváez" (p. 308 a). "Acordaos, letor, de que a esto que Cortés dice, decía después en Toledo al revés Pánfilo de Narváez, como adelante se dirá" (p. 314 a).

Prosigue el relato con este lujo de advertencias y salvedades, y al concluirlo indica Oviedo:

Otras palabras muchas e a su propósito dice en este caso Cortés, encareciendo su partido, que ni yo niego ni las apruebo tan puntualmente como su carta dice; porque, como he dicho, esta relación se escribió por él. Mas porque dixe de suso que diría lo que al revés de todo esto decía Pánfilo de Narváez, digo qu'el año de mil e quinientos e veinte y cinco, estando César en la ciudad de Toledo, vi allí al dicho Narváez, e públicamente decía que Cortés era un traidor, e que, dándole Su Magestad licencia, se lo haría conocer de su persona a la suya; e que era hombre sin verdad, e otras muchas e feas palabras, llamándole alevoso e tirano e ingrato a su señor, e a quien le había enviado a la Nueva España, que era el adelantado Diego Velázquez, a su propia costa, e se le había alzado con la tierra, e con la gente e hacienda, e otras muchas cosas que mal sonaban. Y en la manera de su prisión la contaba muy al revés de lo que está dicho (pp. 315-6).

Vamos viendo que Oviedo es muy prolijo. No reproduciremos todo su extenso comentario, que puede resumirse diciendo que toma partido por Cortés. "Mas en la verdad, quitado aparte este escrúpulo de no acudir Cortés a Diego Velázquez, cuyo capitán e sostituto fué enviado, en lo demás valerosa persona ha seído e para mucho" (p. 316 b). Llega a decir Oviedo que en los hechos de los hombres no es sólo la razón quien decide, sino también la mano de Dios. "Yo veo qu'estas mudanzas e cosas de gran calidad semejantes, no todas veces anda con ellas la razón que a los hombres les parece qu'es justa, sino otra definición superior e juicio de Dios que no alcanzamos" (*ibid.*). Ahora bien, si Cortés ha ganado en su contienda con Narváez, no es difícil averiguar de qué lado piensa Oviedo que está la Providencia. Más adelante nos dirá claramente que Cortés era el llamado a hacer la conquista contra todas las dificultades que se lo estorbaran.

Entramos en el relato de las escenas de la sublevación mexicana, de las luchas de Cortés y los suyos para dominarla. Incidentalmente apunta la infantil pedantería de Oviedo, como al dar noticia de los ingenios que Cortés manda construir para batir las albarradas de los indios; pero nótese que el comentario es ya favorable para el conquistador, a diferencia de lo que ocurría al hablar de Cholula. "Estos arteficios suelen llamar los arquitectos *testugines* o tortugas, como largamente Vitruvio las describe, e asimesmo Flavio Vegecio en su tratado del *Arte militar*. No sé yo si de tal ciencia Hernando Cortés toviese noticia; pero su ingenio e habilidad era a más que eso bastante" (p. 320 b).

Cortés y sus compañeros se han ido adueñando del ánimo de Oviedo conforme éste avanza en el relato de sus hazañas, y no dejan lugar a otro sentimiento que la admiración cada vez más exaltada. Cortés será ya defendido por Oviedo en momentos en que su conducta ha dado lugar a discusiones. Así, cuando llegan los hombres de Francisco de Garay, Cortés y los

suyos decían haberlos atendido muy bien: "otros dicen en esto muy al revés, e que se les daba buenas palabras, e que por otra parte los impidieron, e tuvieron forma para que de necesidad se quedasen en la tierra, e los navíos al través. Pero dexemos estas contiendas, que usanza es de los hombres de guerra usar de todas sus cautelas posibles para que se aumente su exército, en especial tras una necesidad tan notoria como la que en esa sazón tenía Cortés de gente" (p. 335 a-b).

Tampoco cree Oviedo que Cortés fuera culpable de la muerte de Francisco de Garay, como algunos decían. "Otros terceros juzgaron esta súbita muerte o tan acelerada del dicho adelantado en diferentes maneras e sentidos, en que yo no me entremeto, porque tengo por tan natural muerte al hombre la que es súbita e arrebatada como las que son dilatadas, pues muchas veces las vemos" (p. 455 b).

Esta actitud de Oviedo nunca se convierte en devoción incondicional por el caudillo extremeño. Cuando llega Cristóbal de Tapia a examinar la conducta de Cortés, con la pretensión de quedarse como capitán y gobernador de la Nueva España, Oviedo defiende al conquistador que se lo impide, pero sin compartir plenamente lo que éste dice de Tapia. "De manera que refiere Hernando Cortés por su relación que la ida de Tapia e no tener expiriencia de la tierra e gente della causaron harto bullicio, e que, si allá quedara, fuera muy dañoso. E a este propósito dice otras cosas que tocan más a particulares pasiones que a limpia historia ni a delectación de quien la leyese, e por eso se dexan de escribir" (p. 432 a).

Más grave le parece aún a Oviedo lo que dice Cortés de ir a Cuba para matar a Diego Velázquez, porque está harto de todas las trabas que pone a su empresa. "No creo yo qu'estas palabras parecieron bien a César, porque yo oí murmurar dellas a personas graves, e aun juzgarlas por desacatadas, en especial escribiéndolas a Su Magestad, habiendo respecto qu'el Diego Velázquez estaba en la isla de Cuba, como la historia lo ha contado, donde Cortés no tenía que hacer" (p. 469 a-b).

Ni puede perdonar nuestro cronista los juicios de Cortés sobre la mala gobernación de las islas. Aquí se sentía muy directamente aludido y hace un larguísimo razonamiento en defensa propia. "Mejor acertara Hernando Cortés en decir que las islas de Cuba e Jamaica e San Juan están destruídas e cuasi despobladas por causa de la Nueva España e de los descubrimientos de la Tierra Firme" (p. 473 b).

Nos hemos detenido quizá más de la cuenta en este análisis para recalcar que Oviedo no es en modo alguno incondicional de Cortés, para mejor poder apreciar que sus elogios a la obra del caudillo resultan de un entu-

siasmo puro y espontáneo, nacen del asombro que le causan las hazañas realizadas por el conquistador y sus hombres. Su primer gran elogio lo hace Oviedo precisamente con ocasión de la salida de México. "Paréceme a mí que este trabajo e vencimiento de los indios, executado en la persona del capitán Hernando Cortés y en los vencidos españoles que con él se hallaron los hace más gloriosos a todos en general, e a él en especial, que a capitán ni mílites de todos cuantos en estas partes e Indias han meneado las armas" (pp. 325-6). También elogia la decisión que toma el conquistador de no volverse a Veracruz, a pesar de que su gente le requiere para ello. "Paréceme que la respuesta que a esto les dió Hernando Cortés, e lo que hizo en ello, fué una cosa de ánimo invencible e de varón de mucha suerte e valor" (p. 332 a).

Donde más se abandona al elogio la pluma del cronista es al narrar la vuelta sobre México y el cerco de la ciudad. Cortés es ahora sin rodeos el elegido de Dios.

> Como el capitán Hernando Cortés estaba lastimado e sentido de las cosas pasadas con los de México, e sus ánimos e deseos no le daban lugar a olvidar sus trabaxos, e sus pensamientos eran de persona valerosa, puédesele muy bien aplicar aquella sentencia de Platón que dice: 'Tal es cada uno cual es la cosa que ama, e aquélla en que se deleita'. Así que este capitán, que tan inclinado e amigo de la guerra fué, e tan suficiente a tan alta empresa, no se puede comparar mejor su persona que a la grandeza della mesma; e aun así se debe creer que quien para ella le conservó contra muchos estorbos e contradicciones sabía mejor que los hombres cuán necesario era tal capitán para que se sirviese Dios dél en estas cosas e conquista de la Nueva España (p. 336 a).

Las alabanzas, con su pomposo cortejo de citas clásicas, se acumulan ahora con el menor motivo. "Pero como a los españoles e su exército había Dios proveído de capitán general en quien concurrían las calidades que Ciro, rey de Persia, decía, 'qu'el oficio del príncipe ha de ser sobreponerse a los otros en prudencia, consejo, industria e fatiga, no ociosidad, e quietud e voluptad', todas estas buenas partes cabían en la persona de Hernando Cortés" (p. 340 a-b).

Cuando Cortés inicia su segunda marcha sobre México, Oviedo lo parangona con Julio César; pero el español es superior al romano.

> Sin duda alguna la habilidad y esfuerzo e prudencia de Hernando Cortés muy dignas son que entre los caballeros e gente militar en nuestros tiempos se tengan en mucha estimación y en los venideros nunca se desacuerden. Por causa suya me acuerdo muchas veces de aquellas cosas que se escriben del capitán Viriato, nuestro español y estremeño. E por Hernando Cortés

me ocurren al sentido las militares fatigas de aquel espejo de caballería, Julio César, dictador, como parece por sus *Comentarios,* e por Suetonio e Plutarco e otros autores que en conformidad escribieron los grandes hechos suyos. Pero los de Hernando Cortés, en un mundo nuevo o tan apartadas provincias de Europa, e con tantos trabaxos e necesidades e pocas fuerzas, e con gente tan innumerable e tan bárbara e belicosa, e apacentada en carne humana —e aun habida por excelente e sabroso manjar entre sus adversarios—, e faltándole a él e a sus milites el pan e vino e los otros mantenimientos todos de España, y en tan diferenciadas regiones e aires, e tan desviado o lexos de socorro e de su príncipe, cosas son de admiración.

César hobo sus batallas en provincias e partes pobladas e proveídas e de las mejores del mundo, en compañía de sus propios e muchos romanos, e naturales, e otras gentes de razón; e Viriato dentro de España, en su patria. Pero acá en estas tierras el menor peligro es el que de los hombres se puede recrecer, por grande que sea, a respecto de la contradición de los aires e climas e regiones tan dificultosas a la salud de los que nuevamente las conocen, tan diferentes de las de España, en nuevo horizonte e debaxo de estrellas no vistas sino por acá; las aguas de muchas maneras e diferentes sabores, e así de las otras cosas de que los cuerpos humanos han de ser alimentados, agenos de aquellos manjares que primero usaron nuestros estómagos, así en el gusto como en la digistión, faltando el médico, y el cirujano, y el lecho, e otras cosas tan necesarias como la vida las pide (p. 360 a-b).

No es sólo Cortés quien hace desatarse las alabanzas de Oviedo. Son también los compañeros del conquistador, dignos de semejante jefe.

Quiero decir qu'esta gente qu'el capitán Hernando Cortés traía, ya de tiempo atrás muchos dellos habían exercitado las armas, cuando a aquella tierra pasaron, e las habían seguido en España e otras partes; e aunque lo de estas nuestras Indias es nueva forma de trabaxos, diéronse a ellos, y entendiéronlos e comportáronlos como españoles (p. 446 a-b).

No encuentra Oviedo para estos hombres mejor calificativo que el de *cortesanos,* "qu'es en la verdad no poco, sino muy honroso apellido para todos aquéllos que en esta empresa se hallaron, e se precien mucho della e del nombre" (p. 361 a).

Lo que no encontramos por ninguna parte en Oviedo es un reconocimiento claro del valor y la tenacidad admirables de los mexicanos. En este respecto queda muy por debajo de Cortés. No comprendió a los indios, frente a los que mantiene una actitud de desconfianza y desprecio, creyéndolos siempre dispuestos a rebelarse.

Cuanto más seyendo los unos [los españoles] gente política e fundada sobre mandar, e la otra [los indios] sobre salvajes e viciosos e ociosidad; los unos cristianos, los otros infieles idólatras e de abominables vicios. Las cosas que son usadas e aprendidas en largos tiempos y edades envejecidas no se pueden desarraigar ni quitar tan sumaria e fácilmente que se les olvide a

los viejos; y en tanto que aquéllos viven, han de vivir sus heredados vicios (p. 456 b).

Juicios como éste atrajeron sobre Oviedo las justas censuras del padre Las Casas.

Las cartas de Hernán Cortés dan materia a Oviedo para cuarenta y cuatro capítulos de los cincuenta y siete que tiene su relato de la conquista de la Nueva España. Los trece restantes los escribe a base de varias relaciones y cartas, una de ellas del virrey don Antonio de Mendoza. La relación más interesante es la de "algunos caballeros e mílites que se hallaron en la conquista de la Nueva España" (p. 494), —Oviedo no dice quiénes son—, porque en ella se cuenta que Moctezuma había rogado a Cortés que salieran los españoles de México ya antes de la llegada de Narváez. Cortés le respondió a Moctezuma que carecía de barcos para irse, y ordenó que los construyeran.

El episodio aparece relatado en Gómara con las mismas palabras de Oviedo. Sin duda, conoció el manuscrito de la obra de nuestro cronista. ¿Por qué no mencionó Cortés esto en sus cartas de relación? ¿Creyó, tal vez, que era una fluctuación más de Moctezuma, a las que tan acostumbrado estaba desde que había iniciado la marcha sobre México? ¿O es que lo silenció para poder echar toda la culpa de la rebelión a la venida de Pánfilo de Narváez? Más bien me inclino a pensar lo primero, pues de lo contrario hubiera sido imperdonable torpeza salir de México contra Narváez, dejando el mando a Pedro de Alvarado, que no era ningún prodigio de ductilidad. El relato, que en Oviedo se encuentra aparte, es ya incorporado por Gómara a la narración de la conquista. Convenía destacar la oposición de Moctezuma y de los mexicanos, a la vista de hechos posteriores, para que no pudiera tacharse de imprudente y excesivamente confiada la conducta de Cortés. Pero de esto hablaremos más adelante.

Tampoco carecen de interés los datos que suministra a Oviedo un hidalgo extremeño, Juan Cano, que había ido a la Nueva España con Pánfilo de Narváez, y casado más tarde con la viuda de Cuauhtémoc, doña Isabel de Moctezuma. Este hidalgo, nada afecto a Cortés, pasó por Santo Domingo en septiembre de 1544, y Oviedo aprovechó su presencia en la isla para interrogarle ávidamente sobre algunos puntos oscuros de la conquista de la Nueva España. Fiel Oviedo a su propósito de no comprometerse reproduciendo testimonios ajenos, mantiene en su *Historia* bajo forma de diálogo

su conversación con Juan Cano.[8] Los informes de éste no aclaran plenamente los puntos oscuros. Preguntado por Oviedo a qué se había debido la rebelión de los mexicanos en ausencia de Cortés, le contesta: "Señor alcaide, eso que preguntáis es un paso en que pocos de los que hay en la tierra sabrán dar razón, aunque ello fué muy notorio, e muy manifiesta la sinrazón que a los indios se les hizo. E de allí tomaron tanto odio con los cristianos que no fiaron más dellos, e se siguieron cuantos males hobo después, e la rebelión de México". Luego echa la culpa de lo ocurrido a Pedro de Alvarado. Se manifiesta la aversión de Cano a Hernán Cortés en todo lo que dice. Que cuando la Noche Triste se quedaron en México doscientos setenta españoles porque no se les avisó de la salida. Que la cifra de pérdidas que consigna Cortés en aquella ocasión es mucho menor que la verdadera. Que no es cierto que Cortés hubiera quedado manco de la mano izquierda. Se nota en todas las respuestas de Cano, verdaderas o falsas, una terrible animosidad contra Cortés, lo cual, claro está, ha hecho que su testimonio sea considerado como valiosísimo por muchos historiadores. Oviedo se limita a registrar, sin comentarios, lo que Cano dice.

Pero la duda le debe quedar dentro. Y así termina, con una nota de vacilación, este relato de la empresa de Hernán Cortés en que hemos visto a Oviedo arrebatado por el entusiasmo.

> Yo me hallo ya en España en este año de mil e quinientos e cuarenta y ocho años, e diré aquí solamente dos cosas para conclusión de aqueste libro hasta este presente tiempo. La una es que, como todos los sabios mejor pueden advertir e sospechar, lo que no ve el historiador, forzado es que escriba por diversas informaciones; y en lo que toca a esta Nueva España, yo he dicho lo que supe de personas que son calificadas e de crédito; e también no he dexado de decir lo qu'el mesmo Hernando Cortés, e sus cartas e relaciones dirigidas al Emperador, nuestro señor, le informaron (p. 553 a-b).

Esta misma vacilación, esta nota baja, la mantiene Oviedo al dar noticia de la muerte de Hernán Cortés.

> Brevemente quiero contar el fin de don Hernando Cortés, marqués del Valle primero; y será en esto sumaria mi pluma, porque he visto algunos memoriales o acuerdos escritos por algunos aficionados suyos, a quienes se les encomendaría que escribiesen en su alabanza, o ellos por su comedimiento harían por complacer a sus sucesores, o por cualquier causa que a ellos les moviese. Mi fin es otro, e decir lo que compete a mi historia, e no más (p. 554 a).

¿Le pareció a Oviedo exagerado el elogio del conquistador hecho por López de Gómara, al que sin duda alude en el párrafo que precede? ¿O es

[8] Oviedo, *Historia*, lib. xxxiii, cap. liv, pp. 547-53.

que temió ponerse abiertamente contra una corriente de opinión desfavorable al caudillo extremeño, él que tenía un cargo oficial como cronista de Indias? ¿Qué queda en el vergonzante comentario que sigue del paralelo con Julio César, de Ciro rey de Persia, de toda la cabalgata de elogios a que nos había hecho asistir Oviedo?

Téngalo Dios en su gloria al marqués, que en la verdad digno es de mucha memoria: y él es el principio e fundamento de su casa y estado, e por su persona e méritos grandes lo ha adquirido, como la historia presente, aunque sumariamente, lo ha contado (p. 555 b).

De toda la gloria de Cortés no retiene el buen Oviedo sino el marquesado. No aporta este cronista testimonios tan precisos como los de Pedro Mártir que justifiquen una franca actitud de desconfianza frente a Cortés. Hay una abierta contradicción entre el contenido de su libro y la manera de concluirlo. ¿Hasta qué punto se vió Oviedo influído, coaccionado por el ambiente? Si realmente sufrió un cambio su apreciación de Cortés ¿por qué no corrigió lo escrito? No lo sabemos.

*FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA*

Los dos historiadores de que acabamos de ocuparnos tratan la conquista de México entre otros hechos del descubrimiento y conquista de las Indias. Base de sus relatos son las *Cartas* de Hernán Cortés, sin grandes modificaciones, en especial para Fernández de Oviedo. Hemos podido, pues, despacharlos brevemente. Pero el caso de Francisco López de Gómara es muy distinto. Gómara es el primer historiador que dedica libro aparte al relato de la conquista de México, libro que se imprime antes que ningún otro sobre este tema, que es discutido y censurado desde el momento mismo de su aparición, denunciado y recogido, reeditado múltiples veces, traducido a varios idiomas, y que está condenado hoy en México a un olvido casi total. Libro, pues, que merece por muchas razones que nos ocupemos de él con todo detenimiento.

Su autor, como buen renacentista, sentía grandes ansias de inmortalidad. Era para él esencial que los hechos de los hombres, en el campo de las armas y en el de las letras, no cayeran en el olvido. Y tuvo buen cuidado de anotar la fecha y el lugar de su nacimiento en una de sus obras, los *Anales del Emperador Carlos V*. Pero este libro no vió la luz sino hace pocos años, y con él los datos que Gómara consignó sobre su nacimiento.

El historiador norteamericano Roger Bigelow Merriman es quien ha dado por primera vez a la prensa, en 1912, los *Anales* de López de Gómara.[1] Todo lo que antes se sabía de la vida de este autor se encuentra en la "Noticia" publicada por don Enrique de Vedia en los preliminares a su edición de los *Historiadores primitivos de Indias*, que forma parte de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.[2] Los datos reunidos por Vedia, no siempre exactos, y difíciles de comprobar, pues no indica de dónde los ha obtenido, han sido rectificados y completados por Merriman, a base de los que se encuentran en los *Anales*.[3] Los extractaré aquí, pues la obra del profesor norteamericano no parece haber alcanzado gran difusión entre los historiadores de habla española.

No nace Gómara "en Sevilla, por los años de 1510", como afirma Vedia y como se ha seguido repitiendo, sino en Gómara, pueblo de la provincia de Soria, en Castilla la Vieja, el domingo 2 de febrero de 1511, según lo dice él mismo en los *Anales*, como acabamos de indicar. "Año de 1511. Nace

[1] *Annals of the Emperor Charles V* by Francisco López de Gómara. Spanish text and English translation, edited with an introduction and notes by Roger Bigelow Merriman. Oxford, 1912.

[2] *Historiadores primitivos de Indias*. Colección dirigida e ilustrada por D. Enrique de Vedia, t. I (B. A. E., t. 22), pp. XIII-XV.

[3] Merriman, *op. cit.*, pp. IX-XIII.

Francisco López en Gómara, domingo de mañana, que fué el día de la Purificación de Nuestra Señora, que llaman Candelaria; el cual hizo estos años, y las guerras de mar de nuestros tiempos, y la historia de las Indias, con la conquista de México, y piensa otras obrillas; y, pues lo ha trabajado, es razón que lo goce en compañía de tantos buenos varones" (p. 182).

Muy poco es lo que se sabe de su vida. Merriman no ha encontrado comprobante a la afirmación de Vedia de que estudió en la Universidad de Alcalá de Henares y fué en ella profesor de retórica. No hay noticia cierta de su vida hasta los veinte años, en que el mismo Gómara nos dice que se hallaba en Roma. Cree Merriman que ocuparía un puesto en la corte pontificia, pues era sacerdote, aunque ignoramos desde cuándo. En 1540 sabemos, también por indicación suya, que estaba en Venecia. Se ignora si en el tiempo transcurrido entre estas dos fechas —1531 y 1540— salió de Italia. Merriman supone, con visos de certeza, que no.

En 1541 toma parte en la desastrosa expedición de Carlos V contra Argel, a la cual también asistió Hernán Cortés. Por entonces debió trabar Gómara amistad con el conquistador, y entrar a su servicio. "Siendo su capellán y criado después de marqués, cuando volvió la postrera vez a España", dice Las Casas en su *Historia de las Indias*.[4] Es decir, que Gómara entra al servicio de Cortés hacia los treinta años, cuando el conquistador tiene ya cincuenta y seis, cuando sigue a la corte haciendo las penosas reclamaciones que han de continuar hasta su muerte, ocurrida en 1547. Cabe suponer que Gómara no se separó mucho de él durante estos seis años, en los que obtendría los datos para su *Conquista de México*.

Muerto el conquistador, sabemos que Gómara siguió residiendo en Valladolid. Ignoramos la fecha exacta de su muerte, posterior a 1557 y anterior a 1566. Murió, pues, todavía joven, por la primera época del reinado de Felipe II.

A primera vista cabría pensar, dada la escasez de los datos que poseemos sobre la vida de Gómara, que su deseo de inmortalidad no se vió satisfecho. Pero no es así. Nos quedan sus libros, y ellos son suficientes para colmar la ambición de un intelectual, de un humanista tan destacado como lo fué Gómara. Sus libros nos dicen todo lo que callan otros documentos. Lo que le dió la Italia renacentista podemos apreciarlo en la extraordinaria solidez de su cultura. La impresión que le produjo el panorama magnífico de la

[4] Las Casas, *Historia de las Indias*, lib. III, cap. CXIV. Ed. Reparaz, Madrid, Aguilar, s. a., t. III, p. 194.

España auténticamente imperial de Carlos V se refleja en su exclusiva dedicación a la historia. Su gran conocimiento de los hombres, su aptitud para la biografía, culminan en la veneración que tuvo a Hernán Cortés, en el puesto de honor que le dedicó en su vida y entre sus escritos.

Gómara nos ha dicho ya cuáles son sus "obrillas" al consignar su nacimiento: los *Anales del Emperador Carlos V,* la *Crónica de los Barbarrojas* (que él designa con el nombre de *Las guerras de mar de nuestros tiempos),* y la *Historia General de las Indias,* cuya segunda parte es la *Conquista de México.* Parece que trabajó en todas ellas simultáneamente, pues en la dedicatoria de la *Crónica de los Barbarrojas,* fechada en 1545, alude ya a la *Historia general de las Indias,* que vió la luz en 1552. Los *Anales* alcanzan hasta el año 1556, en que tuvo lugar la abdicación de Carlos V.[5]

No vamos a hacer un estudio detallado de todos estos libros; pero sí a rastrear en ellos los rasgos más destacados que nos permitan caracterizar a su autor, para mejor comprender su *Conquista de México,* la única obra que ahora nos interesa de un modo especial.

Ya vimos en la breve cita mencionada que Gómara concede gran importancia al hecho de que las empresas memorables —culturales o guerreras— se consignen por escrito para evitar que caigan en el olvido. "Y, pues lo ha trabajado, es razón que lo goce en compañía de tantos buenos varones". Cuando en su *Historia general de las Indias* menciona al piloto que vino a morir a casa de Cristóbal Colón, dándole noticia de su travesía, dice: "Y no me maravillo de las historias antiguas que cuenten hechos grandísimos por chicos o escuros principios, pues no sabemos quién de poco acá halló las Indias, que tan señalada y nueva cosa es. Quedáranos siquiera el nombre de aquel piloto, pues todo lo ál con la muerte fenece" (p. 165 a). He aquí la preocupación de Gómara, la preocupación de tantos hombres de su tiempo. "Todo lo ál con la muerte fenece." De nada sirve llevar a cabo hechos notables si la historia no los registra, si se pierde el nombre de quien los realizó. Si esto puede ocurrir con hechos recientes ¿cómo nos va a extrañar que sean confusas las historias antiguas? En Gómara esta actitud, tan típicamente renacentista, adquiere carácter de obsesión. "El señor se

[5] Hemos mencionado ya la edición de los *Anales.* La *Crónica de los Barbarrojas* se publicó en el *Memorial Histórico Español,* vol. VI, pp. 331-439. De la *Historia General de las Indias* se hicieron numerosas ediciones y traducciones, totales o parciales. Una buena descripción de las mismas, con reproducciones de las portadas, indicaciones bibliográficas, etc., en Henry R. WAGNER, *The Spanish Southwest,* 1542-1794. *An Annotated bibliography.* Berkeley, 1924. Entre las ediciones modernas, la más asequible es la de Vedia (B. A. E., t. 22). A ella están referidas mis citas. La primera parte ha sido reeditada por J. DANTÍN CEREGEDA, en la colección *Viajes Clásicos,* de Calpe, vols. 21-22. Madrid, 1922. La segunda parte (la *Conquista de México)* ha sido editada en México por D. Carlos María DE BUSTAMANTE, México, 1826, y en la Biblioteca Histórica de *La Iberia,* México, 1870.

decía Tabasco. Y por eso le pusieron nombre los primeros españoles al río, el río de Tabasco. Y Juan de Grijalva le nombró como a sí, que no se perderá su apellido ni memoria con esto tan aína. Y así habían de hacer los que descubren y pueblan, perpetuar su nombre" (p. 311 a).[6]

Cada cual debe procurar por sí mismo que sus hechos no pasen al olvido; porque la historia no puede hacer mención de todos. "Si la historia lo sufriese, todos los conquistadores se habían de nombrar. Mas, pues no puede ser, hágalo cada uno en su casa" (p. 404 b). La nota irónica que apreciamos en este párrafo refleja una actitud muy clara en Gómara. La historia no sufre hablar de todo el mundo, tiene que limitarse, y para ello fijará su atención exclusivamente en los personajes más destacados. "Muchos hay también que han servido al rey, de los cuales no se cuenta mucho por ser hombres particulares y sin cargos; que aquí solamente se trata de los gobernadores, capitanes y personas señaladas; y porque les vale más quedar en el tintero. Quien se sintiere, calle, pues está libre y rico; no hurgue por su mal. Si bien hizo, y no es loado, culpe a sus compañeros; y si mal hizo, y es mentado, échela a sí mesmo" (p. 275 b). También dice en las advertencias preliminares de su *Historia de Indias*: "Cuanto a las entradas y conquistas que muchos han hecho a grandes gastos, e yo no trato dellas, digo que dexo algunas por ser de poca importancia, y porque las más dellas son de una misma manera, y algunas por no las saber, que, sabiéndolas, no las dexaría" (p. 155).

Para Gómara, en una palabra, la historia es esencialmente la biografía de los grandes hombres. Por si no estuvieran suficientemente claros los párrafos suyos que preceden, veamos lo que nos dice en la dedicatoria de su *Crónica de los Barbarrojas*:

Dos maneras hay, muy ilustre señor, de escrebir historias. La una es cuando se escribe la vida, la otra cuando se cuentan los hechos de un emperador o valiente capitán. De la primera usaron Suetonio Tranquilo, Plu-

[6] Me faltan datos para poder precisar mejor esta concepción de la historia de Gómara comparándola con la de otros autores renacentistas. Algún material que para ello poseía se perdió en España. El humanista Fox Morcillo, por ejemplo, da también como origen de la historia el ansia de inmortalidad: "Historiae instituendae, mihi originem eius intuenti, haec causa fuisse videtur, quod appetitu honoris et immortalitatis (qui est omnibus a natura insitus) homines principio cognosci non modo sua, sed etiam maiorum suorum aut eorum quos in honore summo habuissent, voluere." (No puedo verificar la cita, que encuentro en una reseña mía publicada en el n. 2 de *Tierra Firme*, Madrid, 1935). Por desgracia, lo que digo de esta idea de Gómara vale para todo el estudio de su concepción de la historia. De momento no puedo aspirar sino a trazar un boceto en que Gómara ocupa el primer plano; pero falto de fondo, sin la perspectiva adecuada de la época en que vivió.

tarco, Sant Hierónimo y otros muchos. De aquella otra es el común uso que todos tienen de escrebir; de la cual, para satisfacer al oyente, bastará relatar solamente las hazañas, guerras, victorias y desastres del capitán. En la primera hanse de decir todos los vicios de la persona de quien se escribe. Verdadera y descubiertamente ha de hablar el que escribe vida. No se puede bien escrebir la vida del que aún no es muerto; las guerras y grandes hechos muy bien, aunque esté vivo. Las cosas de los demás excelentísimos capitanes que agora hay, hablando sin perjuicio de nadie, he emprendido de escrebir. No sé si mi ingenio llegará a su valor, ni si mi pluma alcanzará donde su lanza: porné a lo menos todas mis fuerzas en contar sus guerras. Ninguno me reprehenda al presente, si dixere algo, o echare menos alguna cosa en esta mi scriptura, pues no escribo vida, sino historia, aunque pienso, si los alcanzare de días, de escrebir asimesmo sus vidas (pp. 331-2).

Cabe, pues, en historia, escribir la vida de un personaje con intención de abarcarla en su totalidad, o tratando simplemente de aquellas manifestaciones externas que lo proyectan sobre la atención de sus contemporáneos. Tal vez nos sorprenda hoy la distinción que Gómara hace, pues la biografía de nuestra época ha dirigido preferentemente su atención a los aspectos más íntimos del personaje descrito. Pero lo mismo si se escribe vida completa que hechos señalados de un personaje, todo queda dentro del campo biográfico. Gómara concibe la historia como una galería de retratos, como una colección de semblanzas. Biografía de Cortés es —como luego veremos— su *Historia de la Conquista de México;* biografía la *Crónica de los Barbarrojas;*[7] y biografía son también los pasajes mejor construídos de sus *Anales del Emperador Carlos V,* apuntes rápidos en los que sólo alcanzan cierta extensión las semblanzas de los personajes más destacados. Gómara hace una descripción, breve y precisa, de su aspecto físico y de su carácter, con sus virtudes y sus vicios —"hanse de decir todos los vicios de la persona de quien se escribe"—, manteniéndose así dentro de una línea castiza española, pues ya en el siglo xv se había producido entre nosotros libro tan admirable como las *Generaciones y Semblanzas* de Pérez de Guzmán, muy superior a la producción biográfica de otros países en opinión del historiador suizo Fueter.[8]

[7] Publicada en el vol. VI, pp. 331-439, del *Memorial Histórico Español:* colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia. Madrid, 1851... He podido consultar unas copias fotostáticas del texto. No así la introducción y los apéndices, que deben ser valiosos, dada la precisión de las notas. Se advierte en la *Crónica* que para Gómara, que hace un resumen de la historia de los turcos, ésta no comienza verdaderamente mientras no se tiene noticia de los soberanos. "Y aunque hay muchos escritores que cuentan las guerras de los turcos, ninguno pone nombre de reyes y capitanes famosos" (p. 341). "Doscientos años después desta batalla comenzaron los turcos a tener rey, del cual por linia recta de varón en varón ha durado y dura hoy día el linage y nombre de octomanos" (*ibid.*).

[8] "La littérature biographique italienne n'a rien de comparable aux *Generaciones, Sem-*

No cabe manejar con más soltura la pluma para trazar la silueta de un personaje que como lo hace Gómara. Veamos algunos ejemplos en los *Anales*. La reina Isabel la Católica "no era liberal [dadivosa], que así quier ser las mujeres, mas empunía mucho al príncipe Don Juan, su hijo y su luz, que diese liberalmente. Pesábale que sus criados tomasen dádivas de ninguno, aunque fuesen embaxadores, diciendo que parecía deshonra della. Era muy señora, y así solía decir que los reyes de Castilla no tenían parientes. Fué muy casta, y muy justiciera, y muy religiosa... Topó con excelente marido, aunque, muerta ella, descubrió él algunas faltas y flaquezas. Todavía fueron ambos el mejor par de casados y de reyes de su tiempo" (pp. 170-1). Felipe el Hermoso "era gentil hombre, aunque un poco gordo, y de buen ánimo y buen ingenio, liberal, que nada sabía negar" (p. 173). Doña María Pacheco, viuda del comunero don Juan de Padilla, era "más comunera que su marido; la cual se salió huyendo para Portugal sobre un asno, en traje de labradora, con unos ansarones en las manos, por no ser conocida, que de otra manera también la degollaran. Porfió tanto las comunidades pensando ser reina, que así lo dixeron en Granada ciertas hechiceras moriscas. Prendía clérigos, mataba hombres, y quería ser muy obedecida; tomó las cruces por banderas, y aun traía pintado en un pendón a Juan de Padilla degollado" (p. 206). El capitán Juan de Urbina era "grande, membrudo, grosero, mas de claro entendimiento, liberal, limosnero, devoto, nunca juraba, y así castigó mucho las blasfemias; era, en fin, virtuoso, si no jugara demasiado. Que matar, herir, y aprovecharse del enemigo y de sus bienes, la guerra y vida soldadesca lo llevan. Fué de consejo, tuvo grandes ardides, nunca mostró miedo, aunque Jovio dice habérsele conocido en Génova, cuando el saco, mas era por el artillería, y no por los hombres" (p. 220). Martín Lutero "ganó la voluntad del pueblo con decir mal de la nobleza, y la de los pobres con hablar peor de los ricos, y la de todos con deshacer la religión, abatiendo al papa, y la de las mugeres con desalabar la virginidad; y así, por dar exemplo a monjas y a frailes, y aun a clérigos, se casó con una monja, en la cual hubo muchos hijos" (p. 248). El secretario Francisco de los Cobos "era gordo, de buen rostro, alegre, regocijado, y así tenía dulce conversación; era diligente y secreto, por donde alcanzó la gracia del Emperador asás cumplidamente, ca muchos años pasaron por su mano todos los negocios, así de Italia, como de Indias y España... Era co-

*blanzas e Obras* de Fernán PÉREZ DE GUZMÁN. Aucun ouvrage humaniste n'égale ce recueil espagnol d'esquisses biographiques en fait de psychologie avisée, de connaissance précise du monde, d'indépendance de jugement et de réalisme dans l'expression. L'Italie avait bien des dispositions semblables; elles ont été etouffées en germe par la contrainte de la forma antique." Ed. FUETER, *Histoire de l'Historiographie moderne*, París, 1914, p. 112.

dicioso y escaso, y tomaba presentes con ambas manos, que lo enriquecieron demasiadamente; era amigo de sus amigos, y así hizo por muchos que no lo merecían, no sin afrenta de buenos, y aun quitaba oficios, y beneficios y pensiones a quien el Emperador los quería dar" (p. 255). El virrey de Nápoles don Pedro de Toledo "era hombre grave y de autoridad, y así representaba muy bien el cargo; usó bien su oficio, por lo cual fué de muchos mal quisto, aunque también era recio. Sacó muchos dineros para el Emperador de aquel reino, por vía de servicios y empréstidos. Ennobleció mucho la ciudad con fuentes, calles y enladrillados, y con el castillo de San Martín, que hizo fortísimo. Asimismo fué tahur, comedor y presumido" (pp. 264-5).

Podríamos multiplicar las citas de esta espléndida galería de retratos que se encuentra en las páginas de Gómara. Todos ellos son sobrios, precisos, nada convencionales. Vemos que no se recata Gómara en expresar opiniones desfavorables, aunque se trate de personajes de posición muy elevada. Donde mejor se aprecia esto en los *Anales* es en sus comentarios sobre Fernando el Católico, por quien es indudable que no sentía grandes simpatías. Si Don Fernando se casa en segundas nupcias con Germana de Foix es "haciendo tregua con los franceses por ciento y un años, con algunas condiciones menos que buenas" (p. 173). Si sale de España, "pasa el rey don Fernando a Nápoles, desavenido del rey don Felipe, y aun descontento por salir de Castilla, tan dulce cosa es reinar, y tanta su riqueza y poder" (*ibid.*).[9]

Debemos tener muy presente esta claridad de visión de Gómara, este deseo suyo de caracterizar plenamente a sus personajes, con bondades y defectos, dentro de la mayor sobriedad posible. Y de acuerdo con su idea del papel decisivo que las grandes individualidades juegan en la historia. Si se olvida esto se prescinde de un punto de vista esencial, del que hay que partir para la comprensión de la obra de Gómara, y especialmente de la *Conquista de México*. Gómara está plenamente dentro de la ideología del Renacimiento al tener un concepto individualista, aristocrático y heroico de la historia. La biografía fué uno de los géneros que más desarrollo alcanzaron en la época renacentista, época que Burkhardt caracterizó como descubridora del individuo.

[9] No sale mejor librado de su pluma el Emperador Carlos V; pero de ello hemos de hablar más tarde. Si he citado con cierta amplitud estas semblanzas breves, es porque en ellas es, tal vez, donde mejor se aprecia el gran talento de Gómara como biógrafo. En nada desmerecen de las citadas las más extensas que se encuentran en la *Crónica de los Barbarrojas*. Y en el curso del presente estudio se podrá ver la excelencia de las que dedica a Hernán Cortés y a otros personajes destacados de la conquista, tanto españoles como mexicanos.

No debe pensarse, por lo que acabamos de decir, que Gómara es tan sólo un biógrafo. También es un historiador. Con la misma precisión con que describe un personaje sabe relatar un acontecimiento o analizar sus causas. Véase con qué justeza precisa cuáles fueron las de las comunidades de Castilla. "Año 1520. Comienzan las comunidades en Castilla, que de buen principio tuvieron mal fin, y que hicieron mayor al rey que lo que d'antes era, queriéndole abatir. Levantáronse porque se iba el rey, por el servicio, por el gobernador estrangero, por el mucho dinero que se sacaba del reino, porque se dieron la contaduría mayor al Chevrez, el arzobispado de Toledo a Guillén de Croy, y encomiendas a hombres estraños" (*Anales*, p. 201). Más adelante, al estudiar la *Conquista de México*, encontraremos ejemplos notables de la precisión con que Gómara analiza las causas de los hechos. Baste ahora decir que es tanta su perspicacia, que incluso advierte la importancia de los problemas económicos, cosa rarísima entre los historiadores de su tiempo. Es el primero en explicar el alza de los precios por la gran cantidad de metales preciosos traídos de las Indias.[10] "Hay empero gran diferencia de aquel tiempo a éste en muchas cosas, como es el trage, gasto y precio de cosas, a causa, según mi juicio, de la mucha plata y oro que de las Indias nos han venido" (p. 162). No es ésta la única vez que menciona problemas de tipo económico, que llegaron a adquirir una gravedad extrema. "Año 1549. Hacen gran diligencia los oidores del Consejo Real tomando los libros de los mercaderes de toda Castilla por saber cómo y quién sacaba el oro fuera, pero no se pudo remediar, siendo cierto que nos saquean" (p. 260). Gómara indica en ocasiones los precios de los artículos de uso más corriente. "Año de 1548. Este año fué seco, falto y caro. Valió en Valladolid a 7 maravedís la libra de vaca, y la de carnero a diez y medio, y la de aceite a 19, y valiera mucho más sino por el de ballena; valió a 21 la libra de candelas de sebo, y a 12 la de peras y uvas y ciruelas, y a 4 maravedís la carga de agua, y a otros cuatro el harnero de paja, precios que nunca se habían visto en Castilla" (p. 257).

El deseo de saber de Gómara es tan grande que justifica el juicio que de él hizo Sandoval en su *Historia de Carlos V:* "español curioso que notó

[10] Merriman concede gran importancia a este hecho. Véase *op. cit.* pp. LI-LIII. "... the fact that a Spanish priest saw the true state of affairs and stated it at least as early as 1558 is interesting evidence either that the economic incompetence of the sixteenth-century Spaniard has been grossly exaggerated or else that Gómara stood head and shoulders above the mass of his contemporaries in his knowledge and interest in this particular field." (*Ibid.*, p. LIII.)

todo lo que vió y oyó en sus días".[11] Gran curiosidad la suya, pero bien orientada, sin que se pierda en detalles menudos ni digresiones farragosas. En todos los párrafos que hemos citado se aprecia el gusto de nuestro autor por la concisión. No es esto una simple cuestión de estilo. La concisión es resultado del esfuerzo de selección y de síntesis que preside toda su obra,[12] de la separación cuidadosa de lo que carece de importancia y del realce dado a lo que considera esencial. En este respecto no deja lugar a dudas la advertencia a los lectores con que se inicia la *Historia general de las Indias.*

Toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita. Por ende no hay que recomendar la nuestra, sino avisar cómo es tan apacible cuanto nueva, por la variedad de las cosas, y tan notable como deleitosa por sus muchas extrañezas. El romance que lleva es llano, y cual agora usan; la orden concertada e igual; los capítulos cortos, por ahorrar palabras; las sentencias claras, aunque breves. He trabajado por decir las cosas como pasan. Si algún error o falta hubiere, suplidlo vos por cortesía; y si aspereza o blandura, disimulad, considerando las reglas de la historia; que os certifico no ser por malicia. Contar cuándo, dónde y quién hizo una cosa, bien se acierta; empero decir cómo es dificultoso; y así siempre suele haber en esto diferencia. Por tanto se debe contentar quien lee las historias de saber lo que desea en suma y verdadero, teniendo por cierto que particularizar las cosas es engañoso y aun muy odioso; lo general ofende poco si es público, aunque toque a cualquiera. La brevedad a todos aplace; solamente descontenta a los curiosos, que son pocos, y a los ociosos, que son pesados (p. 155).

Gómara se plantea aquí claramente las dificultades que encierra cualquier conocimiento histórico. Es imposible que todos los testimonios estén acordes en los menores detalles. Por ello "particularizar las cosas es engañoso, y aun muy odioso". Bastará con que las grandes líneas queden bien trazadas. Esta repulsión de Gómara ante el detalle menudo se aprecia también en el comienzo de los *Anales.*

Las cosas de cuyo tiempo [el de Carlos V] acontecidas en diversas partes del mundo, especial en España, desde su nacimiento hasta que renunció todos sus reinos y señoríos en su hijo don Felipe nuestro señor, escribo aquí en suma por años. Cuento solamente de los años de nuestro redentor Jesús Cristo, porque, así como es mejor contar, también es más cierto; y no pongo más del año sino pocas veces, porque basta para sumario, y ansí

[11] *Apud* MERRIMAN, *op. cit.*, p. XLII.

[12] "Other evidences of the peculiar qualifications as a historian which Gómara's wide and varied training gave him are afforded by the brilliancy of his descriptions, his extraordinary ability to summarize a difficult and complicated story in a few well-chosen sentences, his keenness in grasping the essential things, and the cosmopolitanism and universality of his interests". MERRIMAN, *op. cit.*, p. LIII.

[también] porque hallo gran diferencia y contrariedad en los días y aun en los meses de los más negocios (p. 161).

No cabe calificar sin más de falta de corrección esta actitud, como lo hace Merriman.[13] Lo que hay en Gómara es una preferencia deliberada por lo esencial, en los asuntos y en la manera que ha de tener el historiador de relatarlos. En la advertencia que hace a los "trasladadores" (traductores) al comenzar su *Historia de Indias* les dice: "Yo ruego mucho a los tales, por el amor que tienen a las historias, que guarden mucho la sentencia, mirando bien la propiedad de nuestro romance que muchas veces ataja grandes razones con pocas palabras" (p. 155). Esto es lo que Gómara se propone en toda su obra. Atajar grandes razones con pocas palabras. ¡Qué saludable lección para muchos historiadores de entonces y de ahora!

Las razones han de ser grandes. Es decir, el tema de la historia ha de ser amplio, importante, no debe encerrarse en los límites estrechos de un diario o de una relación. Gómara dice, hablando de los historiadores de Indias:

Pedro Mártir de Angleria, clérigo milanés, escribió en latín la historia de Indias en décadas, que llama Océanos, hasta el año de mil y quinientos y veinte y seis. Fernando Cortés escribió al Emperador sus cosas en cartas. Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés escribió el año de mil y quinientos y treinta y cinco la primera parte de la General y natural Historia de las Indias. Francisco López de Gómara, clérigo, escribe la presente historia de las Indias e conquista de México en este año de mil y quinientos y cincuenta y dos. Estos autores han escrito mucho de Indias, e impreso sus obras, que son de substancia. Todos los demás que andan impresos escriben lo suyo y poco. Por lo cual no entran en el número de historiadores. Que si tal fuese, todos los capitanes y pilotos que dan relación de sus entradas y navegaciones, los cuales son muchos, se dirían historiadores.[14]

Hay, pues, que escribir obras "de substancia", con un tema importante, complejo; si no, no hay historia. Pero, por otro lado, Gómara piensa que un tema excesivamente amplio no le conviene al historiador. Nótese el recelo con que menciona en sus *Anales* el intento de Florián de Ocampo. "Año de 1539. Ha el título de coronista Florián del Campo, el cual comenzó desde Noé la historia general de España. Tendrá grande trabajo en acabarla, mas contentará las gentes si cumple lo prometido" (p. 235). En efecto, Ocampo no pasó en su libro de la dominación romana.[15]

[13] La anotación de los errores de Gómara hecha por Merriman es extremadamente minuciosa. *Op. cit.*, p. XLVII *ss.* Por eso tiene interés la conclusión a que llega. "It is but fair to add, however, that lapses of this sort are of infrequent occurrence." *Ibid.*, p. L.

[14] Del prólogo a la edición de 1553. *Apud* PÉREZ PASTOR, *La imprenta en Medina del Campo*, p. 90.

[15] MERRIMAN, *op. cit.*, p. XXXI.

La historia necesita un tema amplio, importante; pero no tan extenso que no se pueda dominar. Gómara, de acuerdo con esto, fija la atención en su propia época y en los hechos de los españoles, que realmente por entonces colmaban las mayores exigencias en cuanto a la importancia y amplitud de los temas a relatar. Nuestro autor se da perfecta cuenta de la trascendencia de los hechos acaecidos en su tiempo. "La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias; y así las llaman Mundo Nuevo" (*Historia*, p. 156). La gran empresa de los descubrimientos y conquistas es obra de españoles. "Nunca nación extendió tanto como la española sus costumbres, su lenguaje y armas, ni caminó tan lejos por mar y tierra, las armas a cuestas" (*Ibid.*). Los españoles gozan del favor divino porque realizan sus hazañas en defensa y para la propagación de la fe. "Comenzaron las conquistas de indios acabada la de moros, porque siempre guerreasen españoles contra infieles (*Ibid.*). Esto último es esencial. Para Gómara la religión católica es el eje de la cultura y de la historia. Su defensa es la defensa de la civilización misma. Y el abandono o cambio de la religión va siempre unido, según él, a toda una serie de calamidades.[16] Así, cuando nació Carlos V, "era Emperador y Rey de Romanos Maximiliano, abuelo de Carlos, floreciendo entonces Alemaña en letras y cristiandad, la cual ha perdido cuasi del todo después acá con las herejías de Lutero y de otros falsos y viciosos doctores" (*Anales*, p. 161). En 1517 comienza su predicación Martín Lutero, "que causó grandísima pérdida de cristiandad, y fué comienzo de infinitos males que suelen acarrear semejantes novedades" (p. 199). A Inglaterra le iba bien mientras era católica; "empero, ha recebido aquella isla muchos reveses después acá por dexar la verdadera religión cristiana" (p. 163). Lo mismo que a la nación le ocurre al monarca. Enrique VIII, "hasta aquí fué muy excelente rey, aunque mudó amistades; empero, después que mudó mujer y religión, fué malvado" (p. 250).[17]

[16] Me parece ingenuo insistir sobre el sectarismo católico y españolista de Gómara en la forma que lo hace MERRIMAN, *op. cit.*, pp. XLVI-XLVII. El propio Merriman nos da la razón, cuando dice: "indeed, no reasonable being would expect to find anything else in a book produced at the time and under the circumstances of Gómara's." *Ibid.*, XLVII. Lo malo es que los "seres razonables" de la hora actual tienden peligrosamente a pensar que las únicas ideas válidas son las suyas. Solamente situándose desde el punto de vista de las ideas de Gómara —aunque no sean las nuestras— se puede comprender su obra.

[17] No es sólo catolicismo lo que hay en Gómara, sino un fuerte sentido conservador, pues hablando del mundo musulmán se expresa de manera análoga sobre las calamidades producidas por el cambio de religión. Ismael Sofí "hizo un señorío de los grandes de nuestro tiempo, y que ha causado muchas muertes, robos y otros males en aquellas partes, pero ya es de suyo que vengan con mudanza de reinos y novedades de religión" (*Anales*, p. 165).

Los españoles, según Gómara, son los llamados a desarrollar el sentido católico, universal, de la historia. "Nunca jamás rey ni gente anduvo y sujetó tanto en tan breve tiempo como la nuestra, ni ha hecho ni merecido lo que ella, así en armas y navegación como en la predicación del santo Evangelio y conversión de idólatras; por lo cual son españoles dignísimos de alabanza en todas las partes del mundo. (*Historia*, p. 294 b). Tienen los españoles las condiciones necesarias para llevar a cabo tan alta empresa. Son excelentes soldados. "Anochecía ya, y cada uno quería dormir con victoria; y así peleaban como leones, y, mejor hablando, como españoles, ca el vencido había de perder la vida, la honra, la hacienda y señorío de la tierra, y el vencedor ganarlo" (p. 248 b). "Y no es de callar que, no pasando más de tres mil españoles en la reseña, vinieron cuatro mil a la batalla, que tal es su condición" (*Anales*, p. 242). La bravura lleva consigo la impaciencia y la cólera, que con frecuencia se mencionan en Gómara como características de los españoles. "Las que llaman pacos crían lana muy fina; llevan tres y cuatro arrobas de carga, y aun sufren hombres encima; mas andan muy despacio, cosa contra la impaciente cólera de los españoles" (*Historia*, p. 243 a). Las ceremonias en la corte del rey de Borneo son sumamente complicadas: "Llegóse uno a ellos, a cabo de gran rato que llegaron, a decirles que no podían entrar ni hablar al rey, y que le dijesen a él lo que querían. Ellos se lo dijeron como mejor sabían; y él lo dijo a otro, y aquél a otro, que con una cebratana lo dijo al que estaba con el rey, por una reja; el cual finalmente hizo la embajada con gran reverencia. Cosa enojosa para español colérico; y los más de aquéllos no podían tener la risa" (p. 217 a).

Si el español tiene las virtudes del soldado, también tiene sus defectos. Don Fernando de Alarcón, "vivió, en fin, virtuosamente, que no es poco entre soldados" (*Anales*, p. 237). El rey de Tidore "era celosísimo, o lo hacía por amor de los españoles, que luego miran, y sospiran, y hacen del enamorado" (*Historia*, p. 218 a). Los defectos que con más frecuencia reprocha Gómara a sus compatriotas son la codicia y la crueldad. "Poníanse los españoles de color de tericia o mal amarillo, aunque también toman esta color en toda la Tierra Firme y Perú. Puede ser que del deseo que tienen al oro en el corazón se les haga en la cara y cuerpo aquel color" (p. 189 a). "El mal que hay en ello es haber hecho trabajar demasiadamente a los indios en las minas, en la pesquería de perlas y en las cargas.

Oso decir sobresto que todos cuantos han hecho morir indios así, que han sido muchos, y casi todos han acabado mal" (p. 294 b).[18]

Los españoles, pues, con sus buenas y con sus malas cualidades, propias de un temperamento guerrero, son los defensores de la religión cristiana, de la idea de catolicidad; pero hay más. Son también agentes de difusión de la cultura. Cuando Gómara establece un paralelo entre el género de vida de los indios antes y después de la conquista, para concluir que salieron ganando con ser conquistados, dice de los españoles:

Diéronles bestias de carga para que no se carguen; y de lana para que se vistan, no por necesidad, sino por honestidad, si quisieren; y de carne para que coman, ca les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, con que mejoran la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que deben y tienen. Hanles enseñado latín y ciencias, que vale más que cuanta plata y oro les tomaron; porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechaban mucho ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados, y mejor en ser cristianos (p. 451 b).

Vemos que Gómara empieza señalando la satisfacción de las necesidades materiales, y va ascendiendo hasta situar en el lugar preferente de las ventajas logradas por los indios el latín y las ciencias.

Aquí notamos bien a las claras su mentalidad de humanista: "con letras son verdaderamente hombres". Esto que Gómara dice de los indios vale para todos. Para él van siempre juntas la grandeza de las armas y la de las letras. "Florecían en España entonces las armas, la justicia, la religión, y otras buenas cosas, juntamente con las letras —dice de la época de los Reyes Católicos—, todo lo cual ha ido de bien en mejor por gracia de Dios y bondad del Emperador; y así también irá de aquí adelante por vertud del rey don Felipe, nuestro señor" (*Anales*, p. 162). Y considera que vale tanto descubrir América como reunir una buena biblioteca. Cristóbal Colón dejó dos hijos, don Diego "y don Fernando Colón, que vivió soltero, y que dejó

[18] Más que en la *Historia de las Indias*, extrema Gómara las censuras a los españoles en la *Crónica de los Barbarrojas*. Todo el libro tiene carácter de señal de alarma. Turcos y españoles se disputan la dominación universal. Llevan camino de obtener la ventaja los primeros si los españoles no se enmiendan. "No hay provincia cuasi en toda Europa de cristianos que no haya recibido golpe o herida de turcos, y estamos en condiciones que, si no nos apercibimos mucho, y no nos adargamos, según está bien armado nuestro enemigo, y según se nos da priesa, corremos peligro de ser vencidos" (*Crónica*, p. 348). Las principales censuras van dirigidas a Carlos V; pero también se culpa a los soldados españoles que no igualan en disciplina, sobre todo en disciplina, a los turcos. "Descuidábanse mucho los españoles por tener en poco a los turcos; a esta causa no ponían buenas centinelas ni guarda en el real, y dormían muy a su placer". (*Ibid.*, pp. 374-5). Las citas podrían multiplicarse.

una librería de doce o trece mil libros, la cual agora tienen los frailes dominicos de San Pablo de Sevilla; que fué cosa de hijo de tal padre" (*Historia*, p. 172 b).

Gómara era humanista de pies a cabeza. Buena prueba de ello tenemos en los primeros capítulos de su *Historia General de las Indias*, en donde demuestra poseer conocimientos sumamente sólidos. Ya al iniciar el libro hace profesión de fe. "Es el mundo tan grande y hermoso, y tiene tanta diversidad de cosas tan diferentes unas de otras, que pone admiración a quien bien lo piensa y contempla. Pocos hombres hay, si ya no viven como brutos animales, que no se pongan alguna vez a considerar sus maravillas, porque natural es a cada uno el deseo de saber" (p. 157 a). Poco más adelante afirma: "No se harta la curiosidad humana así como quiera, o que lo hagan los hombres por saber más, o por no estar ociosos, o porque (como dice Salomón) quieren meterse en honduras y trabajos, pudiendo vivir descansados" (p. 158 a-b). Este desasosiego, este afán por conocer, tan acusados en Gómara, no engendran en él orgullo y petulancia, que fueron lacras de otros humanistas. Como buen español procura mantener contacto con el pueblo, tanto en su estilo —"el romance que lleva es llano, y cual agora usan"— como en el esfuerzo continuado por hacer llegar sus conocimientos al mayor número posible de lectores. Escribe antes en castellano que en latín su *Historia General de las Indias*. "Hágola de presente en castellano porque gocen della luego todos nuestros españoles" (p. 156). Los primeros capítulos del libro, que tratan de temas complicados, en especial para el lector de entonces —unidad o pluralidad de los mundos, forma de la tierra, si es toda habitable o no, etc.— dan muestra de un esfuerzo consciente, bien logrado, para dar la máxima claridad a la exposición. "Para que mejor entiendan esto los romancistas, que los doctos ya se lo saben, quiero alargar un poco la plática" (p. 158 b), dice al hablar de la habitabilidad del mundo.

Véase con qué sencillez resume doctrinas complejas, opiniones contrarias, para llegar a una conclusión justa, al hablar, por ejemplo, de la existencia de los antípodas.

> Llaman antípodes a los hombres que pisan en la bola y redondez de la tierra al contrario de nosotros, o al contrario unos de otros. Los cuales, al parecer, aunque no de cierto, tienen las cabezas bajas y los pies altos. Sobre lo cual hay, como dice Plinio, gran batalla de letrados. Unos los niegan, otros los aprueban, y otros, afirmando que los hay, juran que no se pueden ver ni hallar; y así andan ellos vacilando y hacen titubear a otros. Strabón, y otros antes y después, niegan a pies juntillas los antípo-

des, diciendo ser imposible que haya hombres en el hemisferio inferior, donde los ponen. . .

Dejando aparte autores gentiles, digo que también hay cristianos que niegan haber antípodes. Los que tenían a la tierra por llana los negaron, y Lactancio Firmiano los contradice gentilmente, pensando que no había hombres que hirmasen los pies en tierra al contrario que nosotros; que si tal fuese, andarían contra natura, los pies altos y la cabeza baja; cosa, a su juicio, fingida y para reír. Y por eso burlaba mucho de los que creían ser el mundo redondo y haber antípodas. Sant Augustín niega también los antípodas en el libro décimosexto de la Ciudad de Dios, a los nueve capítulos. Nególos, según yo pienso, por no hallar hecha memoria de antípodes en toda la Sagrada Escritura; y también por quitarse de ruido, a lo que dicen. Ca si confesara que los había, no pudiera probar que descendían de Adán y Eva, como todos los demás hombres deste nuestro medio mundo y hemisferio, a quien hacía ciudadanos y vecinos de aquella su ciudad de Dios, pues la antigua y común opinión de filósofos y teólogos de aquel tiempo era que, aunque los había, no se podían comunicar con nosotros, a causa de estar en el otro hemisferio y media bola de la tierra, donde era imposible ir ni venir por estar entremedio muy grande y no navegable mar, y la tórrida zona, que atajaban el paso. Y nuestro Sant Isidro dijo en sus Etimologías no haber razón para creer que hubiese antípodes; ca ni lo sufre la tierra ni se prueba por historias, sino que poetas, por tener que hablar, lo fingían. Lactancio e Isidro no tuvieron causa para negarlos. Sant Augustín tuvo las que dije, aunque no haber memoria ni nombre de antípodas en la Biblia no es argumento que obligue para creer que no los hay. Pues en ella está cómo es redonda la tierra, y cómo la rodea el cielo y el sol; y siendo así, todos los hombres del mundo tienen las cabezas derechas al cielo, y los pies al centro de la tierra, en cualquiera parte della que vivan; y son o se han en ella como los rayos de la rueda de una carreta. Que si el cubo donde hincados están estuviese quedo cuando anda la carreta, ninguno dellos estaría más derecho a la rueda que el otro, ni más alto, ni al revés (pp. 159-60).

¡Qué mundo de problemas sugiere este párrafo tomado al azar! ¡Cómo forcejea el nuevo espíritu científico para abrirse paso entre las autoridades de una tradición venerable! ¡Y qué madura ya la lengua castellana para la exposición de temas tan elevados! Pero no nos dejemos llevar por el entusiasmo, que ello está reñido con la frialdad y la imparcialidad de la ciencia de nuestra época. Citemos tan sólo otro ejemplo de esta parte maravillosa del libro de Gómara, su descripción, de acuerdo con la doctrina ptolemaica, de la forma de la tierra y del lugar que ocupa en el universo.

La tierra, que es el centro del mundo según lo muestran los equinocios, está fija, fuerte, y tan recia y bien fundada sobre sí mesma, que nunca faltará ni flaqueará; y sin esto, tira y atrae para sí los extremos. La mar, aunque es más alta que la tierra, y muy mayor, guarda su redondez en medio y sobre la tierra, sin derramarse ni sin cubrilla, por no quebrantar

el mandamiento y término que le fué dado; antes ciñe de tal manera, ataja y hiende la tierra por muchas partes, sin mezclarse con ella, que parece milagro (p. 158 a).

El acopio de conocimientos de que Gómara hace gala en estos capítulos es enorme. No sólo maneja los autores antiguos, sino que también conoce el movimiento científico de la hora en que vive, está al día, como diríamos hoy. Tiene incluso amistad con algunos de los autores más famosos. "Sajo gramático, y Olao godo, arzobispo de Upsalia (a quien yo conversé mucho tiempo en Bolonia y en Venecia), ponen por tierra muy poblada la Scandinavia, que agora llaman Suecia, la cual es septentrionalísima" (p. 159 a).[19]

Gómara nos dice a grandes rasgos cuáles son sus fuentes de conocimiento al hablar de si el mundo es habitable en su totalidad. Son muchos los autores que han querido negarlo; pero "pruébase lo contrario con dichos de los mesmos escritores, y con autoridades de sabios antiguos y modernos, con sentencia de la Divina Escritura, y con la experiencia". Dejemos a un lado las autoridades de los libros —pues nuestro estudio no pasa de ser un intento de somera caracterización de los aspectos más destacados de la mentalidad y de la cultura de Gómara— y fijemos nuestra atención en la última autoridad que menciona: la experiencia. Esta nueva autoridad comenzaba a revolucionar el conocimiento por aquellos días, y Gómara le concede capital importancia.

La experiencia, que nos certifica por entero de cuanto hay, es tanta y tan continua en navegar la mar y andar la tierra, que sabemos cómo es habitable toda la tierra, y cómo está habitada y llena de gente. Gloria sea de Dios, y honra de españoles, que han descubierto las Indias, tierra de los antípodes. Los cuales descubriendo y conquistándolas corren el gran mar Océano, atraviesan la tórrida zona, y pasan el Círculo Artico, espantajos de los antiguos (p. 159 b).

Los antiguos filósofos negaron que fuera posible el paso hasta los antípodas.

Bien creo que nunca jamás se supiera el camino por ellos, pues no tenían los indios, a quien llamamos antípodes, navíos bastantes para tan larga y recia navegación como hacen los españoles por el mar Océano. Empero, está ya tan andado y sabido, que cada día van allá nuestros españoles a ojos (como dicen) cerrados; *y así está la experiencia en contrario de la filo-*

[19] "It is obvious at every turn that he was in close touch with the literary and historical world of his day and generation, and his comments on the prominent figures in it are worthy of a careful consideration". MERRIMAN, *op. cit.*, p. XXVII.

*sofía*. Quiero dejar las muchas naos que ordinariamente van de España a las Indias, y decir de una sola, dicha la *Victoria*, que dió vuelta redonda a toda la redondez de la tierra, y tocando en tierras de unos y otros antípodas *declaró la ignorancia de la sabia antigüedad* (p. 160 b).

Satisfacción típica de hombre renacentista. Superar en conocimientos a la Antigüedad clásica, que acaba de redescubrir y que tanto venera. Una vez más Gómara se da cuenta perfecta de la importancia científica que tienen los descubrimientos llevados a cabo en sus días, y por ello dedica atención especial, capítulo aparte, al viaje de la nao *Victoria* con la que Juan Sebastián Elcano dió por primera vez la vuelta al mundo.

... Tardaron en ir y venir tres años menos catorce días. Erráronse un día en la cuenta; y así comieron carne los viernes, y celebraron la Pascua en lunes. Trascordáronse, o no contaron el bisiesto, bien que algunos andan filosofando sobre ello, y más yerran ellos que los marineros. Anduvieron diez mil leguas, y aun catorce mil, según cuenta, aunque menos andaría quien fuese camino derecho. Empero ellos anduvieron muchas vueltas y rodeos, como iban a tiento. Atravesaron la tórrida zona seis veces, contra la opinión de los antiguos, sin quemarse.

Estuvieron cinco meses en Tidore, donde son antípodes de Guinea, por lo cual se muestra cómo nos podemos comunicar con ellos; y aunque perdieron de vista el norte, siempre se regían por él, porque le miraba tan de hito la aguja, estando en cuarenta grados del sur, como lo mira en el mar Mediterráneo; bien que algunos dicen que pierde algo la fuerza. Anda siempre cabo el Sur o polo Antártico una nubecilla blanquizca y cuatro estrellas en cruz, y otras tres allí junto, que semejan nuestro Septentrión; y éstas dan por señales del otro eje del cielo, a quien llamamos Sur.

Grande fué la navegación de la flota de Salomón; empero, mayor fué la destas naos del emperador y rey don Carlos. La nave *Argos*, de Jasón, que pusieron en las estrellas, navegó muy poquito en comparación de la nao *Victoria*, la cual se debiera guardar en las atarazanas de Sevilla por memoria. Los rodeos, los peligros y trabajos de Ulises fueron nada en respeto de los de Juan Sebastián; y así, él puso en sus armas el mundo por cimera, y por letra *Primus circumdedisti me*, que conforma muy bien con lo que navegó; y a la verdad, él rodeó todo el mundo (p. 219 a).

Todavía hay más en Gómara. No sólo valora debidamente los resultados de los descubrimientos, sino que tiene también atisbos geniales de lo que falta por hacer y debe hacerse. Veamos algunos ejemplos de sus hipótesis y proyectos, que no se han visto comprobadas —o realizados— hasta mucho después, casi hasta nuestros días.

Sobre la existencia del continente austral.

Si hay hiperbóreos, habrá también hipernocios, como dijo Herodoto, que serán vecinos del Sur, y quizá son los que viven en la tierra del estrecho de Magallanes, que sigue la vía del otro polo, la cual aun no se sabe. Y así digo que hasta que alguno rodee la tierra por bajo de ambos polos, como la rodeó Juan Sebastián del Cano por debajo de la Equinocial, no quedará enteramente sabida ni andada su redondez y grandeza (p. 161 a).

Sobre el paso del Noroeste —estrecho de Behring—.

Sería bueno para el trato y porte de la especiería si la costa de Nueva España fuese a juntarse con la China; y por eso se debría costear aquello que falta por saber, aunque fuese a costa de nuestro rey, pues le va en ello muy mucho, y quien lo continuase medraría. Mas no se juntarán, por ser isla Asia, Africa y Europa, según al principio dijimos (p. 287 a).

Acerca de la construcción del canal interoceánico.

Este paso se había de hacer en tierra firme de Indias, abriendo de un mar a otro por una de cuatro partes: o por el río de Lagartos, que corre a la costa del Nombre de Dios, naciendo en Chagre, cuatro leguas de Panamá, que se andan con carreta; o por el desaguadero de la laguna de Nicaragua, por do suben y bajan grandes barcas, y la laguna no está de la mar sino tres o cuatro leguas. Por cualquiera destos dos ríos está guiado y medio hecho el paso. También hay otro río de la Veracruz a Tecoantepec, por el cual traen y llevan barcas de una mar a otra los de la Nueva España. Del Nombre de Dios a Panamá hay diez y siete leguas, y del golfo de Urabá al golfo de San Miguel veinte y cinco, que son las otras dos partes, y las más dificultosas de abrir; sierras son, pero manos hay. Dadme quien lo quiera hacer, que hacerse puede; no falte ánimo, que no faltará dinero, y las Indias, donde se ha de hacer, lo dan. Para la contratación de la especiería, para la riqueza de las Indias, y para un rey de Castilla, poco es lo imposible (p. 222 a).

Si hemos señalado estas ideas de Gómara es para dar una muestra de sus grandes alientos, de su envergadura intelectual. Sin pretensión de que el cuadro sea completo, como simple llamada de atención sobre la importancia y riqueza de aspectos de escritor tan maltratado. Gómara, quien, como vamos viendo, tiene mentalidad típicamente moderna por su total confianza en los resultados de la experiencia, por su fe en las posibilidades de nuevos descubrimientos, une a esto un espíritu crítico muy alerta, que reacciona las más de las veces en forma irónica ante las creencias en prodigios, fábulas y milagros de toda índole, por entonces tan extendidas. Es raro encontrar en Gómara una noticia como ésta: "Año de 1512. El monstro que parió en Rávena una monja, el cual dicen que era macho y hembra,

tenía un cuerno en la cabeza, y una cruz en el pecho, y alas por brazos, y un solo pie, un ojo en la rodilla" (*Anales*, p. 182). Hay un rasgo de cautela en "el cual dicen..." Pero es que, por lo general, Gómara no prescinde del comentario escéptico cuando relata prodigios. "En cierto tiempo del año está la mar allí bermeja, y aun en muy gran trecho de la Tierra Firme, a causa que desovan las ostras, o que les viene su purgación, como a mujer, según afirman. Andan asimesmo, porque no falten fábulas, cerca de Cubagua, peces que, de medio arriba, parecen hombres en las barbas y cabellos y brazos" (*Historia*, p. 205 b).

Gómara no se conforma con la ironía, pues encontramos también en él un deseo de explicación racional de hechos que otros interpretan fantásticamente. El rey de Tidore dice a los españoles que tenía ya noticia por la astrología de que llegarían a su tierra; otros piensan que lo ha sabido por un sueño profético. "Nosotros pensamos que fué conjetura, sabiendo el mando y trato de portugueses en Calicut, Malaca, Zamotra y costa de la China" (p. 218 a). Describe Gómara los estragos producidos por una tromba de agua que asoló Santiago de Guatemala. Las datos están tomados de Motolinía,[20] quien menciona la aparición del diablo en forma de negro y otros prodigios. Gómara comenta, en cambio: "También cuentan que vieron por el aire y oyeron cosas de gran espanto. Pudo ser; empero, con el miedo, todo se mira y piensa al revés" (p. 286 b). Cuando, durante el viaje a las Hibueras, los españoles están en gran apuro porque un río les cierra el paso, encuentran una inmensa piedra por donde pueden cruzarlo.

> Era aquel paso una losa o peña, llana, lisa y larga cuanto el río ancho, con más de veinte grietas por do caía la agua sin cubrilla. Cosa que parece fábula o encantamiento, como los de Amadís, pero es certísima. Otros lo cuentan por milagro, mas ello es obra de natura, que dexó aquellas pasaderas para el agua; o la mesma agua, con su continuo curso, comió la peña de aquella manera (p. 415 b).

Buen ejemplo del espíritu crítico, científico, de Gómara. La piedra no es encantamiento, como los de Amadís, sino producto de la erosión. Esta actitud crítica de Gómara es implacable ante las creencias fabulosas de los conquistadores, que tantas veces sirvieron de acicate para nuevos descubrimientos. Así comenta las noticias sobre la existencia de las amazonas:

> Entre los disparates que dijo [Francisco de Orellana] fué afirmar que había en este río amazonas, con quien él y sus compañeros pelearan. Que las mujeres anden allí con armas, y peleen, no es mucho, pues en Paria, que no es muy lejos, y en otras muchas partes de Indias, lo acostumbraban;

[20] *Memoriales*, ed. García Pimentel, pp. 226 *ss.*

ni creo que ninguna mujer se corte o queme la teta derecha para tirar el arco, pues con ella lo tiran muy bien; ni creo que maten o destierren sus propios hijos, ni que vivan sin maridos, siendo lujuriosísimas. Otros, sin Orellana, han levantado semejante hablilla de amazonas después que se descubrieron las Indias, y nunca tal se ha visto, ni se verá tampoco en este río (p. 210 b).

Si hablillas son las de Orellana, no lo son menos las de fray Marcos de Niza sobre las siete ciudades. "Volvió diciendo maravillas de siete ciudades de Síbola, y que no tenía cabo aquella tierra, y que, cuanto más al poniente se extendía, tanto más poblada y rica de oro, turquesas y ganados de lana era" (p. 287 b). El virrey don Antonio de Mendoza envía a Francisco Vázquez de Coronado a que explore la tierra y confirme lo dicho por el fraile. Y he aquí lo que encuentra:

Es Síbola de hasta docientas casas de tierra y madera tosca, altas cuatro y cinco sobrados, y las puertas como escotillones de nao. Suben a ellas con escaleras de palo, que quitan de noche y en tiempos de guerra. Tiene delante cada casa una cueva, donde, como en estufa, se recogen los inviernos, que son largos y de muchas nieves, aunque no está más de treinta grados y medio de la Equinocial; que, si no fuese por las montañas, sería del temple de Sevilla. Las famosas siete ciudades de fray Marcos de Niza, que están en espacio de seis leguas, ternán obra de cuatro mil hombres. Las riquezas de su reino es no tener qué comer ni qué vestir, durando la nieve siete meses (*ibid.*).

Siempre hay en Gómara este sentido implacable de lo real, este frenar a las gentes en sus fantasías, esta llamada al sentido común, que se diría un anticipo del pensar de Cervantes. A Gómara le molestan los prodigios y —último rasgo de su mente científica— si ignora la causa de un fenómeno, lo reconoce sin rodeos, en lugar de buscarle explicaciones arbitrarias. "Nadie hasta hoy ha podido alcanzar el secreto ni causas del crecer y menguar la mar, y mucho menos de que crezca en unas partes y en otras no crezca; y así, es superfluo tratar dello" (p. 165 a).

Nos hemos alejado de los temas estrictamente históricos en Gómara. Volvamos a ellos. Ya sabemos que a nuestro autor le interesa de modo especial la historia de Indias, pues, según nos ha dicho, piensa que el descubrimiento de América es la mayor cosa acaecida después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó. Sabe bien que es empresa difícil abordar este relato; pero quiere ver para cuánto es capaz. "... he yo escrito la historia: obra, ya lo conozco, para mejor ingenio

y lengua que la mía; pero quise ver para cuánto era" (p. 156). Lo malo es que para escribir la historia de hechos recientes no se dispone del cúmulo de autoridades que tanto aprecian los eruditos. No hay más remedio que tentar el vado, ponerse en contacto con los actores y testigos de los hechos, y obtener de ellos el mayor número posible de datos. Gómara se da plena cuenta del riesgo que ello implica. "He trabajado por decir las cosas como pasan. Si algún error o falta hubiere, suplidlo vos por cortesía; y si aspereza o blandura, disimulad, considerando las reglas de la historia; que os certifico no ser por malicia. Contar cuándo, dónde y quién hizo una cosa, bien se acierta; empero, decir cómo, es dificultoso; y así siempre suele haber en esto diferencia" (p. 155). Repetimos la cita porque es esencial. Gómara toma siempre sus precauciones. En el prólogo de la *Crónica de los Barbarrojas* advierte también que tal vez se haga eco de relatos falsos; pero aunque esto sea así no se arrepiente de haber escrito sus libros.

Para entender en estas historias he hecho gran diligencia, y la hago todavía, y haré de aquí adelante, para poder desto decir toda verdad, sin haber de fingir mentiras y verisimilitúdines, como hacen los que no alcanzan lo verdadero de las historias, y los que escriben cosas antiguas y allá del otro siglo. Muy dificultoso y muy trabajoso es saber la verdad, aun en la historia moderna, cuanto más en la vieja; porque en la una hemos de acudir a lo antiguo, y por ventura a lo olvidado, y en la otra tomar lengua y noticia de los que se hallaron presentes en las guerras y cosas de que tratamos, y aun a las veces de quien lo oyó contar al que lo vió. Los cuales todos suelen por odio o por invidia, o por gracia y lisonja, encubrir la verdad, contando las cosas muy al revés de lo que fué. Si yo cayere en algún error déstos, o no; o si acertare a decir la verdad por algún estilo de terminarlo con los que mejor lo entendieren, yo a lo menos nunca me arrepentiré de haber escrito de Cortés, ni aun de Barbarroja tampoco, en cuya historia, muy ilustre señor, pienso satisfacer a Vuestra Señoría y a mi oficio contando llanamente las cosas (*Crónica*, pp. 334-35).

Gómara ve bien el peligro, la servidumbre de todo historiador. Quienes le informan no son hombres de ciencia, eruditos, sino soldados, hombres de acción, que mientras hacen la historia no pueden atender a la exactitud de los detalles con que luego han de relatarla. Para Gómara no son los hombres de acción —los que hacen la historia— los llamados a escribirla, sino los hombres de letras. Estos últimos han de saber orientarse entre los informes, tantas veces contradictorios, de quienes han participado en los hechos. A este respecto Gómara hace una observación de mucho peso, que parece destinada a rebatir de antemano las críticas que más tarde habían de hacerle Las Casas, Bernal Díaz y otros, por no haber presenciado los acontecimientos que historiaba.

Si por ser yo cristiano y clérigo, si por no ceñir espada, ni haberme hallado en las batallas y guerras que escribo, no sé o no puedo decir verdad en la historia, digno soy de cualquier reprehensión; mas si la digo, ¿por qué me han de tachar? (*Ibid.*, p. 333).

Gómara, siempre más sobrio que Fernández de Oviedo, no se extiende tanto como hemos visto que éste hacía, en lamentaciones sobre las dificultades con que tropieza el historiador para obtener sus datos. Pero bien se nota en los párrafos citados, como en otros muchos, que no se fía demasiado de los informes obtenidos de las gentes de acción.

En los *Anales* dice al hablar de la batalla de Rávena (1512): Don Gastón de Foix "tenía (si en cuenta de soldados hay verdad) setenta piezas gruesas de artillería, dos mil hombres de armas, cuatro mil caballos ligeros, y veinte mil peones" (pp. 182-3). Pero haya o no haya verdad en cuentas de soldados, a ellos hay que acudir cuando quieren obtenerse noticias de guerras y batallas. Se aprecia muy bien en Gómara la avidez con que interroga a los actores o testigos de hechos notables en sus frecuentes alusiones a informes obtenidos por vía oral. Al relatar la muerte de César Borgia: "Dicíanme a mí unos de Logroño que se hallaron en aquello cómo le acabó de matar Damiancillo, atambor, estando caído y gimiendo" (p. 177). Cuando el rey don Fernando obtiene victoria sobre Juan de Navarra: "Oí decir que lloraba el rey de placer con Antonio de Foncecua que le truxo la nueva" (p. 183). Al hablar del inmenso osario que se encontraba junto al gran templo de México: "Andrés de Tapia, que me lo dixo, y Gonzalo de Umbría, las contaron un día, y hallaron ciento y treinta y seis mil calavernas en las vigas y gradas" (*Historia*, p. 350 b). La *Conquista de México* es esencialmente un resultado de largas conversaciones con Cortés. El interlocutor no estaba mal elegido para obtener los datos. Y, sin embargo, son muchos los que no han perdonado a Gómara el que lo hiciera así. Sería curioso saber de dónde querían que los tomara.

Si hemos de examinar con detenimiento esta cuestión de las relaciones entre Cortés y Gómara, estimar debidamente la actitud de este último como biógrafo del conquistador, y en toda su producción histórica, debemos comenzar por desbrozar el camino analizando las causas que pueden haber motivado la prohibición de la *Historia general de las Indias*, así como las principales críticas que fueron hechas a su autor por historiadores más tardíos. Es análisis un poco largo, pero imprescindible.

De los libros de Gómara, el único impreso en vida de su autor fué la *Historia general de las Indias*. Todos los juicios que sobre Gómara se

han hecho están basados en este libro, o, mejor dicho, en su segunda parte, la *Conquista de México*. No obstante la prohibición que pesó sobre él —y la recogida se hizo a rajatabla—, las ediciones se multiplicaron, su fama fué en aumento durante todo el siglo XVI; luego cayó en desgracia. Publicado por primera vez en Zaragoza en 1552, vuelve a editarse en 1553 en Zaragoza y en Medina del Campo; varias veces en Amberes en 1554. En 1556 es traducido al italiano, en 1568 al francés, en 1578 al inglés.[21] La prohibición, fechada en Valladolid a 17 de noviembre de 1533, dice lo siguiente:

EL PRÍNCIPE. Corregidores, asistente, gobernadores, alcaldes e otros jueces e justicias cualesquier de todas las ciudades, villas e lugares destos reinos e señoríos, e a cada uno y cualquier de vos a quien esta mi cédula fuere mostrada o su treslado signado de escribano público. Sabed que Francisco López de Gómara, clérigo, ha hecho un libro intitulado la *Historia de las Indias y Conquista de México*, el cual se ha impreso; y porque no conviene que el dicho libro se venda, ni lea, ni se impriman más libros dél, sino que los que están impresos se recojan y traigan al Consejo Real de las Indias de Su Majestad, vos mando a todos e a cada uno de vos, según dicho es, que luego que ésta veáis, os informéis y sepáis qué libros de los susodichos hay impresos en esas ciudades, villas y lugares, e todos aquéllos que halláredes los recojáis y enviéis con brevedad al dicho Consejo de las Indias, e no consintáis ni deis lugar que ningún libro de los susodichos se imprima ni venda en ninguna manera ni por ninguna vía so pena que el que lo imprimiere o vendiere, por el mismo caso, incurra en pena de doscientos mil maravedís para la Cámara e fisco de Su Majestad; y ansimismo haréis pregonar lo susodicho por las dichas ciudades, villas y lugares, y que nadie sea osado a lo tener en su casa ni a lo leer, so pena de diez mil maravedís para la dicha Cámara.

. . . . . .

Fecha en la villa de Valladolid a diez y siete días del mes de noviembre de mil e quinientos e cincuenta y tres años.[22]

La medida es muy rigurosa; los castigos duros. Pero el documento no especifica cuáles son los motivos de la prohibición: "porque no conviene que el dicho libro se venda, ni lea, ni se impriman más libros dél". ¿Por qué no

[21] No pretendemos hacer aquí un relato detallado de todo lo que se refiere a la prohibición del libro de Gómara. Nos interesan sólo las causas que pudieron motivarla, pues ello nos sirve para caracterizar a nuestro autor. Un resumen de la prohibición y las pesquisas hechas entre los papeles y libros de Gómara en 1572 —después de su muerte— en MERRIMAN, *op. cit.*, pp. VII *ss.* Para completar datos pueden consultarse: WAGNER, *op. cit.*, pp. 39 *ss*; PÉREZ PASTOR, *La imprenta en Medina del Campo*, Madrid, 1895; y, sobre todo, JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Biblioteca Hispano-Americana*, vol. I, pp. 262-70, que completa la documentación publicada por P. Pastor con nuevos datos obtenidos en el Archivo de Indias de Sevilla, por los que consta que todavía en 1572 fueron registrados los libros y papeles de los herederos de Gómara para ver si entre ellos había algunos referentes a las Indias.

[22] *Apud* Cristóbal PÉREZ PASTOR, *La Imprenta en Medina del Campo*, Madrid, 1895, p. 94.

conviene? Los historiadores que se han ocupado de esta cuestión están casi totalmente de acuerdo en que la prohibición fué motivada por los elogios excesivos de Gómara a Cortés, y porque no se recata en manifestar que Carlos V fué ingrato con el conquistador.[23] Aceptan, pues, en principio que la prohibición estuvo justificada, y la motivan según sus propios puntos de vista desfavorables a Cortés y a Gómara. Es decir, que mantienen la actitud de Bernal Díaz, quien solicitaba del Consejo de Indias la supresión del libro porque no había en él una sola línea que fuera verdad.

Veamos las cosas con más cuidado. Es evidente que el elogio a Cortés no sonaba por entonces bien en las altas esferas de la corte. Pero ¿no habrá habido otros motivos para la prohibición que no den pie para que juzguemos hoy desfavorablemente a Gómara, sino muy al contrario? Ha de tenerse ante todo en cuenta que la prohibición no se limitó a la segunda parte, que es la que trata de la conquista de México, y, por lo tanto, de Cortés, sino que afectó a todo el libro. ¿No habrá también en la primera parte juicios, opiniones, puntos de vista de Gómara que hayan justificado la prohibición y que nada tengan que ver con Cortés? Yo creo que sí.

A decir verdad, para ver claro en esta cuestión es necesario analizar, aunque sea someramente, no sólo la *Historia de las Indias* en su integridad, sino toda la obra de Gómara.

La principal característica que señalábamos al hablar de sus semblanzas de personajes es la sinceridad, la independencia de criterio. Subrayábamos también que el propio Gómara nos dice en la dedicatoria de su *Crónica de los Barbarrojas* que cuando se escribe la biografía de un personaje "hanse de decir todos los vicios de la persona de quien se escribe; verdadera y descubiertamente ha de hablar el que escribe vida". De aquí que no sea fácil hacerlo mientras no haya muerto la persona de quien se trata. Pero Gómara lleva a tal extremo la audacia de su sinceridad que se atreve a señalar defectos, graves defectos, incluso cuando los censurados están vivos y ocupan los puestos más altos. Esta actitud la mantiene siempre. Ni siquiera renuncia a ella cuando escribe sobre Hernán Cortés, como luego veremos.

Los *Anales*, escritos —en opinión de Merriman[24]— para congraciarse

[23] "There is no reason to doubt that it was Gómara's extravagant praises of his master that aroused the displeausure of the authorities." MERRIMAN, *op. cit.*, p. XVII. Merriman, que tan acertado estudio hace de los *Anales*, y elogia en ellos y en la *Crónica de los Barbarrojas* las calidades de historiador exacto y veraz de Gómara, acepta, en cambio, sin discusión todos los lugares comunes sobre la *Historia de la Conquista de México*.

[24] *Op. cit.*, XXV-XXVI. "Thirdly comes the problem as to what the object of Gómara was in writing the *Annals of Charles V*, so soon after the government had decreed the

con el Emperador y borrar el mal efecto que había producido en la corte su *Historia general de las Indias,* abundan en juicios desfavorables sobre don Fernando el Católico, abuelo del monarca, sobre el monarca mismo, y sobre otros personajes importantes. Algunos se han mencionado ya. Podrían multiplicarse. El secretario Francisco de los Cobos "era codicioso y escaso, y tomaba presentes con ambas manos, que lo enriquecieron demasiadamente" (p. 255). Nicolás Perrenot, señor de Granvela, "enriquicióse mucho, no sé si bien" (p. 261). El año 1548 "pone casa en Valladolid el príncipe don Felipe a la borgoñona, desautorizando la castellana, que, por sola su antigüedad, se debía guardar" (p. 257). Menciona muy desfavorablemente en los *Anales* el empeño de las islas de la Especiería, hecho por Carlos V, y de ello hablaremos al examinar la *Historia de las Indias,* donde se comenta esta medida con mayor extensión y con mayor dureza.

Pero no es en los *Anales* ni en la *Historia de las Indias* donde con mayor violencia se ataca al Emperador Carlos V. Es en la *Crónica de los Barbarrojas.* "Verdadera y descubiertamente" censura Gómara la política del monarca, sus indecisiones y torpezas, el que se deje arrebatar por los turcos la hegemonía mundial. Es realmente extraordinaria la libertad con que Gómara maneja la pluma, y con frecuencia no se toma el trabajo de velar sus alusiones a los desaciertos del Emperador. Véase el paralelo que establece entre los soberanos español y turco:

> Estos dos emperadores, Carlos y Solimán, poseen tanto como poseyeron los romanos, y si digo más no erraré, por lo que españoles han descubierto y ganado en las Indias; y entre estos dos está partida la monarquía: cada cual dellos trabaja por quedar monarca y señor del mundo; mas vemos que por nuestros pecados sucede mejor a Solimán sus deseos y sus engaños que no a don Carlos Entrambos tienen casi una misma edad, empero muy diferente ventura; entrambos exercitan la guerra por un igual, sino que los turcos exercitan mejor su intento que no españoles: guardan mejor la orden y disciplina de la guerra, tienen mejor consejo, emplean mejor su dinero (p. 346).

Dada la idea que Gómara se forma de la historia no es difícil saber quién tiene, en su opinión, la culpa de la inferioridad de los españoles frente a los turcos: es el propio monarca. Veamos un elogio de Solimán que es fuerte censura para Carlos V.

> Tiene siempre [el gran Turco] en guarniciones grandísimo número de soldados y hombres de armas, y hace tener y guardar a los suyos la arte

supression of his *Historia General de las Indias;* and all the probabilities point to the conclusion that our author's chief aim was to secure a return of the royal favour." Mal camino para obtener la vuelta del favor real eran algunos juicios como el del empeño de las islas de la Especiería al que aludimos en el texto.

militar tan bien, y con tanta regla y orden, que hacen ventaja, según todos dicen, a los griegos y romanos, y a todas las naciones del mundo, y han sido y son agora tenidos por valientes y exercitados en armas y en guerras. Allende desto, no nombra así como quiera, no por favor ni por linaje sus capitanes generales ni ordinarios; ni los proveedores ni contadores mayores; ni tampoco los del consejo de guerra; sino que escoge en todo su exército los más valientes, los más diligentes, y para cada oficio los mejores (p. 348).

Gómara apela de continuo a este procedimiento del elogio a los turcos para poder censurar los defectos del monarca español. Así le critica su indecisión, el no saber rematar las empresas una vez comenzadas.

Detenido me he algo en contar la origen y linage de los turcos, en mostrar las fuerzas y orden de guerra que tienen, y en decir que solamente once reyes que ha habido entre ellos, heredando hijo a padre, han ganado tanto de reinos y señoríos como se los vemos poseer. Hice esto para que todos sepan cuánto pueden los reyes y príncipes que con ánimo y con juicio emprenden las empresas, y, comenzadas, las acaban con diligencia y cuidado, y, alcanzada la victoria, defienden lo ganado, mantienen la tierra en paz, y la rigen con buen gobierno, y conservan sus estados y vasallos (pp. 349-50).

El monarca es indeciso, y su administración desastrosa. Párrafos como el que sigue alcanzan pleno sentido confrontados con los que vienen más abajo sobre el despilfarro de la hacienda real, y, más concretamente, sobre el empeño de la Especiería.

Quiere hacer un señor una gran fiesta, un camino, o una guerra; no tiene dineros para hacerla. Aconséjase con sus criados, y vende o empeña sus tierras, o pide prestado a sus vasallos; y gasta los dineros, y no gana nada más de quedarse sin los lugares, y con los vasallos pobres. El consejo de los suyos bueno fué para haber de presto dineros, mas echó a perder al señor, y destruyó a los vasallos (pp. 358-9).

Se advierte a cada paso que Gómara considera postergada a España, la ve reducida a un papel secundario dentro del cuadro de los problemas que ocupan al Emperador, a los que siempre alude con ironía. Los turcos son un peligro cada vez mayor para los españoles.

Muy bien tiene entendido todo esto el Emperador, nuestro señor, y ha procurado ya, y aun probado, el remedio dello. Ahora con los muchos grandes y graves negocios que fuera destos reinos cuelgan de Su Magestad, de que anda muy cargado y fatigado, no le vale, ni puede entender así ligeramente una cosa como ésta, que requiere costa, poder y consejo (p. 334).

Sería menester que españoles juntasen sus galeras y naos con las de venecianos, y buscasen al enemigo en su casa, y hiciesen tanto que lo venciesen, o a lo menos que nos defendiesen; y si esto no se hace por mano y

mandado de Su Magestad, que tiene casi igual poder que el Turco, gran peligro corremos (p. 349).

Lo grave es que Gómara sabe muy bien que "esto no se hace". Y es tanta su cólera y su amargura que ni siquiera se preocupa por velar ligeramente sus reproches al Emperador.

[Solimán] puso cerco en Viena. Fué contra él el Emperador don Carlos, recién coronado en Bolonia, con muy poderoso exército, y más consejo que ánimo (pp. 346-7).

Carlos V no hace el menor caso de los españoles cercados por Barbarroja en el peñón de Argel.

Por manera que los nuestros, no pudiendo defenderse como tenían el ánimo, hiciéronlo saber a Su Magestad, que a la sazón estaba en Barcelona de partida para Italia a coronarse, suplicándole les mandase proveer y socorrer lo más presto que ser pudiese, si quería conservar aquella fuerza y tener el pie en el pescuezo a tan poderoso enemigo como era Barbarroja, y tan vecino de España, que tantos robos y muertes hacía en sus reinos. El Emperador los olvidó con otros muchos y grandes negocios que entonces trataba, que no invió el socorro que le pedían aquellos españoles (pp. 394-5).

Cuando don Carlos marcha a coronarse a Italia se lleva consigo todas las galeras españolas, imprevisión que aprovecha Barbarroja para atacar las costas indefensas. Las tentativas del Emperador para atacar a Haradín Barbarroja en sus propios dominios africanos dan resultados casi nulos. En la primera de ellas, frente a la Goleta, Barbarroja "entretúvose algunos días escaramuzando muy bien, y haciendo buenas cosas, y aun matando hartos de los nuestros, antes que Su Magestad supiese la tierra ni entendiese aquella guerra" (p 416).

Pero mayor es el fracaso y desastre de la segunda expedición, dirigida contra Argel, pues una tormenta destruye gran parte de la flota del Emperador, y se decide precipitadamente la retirada, contra la opinión de Hernán Cortés, que tomó parte en la expedición —también Gómara estuvo en ella, como ya hemos dicho— y a quien no se dejó participar en las deliberaciones del consejo.

La pérdida fué grande, así por la plata, joyas y vestidos, armas y cosas semejantes, como por tantos navíos y buena artillería, y por los caballos que los nuestros comieron y mataron por no haber sacado con tiempo vituallas para los soldados. No se tomó desta vez Argel; y aun con las pasas que sacaron, y con los palmitos, tortugas, caracoles, yerbas, de lo cual había abundancia, y con los caballos que en fin se comieron o los desjarretaron porque no los hobiesen los moros, y con haber dos ríos y muchas fuentes, pudieran ganar la ciudad, si no se dieran tanta priesa: lo cual se hizo con

consejo y parecer de los señores capitanes que tenían voto. Don Hernando Cortés, marqués del Valle, que fué a servir a Su Magestad en aquella jornada con don Martín y don Luis, sus hijos, como hombre que en las conquistas de las Islas y de la Nueva España y Tierra Firme de Indias tenía esperiencia de hambre en guerras semejantes, no tuvo él por hambre aquélla, y si le dexaran a él, con los soldados, como deseaba, no tiene duda sino que la tomara; mas el Emperador, por mejor aconsejado, y porque no viniese otro cierzo y acabase de destruir las naves y galeras que quedaban quebrantadas y perdidas de la tormenta pasada, acordó de embarcarse luego y dexar aquella empresa para otro mejor tiempo, pues ya aquél era tarde, y irse a España (p. 433).

Quizá pueda pensarse que nos hemos detenido más de la cuenta en el examen de aspectos de un libro que nada tiene que ver, a primera vista, con nuestro tema. Pero este examen es imprescindible para el cabal conocimiento de la mentalidad de Gómara. Aun siendo el análisis más largo de lo debido resulta incompleto, pues sólo nos hemos propuesto destacar en él la independencia de criterio de nuestro historiador, la valentía con que señala los defectos del carácter y de la política de Carlos V. Esto tiene el inconveniente de dar una visión demasiado unilateral, de que quien nos lea pueda imaginarse que Gómara es un detractor sistemático, encarnizado, del emperador Carlos V. No hay tal. Son muchas las ocasiones en que reconoce con elogio sus aciertos.

Para terminar observaremos que el párrafo citado acerca de la expedición de Argel no es el único en que se menciona a Cortés en la *Crónica de los Barbarrojas*. Esta es la primera obra que Gómara escribe, fechada en 1545, por los días en que el conquistador se siente más abandonado por Carlos V. Recuérdese que es de 1544 su memorial, cuyo preámbulo, triste y sin esperanza, hemos reproducido más arriba.

Sin duda está presente el espíritu de Cortés, que tan fuerte influencia debió ejercer sobre Gómara, en la nota de reproche al Emperador que hemos podido apreciar de continuo en las páginas de la *Crónica*. Y en ellas se señala también, velada o descubiertamente, la ingratitud de Carlos V con el conquistador, de modo más tajante que en la propia *Historia de las Indias*. No es difícil saber en quién pensaba Gómara al escribir:

Más puede por la mayor parte en este cuerpo mortal la ira y pasión que la bondad y el deber; antes nos acordamos de un mal, de una afrenta, aunque sea muy pequeña, que de cuantos beneficios y honras nos hacen, aunque sean tales y tan grandes que decirlos no sepamos: errados andamos, y al revés va el mundo, que no tiene ojos, ni siente, ni quiere oír. A las grandes mercedes pagan con pensadas traiciones, a los servicios grandísimos con ingratitud increíble (p. 384).

Más claro habla aún la dedicatoria a don Pedro Alvarez Osorio, marqués de Astorga, consuegro del conquistador:

Sin ningún escrúpulo, antes con muy gran razón, puedo y debo inviar a Vuestra Señoría esta obrilla hecha ansí de presto, en que pasé este tiempo y la siesta destos grandes calores. Y vea muy particularmente las cosas de Barbarroja, para que cuando vea las del marqués del Valle, que será muy presto, placiendo a Nuestro Señor, entienda y conozca muy bien en qué son iguales estos dos tan nombrados capitanes, Cortés y Barbarroja, y cuán diferentes principios y sucesos tuvieron entrambos, y cuán diversamente hoy día vive cada cual con su rey y señor (p. 335).

Bien vemos que estas censuras a la ingratitud de Carlos V con Cortés carecen de importancia si se las compara con las que Gómara hace al conjunto de la política del soberano.

Viniendo ahora a la *Historia de las Indias,* ya en la dedicatoria manifiesta su autor que en la traducción latina de la misma obra que tiene entre manos dirá cosas que se ve obligado a callar en el original. "Quedo haciéndola en latín de más espacio, y acabaréla presto, Dios mediante, si Vuestra Majestad lo manda y favorece. Y allí diré muchas cosas que aquí se callan, pues el lenguaje lo sufre y lo requiere" (p. 156). Pero ¿es que en la edición castellana dejó de decir lo que no agradaba en Castilla que se supiera respecto a problemas delicados de las Indias? De ningún modo. Veamos ejemplos. En los continuos pleitos que surgían entre los conquistadores y la Corona, Gómara manifiesta una tendencia peligrosa a darles la razón a los primeros. Fernando Pizarro, en el Perú,

pidió servicio a los conquistadores para el emperador, que decía pertenecerle, como a rey, todo el rescate de Atabaliba, que también era rey. Ellos respondieron que ya le habían dado su quinto, que le venía de derecho; y aína hubiera motín, porque los motejaban de villanos en España y corte, y no merecedores de tanta parte y riquezas; *y no digo entonces, pero antes y después lo acostumbran decir acá los que no van a Indias; hombres que por ventura merecen menos lo que tienen, y que no se habían de escuchar.* Francisco Pizarro los aplacó, diciendo que merecían aquello por su esfuerzo y virtud, y tantas franquezas y preeminencias como los que ayudaron al rey don Pelayo y a los otros reyes a ganar a España de los moros. Dijo a su hermano que buscase otra manera para cumplir lo que había prometido, pues ninguno quería dar nada ni él les tomaría lo que les dió. Fernando Pizarro entonces tomaba un tanto por ciento de lo que fundían, por lo cual incurrió en gran odio de todos; mas él no alzó la mano de aquello, antes se fué al Cuzco a otro tanto, y trabajó de ganar la voluntad a Mango

Inga, para sacarle alguna gran cuantía de oro para el emperador, que muy gastado estaba con las jornadas de su coronación, del turco en Viena, y de Túnez; y para sí también (p. 237 b).

Pronto vamos a ver que no es ésta la única ocasión en que Gómara habla en su *Historia de las Indias* de las deudas del Emperador, de la extremada codicia de sus oficiales, y del estado de rebeldía en que se ponían los conquistadores cuando les pedían contribución para los gastos de su señor. Nótese la gravedad de la frase subrayada por mí, en la que Gómara habla en primera persona contra quienes regían desde España los asuntos de Indias desconociendo los derechos de los conquistadores.

Las Leyes nuevas de Indias causaron en el Perú trastornos enormes. Gómara no toma abiertamente partido contra ellas; pero describe descarnadamente la oposición con que tropezaron, la violenta hostilidad de los conquistadores, que ocasionó muy graves disturbios.

Tan presto como fueron hechas las ordenanzas y nuevas leyes para las Indias, las enviaron los que de allá en corte andaban a muchas partes: isleños a Santo Domingo, mexicanos a México, peruleros al Perú. Donde más se alteraron con ellas fué en el Perú; ca se dió un traslado a cada pueblo, y en muchos repicaron campanas de alboroto, y bramaban leyéndolas. Unos se entristecían, temiendo la ejecución; otros renegaban; y todos maldecían a fray Bartolomé de las Casas, que las había procurado. No comían los hombres, lloraban las mujeres y los niños, ensoberbecíanse los indios, que no poco temor era. Carteáronse los pueblos para suplicar de aquellas ordenanzas, enviando al emperador un grandísimo presente de oro para los gastos que había hecho en la ida de Argel y guerra de Perpiñán. Escribieron unos a Gonzalo Pizarro y otros a Vaca de Castro, que holgaban de la suplicación, pensando excluir a Blasco Núñez por aquella vía y quedar ellos con el gobierno de la tierra, no digo entrambos juntos, sino cada uno por sí, que también fuera malo, porque hubiera sobre ello grandes revoluciones. Platicaban mucho la fuerza y equidad de las nuevas leyes entre sí, y con letrados que había en los pueblos, para lo escribir al rey y decirlo al virrey que viniese a ejecutarlas. Letrados hubo que afirmaron cómo no incurrían en deslealtad ni crimen por no las obedecer, cuanto más por suplicar dellas, diciendo que no las quebrantaban, pues nunca las habían consentido ni guardado; y no eran leyes ni obligaban las que hacían los reyes sin común consentimiento de los reinos que les daban la autoridad, y que tampoco pudo el emperador hacer aquellas leyes sin darles primero parte a ellos, que eran el todo de los reinos del Perú (p. 250 a).

No precisa subrayar la gravedad de los últimos párrafos. La misma nota de vigor mantiene Gómara al describir la oposición con que tropieza el virrey Blasco Núñez Vela cuando quiere aplicar las leyes nuevas. En San Miguel "le quitaban la habla y la comida, como a descomulgado, y a la

salida del lugar le dieron gritas las españolas, y lo maldijeron como si llevara consigo la ira de Dios" (p. 250 b). En Trujillo,

visto por los vecinos su rigor y dureza, aunque buenas palabras, comenzaron a renegar. Unos decían que dejarían las mujeres, y aun algunos las dejaran si les valiera, ca se habían casado muchos con sus amigas, mujeres de seguida, por mandamiento que les quitaran las haciendas si no lo hicieran. Otros decían que les fuera mucho mejor no tener hijos ni mujer que mantener, si les habían de quitar los esclavos, que los sustentaban trabajando en minas, labranza y otras granjerías; otros pedíanle pagase los esclavos que les tomaba, pues los habían tomado de los quintos del rey, y tenían su hierro y señal; otros daban por mal empleados sus trabajos y servicios si al cabo de su vejez no habían de tener quien los sirviese. Estos mostraban los dientes caídos de comer maíz tostado en la conquista del Perú; aquéllos muchas heridas y pedradas; aquellotros grandes bocados de lagartos. Los conquistadores se quejaban que, habiendo gastado sus haciendas y derramado su sangre en ganar el Perú al emperador, les quitaban esos pocos vasallos que les había hecho merced. Los soldados decían que no irían a conquistar otras tierras, pues les quitaban la esperanza de tener vasallos, sino que robarían a diestro y siniestro cuanto pudiesen. Los tenientes y oficiales del rey se agraviaban mucho que los privasen de sus repartimientos sin haber maltratado los indios, pues no los hubieron por el oficio, sino por sus trabajos y servicios. Decían también los clérigos y frailes que no podrían sustentarse ni servir las iglesias si les quitaban los pueblos. Quien más se desvergonzó contra el virrey, y aun contra el rey, fué fray Pedro Muñoz, de la Merced, diciendo cuán mal pago daba Su Majestad a los que tan bien le habían servido, y que olían más aquellas leyes a interese que a santidad, pues quitaban los esclavos que vendió sin volver los dineros, y porque tomaban los pueblos para el rey, quitándolos a monesterios, iglesias, hospitales y conquistadores que los habían ganado, y, lo que peor era, que imponían doblado pecho y tributo a los indios que así quitaban y ponían en cabeza del rey, y aun los mesmos indios lloraban por esto (p. 251 a).

Por si fuera poco este cuadro tan violento —trazado de mano maestra— Gómara describe con idéntico realismo el panorama de las guerras civiles, y subraya una vez más el estado de rebeldía de los peruleros, y sus amenazas de hacerse independientes.

Unos decían que no darían al rey las tierras si no les daban repartimientos perpetuos; otros que harían rey a quien les pareciese, que así habían hecho en España a Pelayo y Garci Jiménez; otros que llamarían turcos si no daban a Pizarro la gobernación del Perú y soltaban a su hermano Fernando Pizarro; y todos, en fin, decían cómo aquella tierra era suya, y la podían repartir entre sí, pues la habían ganado a su costa, derramando en la conquista su propia sangre (p. 265 a).

Después de todo esto todavía hay quien no entiende bien por qué

León Pinelo designó el libro de Gómara con el calificativo de "historia libre".[25] Y se sigue insistiendo en que el motivo de la prohibición fueron los elogios desmedidos a Cortés. Comparadas con lo que acabamos de citar, las opiniones consignadas en la *Conquista de México* carecen de gravedad. Gómara se limita a insistir en las censuras al Emperador y a sus oficiales, por su desmedida codicia Así, por ejemplo, con ocasión del descubrimiento de una riquísima mina en Michoacán.

> Hay en este reino muchas minas de plata y oro baxo; y el año de mil y quinientos y veinte y cinco se descubrió en él la más rica mina de plata que se había visto en la Nueva España. Y por ser tal, la tomaron para el rey sus oficiales, no sin agravio de quien la halló. Mas quiso Dios que luego se perdiese o acabase, y así la perdió su dueño, y el rey su quinto, y ellos la fama (p. 394 b).

El Emperador es insaciable, según Gómara. No contento con las riquezas que le envía Cortés se adueña de las que éste destina a su padre.

> Envió veinte y cinco mil castellanos en oro, y mil y quinientos y cincuenta marcos de plata a Martín Cortés, su padre, para llevarle su mujer, y para que le enviase armas, artillería, hierro, naos con muchas velas, sogas, áncoras, vestidos, plantas, legumbres y semejantes cosas para mejorar la buena tierra que conquistara. Pero tomólo todo el rey, con lo demás que vino entonces de las Indias. Con estos dineros que Cortés envió al emperador quedaba la tesorería del rey vacía, y él sin blanca, por lo mucho que había gastado en los exércitos y armadas que (como la historia vos ha contado) había hecho (p. 405 a-b).

La única manera de conseguir favor en la corte era enviar dinero en abundancia. Cuando Cortés se encuentra más desprestigiado por causa de las intrigas de Pánfilo de Narváez llega un rico presente y las cosas cambian por completo.

> Este oro fué, para decir verdad, quien hizo que no le quitasen la gobernación, sino que le enviasen un juez de residencia. Llegado, como digo, aquel presente tan rico, y acordado de enviar juez que tomase residencia a Cortés, buscaron una persona de letras y linage que supiese hacer el mandado, y que le tuviesen respeto, porque soldados son atrevidos (p. 421 a).

Vemos que lo ocurrido con Cortés no es sino un ejemplo más de una

[25] "A. de León Pinelo in his *Epítome de la Biblioteca Oriental, Occidental, Náutica y Geográfica* (edition of 1737), column 589, speaks of Gómara's work as a "historia libre" (which of course may mean any one of a number of things), and ascribes its suppression to that characteristic" (MERRIMAN, *op. cit.*, p. XVII, n. 3). León Pinelo dice: "La obra de Gómara sobre las Indias y México es historia libre, y está mandada recoger por cédula antigua del Consejo Real de las Indias; pero el año de 1729 permitió que se volviese a imprimir, y se está acabando." Nótese que su juicio se refiere al conjunto de la obra, como la prohibición misma.

actitud de Carlos V que Gómara censura continuamente. Para terminar, citaremos lo que dice del empeño de las islas de la Especiería al rey de Portugal, que también se encuentra en la primera parte de la *Historia de las Indias.*

Mas como fué tan grande la negociación del rey y nuestra necesidad, vino el Emperador a empeñarle las Malucas y Especiería para ir a Italia a coronarse, año de 1529, por trescientos y cincuenta mil ducados, y sin tiempo determinado, quedando el pleito en el estado que lo dejaron en la puente de Caya; y el rey don Juan castigó al licenciado Acebedo porque dió los dineros sin declarar tiempo. Empeño fué ciego, y hecho muy contra la voluntad de los castellanos que consultaba el emperador sobre ello; hombres que entendían bien el provecho y riqueza de aquel negocio de la Especiería, la cual podía rentar en un año o dos, y fueran seis, más de lo que daba el rey sobre ella. Pero Ruiz de Villegas, que fué llamado al contrato dos veces, una a Granada y otra a Madrid, decía ser muy mejor empeñar a Extremadura y la Serena, o mayores tierras y ciudades, que no a los Malucos, Zamatra, Malaca y otras riberas orientalísimas y riquísimas y aun no bien sabidas, por razón que se podría olvidar aquel empeño con el tiempo o parentesco, y no estotro, que se estaba en casa. En conclusión, no miró el emperador lo que empeñaba, ni el rey entendía lo que tomaba. Muchas veces han ido al emperador que desempeñe aquellas islas, pues con la ganancia de pocos años se desquitará, y aun el año de 1548 quisieron los procuradores de Cortes, estando en Valladolid, pedir al emperador que diese al reino la Especiería por seis años en arrendamiento, y que pagarían ellos al rey de Portugal sus trecientos y cincuenta mil ducados, y traerían el trato della a la Coruña, como al principio se mandó, y que pasados los seis años, Su Majestad la continuase y gozase; mas él mandó desde Flandes, donde a la sazón estaba, que ni lo diesen por capítulo de Cortes ni hablasen más en ello. De lo cual unos se maravillaron, otros se sintieron, y todos se callaron (p. 222 b).

El que no callaba nunca, como vemos, era Gómara, quien alude al mismo hecho, aunque con brevedad, en los *Anales,* sin dejar de reprobarlo. En el año 1548 las Cortes celebradas en Valladolid dicen a Carlos V "que todo el reino desempeñaría las Molucas, porque se la dexasen gozar seis meses solamente; mas el Emperador no lo quiso escuchar, como buen hermano de sus hermanos, o por la trampa del empeño" (p. 257).

No creo, después de este análisis, que vayamos muy descarriados al afirmar que la libertad de juicio de Gómara, su independencia de criterio al censurar las medidas de Carlos V o de sus gobernantes que le parecían desacertadas,[26] son las que motivaron la prohibición de su *Historia de las*

[26] Ya hemos dicho que no hay en Gómara una actitud sistemática de censura al Emperador, pues son bastantes las ocasiones en que lo elogia. Véase, por ejemplo, el paralelo entre Carlos V y Francisco I de Francia, en *Anales,* pp. 251 *ss.*

*Indias.* Los *Anales* y la *Crónica de los Barbarrojas* quedaron inéditos; pero, de haberse publicado, es casi seguro que habrían corrido la misma suerte que la *Historia.* No cabe mayor elogio de Gómara, ni homenaje más elocuente a su ansia de conocer y expresar la verdad.

Al hablar de la promulgación de las Leyes nuevas de Indias, Gómara nos ha dicho que "unos se entristecían temiendo la ejecución, otros renegaban, y todos maldecían a fray Bartolomé de las Casas, que las había procurado". No eran nada amigos nuestro clérigo y el dominico. Las pruebas abundan. Cuando Gómara relata la fracasada empresa de colonización pacífica de Las Casas, extrema la ironía y envuelve en ella acusaciones graves.

Estaba el licenciado Bartolomé de las Casas, clérigo, en Santo Domingo, al tiempo que florecían los monesterios de Cumaná y Chiribichi, y oyó loar la fertilidad de aquella tierra, la mansedumbre de la gente, y abundancia de perlas. Vino a España; pidió al emperador la gobernación de Cumaná; informóle cómo los que gobernaban las Indias le engañaban; y prometióle de mejorar y acrecentar las rentas reales. Juan Rodríguez de Fonseca, el licenciado Luis Zapata, y el secretario Lope de Conchillos, que entendían en las cosas de Indias, le contradijeron por información que hicieron sobre él; y lo tenían por incapaz del cargo, por ser clérigo, y no bien acreditado, ni sabidor de la tierra y cosas que trataba. El, entonces, favorecióse de mosiur de Laxao, camarero del emperador, y de otros flamencos y borgoñones, y alcanzó su intento por llevar color de buen cristiano en decir que convertiría más indios que otro ninguno con cierta orden que pornía, y porque prometía enriquecer al rey y enviarles muchas perlas. Venían entonces muchas perlas, y la mujer de Xebres hubo ciento y sesenta marcos dellas que vinieron del quinto, y cada flamenco las pidía y procuraba.

Pidió labradores para llevar, diciendo que no harían tanto mal como soldados, desuellacaras, avarientos e inobedientes. Pidió que los armase caballeros de espuela dorada, y una cruz roja diferente de la de Calatrava, para que fuesen francos y ennoblecidos. Diéronle, a costa del rey, en Sevilla, navíos y matalotaje y lo que más quiso, y fué a Cumaná el año de 20, con obra de trecientos labradores que llevaban cruces, y llegó al tiempo que Gonzalo de Ocampo hacía a Toledo. Pesóle de hallar allí tantos españoles con aquel caballero, enviados por el almirante y Audiencia, y de ver la tierra de otra manera que pensara ni dijera en corte. Presentó sus provisiones, y requirió que le dejasen la tierra libre y desembargada para poblar y gobernar.

Gonzalo de Ocampo dijo que las obedecía, pero que no podía cumplirlas, ni lo podía hacer sin mandamiento del gobernador e oidores de Santo Domingo, que lo enviaran. Burlaba mucho del clérigo, que lo conocía de allá de la vega por ciertas cosas pasadas, y sabía quién era; burlaba eso mesmo de los nuevos caballeros y de sus cruces, como de sambenitos.

Corríase mucho desto el licenciado, y pesábale de las verdades que le dijo. No pudo entrar en Toledo, e hizo una casa de barro y palo, junto a do fué el monesterio de franciscos, y metió en ella sus labradores, las armas, rescate y bastimento que llevaba, y fuése a querellar a Santo Domingo. El Gonzalo de Ocampo se fué también, no sé si por esto o por enojo que tenía de algunos de sus compañeros, y tras él se fueron todos; y así quedó Toledo desierto y los labradores solos.

Los indios, que holgaban de aquellas pasiones y discordia de españoles, combatieron la casa y mataron casi todos los caballeros dorados. Los que huir pudieron, acogiéronse a una carabela, y no quedó español vivo en toda aquella costa de perlas. Bartolomé de las Casas, como supo la muerte de sus amigos y pérdida de la hacienda del rey, metióse fraile dominico en Santo Domingo; y así, no acrecentó nada las rentas reales, ni ennobleció los labradores, ni envió las perlas a los flamencos (p. 205 a-b).

Para nada aparece aquí el apóstol de los indios, sino un intrigante que maneja a la perfección los resortes, de que tantas veces nos ha hablado Gómara, para aplacar la desmedida codicia de la corte de Carlos V. A nosotros el trozo transcrito nos interesa tan sólo como expresión de la baja idea que Gómara tiene de Las Casas, y de la forma en que lo ataca. Los dos partían de puntos de vista opuestos, irreductibles. Gómara no justificaba en modo alguno los malos tratos a los indios, las crueldades y abusos de los españoles. "Justo es, pues, que Vuestra Majestad favorezca la conquista y los conquistadores, mirando mucho por los conquistados" (p. 156), dice en la dedicatoria de su libro. Ya antes hemos visto que reprocha a los españoles su crueldad, y son muchos más los ejemplos que podríamos aducir de esta actitud. Encontramos en él descripciones tremendas, como la de la destrucción de los indígenas en la isla de Santo Domingo.

Los españoles abrieron muchos indios a cuchilladas en las guerras, y aun en las minas, y derribaron los ídolos de sus altares, sin dejar ninguno. Vedaron todos los ritos y cerimonias que hallaron. Hiciéronlos esclavos en la repartición, por lo cual, como trabajaban más de lo que solían, y para otros, se murieron y se mataron todos; que de quince veces cien mil y más personas que había en aquella sola isla, no hay agora quinientos. Unos murieron de hambre, otros de trabajo, y muchos de viruelas. Unos se mataban con zumo de yuca, y otros con malas yerbas. Otros se ahorcaban de los árboles. Las mujeres hacían también ellas como los maridos, que se colgaban a par dellos, y lanzaban las criaturas con arte y bebida, por no parir a luz hijos que sirviesen a extranjeros. Azote debió ser que Dios les envió por sus pecados. Empero grandísima culpa tuvieron dello los primeros, por tratallos muy mal, acodiciándose más al oro que al prójimo (p. 176 a).

La esclavización de los lucayos:

Destas islas, pues, de los lucayos, yucayos como algunos llaman, cati-

varon españoles, en obra de veinte años o poco menos, cuarenta mil personas. Engañaban de palabra los isleños, diciéndoles cómo iban a llevallos al paraíso, ca los indios de allí creían que muertos purgaban los pecados en tierras frías del norte, y después entraban en el paraíso, que estaba en tierra del mediodía. Desta manera acabaron los lucayos, y los más trayéndolos en minas. Dicen que todos los cristianos que cativaron indios, y los mataron trabajando, han muerto malamente o no lograron sus vidas, o lo que con ellos ganaron (p. 179 a).

Y así siempre. Gómara no disculpa a los españoles. Pero tampoco afirma, como Las Casas, que los indios son seres perfectos, de inocencia paradisíaca; y cree que la obra de su conversión no puede llevarse a buen término si los misioneros no van protegidos por los soldados. Según él, los indios "matan cuantos predicadores pueden coger, si no hay soldados que temer" (p. 450 b), como dice al concluir el capítulo en que da noticia del martirio sufrido por algunos frailes.

Esto es lo que Las Casas no quería aceptar. Bien conocida es la violencia, la exaltación magnífica y sectaria, con que llevó a cabo su campaña en defensa de los indígenas. Con la misma violencia, con desprecio profundo, trata a Gómara en su *Historia de las Indias*. Había leído con gran atención la obra del capellán de Cortés, pues sus citas de ella son frecuentes y exactas. Y de haber concluído su propio libro tendríamos en él una diatriba más violenta contra Gómara que la de Bernal Díaz; pero con lo escrito nos basta para ver cuál es el tipo de censuras que Las Casas hace a nuestro autor. Además de que el dominico, a diferencia de Gómara, es muy poco conciso y se repite continuamente.

Las Casas reprocha a Gómara el que trate de las Indias sin haber puesto nunca los pies en ellas, y el no utilizar más informes que los suministrados por Cortés. Estas son las únicas críticas de tipo estrictamente histórico que le hace, justas tan sólo hasta cierto punto, pues de aceptarlas a rajatabla, sólo podrían escribir historia los actores o testigos presenciales de los hechos. Todas las demás críticas se salen del terreno de la historia para entrar en el de la teología y la jurisprudencia. Las Casas pasa siempre de censurar la forma en que Gómara relata los hechos a la censura de los hechos mismos. Para él la conquista no tiene justificación. Los indios son seres inocentes, que ningún daño han hecho a los españoles, y por lo tanto éstos no tienen derecho a hacerles la guerra ni a penetrar en sus tierras por la violencia. Como es bien sabido, este punto de vista dió lugar a toda una serie de polémicas doctrinales, que no son de nuestra incumbencia. Dió lugar también —y esto sí nos interesa— a la enemistad de Las Casas

con los conquistadores, y muy en especial, con los cronistas que narraban la conquista de Indias como hazaña gloriosa de los españoles. Las Casas apeló a todos los medios para vencer a sus adversarios, y utilizó su gran influencia en la corte para impedir que sus libros vieran la luz. Gómara le acusa formalmente de ello en los *Anales*. "Año 1548. Procura fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, estorbar la *Historia General y Natural de Indias* que Gonzalo Hernández de Oviedo, cronista, mostró al Consejo Real de Castilla para la imprimir" (p. 258). Las gestiones de Las Casas tuvieron éxito, pues la *Historia* de Oviedo no se imprimió en su totalidad hasta el siglo pasado. ¿No andaría también la mano del dominico en la prohibición del libro de Gómara? Nada tendría de extraño.

Los ataques de Las Casas a Gómara son mucho más violentos y repetidos que los de Gómara a Las Casas. Este era enemigo declarado de Cortés, y no hay vez que lo mencione sin zaherirle. En las censuras envuelve al conquistador y a su biógrafo. Pondremos algunos ejemplos, sin pretender hacer un estudio a fondo de la cuestión, pues, como ya apuntamos, se sale del campo de la crítica histórica.

Gómara, clérigo, que escribió la historia de Cortés, que vivió con él en Castilla siendo ya marqués, y no vido cosa ninguna, ni jamás estuvo en las Indias, y no escribió cosa sino lo que el mismo Cortés le dijo, compone muchas cosas en favor dél, que, cierto, no son verdad; y, entre otras, dice hablando en el principio de la *Conquista de México*, que no quiso hablar en muchos días de enojado a Diego Velázquez, y que una noche fué armado donde Diego Velázquez estaba solo con solos sus criados, y que entró en la casa, y que temió Diego Velázquez cuando lo vido a tal hora y armado, y que le rogó que cenase y descansase; y Cortés respondió que no venía sino a saber las quejas que tenía dél, y a satisfacerle, y a ser su amigo y servidor; y que se tocaron las manos por amigos, y que durmieron ambos aquella noche en una cama.

Esto es todo gran falsedad, y cualquiera cuerdo puede fácilmente juzgar aun de las mismas palabras que, en su compostura, Gómara, su criado y su historiador, allí dice. Porque siendo Diego Velázquez gobernador de toda la isla, como él allí concede, y Cortés un hombre particular, dejado a parte ser su criado y secretario, y que le había tenido preso y querido ahorcar, y que lo pudiera hacer justa o injustamente, ¡que diga Gómara que no le quiso hablar por muchos días, y que había ido armado a preguntar que qué quejas tenía dél, y que iba a ser su amigo, y que se tocaron las manos, y que durmieron aquella noche en una cama!

Yo vide a Cortés en aquellos días, o muy pocos después, tan bajo y tan humilde, que del más chico criado que Diego Velázquez tenía quisiera tener favor; y no era Diego Velázquez de tan poca cólera ni aun de tan poca gravedad que, aunque por otra parte cuando estaba en conversación era muy afable y humano, pero cuando era menester, y si se enojaba, tem-

blaban los que estaban delante dél, y quería siempre que le tuviesen toda reverencia, y ninguno se sentaba en su presencia aunque fuese muy caballero, por lo cual si él sintiera de Cortés una punta de alfiler de cerviguillo y presunción, o lo ahorcara, o, a lo menos, lo echara de la tierra y lo sumiera en ella sin que alzara cabeza en su vida.

Así que Gómara mucho se alarga imponiendo a Cortés su amo lo que en aquellos tiempos no sólo por pensamiento estando despierto, pero ni durmiendo, por sueños parece poder pasarse. Pero como el mismo Cortés, después de marqués, dictó lo que había de escribir Gómara, no podía sino fingir de sí todo lo que le era favorable; porque como subió tan de súpito de tan bajo a tan alto estado, ni aun hijo de hombre, sino de Júpiter, desde su origen, quisiera ser estimado. Y así, deste jaez y por este camino, fué toda la historia de Gómara ordenada, porque no escribió otra cosa sino lo que Cortés de sí mismo testificaba, con que al mundo, que no sabía de su principio, medio y fin cosa, Cortés y Gómara encandilaron, como abajo, placiendo a Dios amador de verdad, parecerá (*ed. cit.*, t. II, pp. 476-7).

He aquí el tono normal de Las Casas. El comentario, con su cortejo de censuras e insultos, ocupa siempre mucho más espacio que el relato mismo de los hechos. Para Las Casas, Cortés es un bandido, y Gómara no tiene vergüenza por elogiarlo y justificar su actuación. A nosotros estas opiniones tajantes no nos chocan lo más mínimo, pues son perfectamente lógicas dado el punto de vista del dominico, enemigo de la conquista. Pero no deja de tener gracia que el testimonio de hombre tan violento y apasionado como Las Casas sea invocado por los historiadores "imparciales" y "científicos". Nótese que Las Casas no reparte por igual sus ataques. Que Diego Velázquez sale bien librado de su pluma, sin que el dominico admita que Cortés pudiera insolentársele, cuando bien sabemos que éste realizó hazañas infinitamente más expuestas que la de enfrentarse con el gobernador de Cuba. Es muy natural que Las Casas vea, por ejemplo, con buenos ojos a cualquier conquistador débil, ya que siendo para él un crimen la conquista, a menor conquista mayor bondad. Así elogia a Juan de Grijalva —a quien luego veremos que desprecia Gómara— porque se limita a rescatar, sin poblar la tierra.

> Juan de Grijalva era de tal condición de su naturaleza que no hiciera, cuanto a la obediencia, y aun cuanto a humildad y otras buenas propiedades, mal fraile; y por esta causa, si se juntaran todos los del mundo, no quebrantara por su voluntad de un punto ni una letra de lo que por la instrucción se le mandaba, aunque supiera que lo habían de hacer tajadas. Yo lo coocí, e conversé harto, y entendí siempre dél ser a virtud y obediencia y buenas costumbres inclinado, y muy sujeto a lo que los mayores le mandasen (t. III, p. 189).

Pero son los mayores los primeros en no agradecer esta sumisión y poquedad de Juan de Grijalva, y es Diego Velázquez quien no piensa como el domi-

nico, pues no vuelve a darle al virtuoso capitán el mando de otra expedición, sino que lo ofrece a Hernán Cortés. En la manera que tiene Las Casas de relatar esto se las ingenia para convertir en defectos los propios méritos del conquistador, insistiendo con desprecio muy poco cristiano en la modestia de su origen, como si ella no fuera un mérito más en la carrera del héroe extremeño.

Finalmente Diego Velázquez nombró a Hernando Cortés por capitán de su armada; y nombrado, como era orgulloso y alegre, y sabía tratar a todos, a cada uno según le conocía inclinado, para lo cual ser alcalde no le desayudaba, súpose dar maña a contentar la gente que para el viaje y población se allegaba, la cual era toda voluntaria por la cudicia del mucho oro que haber esperaban; y de dos mil castellanos que le habían sacado los indios que le había dado Diego Velázquez, de las minas, con inmensos sudores, hambres y duros trabajos, comenzó a adornarse y gastar largo en su proveer de lo necesario para el viaje, tratándose como capitán de 500 hombres que se allegaron, y que iban donde todos esperaban henchir las manos. Cerca desta ida de Cortés por capitán deste viaje, dice el clérigo Gómara en su historia muchas y grandes falsedades, como hombre que ni vido ni oyó cosa della más de lo que el mismo Hernando Cortés le dijo y dió por escrito, siendo su capellán y criado después de marqués, cuando volvió la postrera vez a España. El cual dice que Diego Velázquez habló a Cortés para que armasen ambos a medias, porque tenía dos mil castellanos de oro, en compañía de Andrés de Duero, mercader; y que le rogó que fuese a la flota, ,y que Cortés aceptó la compañía, etcétera. ¡Mirad qué hacían dos mil castellanos a quien gastaba veinte mil y más en el despacho della! No era Diego Velázquez tan humilde ni tan gracioso que rogase a Cortés que fuese por capitán de su flota, habiendo muchos en la isla a quien mandallo pudiera, y que lo recibieran por muy gran merced y mucha honra; e ya que algunos le prestaran dineros no se abatiera a hacer compañía con alguno, como fuese señor de todo, y estuviese en su mano, como gobernador, hacer lo uno o lo otro.

Y dice más Gómara, que desque llegó Grijalva hubo mudanza en Diego Velázquez, y que no quiso gastar más en la flota que armaba Cortés, ni quisiera que la acabara de armar, por se querer Diego Velázquc quedar con ella y enviar a solas. Todo esto es salido de las mañas de Cortés, su amo, y manifiestas falsedades. ¡Mirad quién le podía impedir a Diego Velázquez que no hiciera lo que de la flota quisiera, y de enviar o estorbar que no fuera en ella el que le pluguiera, y en especial Cortés, que no osaba boquear ante él, y que no sabía, al menos en lo exterior, qué placer y servicio hacelle! Y del mismo jaez de falsedad, por lo dicho, parece lo que más añide Gómara: "Que Diego Velázquez envió al Amador de Lares a que indujiese a Cortés que se dejase de la ida, y que le pagaría lo gastado; pero que Cortés, entendiendo los pensamientos de Diego Velázquez, respondió que no la dejaría, ni apartaría compañía, siquiera por la vergüenza."

Todo esto es absurdísimo, y que ni sustancia ni color de verdad contiene ante los ojos y consideración de los que conocimos a Diego Velázquez y a

Cortés. Parecerá también claro por el suceso que hobo en el negocio, y lo que adelante se dijere. Dice otra insolencia y superba falsedad, que no le pudo Diego Velázquez impedir la ida, y que si se pusiera en ello con rigor, hobiera revuelta en la ciudad, y aun muertes, y que, como no era parte, disimuló. Propia arrogancia de Hernando Cortés, y astucia con que tiene hasta hoy engañado al mundo, y los historiadores que escribieron sus hechos en lengua española, porque dél y dellos era sólo un fin, y éste no otro sino hacerse ricos de la sangre de aquestas míseras y humildes y pacíficas gentes, como hombres insensibles de los males que loan y favorecen. Todo lo que escribieron no va enderezado sino a excusar las tiranías y abominaciones de Cortés, como de los demás, y en abatimiento de los tristes y desamparados indios. Mirad si siendo gobernador, y teniendo la justicia toda en sí de la isla, Diego Velázquez, y que era adorado y obedecido de todos, por el bien o el mal que podía hacerles, dándoles o quitándoles los repartimientos de indios, con que los hacía pobres o ricos, y estando favorecido del rey e de los que gobernaban por aquel tiempo a Castilla, pudiera impedir a Cortés, que era un pobrecillo escudero, criado suyo, y que no comiera si Diego Velázquez no se lo diera dándole indios, y que estaba en su mano quitárselos, y aun la vida, si quisiera, buscándole achaques, aunque fuera haciéndole injusticia, que no fuera en su flota o armada que como gobernador del rey a su costa hacía, sin que hubiera alboroto en la ciudad ni muertes, y si el contrario desto, que dice Gómara, su historiador, es verosímil (t. III, pp. 193-5).

No vamos a prolongar esta larguísima cita con consideraciones que saltan a los ojos del lector. Las Casas se contradice, pues habla del prestigio de que gozaba el "pobrecillo escudero", y deriva, como hace siempre, de analizar ciertos aspectos de los preparativos de la expedición a la condena en bloque de la obra de Cortés, y de la conquista en general. Comentario igualmente característico es el que hace al relato de Jerónimo de Aguilar a los españoles que lo han librado del cautiverio.

... y echólos la corriente a cabo de quince días en la costa de Yucatán, y aportaron al señorío de cierto señor o cacique, que según Gómara dice que había dicho que algunos sacrificó dellos a sus ídolos, y los comió, y otros guardó para los sacrificar; pero que se huyeron y aportaron a tierra y señorío de otro señor que los guardó y conservó sin hacelles mal alguno, antes siempre los trató bien, sirviéndose dellos humanamente.

Esto de sacrificar hombres y comerlos, como dice Gómara, yo creo que no es verdad, porque siempre oí que en aquel reino de Yucatán ni hobo sacrificios de hombres ni se supo qué cosa era comer carne humana, y decirlo Gómara, como ni lo vido ni lo oyó sino de boca de Cortés, su amo, y que le daba de comer, tiene poca autoridad, como sea en su favor y en excusa de sus maldades, sino que esto es lenguaje de los españoles y de los que escriben sus horribles hazañas, infamar todas estas universas naciones para excusar las violencias, crueldades, robos y matanzas que les han hecho, y cada día y hoy les hacen. Y por esto Gómara dice en su historia que la guerra y la gente con armas es el camino verdadero para quitar los ídolos

y los sacrificios y otros pecados a los indios, y con esto, dice él, más fácilmente y más presto y mejor reciben y oyen y creeen a los predicadores y toman el evangelio y el baptismo de su propio grado y voluntad.

Harto poco sabe Gómara de la predicación del evangelio, y del fruto que en estas partes han hecho las tiranías y estragos con armas, las cuales han obrado en estas gentes tanto, que, si no son los que Dios ha querido dellas, contra todo poder y saber humano, por la predicación de los buenos religiosos, alumbrar, los demás no estiman de nuestro verdadero Dios sino que es malo, injusto y abominable, pues tan inicuos hombres envía a que los aflijan y destruyan con tan nunca oídos otros tales daños y males. De cómo esta predicación se debe hacer sin armas, véase por quien quisiere verlo, en nuestro libro en latín, en los capítulos postreros, quinto, sexto y séptimo, con muchos párrafos, cuyo título es *De unico vocationis modo omnium gentium ad veram religionem,* donde conocerán el estado de dañación eterna en que están los que procuraren, mandaren o aconsejaren lo que dice Gómara, que la predicación destas naciones se deba de hacer con guerra y con armas.

Dice aquí más Gómara, que Cortés determinó de quitar los ídolos de aquel pueblo, y poner cruces en aquella isla, después que vino Jerónimo de Aguilar; pero éste es uno de los errores y disparates que muchos han tenido y hecho en estas partes, porque, sin primero por mucho tiempo haber a los indios y a cualquiera nación idólatra doctrinado, es gran desvarío quitarles los ídolos, lo cual nunca se hace por voluntad, sino contra de los idólatras, porque ninguno puede dejar por su voluntad y de buena gana aquello que tiene de muchos años por dios, y en la leche mamado, y autorizado por sus mayores, sin que primero tenga entendido que aquello que les dan o en que les conmutan su dios sea verdadero Dios. ¡Mirad qué doctrina les podían dar en dos, o en tres, o en cuatro, o en diez días que allí estuvieron (y que más estuvieran), del verdadero Dios, y tampoco les supieran dar para desarraigalles la opinión errónea de sus dioses, que en yéndose que se fueron, no tornasen a idolatrar!

Primero se han de raer de los corazones los ídolos, conviene a saber, el concepto y estima que tienen de ser aquéllos Dios los idólatras, por diuturna y diligente, contina doctrina, y pintalles en ellos el concepto y verdad del verdadero Dios, y después ellos mismos, viendo su engaño y error, han de derrocar y destruir con sus mismas manos y de toda su voluntad los ídolos que veneraban por dios o por dioses; y así lo enseña Sant Augustín en el sermón *De puero centurionis de verbis Domini.*

Pero no fué aquéste el postrero disparate que en estas Indias, cerca desta materia, se ha hecho; poner cruces, induciendo a los indios a la reverencia dellas, si hay tiempo para ello, con significación alguna del fruto que pueden sacar dello, si se lo pueden dar a entender, parece ser bien hacerse; pero no habiendo tiempo, ni lengua, ni sazón, cosa superflua e inútil parece; porque pueden pensar los indios que les dan algún ídolo de aquella figura, que tienen por dios los cristianos, y así los harán idolatrar adorando por dios aquel palo.

La más cierta y conveniente regla y doctrina que por estas tierras y

otras de infieles semejantes a éstos los cristianos deben dar y tener, cuando van de pasada como éstos iban, y cuando también quisieren morar entre ellas, es dalles muy buen ejemplo de obras virtuosas y cristianas, para que, como dice nuestro Redentor, viéndolas, alaben y den gloria al Dios y Padre de los cristianos, y por ellas juzguen que quien tales cultores tiene no puede ser sino bueno y verdadero Dios, como Sant Crisóstomo, sobre las mismas palabras de nuestro Salvador, dice. De la religión, y ritos, e ídolos que en ella tenían las gentes desta isla de Cozumel, largamente dijimos en nuestra *Apologética Historia* (t. III, pp. 204-5).

Vemos que Las Casas plantea aquí toda una serie de cuestiones importantes y delicadas; pero que no son del estricto dominio de la historia. A nosotros no nos interesa si Cortés hacía bien o mal en derribar ídolos y poner cruces, sino el hecho de que los derribara y las pusiera, que es innegable. Las Casas no está dispuesto a aceptar que los indios sacrificaran hombres, no por un conocimiento exacto de la cuestión, sino porque ello no encajaba en la idea apriorística que se había formado de sus virtudes. Tampoco admite que entre ellos existieran disensiones ni rivalidades que pudieran facilitar la empresa de Cortés. Así, al relatar la estancia de los españoles en Cempoal, dice:

Estuvieron allí quince días muy a descanso, dentro de los cuales dice Gómara que se quejó a Cortés del rey Moctezuma, que lo tenía tiranizado; pero, como está dicho, todo se ha de tener por artificio de Cortés y gran maldad, y que el mismo Cortés los debía de alborotar y meter cizañas, y decir que no acudiesen con los tributos a Moctezuma; y ellos, por miedo de los tiros de pólvora y de los caballos, no osaban hacer cosa en contrario, habiendo entendido los estragos que habían hecho en Tabasco. ¿Y con qué conciencia pudo Cortés persuadir y aun mandar que los tributos a Moctezuma no se pagasen? ¿Había examinado la causa, y era juez competente para lo averiguar y sentenciar? (t. III, p. 225).

El sistema de ideas de Las Casas es de una coherencia extraordinaria. Y su *Historia* es un ejemplo típico de desarrollo vigoroso de una idea apriorística. Pero por eso resulta absurdo invocarla como testimonio en nombre de la imparcialidad y el conocimiento desinteresado. El mismo resume su punto de vista en forma que no deja lugar a dudas:

Veis aquí con qué tiene Cortés engañado a todo el mundo, y no sin culpa de muchos de los que lean su falsa historia, no considerando que aquéllos estaban quietos en sus casas, sin ofensa nuestra ni de nadie, y que no eran moros ni turcos que nos infestan y maltratan, no mirando más del sonido que mató y venció, y, como ellos dicen, conquistó, tantas naciones, y robó para sí e envió tanto oro a España, y llegó a ser marqués del Valle. Y desta culpa los lectores della no son inmunes, al menos los que son letrados (t. III, p. 215).

Este juicio corrobora nuestra suposición de que Las Casas pudiera influir en la prohibición de la historia de Gómara. Y con él terminamos la exposición de las ideas del dominico acerca del tema que nos ocupa.

Más conocidas aún que las de Las Casas son las críticas de Bernal Díaz a la obra de Gómara. Como éstas son las que han servido preferentemente de base a los restantes historiadores, les dedico capítulo aparte. Mantengo en la exposición la forma de conferencia que les di originalmente, pues tiene un valor documental el que estas ideas hayan sido aprobadas por un auditorio de historiadores mexicanos.[27]

Se ha dicho —lo ha dicho Prescott[28]— que los dos pilares en que reposa la historia de la conquista de México por los españoles son las crónicas de Gómara y de Bernal Díaz del Castillo. Ahora bien, estos dos pilares, más que como tales, por su inmutable simetría, yo los veo como sensibles columnas termométricas que varían de continuo según se producen en el ambiente determinadas alteraciones.

En la actualidad asistimos a un alza de Bernal Díaz, quien parece haber sobrepasado definitivamente a Gómara, sin que a éste le queden ya posibilidades de recuperar el terreno perdido. Yo mismo, en el XXVI Congreso de Americanistas, celebrado en Sevilla en 1935, rompí una lanza en favor de Bernal —con la edición de cuya crónica me ocupaba entonces—. Me hice eco de las críticas al uso contra Gómara, y le llamé panegirista de Cortés, adulador servil y no sé si alguna cosa más.[29]

Lo que, en realidad, me pasaba entonces es que no había leído con suficiente detenimiento a Gómara. No es que yo quiera sugerir que todos aquéllos que mantienen hoy la actitud mantenida por mí en 1935 están en el mismo caso, no. Pero lo cierto es que habiendo leído a Gómara con mayor atención, y habiendo cotejado su obra con la de Bernal Díaz, he llegado a conclusiones bastante distintas de las de entonces, hasta el punto de que el presente trabajo viene a ser una lanza rota en favor de Gómara, o, por lo menos, un intento para restablecer un equilibrio tan fuertemente alterado hoy en favor de Bernal Díaz.

[27] El análisis que sigue sobre las críticas de Bernal Díaz a la obra de Gómara fué leído en el Cuarto Congreso de Historia de México, celebrado en Morelia, Mich., enero, 1940.

[28] "The two pillars, on which the story of the conquest mainly rests, are the Chronicles of Gomara and of Bernal Díaz." (W. H. PRESCOTT, *History of the Conquest of Mexico*, book v, chapter VII).

[29] Ramón IGLESIA, *Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la historiografía española*. Trabajo presentado al XXVI Congreso de Americanistas, Sevilla, 1935. Publicado en *Tiempo*, núm. 6, México, junio 1940.

Como es bien sabido, este conquistador, siendo ya viejo, emprendió el relato de la conquista.[30] Llevaba algunos capítulos escritos cuando llegó a su manos la obra de Gómara. La primera impresión que le produjo su lectura fué de desaliento; pensó que su relato nunca podría competir con el del clérigo soriano, y estuvo a punto de abandonarlo; pero siguió leyendo, y se encontró —según él nos dice— con que la obra de Gómara estaba tan llena de falsedades, que se animó a proseguir la suya, con ánimo de rebatirlas.

Quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda, descubriendo bajos por la mar adelante, cuando siente que los hay; así haré yo en decir los borrones de los coronistas; mas no será todo, porque si parte por parte se hubiesen de escribir, sería más la costa de recoger la rebusca que en las verdaderas vendimias (t. I, p. 94).

Hoy, en líneas generales, se da por buena esta opinión de Bernal Díaz. Su historia de la conquista es la verdadera, como él la llamó. Esto parece implicar que la de Gómara no lo es. Y sobre ello quisiera llamar brevemente la atención.

Antes de seguir debo hacer una observación. Yo no creo en la imparcialidad histórica en el sentido que la historiografía liberal ha dado a este término, el de la existencia de una verdad exclusiva, única, que se puede alcanzar. Cuando yo estudiaba Química en el bachillerato —y hago esta salvedad porque no estoy muy al tanto del estado actual de la cuestión— había un cierto número de cuerpos simples más allá de los cuales no se podía llegar en la descomposición de una materia que se suponía única. De manera análoga podría explicarse lo que yo entiendo por verdad histórica. Los hechos se han producido, sin duda, de determinada manera, de manera única; pero en su averiguación, en el análisis de los mismos, nosotros no podemos ir más allá del punto de vista de quienes los han presenciado y los han vivido, dando cuenta de ellos. El punto de vista del narrador inmediato es el cuerpo simple con que tropezamos en nuestra investigación. Cuando los actores o testigos que narran los hechos son varios, podremos reunir sus puntos de vista en grupos afines; pero si hay disparidad entre ellos, en la selección que nosotros hagamos, entrará un nuevo factor que será, querámoslo o no, nuestro propio punto de vista, tan condicionado, tan limitado por una serie complicada de factores, como lo son

[30] Acepto aquí la versión generalmente admitida. He de ocuparme en el volumen segundo de la presente obra de la génesis del libro de Bernal Díaz. Sobre este autor puede consultarse la introducción de J. RAMÍREZ CABAÑAS a su edición de la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, México, 1939, 3 vols. A dicha edición se refieren las indicaciones de tomo y página que siguen a las citas de Bernal.

aquéllos que sometemos a examen. No creo, como normalmente ha venido aceptándose, que una mayor distancia proporcione por sí sola una mejor visión de los hechos históricos.

Un caso típico de lo que voy diciendo es el que se produce con la historia de la conquista de América por los españoles. Según quienes sean los que la escriben, conforme a sus razas y creencias, las opiniones se enfrentan bravamente, y las plumas prolongan las luchas que narran. En el Congreso de Americanistas antes aludido hubo sesión en que los congresistas estuvieron a punto de llegar a las manos al ponerse a discusión la figura y la obra del padre Las Casas. "¡Qué espectáculo lamentable!", decían algunos. "¡Qué espectáculo inevitable", pensaba yo. Si la vida es siempre lucha y conflicto, la narración de esta lucha, la historia, tiene que ser apasionada, parcial. Podremos darnos por satisfechos si la pasión se mantiene dentro de términos nobles y si el relato de los hechos no se falsea deliberadamente; pero lo que no podremos evitar nunca es que el hecho estudiado varíe según el punto de vista de quien lo contempla.

Temo hacer demasiado larga esta digresión, pero la creo precisa para que se vea con claridad adónde quiero ir a parar. Admitiendo la relatividad, el contingentismo del conocimiento histórico, adquirimos una mayor libertad de movimientos, una mayor validez para nuestras conclusiones, puesto que reconocemos *a priori* su limitación.

Vengamos concretamente al problema planteado por la historiografía de la conquista de México, a la apreciación de sus dos textos básicos. En nombre de una pretendida imparcialidad histórica se prefiere hoy la obra de Bernal a la de Gómara. ¿Por qué? ¿Es realmente Bernal más sincero, más desapasionado que Gómara en el relato de los hechos? Espero poder demostrar que no. ¿Son razones literarias, de estilo, las que motivan la preferencia? Tampoco. Porque si bien es cierto que la obra de Bernal tiene condiciones únicas de espontaneidad y frescura, la de Gómara es uno de los productos más bellos del idioma castellano. Pero entonces ¿a qué se debe la preferencia? ¿A qué se deben las frecuentes reediciones de Bernal, mientras Gómara, que tuvo éxito sin precedentes a raíz de su publicación, es hoy un autor que se encuentra con dificultad y que pocas personas han leído —fuera de los especialistas, claro está— tanto en España como en México?

La preferencia se debe a lo que antes he dicho del punto de vista. A que por las páginas de Bernal, no obstante sus continuadas protestas de lealtad y admiración, corre un descontento apenas reprimido contra Cortés, un deseo enconado de rebajar sus méritos; mientras en las de Gó-

mara se glorifica al conquistador. Y así, el punto de vista de Bernal viene a coincidir con el de una época que se ha esforzado por nivelarlo todo, que ha visto con recelo a los hombres geniales, sobre todo en el campo de la acción política y guerrera. Entiéndase bien que yo no soy antidemócrata —que si lo fuera no estaría aquí—. Lo que hago es señalar ciertas tendencias del pensamiento democrático que en el terreno de la investigación histórica han llevado a actitudes plenamente demagógicas. No me cabe la menor duda de que la conquista de América es una empresa de tipo popular, que la masa juega en ella papel destacado, pero lo que esta masa da de sí cuando no encuentra hombres superiores que alumbren sus ideales y encaucen sus energías lo vemos en la conquista de las islas, en las guerras civiles del Perú y en toda una serie de episodios que no es preciso recordar aquí.

Cortés, con todos su defectos —dejaría de ser hombre si no los tuviera— era un hombre superior. Y esto es lo que no quería admitir Bernal: el carácter de excepción que tiene la personalidad de Cortés. Para Bernal, Cortés era un buen capitán y nada más, un buen capitán, fruta que abundaba entonces entre los españoles.[31] Para Gómara, Cortés era un genio. Y hoy los historiadores ven con simpatía el testimonio de Bernal, por la misma razón que les hace exhumar devotamente cualquier declaración de cualquier criada que pueda ser desfavorable al conquistador en su proceso de residencia. Todo ello, claro está, en nombre de la imparcialidad histórica.

Las cosas se aclararían, tal vez, si admitiéramos que tan parcial es Bernal Díaz como Gómara, que sus puntos de vista son opuestos, lo cual se manifiesta sobre todo cuando enjuician la obra de Cortés. Gómara, el capellán del marqués del Valle, que tiene con él estrecha relación durante su estancia en España, escribe su vida y recibe dinero por hacerlo.[32] En cambio, Bernal, soldado que hubiera quedado en el anónimo de no remediarlo él mismo, le tiene enemiga a Cortés porque éste maneja siempre con gran desenvoltura la primera persona de singular, olvidándose de los méritos de sus compañeros, que no eran escasos. Bernal le acusa sin ambages.

> Y esto digo, que cuando Cortés, a los principios, escribía a Su Majestad, siempre por tinta le salían perlas y oro de la pluma, y todo en su loor, y no de nuestros valerosos soldados (t. III, p. 254).

Según entendimos no hacía en su carta relación de Francisco Hernández de Córdoba, ni de Grijalva, sino de él solo, a quien atribuía el descu-

[31] "Bastaba que [Gómara] dijera que [Cortés] lo hacía como buen capitán" (t. I, p. 254).
[32] Para las relaciones de Gómara con Cortés, véase el prefacio de la edición citada de MERRIMAN de los *Anales del Emperador Carlos V*.

brimiento, la honra y honor de todo, y dijo que ahora al presente que aquello estuviera mejor por escribir y no dar relación de ello a Su Majestad; y no faltó quien le dijo que a nuestro rey y señor que no se le ha de dejar de decir lo que pasa. (t 1, p. 198).

Si Cortés falsea la verdad, según Bernal, es con miras interesadas, para conseguir mercedes del Emperador, sin acordarse para nada de los demás. Cuando estuvo en España, "no curó de demandar cosa ninguna para nosotros que bien nos hiciese, sino solamente para él" (t. III, p. 241). Esta era acusación muy dura en boca de Bernal, quien no era precisamente un dechado de desinterés, y que tampoco tenía escrúpulo en falsear la verdad. De continuo se lamenta por su pobreza y desamparo, en desacuerdo con los datos documentales que poseemos referentes a la última época de su vida, que es cuando extrema las lamentaciones.[33] "Y diré con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo, y una hija por casar, y los hijos varones ya grandes y con barbas, y otros por criar, y no puedo ir a Castilla ante Su Majestad para representarle cosas cumplideras a su real servicio, y también para que me haga mercedes, pues se me deben bien debidas" (t. III, p 238). Si comparamos estas afirmaciones con los resultados que arrojan los documentos aludidos veremos que hay que andar con sumo tiento con lo que Bernal dice. Tenía la misma codicia desenfrenada de todos sus compañeros, lo cual no disimula, pues da la busca de riquezas como uno de los móviles de la conquista. "Murieron aquella crudelísima muerte por servir a Dios y a Su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas que todos los hombres comúnmente venimos a buscar" (t. III, p. 239).

Bernal tenía mentalidad de resentido. Reprocha a Cortés siempre el que se haya quedado con la parte del león en el botín de la conquista. Y tampoco soporta que su nombre no destaque en el relato de la empresa. Como su papel debió ser secundario, tiene que alzar el nivel de todos y rebajar el de Cortés, para ponerse así en primer plano. Porque no sólo era el deseo de riquezas el que movía a Bernal, sino también el de gloria, tan típico entre los hombres de esta época renacentista. Al final de su obra hay un breve diálogo —que no llega a serlo plenamente— con "la buena e ilustre Fama", en que para nada recata su despecho. La Fama "da grandes voces, y dice que fuera justicia y razón que tuviéramos buenas rentas; y asimismo pregunta que dónde están nuestros palacios y moradas, y qué blasones tenemos en ellas, diferenciadas de las demás, y si están en

[33] Datos sobre la situación económica de Bernal Díaz en la introducción citada de J. RAMÍREZ CABAÑAS, pp. 14-20.

ellas esculpidos y puestos por memoria nuestros heroicos hechos y armas" (t. III, p. 238). También pregunta la Fama dónde están las tumbas de los conquistadores, y Bernal le responde "que son los vientres de los indios, que los comieron las piernas y muslos y brazos y molledos y pies y manos, y lo demás fueron sepultados, y sus vientres echaban a los tigres y sierpes y halcones que en aquel tiempo tenían por grandeza en casas fuertes, y aquéllos fueron sus sepulcros, y allí están sus blasones" (t. III, p. 239). La codicia, el deseo de gloria y el resentimiento se dan la mano en el remate del diálogo. "A esto que he suplicado a la virtuosísima Fama, me responde y dice que lo hará de muy buena voluntad, y dice que se espanta cómo no tenemos los mejores repartimientos de indios de la tierra, pues que la ganamos, y Su Majestad lo manda dar, como lo tiene el marqués Cortés, no se entiende que sea tanto, sino moderadamente" (t. III, p. 240).

Si Cortés deja a sus compañeros sin la recompensa merecida, el relato de Gómara les quita hasta la última esperanza de obtenerla, pues pasa por alto sus hazañas. De aquí que Bernal envuelva a los dos en sus reproches. Con frecuencia repite que si Gómara escribió en la forma que lo hizo, ensalzando tan sólo a Cortés y dejando de consignar los hechos de los demás capitanes y soldados es porque "le untaron las manos", le dieron dinero para ello. Las noticias de Gómara son falsas; pero el falsificador es Cortés. "Y en lo que escribe va muy desatinado, y a lo que he sentido, no tiene él la culpa, sino el que le informó" (t. II, p. 166).

Según Bernal, tanto peca Cortés por falsear la verdad como Gómara por meterse a relatar lo que no ha visto. Es típico en todas las guerras el desprecio de los combatientes por las gentes de la retaguardia, y la indignación que les produce que hablen de hechos militares sin haber tomado parte en ellos. Bernal, que tenía muy bien puesto su orgullo de soldado, zahiere de continuo a Gómara por este motivo. El "no me extraña que no acierte en lo que dice, pues lo sabe por nuevas", el "no le informaron bien", contrasta vigorosamente con la precisión de sus propios recuerdos: "Ahora que lo estoy escribiendo se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó" (t. I, p. 312). Un licenciado "que era muy retórico y tal presunción tenía de sí mismo", a quien Bernal mostró su manuscrito, le reprochó que hablara demasiado de sí. Le replica Bernal que sólo puede hablar de la guerra quien en ella ha estado; "mas el que no se halló en la guerra, ni lo vió, ni entendió, ¿cómo lo puede decir? ¿Habíanlo de hacer las nubes o los pájaros que en el tiempo que andábamos en las batallas iban volando, sino solamente los capitanes y soldados que en ellas se hallaron?" (t. III, pp. 250-1).

Esto va contra Gómara. Quien, para mayor desesperación de Bernal, poseía un estilo que daba gran realce a su narración. Bernal aparenta no darle importancia, pero otra le queda dentro. "Y quien viere su historia, lo que dice creerá que es verdad, según lo relata con tanta elocuencia, siendo muy contrario de lo que pasó" (t. I, p. 250). "Y no miren la retórica y ornato, que ya cosa vista es que es más apacible que no ésta tan grosera" (t. II, p. 104). Que esta modestia de Bernal es falsa, y que no le eran tan indiferentes las galas literarias como él pretendía, se ve en el diálogo aludido con los licenciados, pues éstos le dijeron de su manuscrito "que va según nuestro común hablar de Castilla la Vieja, y que en estos tiempos se tiene por más agradable, porque no van razones hermoseadas ni policía dorada, que suelen poner los que han escrito, sino todo a las buenas llanas, y que debajo de esta verdad se encierra todo buen hablar" (t. III, p. 215).

Gómara, que no ha estado en la conquista, Gómara, que posee talento literario, es, para colmo de desdichas, clérigo. Ahora bien, Bernal comparte las ideas del propio Cortés y de tantos otros conquistadores respecto a la actuación de los clérigos en Indias. Todo lo que en él hay de respeto y veneración por los frailes, lo hay de animadversión hacia los clérigos. No precisa espigar demasiado en su libro para encontrar frases como éstas:

> He querido traer esto aquí a la memoria para que vean los curiosos lectores, y aun los sacerdotes que ahora tienen cargo de administrar los santos sacramentos y doctrina a los naturales de estas partes, que porque aquel soldado tomó dos gallinas en pueblo de paz aína le costara la vida, y para que vean ahora ellos de qué manera se han de haber con los indios, y no tomarles sus haciendas (t. I, p. 187).

> Y tenían [los indios] estos cumplimientos con los clérigos; mas después que han conocido y visto de algunos de ellos, y los demás, sus codicias, y hacen en los pueblos desatinos, pasan por alto, y no los querrían por curas en sus pueblos, sino franciscos o dominicos, y no aprovecha cosa que sobre este caso los pobres indios digan al prelado, que no lo oyen. ¡Oh que había que decir sobre esta materia! Mas quedarse ha en el tintero (t. III, p. 233).

Con este bagaje de fobias que Bernal tiene contra Gómara no cabe esperar que la sonda de que antes nos habló funcione con precisión. En efecto, la mayoría de sus comentarios tienen carácter de simples exabruptos. "Desde el principio, medio ni cabo no hablan lo que pasó en la Nueva España" (t. I, p. 94); "que es todo burla lo que escriben acerca de la Nueva España" (t. I, p. 95); "en todo escriben muy vicioso. ¿Y para qué yo meto tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta? Yo lo maldigo, puesto que lleve buen estilo" (*ibid.*); "y si todo lo que

escribe de otras corónicas de España es de esta manera, yo las maldigo como cosa de patrañas y mentiras, puesto que por más lindo estilo lo diga" (t. II, p. 105).[34]

Todo esto nos interesa como índice de un estado de espíritu del que no podemos prescindir para valorar debidamente las críticas propiamente dichas que Bernal hace a Gómara. Mi trabajo no tiene carácter de confrontación exhaustiva, que sería muy conveniente hacer, pero que estaría desplazada aquí. Es una simple llamada de atención.

¿Cuáles son, concretamente, los reparos que Bernal hace a Gómara en el relato de los hechos? Son muchas las ocasiones en que la observación que suele poner Bernal al concluir sus capítulos, "esto es lo que pasa, y no la relación que sobre ello dieron al cronista Gómara", "aquí es donde dice el cronista Gómara muchas cosas que no le dieron buena relación", etc., no se encuentra justificada después de una atenta confrontación de los dos textos. Véase, por ejemplo, en ambos autores el relato de los preparativos de Cortés para su empresa, o el del encuentro con Jerónimo de Aguilar, o el de la entrevista con los emisarios de Moctezuma en San Juan de Ulúa.[35] Yo confieso ingenuamente que no encuentro ninguna diferencia esencial que justifique las observaciones y salvedades hechas por Bernal Díaz. Sin duda, él que poseía un gran sentido del detalle, una memoria de fidelidad sorprendente, podía apreciar pequeñas diferencias que escapan a nuestra atención. Pero su comentario es siempre desproporcionado. Y que no cabe hablar de una gran exactitud en el manejo de la sonda nos lo prueban dos episodios que quiero subrayar. Bernal, en su deseo de contradecir a Gómara, no sólo manifiesta discrepar de él al concluir relatos de episodios fundamentalmente idénticos, sino que le hace decir a Gómara cosas que en éste no aparecen por ninguna parte. Así ocurre al hablar de la estancia de los españoles en Cempoal. Dice Bernal Díaz: "Aquí es donde dice el coronista Gómara que estuvo Cortés muchos días en Cempoal, y que se concertó la rebelión y liga contra Moctezuma; no le informaron bien, porque, como he dicho, otro día por la mañana salimos de allí. Y dónde se concertó la rebelión, y por qué causa, adelante lo diré" (t. I, p. 172). Ahora bien, si consultamos el relato de Gómara, veremos que para nada

[34] Bernal Díaz emplea indistintamente el singular y el plural en estas frases porque unas veces se refiere tan sólo a Gómara y otras a Gómara, Illescas y Paulo Jovio. Para nosotros esto nada altera, pues el propio Bernal nos dice que fué Gómara quien indujo a error a los otros dos autores. "Y demás de los cuentos por que ha escrito, ha dado ocasión que el doctor Illescas y Pablo Jovio sigan sus palabras" (t. II, p. 104).

[35] Los preparativos de Cortés: Bernal Díaz, caps. XIX *ss.*; López de Gómara, *ed. cit.*, pp. 299-301. El encuentro con Jerónimo de Aguilar: Bernal Díaz, cap. XXIX; Gómara, p. 303. La entrevista en San Juan de Ulúa: Bernal Díaz, cap. XXXVIII; Gómara, p. 312.

habla de que en Cempoal se formase la liga contra Moctezuma. Lo que dice es que el cacique de Cempoal, "el cacique gordo", se quejó a Cortés de la tremenda esclavitud a que estaban sometidos —lo mismo que dice Bernal— y que la rebelión y la liga contra el monarca azteca se plancaron más tarde en Quiahuiztlán —como dice Bernal también—.[36]

Lo mismo ocurre en el relato de la ocupación de Cingapancinga. Afirma Bernal: "Y esto de Cingapancinga fué la primera entrada que hizo Cortés en la Nueva España, y fué de harto provecho, y no como dice el coronista Gómara, que matamos y prendimos y asolamos tantos millares de hombres en lo de Cingapancinga" (t. 1, p. 190). Veamos lo que dice Gómara, y encontraremos que para nada habla de combate, por la sencilla razón de que no lo hubo, pues los naturales no ofrecieron resistencia, y la fuerza de Moctezuma abandonó el lugar. "Y rogó [Cortés] —relata Gómara— que no hiciesen mal a los vecinos, y que dexasen ir libres, mas sin armas ni banderas, a los soldados que lo guardaban. Fué cosa nueva para los indios."[37] Las muertes de millares de indios no aparecen por ningún lado, estaban en la cabeza de Bernal, en su deseo frenético de desacreditar a Gómara.

Hasta aquí las críticas de Bernal son injustificadas. Hay otro aspecto en ellas que merece examen más cuidadoso. Las referentes a lo dicho por Gómara de la actuación de Cortés. En esto se le fué, sin duda, la mano a Gómara. Su libro habría salido ganando con llamarse *Vida de Hernán Cortés* en lugar de la *Conquista de México*. Hay en él una concentración exclusiva de la atención sobre el héroe extremeño, un continuo atribuirle toda clase de hazañas, que pueden justificar la exclamación indignada de Bernal:

> Cortés ninguna cosa decía ni hacía sin primero tomar sobre ello muy maduro consejo y acuerdo con nosotros, puesto que el coronista Gómara diga, "hizo Cortés esto, fué allá, vino de acullá", y dice otras tantas cosas que no llevan camino, y aunque Cortés fuera de hierro, según lo cuenta Gómara en su historia, no podía acudir a todas partes (t. 1, p. 234).

Admitamos que tiene Bernal razón en esto, como la tiene en la apreciación de hechos de detalle: que no fué Cortés quien entró en el río de Alvarado, que no fué Cortés sino Alvarado quien por primera vez penetró la tierra adentro a poco de desembarcar los españoles, etc.[38] Todo esto está

[36] Cortés en Cempoal: Gómara, p. 318. Rebelión y liga contra Moctezuma: Bernal Díaz, cap. XLVII; Gómara, p. 320.

[37] La toma de Tizapancinca: Gómara, p. 321.

[38] Cortés no entró en el río de Alvarado: Bernal Díaz, cap. XXXVI. Cortés no se adentró en el país con cuatrocientos hombres: Bernal Díaz, cap. XLIV.

muy bien; pero con lo que ya no podemos estar conformes es con el continuo plural de Bernal Díaz, con el "acordamos", "ordenamos", "hicimos", que reduce a Cortés a simple instrumento en manos de sus capitanes. "Parece ser que a los soldados nos daba Dios gracia y buen consejo para aconsejar que Cortés hiciese las cosas muy bien hechas" (t. I, p. 234). "Y digamos cómo todos a una esforzábamos a Cortés y le dijimos que curase su persona, que ya allí estábamos" (*ibid.*). Con todo lo unilateral que es la visión de Gómara al prescindir de los compañeros de Cortés, yo la creo menos inverosímil que ésta de Bernal al darnos un Cortés sometido a las opiniones de una camarilla.

Siento no tener datos más precisos sobre la organización de la jerarquía militar en aquella época. Desde luego entonces no existían los que hoy llamamos Estados Mayores, con su misión específica de preparar las decisiones de los jefes. Pero entonces, como hoy, y como siempre, la decisión, con asesoramiento previo o sin él, era atributo del jefe y no de los subordinados. El propio Bernal se contradice en esto, pues al darnos su semblanza del carácter de Cortés insiste en que era muy porfiado.

Y era muy porfiado, especial en las cosas de guerra, que por más consejo y palabras que le decíamos en cosas desconsideradas de combates y entradas que nos mandaba dar cuando rodeamos los pueblos grandes de la laguna; y en los peñoles que ahora llaman del Marqués le dijimos que no subiésemos arriba en unas fuerzas y peñoles, sino que le tuviésemos cercado, por causa de las muchas galgas que desde lo alto de la fortaleza venían desriscando, que no echaban, porque era imposible desprendernos del golpe e ímpetu con que venían, y era aventurar a morir todos, porque no bastaría esfuerzo, ni consejo, ni cordura; y todavía porfió contra todos nosotros, y hubimos de comenzar a subir, y corrimos harto peligro, y murieron ocho soldados, y todos los más salimos descalabrados y heridos, sin hacer cosa que de contar sea, hasta que mudamos otro consejo (t. III, pp. 193-4).

Todo esto va dicho contra Cortés, pero se vuelve en contra de la afirmación de que el conquistador era llevado y traído por las opiniones de sus capitanes. La realidad debió ser exactamente la contraria. Lo que pasa es que Cortés era tan hábil, y tenía tal manera de exponer los planes a sus hombres, que éstos llegaban a creer que se les habían ocurrido a ellos. Es muy justa la reflexión de Orozco y Berra al hablar de la prisión de Moctezuma: "El general tenía formado su proyecto, mas, como siempre, aparentaba acomodarse a la opinión ajena, a fin de no ser sólo en la responsabilidad, caso de haberla." [39]

Esta es la verdad, y Bernal intenta en vano deformarla. Cuando la des-

[39] *Historia antigua y de la conquista de México*, t. IV, p. 309.

trucción de los navíos, el propio Bernal reconoce que la idea salió de Cortés. "Y según entendí, esta plática de dar con los navíos al través, que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado, sino quiso que saliese de nosotros, porque si algo le demandasen que pagase los navíos, que era por nuestro consejo y todos fuésemos en los pagar" (t. 1, pp. 206-7). Luego se indigna mucho porque Gómara afirma que el conquistador mantuvo su plan dentro del mayor secreto posible, y da a entender que los soldados lo conocían. "Aquí es donde dice el coronista Gómara que cuando Cortés mandó barrenar los navíos que no lo osaba publicar a los soldados que quería ir a México en busca del gran Moctezuma. No pasó como dice, pues ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante y estarnos en partes que no tengamos provecho y guerras?" (t. 1, pp. 207-8).

Muy bien esta apreciación de la bravura —y de la codicia— de los españoles; pero es lástima que Bernal se contradiga una vez más, pues al mencionar las manifestaciones de unos soldados deseosos de que Cortés renuncie a la empresa, les hace decir: "y que ahora fueran buenos los navíos que dimos con todos al través, o que se quedaran siquiera dos para necesidad, si se ocurriese, y que, sin darles parte de ello ni de cosa ninguna, por consejo de quien no saben considerar las cosas de fortuna, mandó dar con todos al través" (t. 1, p. 241).

Realmente estas famosas imparcialidad y veracidad acrisoladas de Bernal Díaz embrollan las cosas de modo tremendo. Si los soldados habían sabido que iban a ser destruídos los navíos ¿a qué se quejan luego de que no se lo habían comunicado? El mentir requiere buena memoria, amigo Bernal. Más valdría que te hubieras limitado a decir que Cortés se asesoraba en ocasiones con algunos de sus capitanes, pero sin dar a entender siempre que son ellos y los soldados quienes todo lo deciden, como si Cortés no existiera. La guerra no se decide a base de comités y votaciones, como nos lo indica Bernal al relatarnos la reunión celebrada en Cholula cuando los españoles se creen expuestos a un ataque de los naturales.

> Luego aquella noche tomó consejo Cortés de lo que habíamos de hacer, porque tenía muy extremados varones y de buenos consejos; y como en tales casos suele acaecer, unos decían que sería bien torcer el camino e irnos por Guaxocingo; otros decían que procurásemos haber paz por cualquier vía que pudiésemos, y que nos volviésemos a Tlaxcala; otros dimos parecer que si aquellas traiciones dejábamos pasar sin castigo, que en cualquier parte nos tratarían otras peores, y pues que estábamos allí en aquel pueblo, y había hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque más la sentirían en sus casas que no en el campo, y que luego apercibiésemos a los tlaxcaltecas

que se hallasen en ello; y a todos pareció bien este postrer acuerdo (t. I, p. 285).

Cortés no abre la boca. Claro que a veces se le escapa a Bernal que es él quien decide en momentos graves, como en la bifurcación de los dos caminos que conducen a México: "Entonces dijo Cortés que quería ir por el que estaba embarazado" (t. I, p. 302). Pero ésta es la excepción. El Cortés de Bernal es tan opaco como lo son sus compañeros en Gómara; pero si en Gómara hay omisión, en Bernal hay deformación. Un último ejemplo, el relato de la prisión de Moctezuma. Bernal nos dice en él quiénes componen la camarilla de Cortés, esa camarilla que es órgano consultivo y ejecutivo, sin la que el conquistador no da un paso. Naturalmente que Bernal forma parte del grupo. "Cuatro de nuestros capitanes, juntamente, y doce soldados de quien él se fiaba, y yo era uno de ellos" (t. I, p. 340). Son ellos y no Cortés quienes idean apoderarse de Moctezuma, quienes precisan hasta los menores detalles de la forma en que ha de realizarse la atrevida prisión. Cortés —claro, un hombre tan irresoluto— no ve bien cómo va a ser posible detener a Moctezuma en medio de sus guerreros.

Y replicaron nuestros capitanes, que fué Juan Velázquez de León, y Diego de Ordaz, y Gonzalo de Sandoval, y Pedro de Alvarado, que con buenas palabras sacarle de la sala y traerlo a nuestros aposentos, y decirle que ha de estar preso, que si se altera o diere voces que lo pagará su persona, y que si Cortés no lo quiere hacer luego, que les dé licencia, que ellos lo pondrán por la obra (t. I, p. 341).

Creo que no hay mejor comentario a esta desenvoltura de Bernal, que, como vamos viendo, nada tiene que envidiar a la de Gómara, que aquel párrafo de la segunda carta de relación de Cortés en que alude a la primera perdida. "Y aun me acuerdo que me ofrecí, en cuanto a la demanda deste señor, a mucho más de lo a mí posible, porque certifiqué a V. A. que lo habría preso, o muerto, o súbdito a la corona real de V. M." (Ed. Gayangos, p. 52). Es decir, que la idea de la prisión del soberano estaba concebida por Cortés desde que había tenido noticia de su existencia.

Bastará con admitir, de las afirmaciones de Bernal, la existencia de un grupo de capitanes —lo de los soldados ya parece más difícil— con quienes Cortés se asesoraba antes de tomar las decisiones graves; pero sin que este grupo fuera el eje de la conquista, el inspirador y el fortalecedor de Cortés, como Bernal nos dice. De todas maneras las críticas señaladas no justifican que la obra de Gómara esté sepultada en el descrédito y en el olvido. Téngase en cuenta que Bernal no refuta el relato de Gómara en

su conjunto más que en los exabruptos antes mencionados. Deja pasar sin contradicción los hechos esenciales de la conquista: guerra de Tlaxcala, matanza de Cholula, entrada en México, lucha con Narváez, huída de la capital, cerco y toma de la misma, viaje a las Hibueras. Y que no se me diga que es porque Bernal anuncia su propósito de no volver a mencionar a Gómara poco después de relatar la primera entrada en México: "Y porque ya estoy harto de mirar en lo que el coronista va fuera de lo que pasó, lo dejaré de decir" (t. I, p. 376). Esto es superior a las fuerzas de Bernal, quien vuelve a la carga contra Gómara siempre que encuentra o cree encontrar ocasión para ello. Así lo hace, por ejemplo, al comentar el salto de Alvarado: "digo que en aquel tiempo ningún soldado se paraba a verlo si saltaba poco o mucho porque harto teníamos que salvar nuestras vidas" (t. II, p. 86).

Antes de terminar quisiera observar algo que brindo a la atención de algún estudioso pacienzudo. Insístase más en el cotejo de los textos de Bernal y Gómara, y quizá se encuentre que éste le prestó a aquél un precioso servicio, ayudándole a dar forma a su obra, a distribuir los capítulos, etc. Es una simple sugerencia que yo no puedo justificar ahora plenamente; pero creo que Gómara no sólo estimuló a Bernal, sino que le sirvió de pauta en su relato. Esto ya de por sí sería un mérito para Gómara. Autor que merece nuestra atención por muchos conceptos. Edítese y estúdiese en buen hora a Bernal —nadie menos sospechoso que yo para decirlo, pues dediqué cerca de cuatro años a una edición de su crónica que la guerra me impidió concluir—; pero que no sea el resentimiento quien estimule la pasión por Bernal. Y el olvido de Gómara. Porque su obra —como la propia de Cortés— podrá discutirse cuanto se quiera, pero nunca ignorarse.

Con toda su exageración, las críticas de Bernal Díaz están justificadas en el sentido de que al libro de Gómara no se le puede llamar adecuadamente la *Conquista de México*, sino *Vida de Hernán Cortés*. Además, Bernal Díaz era parte interesada en el asunto, porque el escaso o nulo realce que se prestaba a los compañeros de Cortés en el libro de Gómara podía perjudicarle en su fama, y, lo que no es menos grave, en sus intereses, en el reparto de recompensas hecho por el Emperador.

Pero otros historiadores que han censurado a Gómara no tienen la misma disculpa que Bernal. En todos ellos hay la tendencia, común a los autores de obras históricas, que consiste en censurar a sus predecesores para

que el lector ingenuo crea encontrarse en presencia de una obra más valiosa. Así, el inca Garcilaso de la Vega, cronista de las cosas de Perú, exagerando lo dicho por Las Casas y Bernal Díaz, llega a afirmar que fué el propio Cortés, y no Gómara, quien escribió la *Conquista de México*. "Es fama cierta, aunque secreta, que la escribió el mismo que la conquistó y ganó dos veces." [40] Esto es una simpleza, pues de suministrar los datos a escribir el libro media mucha distancia. Además de que podrá verse, por el análisis que a continuación hacemos de la obra de Gómara, que su punto de vista y el de Cortés son muy distintos.

Don Antonio de Solís, que no es sospechoso de parcialidad contra Cortés, dice al hablar de la historia de la conquista de la Nueva España: "Escribióla primero Francisco López de Gómara, con poco examen y puntualidad; porque dice lo que oyó, y lo afirma con sobrada credulidad, fiándose tanto de sus oídos como pudiera de sus ojos, sin hallar dificultad en lo inverosímil ni resistencia en lo imposible." [41] Cualquiera diría, leyendo esto, que don Antonio de Solís había tomado parte en la conquista de México. El reproche suyo es producto de soberbia y de pedantería, pecado en el que también incurre don Juan Bautista Muñoz, quien en la introducción de su *Historia del Nuevo Mundo* (de la que sólo llegó a ver la luz el primer tomo), no deja hueso sano a ningún cronista de Indias. Véase lo que dice de Gómara:

> En 1552 salió a luz la *Historia general de las Indias y Nuevo Mundo* por Francisco López de Gómara, la primera digna de su título, aunque el orden geográfico que generalmente se observa no sea el más propio para este género de composiciones. Tenía Gómara doctrina y estilo, y si hubiera tenido materiales competentes, y paciencia para su combinación y examen, es sin duda que hubiera hecho un buen servicio al público y a la nación. Pero empleóse en ordenar sin discernimiento lo que halló escrito por sus antecesores, y dió crédito a patrañas no sólo falsas sino inverosímiles. Esto con especialidad en los principios, que tomó en gran parte de Oviedo, de tradiciones y rumores del vulgo.[42]

¡Pues de quién los iba a tomar! El vulgo, como dice Muñoz con su desdén de científico del siglo XVIII, eran los conquistadores, y nadie sino

[40] *Historia General del Perú*, primera parte, fol. 34 vº Garcilaso el Inca estaba mal dispuesto hacia Gómara, pues llega a reprocharle errores en detalles triviales. Véase el que cita Vedia en su noticia, B. A. E., t. 22, p. XIV. Ante censuras como ésta no hay sino recordar lo dicho por Gómara en la advertencia a los lectores que precede a su *Historia de Indias* y que hemos reproducido en el texto: "particularizar las cosas es engañoso y aun muy odioso".

[41] Antonio de Solís, *Historia de la Conquista de México*, Madrid, Sancha, 1783, t. I, p. 7.

[42] Juan Bautista Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, Madrid, 1794, p. XVIII.

ellos podía dar noticia de lo ocurrido en América. ¡E historiadores como Solís y Muñoz son los que llaman ingenuos y crédulos a hombres de la talla de Fernández de Oviedo y de Gómara!

Solís y Muñoz son los últimos representantes de la historiografía de Indias en una España ya decadente. Si queremos buscar opiniones nuevas sobre nuestro cronista tendremos que hacerlo en historiadores de otros países. Robertson, Prescott, Bancroft, MacNutt —el mismo Merriman—,[43] todos están de acuerdo en que Gómara es hombre de cultura extraordinaria, en que su *Historia de Indias* supera con mucho a las de otros autores por la belleza del estilo y la claridad de la exposición; pero su parcialidad por Cortés le pierde y desacredita. De ahí no sale ninguno.

No creo que sean necesarios largos razonamientos para demostrar hoy lo limitada e injusta que es semejante actitud. Me remito a todo el estudio que vengo haciendo, en especial al de las críticas de Bernal Díaz y al análisis mismo del libro de Gómara que viene a continuación. El escepticismo y el espíritu crítico, llevados a la exageración, tienen grandes fallas en el terreno de los estudios históricos. Bien está que se confronten textos y se aquilaten testimonios; pero que se llegue al extremo de rechazar un libro porque utiliza los datos de la conquista suministrados por el propio Cortés es un caso monstruoso de la deformación a que puede llevar el cientificismo histórico. Se reúnen ávidamente noticias de toda índole, se desentierran documentos y crónicas menudas, se coleccionan puntos de vista diversos para lograr una visión de conjunto más cabal, y se da de lado al biógrafo más inmediato de Cortés. ¿Es que no era éste un hombre que pudiera inspirar admiración y entusiasmo? ¿Es que no denota una alta calidad humana la adhesión de Gómara al conquistador en momentos que lo más cómodo y lo más lucrativo hubiera sido atacarle y rebajar sus méritos? ¿Habrá que buscar el origen de la devoción de Gómara en los quinientos ducados que recibió por escribir el libro? [44]

[43] Sería excesivamete prolijo reproducir *in extenso* las opiniones de estos historiadores, cuyos nombres menciono por figurar entre los más destacados de los que se han ocupado de esta cuestión. Para el lector que desee conocerlas doy a continuación las referencias de los lugares donde se encuentran: William ROBERTSON, *The History of America*, London, 1777, 2 vols. (vol. II, p. 438). W. H. PRESCOTT, *History of the Conquest of Mexico*, book V, chapter VII. Hubert HOWE BANCROFT, *The early American chroniclers* (vol. XXXVIII, p. 21, de sus *Obras completas*). Francis Augustus MACNUTT, *Letters of Cortes*, 1908, 2 vols. (vol. I, pp. 108-9). MERRIMAN, *op. cit.*, pp. XV *ss.*, "The whole of the *Conquista de México* really resolves itself into an extravagant apology and glorification of Cortés and all his acts" (*Ibid.*, p. XVI). Ya hemos observado que este juicio desfavorable de Merriman marca un brusco contraste con su opinión, no sólo de los *Anales* y de la *Crónica de los Barbarrojas*, sino de las calidades de Gómara como historiador. Véase especialmente su elogio del cronista, pp. L *ss.*

[44] Don Federico Gómez de Orozco, con su proverbial generosidad, me ha permitido

Es una enfermedad grave de nuestra época ésta de no querer reconocer las calidades excelentes de nuestros semejantes. Aquí está el mal, en que los consideramos "semejantes", y buscamos la semejanza por abajo. Cortés, sí, en efecto, un buen capitán..., pero si no hubiera contado con los indios auxiliares, si no hubiera sido tan débil Moctezuma... Este es un tipo de explicación que no explica nada. Mejor se comprende a Cortés admitiendo desde un principio que tenía calidades excepcionales, únicas, que era un hombre genial. Y esto es lo que supo ver perfectamente Gómara. No se olvide que, cuando publica su libro, el conquistador había muerto ya. Muerto en desgracia. Por eso tienen más mérito su fe y su entusiasmo. Por eso es tan ejemplar su actitud.

Hemos de abordar una última cuestión antes de pasar al análisis propiamente dicho de la *Conquista de México*. Como acabamos de observar, los historiadores de la conquista han visto siempre con malos ojos la obra de Gómara. De aquí que evitaran utilizarla en la medida de lo posible, que acudieran de preferencia a otros textos, incluso allí donde no existen más datos que los suministrados por Gómara.

Veamos un ejemplo. Todo lo que se sabe de los primeros años de la vida de Hernán Cortés es lo que Gómara dice en el primer capítulo de su libro, ,que reproducimos más abajo. Ahora bien, como Gómara es un escritor parcial, inexacto, etc., si se quiere elaborar "críticamente" una biografía de Cortés hay que acudir a otras fuentes. Así lo hacen historiadores tan serios como Prescott y Orozco y Berra, en especial el primero, quien en su *Conquista de México* utiliza de preferencia el texto fragmentario *De rebus gestis Ferninandi Cortesii* como fuente para la biografía del conquistador. Este fragmento latino, publicado por don Joaquín García Icazbalceta, en su *Colección de documentos para la historia de México*, vol. I, pp. 309-56, venía atribuyéndose a Calvete de Estrella, escritor poco conocido, que parece haber desempeñado el cargo de cronista de Indias después de Fernández de Oviedo. El fragmento en cuestión tiene un tono marcadísimo de panegírico de Cortés, ampuloso y recargado, totalmente de acuerdo con la pauta de la historiografía humanista de tipo italianizante. Pero esto, por lo visto, no importaba. La cuestión era no citar a Gómara, y sacar a relucir textos poco conocidos.

Lo malo del caso es que, al utilizar el fragmento *De rebus gestis...*,

examinar unos documentos en los que consta que Gómara recibió quinientos ducados de don Martín Cortés, hijo del conquistador, por su historia de la conquista de México.

citaban a Gómara sin saberlo, pues nadie sino él puede ser el autor de dicho texto latino. Quienes deseen ver explicado con todo detalle el fundamento de esta afirmación mía deberán consultar el apéndice de la presente obra. Al lector que no se interese por la investigación erudita, que se conforme con conocer sus resultados, le bastará con saber que el fragmento latino de la vida de Hernán Cortés es la propia traducción de López de Gómara a que éste alude repetidamente. Lo triste para mí, que he hecho este pequeño descubrimiento, es que la traducción latina no tiene ninguna de las buenas cualidades del original castellano. Su lenguaje es bello; la frase escueta y cortada denota sin dificultad la deliberada imitación de Salustio, autor citado por Gómara (Cfr. *infra*, p. 158). Este es el único mérito del fragmento, la elegancia del latín en que está escrito; pero su contenido carece totalmente de interés.

De seguir yo una costumbre muy extendida, podría insinuar que el texto latino de Gómara es aportación valiosísima, que esclarece puntos oscuros de la historia de la conquista, sin indicar con demasiada precisión de cuáles se trata, para dejar así que el lector ingenuo los buscara por su cuenta, y desconfiara de sus facultades críticas caso de no encontrarlos; pero más valdrá decir la verdad. El fragmento latino de Gómara no es sino una amplificación, en ocasiones desmesurada, de los primeros capítulos de su *Historia de la Conquista de México* —desde el nacimiento de Hernán Cortés hasta que sale de Cuba al mando de la expedición.

Gómara hinchó el texto castellano de su historia al verterlo al latín, como se hinchan en las redacciones de los periódicos las noticias demasiado concisas. Quiso dar a su héroe un aspecto convencional de criatura sobrehumana. Y para ello suprimió todos los datos reales y sobrios que pudieran estorbar su grandeza, los detalles humanos, vivos, que daban más sabor de verdad al texto español.

Para nada se menciona en la versión latina que Cortés hubiera sido en su niñez de constitución débil, y menos que hubiera sanado gracias a las oraciones de su nodriza. Ni que se volviera de Salamanca a su casa cansado de estudiar, o "quizá falto de dineros". Si abandonó los estudios es porque aspiraba a cosas más altas, pues para ellas había nacido.

Para nada vacila entre Italia y las Indias; desaparece la determinación de pasar a Italia tomada después del episodio del marido celoso. No podían figurar semejantes alternativas en la vida de un personajes que se nos presenta como un predestinado, como una flecha que viene a clavarse en la Nueva España.

Si la nota humana queda excluída del fragmento ¡qué modo, en cam-

bio, de insistir siempre en el prestigio de Cortés, en destacar la importancia de todos sus actos para darle un aire convencional de personaje de epopeya!

Se parte el mástil de la nave en que va Cortés a la isla Española. Si el accidente no cuesta vidas es porque el conquistador ha reunido a la gente en la popa del navío para convidarla. Los restantes barcos de la expedición esperan por la nave "en que iba Cortés". La paloma que en el texto castellano infunde ánimo a los navegantes perdidos es ya aquí, sin vacilación, el Espíritu Santo.

Llega Cortés a la isla Española. El secretario del gobernador Ovando no puede contener su impaciencia, y sale a su encuentro en un bote, mientras el barco arroja anclas. Cortés desprecia las juiciosas recomendaciones del secretario, y se dedica a buscar oro "con los criados que había traído consigo de España". Claro está que se distingue mucho desde el primer momento en las expediciones militares en que toma parte, llegando a ser tan grande su prestigio que se hace peligroso para el nuevo gobernador, Diego Velázquez.

¿Para qué seguir? Los textos publicados en el apéndice permiten la confrontación minuciosa. Y en ellos se aprecia hasta qué punto Gómara, al rendir tributo a la forma biográfica humanista de tipo italiano, incurrió en los defectos que tan injustamente le han sido señalados en la versión española de la *Conquista de México.*

En el registro que se hizo, después de muerto Gómara, entre sus libros y papeles no apareció más que el fragmento latino de que hablamos. No es de creer que Gómara hubiera avanzado más en su traducción, pues de haberla destruído no habría dejado estos primeros capítulos. El que se intercalen en el fragmento descripciones de las islas Española y de Cuba, cuyos elementos aparecen en casi su totalidad en la *Historia de las Indias,* nos hace suponer que Gómara no pensaba traducir su libro íntegramente al latín, sino tan sólo la segunda parte, la referente a Cortés.

Hay una larga digresión en el texto latino, que no figura en el castellano, para probar que la expedición de Cortés se hizo a sus expensas, y no a las de Diego Velázquez. En ella se rebate a Oviedo, que había dicho lo contrario en su historia, y a Pedro Mártir, que había puesto en duda la fidelidad de Cortés a su soberano.

Este fragmento latino, de tan escaso valor, fué el manejado por historiadores "críticos" de preferencia a la obra completa de Gómara que ahora vamos a analizar.

Vengamos, por fin, a la *Conquista de México*. Ya vimos más arriba que Gómara tiene de la historia un concepto individualista, aristocrático y heroico. Que para él la historia es en esencia una colección de semblanzas de grandes personajes. Según esta concepción, el relato de la conquista de México será la biografía de Hernán Cortés.

Cuantas censuras se han dirigido a Gómara en los últimos tiempos –dejando a un lado motivos más turbios, resentimientos que van contra el personaje más que contra el biógrafo– nacen de que nuestra "parcialidad" es distinta de la suya. De que nuestra época ha buscado de preferencia en la historia la actuación de factores sociales, económicos, geográficos, etc., queriendo determinar mediante ellos la conducta de los grupos sociales y de los individuos, aun en los casos de genialidad más destacada.

Todo esto está muy bien; pero no podemos pedirle a Gómara que comparta desde mediados del siglo XVI unas ideas nuestras sobre las que todavía no hemos podido ponernos de acuerdo. El hacer correr raudales de tinta reprochando a Gómara que concibiera la conquista de México como una biografía de Hernán Cortés es magnífico ejemplo de la incomprensión de nuestros días cientificistas para las mentalidades distintas de la suya, no obstante su tan alabado sentido de la perspectiva y su imparcialidad acrisolada.

Para Gómara *Conquista de México* y *Hechos de Hernán Cortés* son términos sinónimos. No es culpa suya que nuestros puntos de vista no sean los del humanismo renacentista. Mal camino es exigirle a un autor lo que de ningún modo puede darnos. Mejor será que veamos si el libro vale la pena considerándolo como una biografía del conquistador.

Nunca lo concibió Gómara de otra manera, y de ello tenemos ejemplos abundantes. En la dedicatoria, tantas veces citada, de su *Crónica de los Barbarrojas* al marqués de Astorga, nos dice que se ha puesto a escribir "las cosas de los demás excelentísimos capitanes que agora hay". Si se fija de preferencia en Cortés y en Barbarroja es porque le parecen los dos personajes más notables de su tiempo.

> Bien sé, muy ilustre señor, que para componer la vida o historia de don Hernando Cortés, y de Haradín Barbarroja, y de semejantes personas, es menester mucho descanso y gran aparejo, y en mi edad en ninguna manera se puede acabar en breve tiempo (p. 332).
>
> ... porque habéis tomado deudo con el marqués del Valle, cuya historia yo escribo, casando a don Alvaro Pérez de Ossorio, vuestro hijo mayor, con su hija mayor doña María (*ibid.*).
>
> Ansí yo también, escribiendo las maravillosas cosas de Cortés, quiero escrebir los hechos de Barbarroja para darle compañero (p. 333).

La vida de un gran personaje ha de tener valor ejemplar. Gómara nos dice en la primera parte de su *Historia de las Indias* que ningún español de los que aquí han pasado aventaja a Cortés, y que por ello tratará sus hechos separadamente.

E por cuanto él hizo muchas y grandes hazañas en las guerras que allí tuvo, que, sin perjuicio de ningún español de Indias, fueron las mejores de cuantas se han hecho en aquellas partes del Nuevo Mundo, las escribiré por su parte, a imitación de Polibio y de Salustio, que sacaron de las historias romanas que juntas enteras hacían, éste la de Mario, y aquél la de Scipión (p. 184).

La ejemplaridad de la obra de Cortés es tan alta que su empresa, la conquista de la Nueva España, tiene rango para entrar en la historia universal, y puede servir como arquetipo de las demás empresas de conquista.

La conquista de México, y conversión de los de la Nueva España, justamente se puede y se debe poner entre las historias del mundo, así porque fué bien hecha como porque fué muy grande. Por ser buena la escribo aparte de las otras, para muestra de todas (p. 295).

La perspectiva es amplia; pero el punto de origen es la vida de un hombre. Dentro de sus límites caben los hechos más variados, más ricos en consecuencias. Así, el libro de Gómara comienza con el nacimiento de Cortés y concluye con su muerte. Los encabezamientos mismos de los capítulos nos hacen tener presente que estamos leyendo una biografía: "Nacimiento de Fernando Cortés"; "La edad que tenía Cortés cuando pasó a las Indias"; "El tiempo que residió Cortés en Santo Domingo", etc.

Para que se vea bien hasta qué punto la biografía de Cortés hecha por Gómara está exenta del tono de los panegíricos entonces al uso --y no sólo entonces—, reproducimos a continuación sus capítulos primero y último. El lector puede compararlos con el fragmento latino que publicamos en el apéndice para medir la distancia que existe entre las dos obras.

### *Nacimiento de Fernando Cortés*

Año de 1485, siendo reyes de Castilla y Aragón los católicos don Fernando y doña Isabel, nació Fernando Cortés en Medellín. Su padre se llamó Martín Cortés de Monroy, y su madre doña Catalina Pizarro Altamirano; entrambos eran hidalgos, ca todos estos cuatro linajes Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano son muy antiguos, nobles y honrados. Tenían poca hacienda, empero mucha honra; que raras veces acontece sino en personas de buena vida. Y no solamente los honraban sus vecinos por la bondad y cristiandad que conocían en ellos, mas aun ellos mesmos se preciaban de ser honrados en todas sus palabras y obras, por donde vinieron a ser

muy bienquistos y amados de todos. Ella fué muy honesta, religiosa, recia y escasa; él fué devoto y caritativo. Siguió la guerra cuando mancebo, siendo teniente de una compañía de jinetes por su pariente Alonso de Hermosa, capitán de Alonso de Monroy, clavero de Alcántara, el cual se quiso hacer maestre de su orden contra la voluntad de la reina, a cuya causa le hizo la guerra don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago.

Crióse tan enfermo Fernando Cortés que llegó muchas veces a punto de muerte; mas con una devoción que le hizo María de Esteban, su ama de leche, vecina de Oliva, sanó. La devoción fué echar en suerte los doce apóstoles, y darle por abogado el postrero que saliese; y salió San Pedro, en cuyo nombre se dixeron ciertas misas y oraciones, con las cuales plugo a Dios que sanase. De allí tuvo siempre Cortés por su especial abogado y devoto al glorioso apóstol de Jesucristo San Pedro, y regocijaba cada un año su día en la iglesia y en su casa, dondequiera que se hallase.

A los catorce años de su edad lo enviaron sus padres a estudiar a Salamanca, do estudió dos años, aprendiendo gramática en casa de Francisco Núñez de Valera, que estaba casado con Inés de Paz, hermana de su padre. Volvióse a Medellín, harto o arrepentido de estudiar, o quizá falto de dineros. Mucho pesó a los padres con su ida, y se enojaron con él porque dejaba el estudio; ca deseaban que aprendiese leyes, facultad rica y honrada entre todas las otras, pues era de muy buen ingenio y hábil para toda cosa.

Daba y tomaba enojos y ruido en casa de sus padres, ca era bullicioso, altivo, travieso, amigo de armas; por lo cual determinó de irse por ahí adelante. Ofrecíansele dos caminos, a la sazón, harto a su propósito y a su inclinación: uno era a Nápoles, con Gonzalo Hernández de Córdoba, que llamaron el Gran Capitán; el otro a las Indias, con Nicolás de Ovando, comendador de Lárez, que iba por gobernador. Pensó cuál de los dos viajes le estaría mejor, y al cabo acordó de pasar a Indias, porque le conocía Ovando y lo llevaría encargado, y porque también se le acodiciaba aquel viaje más que el de Nápoles, a causa del mucho oro que de allá traían. Mas entre tanto que Ovando aderezaba su partida, y se aprestaba la flota que tenía de llevar, entró Fernando Cortés una noche a una casa por hablar a una mujer, y andando por una pared de un trascorral mal cimentada, cayó con ella. Al ruido que hizo la pared, y las armas y broquel que llevaba, salió un recién casado, que, como le vió caído cerca de su puerta, lo quiso matar, sospechando algo de su mujer; empero una vieja, suegra suya, se lo estorbó.

Quedó malo de la caída, recreciéronle cuartanas, que le duraron mucho tiempo; y así, no pudo ir con el gobernador Ovando. Cuando fué sano, determinó de pasar a Italia, según ya lo había primero pensado, y para ir allá echó camino de Valencia; mas no pasó a Italia, sino andúvose a la flor del berro, aunque no sin trabajos y necesidades, cerca de un año. Tornóse a Medellín con determinación de pasar a las Indias. Diéronle sus padres la bendición y dineros para ir (p. 296).

*Condición de Cortés*

Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho. El color ceniciento, la barba clara, el cabello largo. Tenía gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fué travieso cuando muchacho, y cuando hombre fué asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en paz fué alcalde de Santiago de Barucoa, que era y es la mayor honra de la ciudad entre vecinos. Allí cobró reputación para lo que después fué.

Fué muy dado a mujeres, y dióse siempre. Lo mesmo hizo al juego, y jugaba a los dados a maravilla bien y alegremente. Fué muy gran comedor, y templado en el beber, teniendo abundancia. Sufría mucho la hambre con necesidad, según lo mostró en el camino de Higueras, y en la mar que llamó de su nombre.

Era recio porfiando, y así tuvo más pleitos que convenía a su estado. Gastaba liberalísimamente en la guerra, en mujeres, por amigos y en antojos, mostrando escaseza en algunas cosas; por donde le llamaban río de avenida.

Vestía más polido que rico, y así era hombre limpísimo. Deleitábase de tener mucha casa y familia, mucha plata de servicio y de respeto. Tratábase muy de señor, y con tanta gravedad y cordura, que no daba pesadumbre ni parecía nuevo. Cuenta que le dixeron, siendo muchacho, cómo había de ganar muchas tierras y ser grandísimo señor. Era celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas; condición de putañeros.

Era devoto, rezador, y sabía muchas oraciones y psalmos de coro; grandísimo limosnero; y así, encargó mucho a su hijo, cuando se moría, la limosna. Daba cada un año mil ducados por Dios de ordinario; y algunas veces tomó a cambio dineros para limosna, diciendo que con aquel interese rescataba sus pecados.

Puso en sus reposteros y armas: *Judicium Domini aprehendit eos, et fortitudo ejus corroboravit brachium meum;* letra muy a propósito de la conquista.

Tal fué, como habéis oído, Cortés, conquistador de la Nueva España; y por haber yo comenzado la conquista de México en su nacimiento, la fenezco en su muerte (pp. 454-5).

Creo que el examen atento de estos dos capítulos nos evita más comentarios. ¿Puede darse nada más sobrio, más preciso, menos afectado y compuesto? El ambiente de una familia extremeña a fines del siglo xv. Un niño enfermizo que se cura gracias a la intervención de un santo. Cuando crece, este niño —el héroe del relato— es mal estudiante, pendenciero, enamoradizo. Desigual de carácter, o muy dadivoso o muy tacaño. ¿Dónde está el panegírico? Ni alusiones a la mitología, ni paralelos con los arquetipos de la antigüedad clásica. Nada. Tan sobrio y sincero es Gómara, tanto se sale de la pauta habitual entre los biógrafos de aquellos días, que hay quien

ha podido sugerir que la propia familia de Cortés influyó en la recogida de su obra ordenada por el Consejo de Indias.[45]

Veamos ahora la variedad de temas abarcados por Gómara dentro de marco tan sencillo.

Los comienzos de Cortés en las Indias no pueden ser más modestos. Gómara nos muestra bien el choque que sufre el joven aventurero, desbordante de ilusiones, con la prosa de la realidad.

No estaba el gobernador Ovando en la ciudad cuando llegó Cortés a Santo Domingo; mas un secretario suyo, que se llamaba Medina, lo hospedó e informó del estado de la isla, y de lo que debía hacer. Aconsejóle que avecindase allí, y que le darían una caballería, que es un solar para casa y ciertas tierras para labrar. Cortés, que pensaba llegar y cargar de oro, tuvo en poco aquello, diciendo que más quería ir a coger oro. Medina le dixo que lo pensase mejor: ca el hallar oro era dicha, y trabajo (p. 297 a).

No tiene Cortés otro remedio que resignarse de momento, y así nos lo encontramos haciendo vida tranquila, desempeñando cargos burocráticos, o dedicándose a la ganadería.

Dióle Ovando ciertos indios en tierra de Daiguao, y la escribanía del ayuntamiento de Azúa, una villa que fundara (p. 297 a).

Envió el almirante don Diego Colón, que gobernaba las Indias, a Diego Velázquez que conquistase a Cuba el año de once, y dióle la gente, armas y cosas necesarias. Fernando Cortés fué a la conquista por oficial del tesorero Miguel de Pasamonte, para tener cuenta con los quintos y hacienda del rey, y aun el mesmo Diego Velázquez se lo rogó, por ser hábil y diligente (p. 297 a-b).

Vivió Cortés en Santiago de Barucoa, que fué la primera población de aquella isla. Crió vacas, ovejas e yeguas, y así fué el primero que allí tuvo hato y cabaña (p. 297 b).

Algo hay, sin embargo, bajo estas apariencias tranquilas, pues al gobernador Diego Velázquez le llegan quejas de la conducta de Cortés, y acusaciones de "que trataba con algunas personas cosas nuevas en secreto" (*ibid.*). El tratar cosas nuevas ya sabemos lo que significaba; era ser un rebelde, un enemigo del orden, dicho con términos de hoy. "Lo cual, aunque no era verdad, llevaba color della, porque muchos iban a su casa, y se quexaban del Diego Velázquez, porque o no les daba repartimientos de indios, o se lo diera pequeño (*ibid.*).

[45] H. R. WAGNER, *op. cit.*, p. 40.

Llegan a estar en abierta pugna Cortés y Diego Velázquez. Entran faldas por medio. Cortés va a la cárcel, se fuga, lo prenden otra vez, vuelve a fugarse. Es de una viveza y soltura deliciosas el capítulo en que Gómara narra estas peripecias bien conocidas de la vida del conquistador extremeño. Termina éste por reconciliarse —pasajeramente— con el gobernador. "Por semejantes peligros y rodeos corren su camino los muy excelentes varones hasta llegar do les está guardada su buena dicha" (p. 298 a), concluye Gómara.

La buena dicha de Hernando Cortés fué el fracaso de Juan de Grijalva, pues Velázquez, descontento con éste, le ofrece a aquél el mando de una nueva expedición. Cuando Gómara nos habla de Grijalva apreciamos ya en él un procedimiento que ha de emplear en toda su obra: el del contraste, el del claroscuro. Rebaja a Grijalva extraordinariamente para que resalte con más fuerza la valía de Cortés. Hemos de ver que este procedimiento es normal en Gómara. Más que recargar a Cortés de elogios lo que hace es contrastar su actuación tan violentamente con la de los demás que el comentario surge por sí solo en la mente del lector. Es una técnica hábil, aunque no siempre justa.

Gómara despacha en pocas líneas la expedición de Grijalva, y trata al explorador con grandísima dureza.

> Estuvo en San Juan de Ulúa, tomó posesión de aquella tierra por el rey en nombre de Diego Velázquez, y trocó su mercería por piezas de oro, mantas de algodón y plumajes. Y si conociera su buena dicha, poblara en tan rica tierra, como le rogaban sus compañeros, y fuera lo que fué Cortés. Mas no era tanto bien para quien no lo conocía. Aunque se escusaba él que no iba a poblar, sino a rescatar y descubrir si aquella tierra de Yucatán era isla. También lo dexó por miedo de la mucha gente y gran tierra, viendo que no era isla; ca entonces huían de entrar en tierra firme. Había eso mismo muchos que deseaban [volver] a Cuba, como era Pedro de Alvarado, que se perdía por una isleña. Y así procuró de volver, con la relación de lo hasta allí sucedido, a Diego Velázquez. Corrió la costa Juan de Grijalva hasta Pánuco, y tornóse a Cuba, rescatando con los naturales oro, pluma y algodón, a pesar de todos los más. Y aun lloraba porque no querían tornar con él, tan de poco era. Tardó cinco meses desde que salió hasta que tornó a la mesma isla. Y ocho desde que salió de Santiago hasta que volvió a la ciudad. Y cuando llegó, no lo quiso ver Diego Velázquez, que fué su merecido (p. 298 b).

Por si esta censura fuera poco, Gómara nos da la lista completa de las riquezas rescatadas por Grijalva en su expedición.[46] Al inventariar el tesoro,

[46] Es tan sabroso y suelto el lenguaje de Gómara, que sabe hacer grata hasta la aridez de un inventario: idolicos, idolejos, aguilicas, planchuelas, salserillas, botecicos,

el cronista destaca, sin insistir directamente en ello, la falta de ánimo de Grijalva que no se había atrevido a poblar en tan rica tierra. Y téngase en cuenta que el no poblar es acusación grave en boca de Gómara. Relatando el fracaso de Hernando de Soto en su expedición a la Florida, dice:

No pobló, y así murió él y destruyó a los que le seguían. Nunca harán buen hecho los conquistadores que ante todas cosas no poblaren, en especial aquí, que son los indios valientes flecheros y recios hombres (p. 181 a).

En iguales términos se expresa al narrar la ida de Pánfilo de Narváez al río de Palmas:

Envió los navíos a buscar el río de Palmas, en cuya demanda se perdieron casi todos los hombres y caballos; lo cual fué por no poblar luego que saltó en tierra con la gente, o por saltar donde no había de poblar. Quien no poblare, no hará buena conquista; y no conquistando la tierra, no se convertirá la gente; así que la máxima del conquistador ha de ser poblar (p. 181 b).

Tras el fracaso de la expedición de Grijalva entramos en el relato de los preparativos para la de Cortés. Gómara se extiende al describir las dificultades con que el conquistador tiene que luchar, pidiendo dinero prestado, requisando víveres por medios no siempre muy legítimos.

Compró vino, aceite, habas, garbanzos y otras cosillas. Tomó fiada de Diego Sanz, tendero, una tienda de bohonería en sietecientos pesos de oro (p. 300 a).

Y así habló con sus amigos y personas principales, que se aparejaban para la jornada, a ver si le seguirían y favorecerían. Y como sintiese toda amistad y ayuda en ellos, comenzó a buscar dineros. Y tomó fiados cuatro mil pesos de oro, de Andrés de Duero, Pedro de Xerez, Antonio de Santa Clara, mercaderes, y de otros. Con los cuales compró dos naos, seis caballos, y muchos vestidos (p. 300 b).

Tomó a Fernando Alfonso los puercos y carneros que tenía para pesar otro día en la carnecería, dándole una cadena de oro, hechura de abrojos, en pago, y para la pena de no dar carne a la ciudad (*ibid*).

collarejos, cantarillos. ¡Qué bien suena, y qué gusto tan popular, tan llano tiene este lenguaje de Gómara! Interesa subrayar esto, porque el lector de Bernal Díaz, quien siempre nos habla de la elegancia y sublimada retórica de nuestro autor, podría pensar que éste es afectado. Y no hay tal. Su idioma, elegante y sobrio, no estaba castigado y pulido hasta el extremo de que desapareciesen de él las expresiones usuales. Acabamos de ver que Alvarado "se perdía por una isleña". Más adelante nos dirá Gómara que los indios de Quiahuiztlán estaban "ciscados todos de miedo" (p. 320 b) por lo ocurrido con los emisarios de Moctezuma. A estos últimos, cuando Cortés los suelta, "no se les cocía el pan en el cuerpo por irse de allí" (p. 320 a). En una batalla dada por los mexicanos a los españoles "más fué el ruido que las nueces". Y así en todo el libro. Por fortuna Gómara no desdeña el lenguaje "en cual suele el pueblo fablar con su vecino", según la añeja fórmula de Berceo.

En Macaca compra

trecientas cargas de pan, y algunos puercos, a Tamayo, que tenía la hacienda del rey. Fué a la Trinidad, y compró un navío de Alonso Guillén. Y de particulares tres caballos y quinientas cargas de grano (*ibid.*).

Se incauta de un navío de Juan Núñez Sedeño.

Y Sedeño y otros se vinieron a la Trinidad con el registro de lo que llevaban, que era cuatro mil arrobas de pan, mil y quinientos tocinos y muchas gallinas. Cortés les dió unas lazadas y otras piezas de oro en pago. Y un conocimiento, por el cual Sedeño fué a la conquista (p. 301 a).

En la Habana no le quieren vender bastimentos los vecinos.

Mas Cristóbal de Quesada, que recaudaba los diezmos del obispo, y un receptor de bulas, le vendieron dos mil tocinos, y otras tantas cargas de maíz, yuca y ajes. Basteció con esto la flota razonablemente, y comenzó a repartir la gente y comida por los navíos (*ibid.*).

Si los de la Habana no le vendían víveres es porque Cortés estaba de nuevo enemistado con Diego Velázquez. Arrepentido éste de haberle dado el mando, le ponía todo género de obstáculos; pero ya hemos visto que Cortés no se paraba en barras. Resueltas todas las dificultades, hecho el recuento de los víveres y objetos para rescate, repartidos los hombres en la diminuta flota, nombrados los capitanes, y enarbolada la bandera, el comentario se desprende solo, como fruto maduro:

Este fué el aparato que Cortés hizo para su jornada. Con tan poco caudal ganó tan gran reino. Tal, y no mayor ni mejor, fué la flota que le llevó a tierras estrañas, que aún no sabía. Con tan poca compañía venció innumerables indios. Nunca jamás hizo capitán con tan chico exército tales hazañas, ni alcanzó tantas vitorias, ni sujetó tamaño imperio. Ningún dinero llevó para pagar aquella gente, antes fué muy adeudado. Y no es menester paga para los españoles que andan en la guerra y conquista de Indias. Que si por el sueldo lo hubiesen, a otras partes más cerca irían. En las Indias cada uno pretende un estado, o grandes riquezas. Concertada, pues, y repartida como habéis oído toda la armada, hizo Cortés una breve plática a su gente, ,que fué de la sustancia siguiente (p. 301 b).

Aquí, para mejor destacar la figura de Cortés, el cronista pone en su boca una arenga a los soldados, un discurso-programa en que el conquistador hace uso con excesiva desenvoltura de la primera persona de singular, y parece tener una clara visión de lo que más tarde ha de ocurrirle. El discurso es invención de Gómara, pues el alarde de la fuerza —según Bernal— no se hizo hasta Cozumel; y nada sabemos de que Cortés hablara a su gente en aquella ocasión. Gómara se dejó esta vez guiar por los modelos

clásicos, poniendo sin necesidad una arenga en boca de su héroe, recurso que constituía una plaga en las obras históricas de los humanistas.[47]

Menos mal que Gómara no tuvo que inventar en otras ocasiones como en ésta, pues Hernán Cortés era un buen orador, y en las cartas de relación y en Bernal Díaz encontramos referencias precisas sobre las arengas y pláticas que el conquistador hacía a sus hombres y a los indios. Así, el trabajo de Gómara no pasaba de ser un simple retoque; y no es imposible que el propio Cortés le ayudara a rehacer sus discursos.

La primera arenga de Cortés auténtica que encontramos en Gómara, es la pronunciada por el conquistador cuando, durante la guerra de Tlaxcala, una parte de su gente se muestra partidaria de volverse y abandonar la empresa. Por las cartas de relación y por Bernal Díaz podemos apreciar que Gómara ha mantenido lo esencial de la arenga. Ha conservado incluso el tono popular a que nos tiene habituados el léxico de Cortés.

... Si dexamos esta tierra, esta guerra, este camino comenzado, y nos tornamos, como alguno desea, ¿hemos, por ventura, de estar jugando ociosos y perdidos? No por cierto, diréis; que nuestra nación española no es de esa condición cuando hay guerra y va la honra. Pues ¿adónde irá el buey que no are? ¿Pensáis, quizá, que habéis de hallar en otra parte menos gente, peor armada, no tan lejos de mar? Yo os certifico que andáis buscando cinco pies al gato, y que no vamos a cabo ninguno que no hallemos tres leguas de mal camino, como dicen, peor mucho que éste que llevamos (p. 332 a).

En una expedición como la de Cortés había que apelar de continuo al convencimiento. Los hombres iban a ella por su propia voluntad, y preguntaban y discutían las órdenes y medidas del jefe cuando no les parecían acertadas. Cada vez que se produce una situación militarmente adversa, Cortés tiene que reunir a sus hombres, muchos de ellos partidarios de volverse a Veracruz o a Cuba, para hablarles y hacerles cambiar de actitud. Así ocurre, por ejemplo, después del desastre de la Noche Triste; pero Gómara, fiel a su técnica de la alabanza indirecta, de que ya hemos hablado, se las arregla de tal forma, que hasta las censuras de la gente de Cortés se convierten en elogios para el capitán. Dicen los soldados:

[47] Don Alfonso Reyes, que ha tenido la bondad de leer el manuscrito de mi libro, haciéndome en más de una ocasión valiosas sugerencias, me observa que "estas arengas al modo clásico deben estimarse, no como relatos de lo realmente acontecido, sino como recursos retóricos de que el historiador echa mano para dar la "atmósfera" de un suceso". Más tarde he podido encontrar comprobada la fina observación de Reyes en las consideraciones hechas por J. T. Shotwell acerca de los discursos intercalados en las obras de los historiadores griegos. (J. T. SHOTWELL, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.)

Harto locos sandios seríamos, si nos dexásemos meter en otro semejante peligro como el pasado. No queremos morir locamente como él, que con la insaciable sed que de gloria y mando tiene, no estima su muerte, cuanto más la nuestra. Y no mira que le faltan hombres, artillería, armas y caballos, que hacen la guerra en esta tierra; y que le faltará la comida, que es lo principal. Yerra, y de verdad mucho lo yerra, en confiarse déstos de Tlascallan, gente (como todos los indios son), liviana, mudable, y de novedades amiga, y que querrá más a los de Culúa que a los de España (p. 370 b).

Se ve bien que estas quejas están presentadas de tal forma que constituyen alabanza de Cortés, destacando hábilmente la dificultad de la empresa que quiere llevar a cabo y el ánimo que tiene para acometerla. Cortés, visto el descontento de su gente, tiene que dirigirles una larga arenga, en la cual, como siempre solía hacer, apela al amor propio de los soldados.

... Nunca hasta aquí se vió en estas Indias y Nuevo Mundo que españoles atrás un pie tornasen por miedo, ni aun por hambre ni heridas que tuviesen, y queréis que digan: Cortés y los suyos se tornaron estando seguros, hartos y sin peligro. Nunca Dios tal permita. Las guerras mucho consisten en la fama. ¿Pues qué mejor que estar aquí en Tlaxcalan a despecho de todos vuestros enemigos, y publicando guerra contra ellos, y que no osen venir a enojarnos? (p. 371 a).

La fuerza de persuasión de Cortés debía de ser inmensa. En Bernal Díaz puede apreciarse, pues, entre refunfuños, siempre reconoce que el conquistador convencía a su gente; ésta, de todos modos, era sumamente difícil de manejar, y Gómara carga sin duda la mano cuando nos presenta unos soldados entusiasmados y convencidos, en quienes las palabras del jefe hacen el efecto del aceite sobre el agua agitada, dejándolos blandos y sumisos, dispuestos a seguir a su capitán con los ojos cerrados. Véase cómo nos describe el efecto producido en los soldados por las tres pláticas que acabamos de mencionar:

Con este razonamiento puso Fernando Cortés en sus compañeros gran esperanza de cosas y admiración de su persona. Y tanta gana les tomó de pasar con él a aquellas tierras apenas vistas, que les parecía ir no a guerra, sino a vitoria y presa cierta (p. 302 a).

Todos quedaron contentos del razonamiento de Cortés. Los que flaqueaban esforzaron. Los esforzados cobraron doble ánimo. Los que algún mal le querían comenzaron a honrarlo. Y en conclusión, él fué de allí en adelante muy amado de todos aquellos españoles de su compañía. No fué poco necesario tantas palabras en este caso, porque según algunos andaban ganosos de dar la vuelta, movieran un motín que le forzara tornar a la mar Y fuera tanto como nada cuanto habían hecho hasta entonces (p. 332 b).

Con esta plática y respuesta perdieron el antojo que de irse de Tlaxcallan a la Veracruz tenían: y dixeron que harían cuanto mandase. La causa dello debió ser aquella esperanza que les puso para después de la guerra de Tepeacac. O mejor diciendo, porque nunca el español dice a la guerra de no. Que lo tiene por deshonra y caso de menos valer (p. 371 b).

Si interesantes son las arengas que Gómara pone en boca de Cortés cuando éste se dirige a los soldados, no lo son menos las pláticas que el conquistador pronuncia ante los indios para explicarles cuál es el motivo que le trae a estas tierras, y procurar su conversión al cristianismo. Cortés usa un lenguaje caballeresco, que nos hace recordar a cada paso al hidalgo manchego. Y es que la sombra de los libros de caballerías, entonces tan en boga, se proyecta sobre la empresa de los conquistadores. Por ejemplo, al cacique de Cempoal, cuando se queja de los agravios que recibe de Moctezuma, Cortés le contesta "que le pesaba de aquel ruin tratamiento que se le hacía en sus tierras y súbditos; mas que tuviese por cierto que él se lo quitaría, y aun se lo vengaría. Porque no venía sino a deshacer agravios, y favorecer los presos, ayudar a los mezquinos, y quitar tiranías" (p. 318 b).

Sin embargo, donde más se eleva el tono de Gómara es al tratar los móviles religiosos de la conquista, al poner en boca de Cortés discursos encaminados a lograr la conversión de los indios. Vemos en su libro, como lo habíamos visto en las cartas de Cortés, que el escollo principal que había que salvar con los naturales era la diferencia de religión.

Viendo, pues, que guardaban justicia y vivían en religión, aunque diabólica, siempre que Cortés les hablaba, les predicaba con los farautes, rogándoles que dexasen los ídolos, y aquella cruel vanidad que tenían matando y comiendo hombres sacrificados (p. 334 b).

Gómara encuentra aquí tema excelente para desplegar sus talentos literarios. La plática que Cortés dirige a Moctezuma con ocasión del derrocamiento de los ídolos del gran templo de México, a la que aludía someramente en las cartas de relación' "... y les dixe todo lo demás que yo en este caso supe para los desviar de sus idolatrías y atraer al conocimiento de Dios Nuestro Señor" (p. 107), adquiere en Gómara amplitud magnífica y constituye uno de los capítulos más bellos de su libro.

... Ninguno que natural juicio tenga negará que hay Dios. Mas empero, por ignorancia, dirá que hay muchos dioses, o no atinará al que verdaderamente es Dios. Mas yo digo y certifico que no hay otro dios sino el nuestro de cristianos. El cual es uno, eterno, sin principio, sin fin, criador y gobernador de lo criado. El solo hizo el cielo, el sol, la luna y estrellas,

que vosotros adoráis. El mesmo crió la mar con los peces, y la tierra con los animales, aves, plantas, piedras, metales y cosas semejantes que ciegamente vosotros tenéis por dioses. El asímesmo con sus propias manos, ya después de todas las cosas criadas, formó un hombre y una muger. Y formado, le puso el alma con el soplo, y le entregó al mundo, y le mostró el paraíso, la gloria, y a sí mesmo.

De aquel hombre, pues, y de aquella muger, venimos todos, como al principio dixe, y así somos parientes, y hechura de Dios, y aun hijos. Y si queremos tornar al Padre, es menester que seamos buenos, humanos, piadosos, inocentes y corregibles: lo que no podéis vosotros ser, si adoráis estatuas y matáis hombres. ¿Hay hombre de vosotros que querría le matasen? No por cierto. ¿Pues por qué matáis a otros tan cruelmente? Donde no podéis meter alma, ¿para qué la sacáis?

Nadie hay de vosotros que pueda hacer ánimas, ni sepa forjar cuerpos de carne y hueso, que, si pudiese, no estaría ninguno sin hijos, y todos ternían cuantos quisiesen, y como los quisiesen, grandes, hermosos, buenos y virtuosos. Empero, como los da este nuestro Dios del cielo que digo, dalos como quiere, y a quien quiere, que por eso es Dios. Y por eso le habéis de tomar, tener, y adorar por tal. Y porque llueve, serena, y hace sol, con que la tierra produzga pan, fruta, yerbas, aves, y animales para vuestro mantenimiento.

No os dan estas cosas las duras piedras, no los maderos secos, no los fríos metales, ni las menudas semillas, de que vuestros mozos y esclavos hacen con sus manos sucias estas imágines y estatuas feas y espantosas que vanamente adoráis. ¡Oh qué gentiles dioses y qué donosos religiosos! Adoráis lo que hacen manos, que no comeréis lo que guisan o tocan. Creéis que son dioses lo que se pudre, carcome, envejece, y sentido ninguno tiene. Lo que ni sana ni mata. Así que no hay para qué tener más aquí estos ídolos, ni se hagan más muertes ni oraciones delante dellos, que son sordos, mudos y ciegos.

¿Queréis conocer quién es Dios, y saber dónde está? Alzad los ojos al cielo, y luego entenderéis que está allá riba alguna deidad, que mueve el cielo, que rige el curso del sol, que gobierna la tierra, que bastece la mar, que provee al hombre, y aun a los animales de agua y pan. A este Dios, pues, que agora imagináis allá dentro en vuestros corazones, a ése servid y adorad: no con muerte de hombre, ni con sangre, ni sacrificios abominables, sino con sola devoción y palabras, como los cristianos hacemos. Y sabed que, para enseñaros esto, venimos acá (p. 353).

Gómara plantea claramente, por boca de Cortés, el contraste entre las dos religiones. Y deja también aquí planteado el conflicto entre ellas, pues, según nos dice, aunque los indios ayudan a los españoles a derribar los ídolos, y se pone la cruz en el gran templo, "quedóles un odio y rencor mortal con ellos por esto, que no pudieron disimular mucho tiempo" (p. 353 b). Es mucho más justa esta interpretación que la excesivamente optimista de Cortés, cuando nos hablaba del buen semblante con que Moc-

tezuma y los suyos le ayudaban a derribar los ídolos; pero Gómara sabía lo ocurrido más tarde, y Cortés no.

Quien haya pasado por una guerra conoce bien el ascendiente que sobre los soldados ejercen algunos jefes, con su sola presencia, sobre todo en momentos difíciles. Y sabe también que si estos jefes de prestigio faltan por cualquier causa, nada parece salir a derechas. Gómara destaca mucho este carácter de imprescindible que Cortés tenía, ya que, según el cronista, ni siquiera los capitanes del conquistador llevaban siempre a buen término las misiones que se les encomendaban.

Así, por ejemplo, después del desastre de México, unos indios de Huacacholla anuncian su sumisión a los españoles; pero los capitanes que reciben el mensaje lo entienden al revés.

Andrés de Tapia, Diego de Ordás y Cristóbal de Olid, que eran los capitanes, o por miedo, o por mejor entender el caso, prendieron a los mensajeros de Huacacholla, y los capitanes y personas principales de Huexocinco que iban con él, y volviéronse a Cholollа (p. 372 b).

Precisa ser Cortés quien deshaga el error.

Cortés, como leyó la carta, habló y examinó a los prisioneros, y averiguó que sus capitanes habían mal entendido (*ibid.*).

Al volver sobre la capital y ponerle cerco, Cortés nunca adelanta sus líneas, por temor a las emboscadas de los indios entre las casas. Muchos le censuran esto porque cada día hay que volver a recuperar lo ya ganado en los anteriores. Cortés, no obstante, "seguía su parecer, y no el ageno" (p. 387 a). Pedro de Alvarado desatiende las órdenes de su jefe y penetra demasiado en la ciudad; es desbaratado por los indios. Gómara no deja de advertirnos que "Alvarado cayó de su locura por no creer a Cortés, que siempre le decía que no pasase adelante sin dexar primero el camino llano" (p. 387 b).

Gómara carga también, sin duda, la mano en esto, pues parece en su libro que los compañeros de Cortés no cuentan para nada, que son un prodigio de docilidad, según ya comentamos al hablar de las arengas de su jefe. Y así resulta que éste tiene que ocuparse hasta de las cuestiones más menudas. Cuando los españoles entraron en Tlascala, Cortés "mandó que no tomasen sino lo que les diesen. Lo cual muy bien cumplieron, porque aun para ir a un arroyo, tiro de piedra del templo, le pedían licencia (p. 333 b).

Para Gómara es Cortés quien lo hace todo. En esto tiene razón sobrada la crítica de Bernal Díaz: "... puesto que el coronista Gómara diga 'hizo Cortés esto, fué allá, vino de acullá', y dice otras tantas cosas que no llevan camino, y aunque Cortés fuera de hierro, según lo cuenta Gómara en su historia, no podía acudir a todas partes" (t. I, p. 234).

Según Gómara, no sólo Cortés es quien lo hace todo, sino que lo hace a escondidas de sus compañeros, tomando las decisiones por su cuenta cuando se trata de asuntos realmente graves. Veamos ejemplos.

La destrucción de los navíos.

Propuso Cortés de ir a México y encubríalo a los soldados porque no rehusasen la ida con los inconvinientes que Teudilli con otros ponía. Especialmente por estar sobre agua, que lo imaginaban por fortísimo, como en efeto lo era. Y para que le siguiesen todos, aunque no quisiesen, acordó quebrar los navíos. Cosa recia y peligrosa, y de gran pérdida, a cuya causa tuvo bien que pensar. Y no porque le doliesen los navíos, sino porque no se lo estorbasen los compañeros. Ca sin duda se lo estorbaran, y aun se amotinaran de veras, si lo entendieran [48] (p. 324 a).

La prisión de Moctezuma: Los españoles son muy bien acogidos en México.

Mas empero, aunque eran ansí regalados, y se tenían por muy ufanos con estar en tan rica tierra donde podían hinchir las manos, no estaban contentos ni alegres todos, sino algunos con miedo y muy cuidadosos. Especial Cortés, a quien como a caudillo y cabeza tocaba velar y guardar sus compañeros. El cual andaba muy pensativo, viendo el sitio, gente y grandeza de México, y algunas congoxas de muchos españoles, que le venían con nuevas de la fortaleza y red en que metidos estaban, pareciéndoles ser imposible escapar hombre dellos el día que a Moteczuma se le antojase, o se revolviese la ciudad, con no más de tirarles cada vecino su piedra, o rompiendo los puentes de la calzada, o no les dando de comer, cosas harto fáciles para los indios. Así que, pues, con el cuidado que tenía de guardar sus españoles, de remediar aquellos peligros y atajar inconvinientes para sus deseos, acordó prender a Moteczuma, y hacer cuatro fustas para sojuzgar la laguna, y barcas, si algo fuese, como ya traía pensado (a lo que yo creo) antes de entrar, considerando que los hombres en agua son como peces en tierra, y que sin prender al rey no tomarían el reino. Y bien quisiera hacer luego las fustas, que era fácil cosa, mas por no alargar la prisión, que era lo principal, y el toque del negocio todo, las dexó para después. Y determinó, sin dar parte a nadie, prenderlo luego (pp. 350-1).

[48] Sobre la participación de determinados capitanes y soldados en las decisiones de Cortés, véase, además del capítulo en que estudio las críticas de Bernal Díaz del Castillo a Gómara, mi artículo "Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la historiografía española", *Tiempo*, México, junio 1940. Es éste un caso típico de cuestión abierta, pues entre los polos opuestos de las versiones de Gómara y Bernal caben todas las combinaciones intermedias.

Gómara nos presenta a Cortés teniendo que vencer de continuo la resistencia de sus compañeros. Por ejemplo, durante la guerra de Tlaxcala,

subió Cortés una noche encima de la torre. Y mirando a una parte y a otra, vió a cuatro leguas de allí, cabe unos peñascos de la sierra, y entre un monte, cantidad de humos, y creyó estar mucha gente por allí. No dió parte a nadie. Mandó que le siguiesen doscientos españoles y algunos amigos indios, y los demás que guarden el real. Y a tres o cuatro horas de la noche caminó hacia la sierra a tino, que hacía muy escuro. No hubo andado una legua cuando dió de súbito en los caballos una manera de torozón, que los derribaba en el suelo sin que se pudiesen menear. Como cayó el primero, y se lo dixesen, respondió: "Pues vuélvase su dueño con él al real". Cayó luego otro, y dixo lo mesmo. Como cayeron tres o cuatro, comenzaron los compañeros a ciar. Y dixéronle que mirase que era mala señal aquélla. Y que era mejor que se volviesen, o esperar que amaneciese para ver a do, o por do iban. El decíales que no mirasen en agüeros, y que Dios, cuya causa trataban, era sobre natura. Y que no dexaría aquella jornada. Ca se le figuraba que della se les había de seguir mucho bien aquella noche. Y que era el diablo, que por lo estorbar ponía delante aquellos inconvenientes. Y diciendo esto se cayó el suyo. Entonces hicieron alto, y consultaron lo mejor; y fué que tornasen aquellos caballos caídos al real, y que los demás llevasen de diestro, y prosiguiesen su camino. Presto estuvieron buenos los caballos, mas no se supo de qué cayeron (p. 330-1).[49]

Los conquistadores dan vista por primera vez a la ciudad de México.

Cuanto Cortés holgó de verla, tanto temieron algunos de sus compañeros. Y aun hubo entre ellos diversos pareceres de si llegarían allá o no, y dieron muestra de motín. Pero él por su prudencia y disimulación se lo deshizo, y con esfuerzo, esperanza y buenas palabras que les dió, y con ver que era el primero en los trabajos y peligros, temieron menos lo que imaginaban (p. 339 a).

Todas estas afirmaciones de Gómara ponían frenético al buen Bernal Díaz. Pero lo malo es que él también exageró en sentido contrario. Y hoy no resulta tarea fácil saber hasta qué punto los capitanes de Cortés intervenían en las decisiones de su jefe.

Gómara tenía entre manos una misión muy delicada al escribir una biografía de encargo. Quien lea los comentarios despectivos que sobre su obra se han escrito podría pensar que se trata de un clérigo limitado e ingenuo, que cumple con su misión de panegirista a impulsos de una admiración

[49] Nótese cómo en este episodio Gómara amplifica y redondea la versión dada en las cartas de Cortés (cfr. *supra*, p. 32).

desbordada, y sin demasiados quebraderos de cabeza. No hay tal. Ya hemos dicho que Gómara, hombre de cultura muy sólida y de gran ingenio, tiene la tendencia de todo intelectual a la ironía y al escepticismo. En sus páginas apunta de continuo el comentario zumbón. No sólo emplea la ironía cuando censura, según indica Fueter. La ironía es en él una actitud normal.

Ni siquiera es Gómara capaz de reprimir el comentario burlón cuando relata episodios trágicos. Así, al narrar el desastre de la Noche Triste, dice: "De los nuestros tantos más morían cuanto más cargados iban de ropa y de oro y joyas. Ca no se salvaron sino los que menos oro llevaban, y los que fueron delante y sin miedo. Por manera que les mató el oro, y murieron ricos" (p. 368 b). Cuando menciona en la primera parte de su *Historia de las Indias* la muerte de tres españoles en el Perú: "Los de Túmbez recibieron aquellos tres españoles devotamente, ca luego los entregaron a unos sacerdotes que los sacrificaron a cierto ídolo del sol, llamado Guaca" (p. 227 a).

La conducta de los españoles no se libra de sus burlas, que no son menos eficaces que las violentas diatribas de Las Casas. Cortés, durante el viaje a Las Hibueras, "topó un pueblo yermo y caído, que muchos estaban ansí con la buena vecindad de los españoles" (pp. 416-7). Sin embargo, donde más se manifiesta la ironía de Gómara es en los comentarios que hace a las costumbres de los indios, por los que no siente el afecto que Cortés, ni mucho menos. Como buen humanista, los indios eran para él un objeto de curiosidad. No llega a denigrarlos tan sistemáticamente como otros autores españoles, pero tampoco hace un esfuerzo para comprenderlos. La descendencia de Moctezuma da lugar a una serie de discusiones. "Otros dicen que no tuvo Moctezuma más de dos hijos legítimos, a Axaica, varón, y a esta doña Isabel. Aunque bien hay que averiguar cuáles hijos y cuáles mugeres de Moteczuma eran legítimos" (p. 434 a). Cuando moría un monarca indígena, determinadas personas debían acompañarle al otro mundo. "El nuevo señor señalaba las personas que habían de ir a servir al rey su padre. Porque muchos no holgaban de tanta honra y favor, aunque algunos había tan simples o engañados que tenían por gloriosa muerte aquélla" (p. 437 a). Las mujeres que vivían en los templos, "comían en comunidad, y dormían juntas en una sala como monjas, o, por mejor hablar, como ovejas. No se desnudaban. Dicen que por honestidad y por levantarse más presto a servir los dioses y a trabajar. Aunque no sé qué se habían de desnudar las que andaban casi en carnes" (p. 438 b).[50] En las

[50] Los datos están tomados de Motolinía, en quien, naturalmente, no aparece el comentario irónico. "Dormían siempre vestidas por más honestidad y para se hallar

bodas de los naturales, los parientes y convidados "con el regocijo y calor de las viandas, guisadas con mucho axí, bebían de tal suerte que, cuando venía la noche, pocos faltaban de borrachos. Los novios solamente estaban en seso, por haber comido muy poco, que bien se mostraban en aquello novios" (p. 439 a).

A veces van envueltos en la burla de Gómara indígenas y europeos, como cuando habla de los curanderos de la isla Española. "Si el doliente muere, no les faltan escusas, que así hacen nuestros médicos; ca no hay muerte sin achaque, como dicen las viejas" (p. 173 a).

Este temperamento irónico, escéptico, de Gómara, le hace manejar el elogio con más sobriedad que otros escritores asalariados. De preferencia apela a procedimientos indirectos, según vamos viendo, e incluso cuando elogia directamente procura no fatigar al lector y da prueba de buen gusto en la sobriedad de sus comentarios.

Cortés celebra en Potonchán las ceremonias del Domingo de Ramos en presencia de los indios.

Luego que fué hora, el domingo, mandó Cortés cortar muy muchos ramos, y ponerlos en un rimero como en mesa, mas en el campo, por la mucha gente, y decir el oficio con los mejores ornamentos que había. Al cual se hallaron los indios, y estuvieron atentos a las cerimonias y pompa con que se anduvo la procesión y se celebró la misa y fiesta, con que los indios quedaron contentos. Y los nuestros se embarcaron con los ramos en las manos. No menor alabanza mereció en esto Cortés que en la vitoria. Porque en todo se hubo cuerda y esforzadamente. Dexó aquellos indios a su devoción, y al pueblo libre y sin daño. No tomó esclavos ni saqueó. Ni tampoco rescató, aunque estuvo allí más de veinte días (p. 311 a).

Gómara saca, a veces, partido de hechos menudos para alabar a Cortés. En cierta ocasión, durante la guerra de Tlaxcala, éste toma una purga, y sigue peleando. La purga no hace efecto hasta que el combate no está terminado.

No lo cuento por milagro, sino por decir lo que pasó, y que Cortés era muy sufridor de trabajos y males, siempre el primero que se hallaba a las puñadas con los enemigos. Y no solamente era, que raro acontece, buen hombre por las manos, pero aun tenía gran consejo en lo que hacía. Habiendo, pues, purgado aquellos días, velaba de noche el tiempo que le cabía como cualquier compañero, y como siempre acostumbraba, y no era peor por eso. Ni menos amado de los que con él andaban (p. 330 b).

más presto al servicio de los ídolos. Dormían todas en una sala e comunidad." (*Memoriales*, ed. G. Pimentel, p. 73.) Cfr. *infra* pp. 180-1, 187-8.

Para no multiplicar los ejemplos, me limitaré a reproducir el capítulo en que se relata la vuelta de Cortés a México después del viaje a las Hibueras, momento de apoteosis para el conquistador que nunca más había ya de repetirse. Es una buena muestra de la sobriedad de Gómara, del freno que sabe poner al elogio.

Luego que Cortés llegó a Medellín, despachó mensageros a todos los pueblos, y a México principalmente, haciéndoles saber su llegada; y en todos, cuando se supo, hicieron alegrías. Los indios de aquella costa y comarca vinieron luego a verle, cargados de gallipavos, frutas y cacao que comiese. Y le traían plumajes, mantas, plata y oro, ofreciéndole su ayuda si quería matar los que le habían enojado. El les agradecía los presentes y amor, y les decía que no había de matar a nadie, porque el emperador los castigaría.

Estuvo en Medellín once o doce días, y tardó a llegar a México quince. En Cempoallan le recibieron muy bien. A do quiera que llegaba, aunque era despoblado lo más, hallaba bien que comer y beber. Saliéronle al camino indios de más de ochenta leguas lexos con presentes, ofrecimientos y aun quexas, mostrando grandísimo contento que fuese venido, y limpiábanle el camino echando flores, tan querido era. Y muchos le lloraban los males que les habían hecho en su ausencia, como fueron los de Huaxacac, pidiendo venganza. Rodrigo de Albornoz, que estaba en Tezcuco, fué una jornada a recebirle con muchos españoles, y en aquella ciudad fué alegrísimamente recebido.

Entró en México con el mayor regocijo y alegría que podía ser. Porque al recibimiento salieron todos los españoles con Alonso de Estrada fuera de la ciudad en ordenanza de guerra; y todos los indios, como si fuera Moteczuma, salieron a verle. No cabían por las calles. Hicieron alegrías grandísimas y muchas danzas y bailes. Tañían atabales, bocinas de caracol, trompetas, y muchas flautas; y no cesaron aquel día ni la noche de andar por el pueblo y hacer hogueras e luminarias. Cortés no cabía de placer viendo el contento de los indios, el triunfo que le hacían, y el sosiego y paz de la ciudad. Fuése derecho a San Francisco a posar y a dar gracias a Dios, que de tantos trabajos y peligros lo había traído a tanto descanso y seguridad (p. 420 b).

Veamos ahora otros aspectos del libro de Gómara que no se refieren tan directamente al conquistador como los analizados hasta aquí. La visión de la conquista dada por Gómara es muy distinta de la de Cortés. En éste había un deseo de posesión que llevaba consigo una entrega. Hemos podido apreciar en él entusiasmo, admiración por el objeto de su conquista; en cambio, Gómara, que no ha tomado parte en ella, que la contempla a distancia, siente tan sólo admiración por la hazaña de los conquistadores y ninguna simpatía por los conquistados.

Lo que en Cortés era admiración ante la grandeza de su descubrimiento, la riqueza y la variedad de las tierras nuevas, el elevado nivel de vida de los naturales, es en Gómara admiración por Cortés. Y proyecta esta actitud suya sobre los naturales, de tal modo que mientras en las cartas de relación del conquistador eran los españoles quienes se maravillaban a cada paso, en el relato de Gómara parecen no extrañarse de nada, y ser solamente los indios quienes, en su calidad de criaturas primitivas e ingenuas, no vuelven de su asombro ante la presencia de los extranjeros. Gómara, con su altanería de humanista y de español de una España realmente imperial, no da cabida en sus páginas a la admiración y a los elogios que se desbordaban por las de Cortés al hablar de las nuevas tierras y de sus habitantes. Establece siempre entre los españoles y los indios una barrera, como vimos que la pone entre Cortés y sus compañeros.

Gómara, pues, nos presenta a los naturales abobados en presencia de los españoles —cuando sus relaciones son pacíficas, naturalmente—, con una nota continua de desprecio que para nada aparecía en Cortés. En Cozumel:

> No se hartaban de mirar aquellos isleños nuestros caballos y naos. Y así nunca paraban sino ir y venir. Y aun tanto se maravillaron de las barbas y color de los nuestros, que llegaban a tentarlos (p. 303 a).

En Tabasco:

> Muchas cosas pasaron entre los nuestros y estos indios, que, como no se entendían, eran mucho para reír. Y luego que conversaron y vieron que no les hacían mal, traxeron al lugar sus hijos y mugeres, que no fué así chiquito número, ni más aseado que de gitanos (p. 310 a).

En Veracruz:

> Fué tanto el gozo y contento que todos aquellos simples hombres tomaron con aquellas cosillas que de rescate llevaron y vieron, que también volvieron luego al otro día ellos y otros muchos, cargados de joyas de oro, de gallipavos, de pan, de fruta, de comida guisada, que bastecieron al exército español (p. 312 b).

A unos indios de Cempoal "Cortés les hizo buena cara, y trató halagüeñamente, porque le parecieron bestiales (p. 314 b). Con motivo de la ascensión de dos españoles al Popocatépetl:

> Y como traxeron buenas señas y volvieron vivos y sanos, vinieron muchos indios a besarles la ropa y a verlos, como por milagro, o como a dioses, dándoles muchos presentillos: tanto se maravillaron de aquel hecho. Piensan aquellos simples que es una boca de infierno, adonde los señores que

mal gobiernan o tiranizan van después de muertos a purgar sus pecados, y de allí al descanso (p. 338 a).[51]

Este es el tono normal de los comentarios. Solamente al describir la entrada de los españoles en México observa Gómara que si asombro había en los indios, no era menor el de los españoles al contemplar la ciudad.

En cuyas puertas, ventanas y azoteas había tanta gente para ver los españoles, que no sé quién se maravillase más, o los nuestros de tanta muchedumbre de hombres y mugeres que aquella ciudad tenía, o ellos de la artillería, caballos, barbas y trage de hombres que nunca vieran (pp. 340-1).

Cuando menciona el cronista la bravura de los naturales es para mejor destacar que son vencidos a pesar de su voluntad de resistir. Así lo hace al hablar de los de Potonchán, que se burlan de los españoles al amenazarles éstos con entrar en su pueblo por fuerza si no se lo consienten de grado —"desto se rieron mucho, y mofando se fueron al lugar a contar las soberbias y locuras que les parecía haber oído" (p. 307 b)—. Si los tlaxcaltecas tienen defendida la entrada de su territorio por una fuerte muralla, "grandeza les pareció a nuestros españoles aquella pared allí tan costosa y fanfarrona, mas inútil y superflua, pues había cerca otros pasos para llegar al lugar arrodeando un poco" (pp. 326-7). Durante la marcha sobre México fracasan los intentos de los naturales para oponerse al avance de los españoles, y Gómara no encuentra mejor comentario que el siguiente: "y es cosa para reír que a cada triquete quisiesen y tentasen matarlos y no fuesen para ello" (p. 339 b).

No es más benévolo Gómara al enjuiciar a los indios amigos de los españoles. Hasta cuando Cortés elogia su actuación, Gómara encuentra manera de rebajar sus méritos. En uno de los combates con los tlaxcaltecas "hiciéronlo tan bien aquellos indios que iban en nuestro exército de los de Cempoallan y de Iztacmixtlitan que les dió Cortés muy cumplidas gracias, ora fuese por miedo de ser comidos, ora por vergüenza y amistad" (p. 328 a). Es un indio de Cempoal quien advierte a los españoles que los tlaxcaltecas que vienen a su campamento lo hacen para espiar; pero "no fué por ser aquel indio más agudo y sabio que los españoles, sino porque vió e oyó a los otros cómo andaban y hablaban con los de Iztacmixtlitan, para sacar

[51] Gómara destaca no sólo la simpleza de los indios, sino también, desde el primer momento, su crueldad. Ya el relato del cautiverio de Jerónimo de Aguilar aterra a los españoles. "Gran temor y admiración puso en los oyentes este cuento de Jerónimo de Aguilar, con decir que allí en aquella tierra comían y sacrificaban hombres, y por la desventura que él y sus compañeros habían pasado. Pero daban gracias a Dios por verle libre de gente tan inhumana y bárbara" (p. 304 b).

dellos por puntillos lo que querían saber" (p. 330 a). Ni siquiera le merece elogio la conducta de los indios amigos durante el cerco de México.

No quedaba ya pueblo que algo montase en toda aquella comarca por darse a Cortés, y entraban y salían libremente entre españoles. Veníanse todos a sus reales, unos por ayudar, otros por comer, otros por robar, y muchos por mirar, y así pienso que había sobre México docientos mil hombres (p. 387 b).

Incomprensión y orgullo siempre. Si los españoles dejan de producir estupefacción en los indios es para llenarlos de terror. No hay lugar para otro sentimiento.

Ya Cortés cuando llegó a Cholollа iba grande y poderoso; pero allí se hizo mucho más, ca luego voló la nueva y fama por toda aquella tierra y señorío del rey Moteczuma. Y de como hasta entonces se maravillaban, comenzaron dende en adelante a temerle. Y así de miedo más que por amor le abrían las puertas a doquiera que llegase (p. 338 b).

En cambio, hasta las crueldades de los españoles se convierten en motivos de alabanza bajo la pluma de Gómara; son una razón más para que los indígenas piensen que se trata de seres sobrenaturales a quienes nada puede ocultarse. Cuando Cortés manda cortar las manos a los cincuenta tlaxcaltecas:

Grandísimo pavor tomaron los indios de ver cortadas las manos a sus espías, cosa nueva para ellos. Y creían que tenían los nuestros algún familiar que les decía lo que ellos tenían allá en su pensamiento. Y así se fueron todos, cada uno por do mejor pudo, porque no les cortasen las suyas (p. 330 a).

Al acusar a los cholultecas de traición, y ordenar el castigo:

Mirábanse unos a otros, más encendidos que las brasas, y decían: "Este es como nuestros dioses, que todo lo saben. No hay para qué negárselo." Y ansí confesaron luego que era verdad (p. 337 a).

En el viaje a las Hibueras, al dar muerte a Cuauhtémoc:

Para castigo de los otros bastó el miedo y espanto. Ca ciertamente pensaron todos ser muertos y quemados, pues ahorcaron los reyes. Y creían que la aguja y carta de marear se lo habían dicho, y no hombre ninguno. Y tenían por muy cierto que no se le podían esconder los pensamientos, pues había acertado aquello y el camino de Huatecpan. Y así vinieron muchos a decirle que mirase en el espejo, que así llaman ellos al aguja, y vería cómo le tenían muy buena voluntad y ningunas intinciones malas (p. 413 a).

Si algún elogio aparece en Gómara para el país o sus habitantes, pode-

mos estar seguros de que está puesto en boca de Cortés, de que se halla en alguna plática del conquistador con sus soldados:

... que ya veían cuánta merced Dios les había hecho en guiarlos y traerlos sanos y con bien a una tierra tan buena y tan rica según las muestras y apariencias habían visto en así breve espacio de tiempo. Y cuán abundosa de comida, poblada de gente más vestida, más polida y de razón, y que mejores edificios y labranzas tenían de cuantas hasta entonces se habían visto ni descubierto en Indias (p. 315 b).

Aquí reconocemos el tono de las cartas de relación. Como lo reconocemos cuando Cortés habla a los de Potonchán, temerosos de que los españoles les quemen el pueblo.

Cortés les dixo que no eran hombres los suyos que se enojaban con las paredes. Ni aun tampoco con los otros hombres, sino con muy grande y justa razón. Ni eran allí venidos para hacer mal, sino para hacer bien (p. 308 a-b).

Antes hemos dicho que la visión de la conquista dada por Gómara es muy distinta de la de Cortés; cabe decir en realidad, que más que distintas son opuestas diametralmente. En las palabras de Cortés que acabamos de citar resuena la nota de paz que percibíamos de continuo en las cartas de relación, nota surgida de la idea que Cortés se formaba de los naturales y de la posibilidad de atraérselos pacíficamente; pero ya hemos visto que Gómara tiene de los indígenas la contraria opinión que Cortés, y consecuentemente enfoca la conquista de modo distinto, como empresa bélica llevada a tambor batiente, destacando siempre el aspecto heroico e incluso cruel de la actuación española.

Para Gómara no es posible la penetración pacífica en tierra de indios; el indio, como ser inculto, es mudable, y no cabe tratar con él en pie de igualdad. Hay que someterlo previamente por la fuerza.

Y a la verdad, la guerra y la gente con armas es para quitar a estos indios los ídolos, los ritos bestiales y sacrificios abominables que tienen de sangre y comida de hombres, que derechamente es contra Dios y natura. Porque con esto más fácilmente y más presto y mejor reciben, oyen y creen a los predicadores (p. 304 b).

Si ésta es la idea de Gómara, naturalmente que desarrolla su relato de la conquista en función de ella. Y así como Cortés parecía querer borrar las huellas de cada acción de armas —el fulminante restablecimiento de la normalidad después de la matanza de Cholula—, como se quiere olvidar

un percance desagradable, Gómara se complace en el relato de las batallas, señalando gustoso las hecatombes hechas por los españoles entre los indios, que sin duda le parecen muy justificadas dada la idea que tiene de ellos.

Llegan a Cortés emisarios de Moctezuma durante las guerras de Tlaxcala.

Con ruegos los detuvo que no se partiesen hasta ver el fin de aquella guerra, para que llevasen a México la nueva de la vitoria y matanza que él y sus compañeros harían de aquellos mortales enemigos de su señor Moteczuma (p. 330 b).

En Cholula los españoles "quemaron todas las casas y torres que hacían resistencia. Echaron fuera toda la vecindad. Quedaron tintos en sangre. No pisaban sino cuerpos muertos" (p. 337 a).

Para Gómara la piedad no existe. La empresa de Cortés es guerrera, sin contemplaciones. Pero, y entonces, ¿qué decir de toda la habilísima política de alianzas del conquistador, que es la que realmente le permite triunfar? ¿Es que los indios de Cempoal, de Tlaxcala, los aliados todos de Cortés, no tenían motivos sobrados para ayudarle contra Moctezuma? Nada de eso. Según Gómara, si los indios se alían desde el primer momento con Cortés es simplemente porque no se dan cuenta exacta de los verdaderos propósitos del conquistador.

Bien podía Cortés tener estos tratos entre gente que no entendía por do iba el hilo de la trama (p. 321 a-b).

Los indios son dóciles marionetas que se dejan llevar y traer.

Quiso Cortés revolver a éstos para ganar las voluntades a todos, y aun las tierras, viendo que de otra guisa mal podía. Hizo prender los alguaciles, soltólos, congracióse de nuevo con Moteczuma, alteró aquel pueblo y la comarca, ofrecióseles a la defensa y dexólos rebelados, para que tuviesen necesidad dél (pp. 320-1).

Tan baja es la idea que Gómara se forma de los naturales, que llega a convertir a Cortés en un *miles gloriosus*, en el fanfarrón que utiliza la baladronada sin ningún escrúpulo para ganarse la confianza y la admiración de los ingenuos indios. Por Bernal sabemos que algo hay de verdad en esto, que Cortés manejaba con gran habilidad el terror producido en los indios por los caballos y las armas de fuego; pero Gómara exagera la nota y hace que Cortés emplee el lenguaje de un caballero andante capaz de las más estupendas proezas. Para tranquilizar a los indios de Quiahuiztlan, aterrados por la presencia de los recaudadores de Moctezuma, les dice "que él los defendería, porque cada uno de los que consigo traía bastaba para pelear con mil de México, como ya muy bien sabía el mesmo Moteczuma

por la guerra de Potonchán" (p. 319 b). Al tener lugar la liga contra el monarca mexicano Cortés pregunta a los sublevados de cuánta gente pueden disponer. Le contestan que de cien mil hombres. Ordena que estén preparados,

no porque él tuviese necesidad de ellos, ni de sus huestes, que él solo con los suyos bastaba para todos los de Culúa, y aunque fuesen otros tantos, sino porque estuviesen a recaudo y sobre aviso, no recibiesen daño si por caso Moteczuma enviase exército sobre algunas tierras de los confederados, tomándolos a sobresalto y descuido (p. 320 b).

Creemos que los ejemplos presentados destacan claramente las diferencias de puntos de vista en Cortés y en Gómara. No serán las únicas que podamos apreciar.

Si diferente de la de Cortés es la visión dada por Gómara del carácter de la conquista, de la actitud recíproca de indios y españoles, no lo es menos la forma que tiene de describir lo conquistado. Gómara no nos dice —como lo hacía Oviedo— cuáles son sus fuentes de información. Procura documentarse lo más exactamente posible, reunir cuantos datos están a su alcance, con espíritu realmente científico, como nos lo demuestra al tratar de establecer con precisión los nombres indígenas —que transcribe con mucha mayor exactitud que Cortés y Bernal Díaz.

De Izancanac, que es cabecera de Acalan, habían de ir nuestros españoles a Mazatlán. Pueblo que también se llama de otra manera en otro lenguaje: mas no sé cómo se tiene de escrebir. Y aunque he procurado mucho informarme muy bien de los propios vocablos y nombres de los lugares que nuestro exército pasó este viaje de las Higueras, no estoy satisfecho del todo. Por tanto, si algunos no se pronuncian como deben, nadie se maraville, pues aquel camino no se huella (p. 413 b).

Esta preocupación de Gómara por la exactitud no se extiende, como decimos, a la mención de las fuentes. Estaba dentro del criterio de la época el considerarlas como patrimonio común, y ello no puede extrañarnos.[52] Para la descripción de lo conquistado Gómara utiliza ampliamente, además de las *Cartas de relación* de Cortés, los *Memoriales* de Fray Toribio de Motolinía. Es Gómara el primero que dió a la imprenta una visión de conjunto

[52] Véanse las acertadas observaciones hechas a este respecto por Edmundo O'Gorman en su estudio *La historia natural y moral de las Indias del P. José de Acosta*, México, 1940, pp. XII-XXI. En varias ocasiones aludo al empleo que hace Gómara de los *Memoriales* de Motolinía; pero lo que más interesa en esto es que los mismos datos sirven a los dos autores para llegar a apreciaciones opuestas acerca del carácter de los indios.

de la vida de los naturales, de su cultura y costumbres, de sus instituciones. El material, proporcionado preferentemente por Motolinía, es elaborado por Gómara de manera muy hábil, y puesto al servicio de su opinión de los indios, radicalmente contraria a la del fraile franciscano, y a la de Cortés. Motolinía toma pie muchas veces de la observación de las virtudes de los naturales para reprochar a los españoles sus vicios, y la mala conducta que observan con los indios. Motolinía destaca las virtudes de los indios y Gómara sus defectos, según ya hemos señalado al hablar de su ironía. En vano buscaríamos en Gómara reflexiones como las siguientes:

Consideradas las cosas dichas en este capítulo con ánimo justo, bien hay cosas en que tomen ejemplo los cristianos de estos infieles, cómo los señores criaban sus hijos e hijas en buena disciplina e honestidad e castigo. Bien pueden tomar lición las doncellas y damas de los grandes palacios, e haber vergüenza de sus disoluciones (*Memoriales*, p. 252).

Oído he yo por mis oídos a algunas personas decir que sus veinte años o más de letras no los quieren emplear en gente tan bestial; en lo cual me parece que no aciertan, porque a mi parecer no se pueden las letras mejor emplear que en mostrar al que no sabe el camino por donde se tiene de salvar y conocer a Dios. ¡Cuánto más obligados serán a estos pobres indios, que los deberían regalar como a gusanos de seda, pues de su sudor y trabajo se visten y enriquecen los que por ventura vienen sin capas de España! [53]

Si Motolinía justifica algunos defectos de los indios, como su propensión a la mentira, e incluso echa la culpa de ello a los españoles, Gómara encuentra natural la brutalidad con que éstos reaccionan frente a los engaños de los atemorizados indios.

Preguntado a los indios —dice Motolinía— que qué es la causa de ser viciosos e muchas veces no decir verdad, responden que por ser los españoles gente superba y de mucha fantasía, y que ellos los indios les tienen gran miedo, y no les osan responder sino lo que a ellos es más apacible, y decir de sí a cuanto les mandan, ora sea posible ora no, y que no se confían ni entienden bien con los españoles, y andan con ellos como amedrentados y sobresaltados; y es ansí que preguntando el español al indio alguna cosa, luego el indio se recata para responder recatadamente, y yo seguro que pocas veces les tomen desapercibidos, mas siempre recatados. También dicen los indios que, como la entrada de los españoles y las guerras dieron tan gran vaivén a toda la tierra, en muchas cosas perdieron su justicia y castigos, orden y conciertos que tenían, y que no tienen jurisdicción ni libertad para punir y castigar los delincuentes, e que ya no se castigan entre ellos las mentiras ni perjurios ni los adulterios, y que más se atreven las mujeres a ser malas que solían, y aun que de los españoles han deprendido algunos vicios (*Mem.*, p. 253).

[53] *Historia de los indios de la Nueva España* (Col. docs. G. Icazbalceta, t. I, p. 115.)

Son muy apasionados por mentir todos estos indios —dice Gómara—, y por enmienda, y por quitarles deste vicio, ordenó Quetzatcoatl el sacrificio de la lengua. Caro les costó a muchos el mentir al principio que nuestros españoles ganaron la tierra. Porque preguntados dónde había oro y sepulturas ricas decían que en tal y tal cabo. Y como no se hallase por más que cavaban, descoyuntábanlos a tormentos y golpes, y aun los aperreaban (p. 438 a).

Para Gómara no hay cualidad buena en los indios. Las mujeres "casan de diez años y son luxuriosísimas" (p. 440 b). Los hombres "toman muchas mugeres con ritos de matrimonio, y muchas sin él. Puédenlas dexar, mas no sin causa, mayormente las legítimas. Son celosísimos, y así las aporrean mucho" (p. 440 a). Unas veces les reprocha la suciedad en que viven, los alimentos nauseabundos que comen.

Comen en el suelo, y suciamente, ca se limpian a los vestidos, y aun agora parten los huevos con un cabello que se arrancan, diciendo que así lo hacían antes, y que les basta (p. 441 a).

No quieren carnero ni cabrón, porque les hiede, cosa de notar, comiendo cuantas cosas vivas hay, y aun sus mesmos piojos, que es grandísimo asco (*ibid.*).

Pero también les censurará en otra ocasión que se bañen con demasiada frecuencia. "Y aun tienen por costumbre o vicio entrar en baños fríos saliendo de calientes" (p. 363 a).

No se olvida de insistir en los estragos producidos por el alcohol.

En las comidas ordinarias conténtanse con ello (el *atulli*), y aun con agua, que basta para sustentación de la vida. Mas en partos, bodas, y fiestas de sacrificios quieren bebida que los embeode y desatine, y entonces mezclan ciertas yerbas, que, o con su mal zumo, o con el olor pestífero que tienen, encalabrian y desatinan al hombre muy peor que vino puro de San Martín; y no hay quien les puede sufrir el hedor que les sale de la boca, ni la gana que tienen de reñir y matar al compañero (p. 441 a).

Donde más se extiende Gómara es en la descripción de las diversas formas de sacrificios humanos. Por cierto que su sentido de la objetividad triunfa ocasionalmente y le hace afirmar que las víctimas de estos sacrificios no eran tantas como aseguraban algunos autores. Señala asimismo que la antropofagia sólo se practicaba en determinadas ocasiones. Cuando Olintlec encarece a Cortés el enorme poderío de Moctezuma, Gómara comenta: "Y por cierto que él dixo la verdad en todo, salvo que se alargó algo en lo del sacrificio" (p. 326 a).

Véanse otros comentarios del mismo tipo:

Lo que algunos cuentan que guisaban niños y los comía Moteczuma, era solamente de hombres sacrificados, que de otra manera no comía carne humana, y esto no era de ordinario (p. 342 b).

Era tanto el señorío que los reyes de México tenían sobre [los macehuales], que callaban aunque les tomasen las hijas para lo que quisiesen, y los hijos, y por esto dicen algunos que de tres hijos que cada labrador y no labrador tenía, daba uno para sacrificar. Lo cual es falso, que si así fuera, no parara hombre en la tierra, y no estuviera tan poblada como estaba, y porque los señores no comían hombres sino de los sacrificados. Y los sacrificados por maravilla eran personas libres, sino esclavos y presos en guerra. Crueles carniceros eran, y mataban entre año muchos hombres y mugeres, y algunos niños. Empero no tantos como dicen. Y los que eran, después los contaremos por días y cabezas (p. 346 a).

Tampoco cree que Cuauhtémoc sacrificara cuatro mil personas al iniciar la guerra contra los españoles.

No obstante estas salvedades, subraya Gómara con duros reproches la continua presencia del sacrificio humano en las festividades de los indios, que explica por la crueldad de su carácter y por su comercio con el demonio.

Pero lo sustancial y principalísimo della [la fiesta] era ofrecer hombres, matar hombres, y comer hombres: que sin muerte no había alegría ni placer (p. 446 b).

Tal cual veis era la religión mexicana. Nunca hubo, a lo que parece, gente más ni aun tan idólatra como ésta, tan matahombres, tan comehombres. No les faltaba para llegar a la cumbre de la crueldad sino beber sangre humana, y no se sabe que la bebiesen (p. 449 a).

[El diablo] aparecíaseles de mil maneras, y finalmente conversaba con todos ellos muy a menudo y muy familiar, y los bobos tenían a mucho que los dioses conversasen con los hombres (p. 444 a).

Aquí encontramos el sentido de la digresión constituída en el libro de Gómara por los capítulos dedicados a las costumbres de los naturales, que a primera vista parecen romper por completo la unidad del relato. Presentando hábilmente ante el lector los vicios de los indígenas, y, sobre todo, la monstruosidad de los sacrificios humanos, se le prepara para que reconozca de buen grado la inmensa virtud de la conquista y el mérito de Cortés y los suyos por haberla llevado a cabo. Todo lo aquí apuntado le sirve a Gómara para justificar esta exclamación:

¿Qué fama, qué loa será de Cortés? El quitó los ídolos, él predicó, el vedó los sacrificios y tragazón de hombres. Quiero callar, no me achaquen de afición o lisonja. Empero, si yo no fuera español, loara los españoles, no cuanto ellos merecen, sino cuanto mi ruda lengua e ingenio supieran (p. 449 b).

Hemos abordado brevemente un aspecto de la descripción de lo conquistado en Gómara: el tipo de vida de los naturales. Veamos ahora otros aspectos que tampoco carecen de interés. Gómara, en el comienzo de su libro, siguiendo la pauta de Pedro Mártir y de Oviedo, y lo que él mismo hace en su *Historia de Indias*, interrumpe el relato para describir todas las cosas que le parecen notables, haciendo historia natural. Así, dedica un capítulo al pez tiburón, otro a la intensidad con que la mar crece y mengua en Campeche, describe las iguanas, los armadillos. En estas descripciones puede apreciarse la frescura de visión de aquellos renacentistas de mentalidad joven, no deformada por una especialización excesiva, que se abrían por igual a todo lo nuevo y sorprendente. Campea también en ellas la belleza del estilo de Gómara, siempre sobrio y exacto. Veamos ejemplos:

Es el tiburón un pece largo y gordo. Y alguno de ocho palmos de cinta, y doce pies en luengo. Muchos dellos tienen dos órdenes de dientes, una junto a otra, que parecen sierra o almenas. La boca es a proporción del cuerpo. El buche disforme de grande. Tiene el cuero como tollo. El macho tiene dos miembros para engendrar, y la hembra no más de uno. La cual pare de una vez veinte o treinta tiburoncillos, y aun cuarenta. Es pescado que acomete a una vaca y a un caballo cuando pace o bebe orillas de los ríos, y se come un hombre (p. 306 a).

[Hay] muchas sierpes que llaman en las islas yguanas, y en esta tierra quauhcuezpaltepec. Parece lagarto de los muy pintados, tiene la cabeza chica y redonda, el cuerpo gordo, el cerro erizado con cerdas, la cola larga, delgada, y que la tuerce y arrolla como galgo. Cuatro pedezuelos de a cuatro dedos, y con uñas de ave. Los dientes agudos, mas no muerde, aunque hace ruido con ellos. El color es pardo. Sufre mucho la hambre. Pone huevos como gallina, que tienen yema, y clara y cáscara. Son pequeños y redondos y buenos de comer. La carne sabe a conejo, y es mejor. Cómenla en cuaresma por pescado, y en carnal por carne, diciendo ser de dos elementos, y por consiguiente de entrambos tiempos. Es dañosa para bubosos. Salen estos animales del agua, y suben a los árboles, y andan por tierra. Asombran a quien los mira, aunque los conozca, tan fiera catadura tienen. Engordan mucho fregándoles la barriga en arena, que es nuevo secreto (p. 311 b).

Un animal dicho aiotochtli, no mayor que gato, el cual tiene rostro de anadón, pies de puerco espín o erizo, y cola larga. Está cubierto de conchas que se encogen como escarcelas, donde se mete como galápago, que parecen mucho cubiertas de caballo. Tiene cubierta la cola de conchuelas, y la cabeza de una testera de lo mesmo, quedando fuera las orejas. Es, en fin, ni más ni menos que caballo encubertado; y por eso lo llaman españoles el encubertado o el armado. Y los indios aiotochtli, que suena conejo de calabaza (p. 312 a).

No obstante, Gómara se da cuenta de que estas descripciones rompen la unidad del relato, y renuncia a ellas para darnos simplemente la narración de los hechos de la conquista. Sólo al final del libro, en los capítulos dedicados a las costumbres de los indígenas, vuelve a describir algunos animales y plantas que habían llamado la atención de los españoles. Pero él mismo se da cuenta de que se sale del tema, pues exclama: "¿Pero qué voy contando, pues son cosas naturales que piden más tiempo?" (p. 452 b). Así, pues, en el cuerpo del relato de Gómara no encontramos más descripciones que las de las personas, paisajes y ciudades que los españoles van encontrando a su paso. Son escuetas, como hechas por quien no contempló lo que describe, pero nos sorprenden por su fuerza evocadora y por su precisión. Gómara tiene esta calidad de los grandes escritores, el poder evocar lo que no ha visto, con intensidad tal que su descripción supera a la de testigos presenciales.

Del río de Alvarado dice:

La fuente mana al pie de unos serrejones. Tiene encima un hermoso peñol, redondo, ahusado, y alto cien estados, y cubierto de árboles (p. 311 b). Corre por buena tierra, tiene gentil ribera, y hace grandes esteros con sus muchas y ordinarias crecidas (*ibid*).

La precisión es nota dominante en las descripciones de Gómara. Véase cómo describe a unos indios de Cempoal.

Eran estos indios muy diferentes de cuantos hasta allí habían visto. Porque eran más altos de cuerpo que los otros, y porque traían las ternillas de entre las narices tan abiertas que casi llegaban a la boca, donde colgaban unas sortijas de azabache o de ámbar cuaxado, o de otra cosa así preciada. Traían asimismo horadados los labrios baxeros. Y en los agujeros unos sortijones de oro con muchas turquesas no finas; mas pesaban tanto, que derribaban los bezos sobre las barbillas, y dexaban los dientes de fuera. Lo cual, aunque ellos lo hacían por gentileza y bien parecer, los afeaba mucho en los ojos de nuestros españoles, que nunca habían visto semejante fealdad. Aunque los de Moteczuma también traían agujerados los bezos y las orejas: pero de chicos agujeros, y con pequeñas rodezuelas. Algunos no tenían hendidas las narices, sino con grandes agujeros. Mas empero todos tenían hechos tan grandes agujeros en las orejas que podía muy bien caber por ellos cualquiera dedo de la mano. Y de allí prendían cercillos de oro y piedras. Esta fealdad y diferencia de rostro puso admiración a los nuestros (p. 314 b).

La llegada de los españoles a Cempoal:

Y luego vieron a Zempoallan, que estaría lexos una milla, toda de jardines y frescura, y muy buenas huertas de regadío. Salieron de la ciudad muchos hombres y mugeres, como en recibimiento, a ver aquellos nuevos y más que hombres. Y dábanles con alegre semblante muchas flores y frutas, muy diversas de las que los nuestros conocían. Y aun entraban sin miedo entre

la ordenanza del escuadrón. Y desta manera, y con este regocijo y fiesta, entraron en la ciudad, que era toda un vergel, y con tan grandes y altos árboles que apenas se parecían las casas (p. 317 b).

El señor salió a la calle, y entráronse en una sala baxa, que allí, como tierra calorosa, no fabrican en alto más de que por sanidad levantan a tierra llena y maciza el suelo obra de un estado, a do suben por escalones. Y sobre aquello arman la casa e cimientan las paredes, que o son de piedra o adobes, pero lucidas de yeso o con cal. Y la cubierta es de paja o hoja, tan bien y estrañamente puesta que hermosea, y defiende las lluvias como si fuese teja. Sentáronse en unos banquillos como tajoncillos, labrados y hechos de una pieza pies y todo (p. 318 a).

Donde mejor se aprecia la precisión de Gómara es en su descripción de las grandes ciudades. Se preocupa por conocer su historia, las costumbres de sus habitantes, las lenguas que hablan. No encontramos en él, en cambio, el comentario personal, la reacción inmediata, subjetiva, que la contemplación de tanta novedad había producido en Cortés. Compárese la descripción de Tlaxcala dada por Gómara con la que antes vimos de las cartas de relación.

Tlaxcallan quiere decir pan cocido, o casa de pan. Ca se coge allí más centli que por los alrededores. De la ciudad se nombra la provincia, o al revés. Dicen que primero se nombró Texcallan, que quiere decir casa de barranco. Es grandísimo pueblo. Está a orillas de un río, que nace en Atlancatepec, y que riega mucha parte de aquella provincia, y después entra en el mar del Sur por Zacatullan. Tiene cuatro barrios, que se llaman Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlán, Quiyahuiztlán. El primero está en un cerro alto, y lexos del río más de media legua. Y porque está en sierra se dice Tepeticpac, que es como sierra. El cual fué la primera población que allí hobo. Y fué en alto a causa de las guerras. El otro está aquella ladera abaxo hasta el río. Y porque allí había pinos cuando se pobló, lo llamaron Ocotelulco, que es pinar. Era la mejor y más poblada parte de la ciudad, en donde estaba la plaza mayor, en que hacían su mercado, que llaman tianquiztli, y do tiene sus casas Maxixcacin. El río arriba en lo llano estaba otra puebla, que dicen Tizatlán, por haber allí mucho yeso. En la cual residía Xicotencatl, capitán general de la república. El otro barrio está también en llano, mas río abaxo, que por ser aguazal se dixo Quiyahuiztlán. Después que españoles la tienen se ha desvuelto casi toda, y hecho de nuevo, y con mejores calles, y casas de piedra, y en llano, a par del río.

Es una república como Venecia, que gobiernan los nobles y ricos. Mas no hay uno solo que mande, porque huyen dello como de tiranía. En la guerra hay, según arriba dixe, cuatro capitanes o coroneles, uno por cada barrio de aquéllos cuatro, de los cuales sacan el general. Otros señores hay que también son capitanes, pero de menor cuantía. En la guerra el pendón va detrás. Acabada la batalla o alcance híncanle donde todos lo vean. Al que no se recoge pénanle. Tienen dos saetas, como reliquias de los primeros fun-

dadores, que llevan a la guerra dos principales capitanes, valientes soldados. En las cuales agüeran la vitoria o la pérdida. Ca tiran una dellas a los enemigos que primero topan. Si mata o fiere es señal que vencerán, y si no que perderán. Así lo decían ellos, y por ninguna manera dexan de cobrarla.

Tiene esta provincia veinte y ocho lugares, en que hay ciento y cincuenta mil vecinos. Son bien dispuestos, muy guerreros, que no tienen par. Son pobres, que no tienen otra riqueza ni granjería sino centli, que es su pan. Del cual, allende de lo que comen, sacan para vestidos y tributos, y para las otras necesidades de la vida.

Tienen muchos cabos para mercados, pero el mayor y que muchas veces en semana se hace, en la plaza de Ocoteculco, es tal que se llegan en él treinta mil personas y más en un día a vender y comprar, o, por mejor decir, a trocar, que no saben qué cosa es moneda batida de metal ninguno. Véndese en él, como acá, lo que han menester para vestir, calzar, comer y fabricar. Hay toda manera de buena policía en él, porque hay plateros, plumajeros, barberos, y baños, y olleros que hacen vasos muy buenos, y es tan buena loza y barro como lo hay en España.

Es la tierra muy grasa para frutas y pastos. Ca en los pinares nace tanta y tal yerba, que ya los nuestros apacientan en ellos su ganado, y herbajan sus ovejas, lo que acá no pueden. A dos leguas de la ciudad está una sierra redonda, que tiene de subida otras dos, y de cerco quince. Suele cuajar en ella la nieve. Llámase agora de San Bartolomé, y antes de Matlalcueie, que era su diosa del agua. También tenían dios del vino, que llamaban Ometochtli, por sus muchas borracherías a su usanza. El ídolo mayor y dios principal suyo es Camaxtl, o por otro nombre Mixcouatl, cuyo templo estaba en el barrio Ocotelulco, en el cual sacrificaban, año había, ochocientos y más hombres. Hablan en Tlaxcallan tres lenguas. Nahuatlh, que es la cortesana y la mayor de toda tierra de México. La otra es de otomir, y désta más se usa fuera que dentro de la ciudad. Un solo barrio hay que habla pinomer, y es grosera.

Había cárcel pública, donde estaban los malhechores con prisiones. Castigaban lo que tenían por pecado. Avino entonces que un vecino hurtó a un español un poco de oro. Cortés lo dixo a Maxixca, el cual hizo su información y pesquisa, con tanta diligencia que le fueron hallar a Chololla, que es otra ciudad cinco leguas de allí. Y le traxeron preso, y lo entregaron con el mesmo oro, para que Cortés hiciese justicia dél como en España; pero él no quiso, sino agradecióles la diligencia. Y ellos, con pregón público que manifestaba su delito, le pasaron por ciertas calles, y en el mercado, en uno como teatro, lo descocotaron con una porra. De que no poco se maravillaron los españoles (pp. 333-4).

Este último episodio lo hemos encontrado en las *Cartas de relación* de Cortés, que Gómara combina muy hábilmente con los datos tomados de Motolinía [54] para componer su descripción. Pero donde más se esmera y donde

[54] "Qué cosa es provincia, y el grandor y término de Tlaxcallan." MOTOLINÍA, *Memoriales*, pp. 187 ss. Añado algunos pasajes en que me ha saltado a la vista la utilización, por Gómara, de los *Memoriales*. Gómara hizo una valiosa labor de ordenación y

más destaca su mérito literario es en la descripción que nos da de la capital azteca. Lo que en Cortés era un apunte rápido, a vuelapluma, adquiere en Gómara calidad de obra acabada y plena, sin perder nada de su frescura original.

*De México Tenuchtitlan.*

Era México, cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas. Las del rey y de los señores y cortesanos son grandes y buenas. Las de los otros chicas y ruines, sin puertas, sin ventanas; mas por pequeñas que son pocas veces dexan de tener dos y tres y diez moradores, y así hay en ella infinitísima gente. Está fundada sobre agua, ni más ni menos que Venecia. Todo el cuerpo de la ciudad está en agua. Tiene tres maneras de calles anchas y gentiles. Las unas son de agua sola, con muchísimas puentes, las otras de sola tierra, y las otras de tierra y agua: digo la metad de tierra, por donde andan los hombres a pie, y la metad agua por do andan los barcos. Las calles de agua de suyo son limpias, las de tierra barren a menudo. Casi todas las casas tienen dos puertas. Una sobre la calzada, y otra sobre la agua por donde se andan con las barcas. Y aunque está sobre agua edificada, no se aprovechan della para beber, sino que traen una fuente desde Chapultepec, que está una legua de allí, de una serrezuela, al pie de la cual están dos estatuas de bulto, entalladas en la peña, con sus rodelas y lanzas, de Moteczuma y Axaiaca su padre, según dicen. Tráenla por dos caños tan gordos como un buey cada uno. Cuando está el uno sucio, échanla por el otro hasta que se ensucia. Desta fuente se bastece la ciudad, y se proveen los estanques y fuentes que hay por muchas casas. Y en canoas van vendiendo de aquella agua, de que pagan ciertos derechos.

Está la ciudad repartida en dos barrios. Al uno llaman Tlatelulco, que quiere decir isleta; y al otro México —donde mora Moteczuma—, que quiere decir manadero, y es el más principal. Por ser mayor barrio, y morar en él los reyes, se quedó la ciudad con este nombre, aunque su propio y antiguo nombre es Tenuchtitlan, que significa fruta de piedra. Ca está compuesto de tetl, que es piedra, y de nuchtli, que es la fruta que en Cuba y Haití lla-

selección de los datos suministrados por el franciscano. Sería conveniente llevar a cabo una confrontación de los dos textos en forma exhaustiva. Como iniciación del trabajo vayan los ejemplos que siguen. Llamo *M* al texto de Motolinía, citando las páginas por la edición de García Pimentel, y *G* al de Gómara, citando las páginas por la edición de la B. A. E.

Del juego de la pelota. *M*, 337. *G*, 342 b.
Los bailes de México. M, 339. G, 343.
Cronología mexicana. *M*, 35-41. G, 429-30.
Cinco soles, que son edades. *M*, 346. *G*, 431.
Origen de los mexicanos. *M*, 9 *ss*. *G*, 432.
La jura y coronación del rey. *M*, 281-84. *G*, 435-36 b.
La caballería del *tecuitli*. M, 286-93. *G*, 435-36 b.
Lo que sienten del ánima. *M*, 246-7. *G*, 436.
Enterramiento de los reyes. *M*, 243-46. *G*, 436 b-437 a.
De cómo queman para enterrar los reyes de Michoacán. *M*, 238-43. *G*, 437.
Los ritos del matrimonio. *M*, 258-62. *G*, 439-40 a.

man tunas. El árbol, o más propiamente cardo, que lleva esta fruta nuchtli, se llama entre los indios de Culhúa mexicanos, nopal. El cual es casi todo hojas, algo redondas, un palmo anchas, un pie largas, un dedo gordas, y dos, o más, o menos, según donde nacen. Tiene muchas espinas dañosas y enconadas. El color de la hoja es verde, el de la espina pardo. Plántase y va creciendo de una hoja en otra, y engordando tanto por el pie, que viene a ser como árbol. Y no solamente produce una hoja por la punta, mas echa también otras por los lados. Mas, pues acá los hay, no hay qué decir. En algunas partes, como de los teuchichimecas, donde es tierra estéril y falta de aguas, beben el zumo destas hojas de nopal. La fruta nuchtli es a manera de higos, que así tiene los granillos, y el hollejo delgado; pero son más largos, y coronados como níspolas. Es de muchos colores. Hay nuchtli verde por defuera, que dentro es encarnada, y sabe bien. Hay nuchtli que es amarilla. Otra que es blanca, y otra que llaman picadilla, por la mezcla que de colores tiene. Buenas son las picadillas, mejores las amarillas, pero las perfetas y sabrosas son las blancas. De las cuales, a su tiempo, hay muchas. Duran mucho. Unas saben a peras, otras a uvas. Son muy frescas, y así las comen en verano por camino y con calor los españoles, que se dan más por ellas que los indios. Cuanto esta fruta es más cultivada es mejor, y así ninguno, si no es muy pobre, come de las que llaman montesinas o magrillas. Hay también otra suerte de nuchtli que es colorada, la cual no es preciada, aunque gustosa. Si algunos las comen, es porque vienen temprano, y las primeras de todas las tunas. No las dexan de comer por ser malas ni desabridas, sino porque tiñen mucho los dedos y labrios, y los vestidos, y es muy mala de quitar la mancha, y sin esto, porque tiñen la orina en tanta manera que parece pura sangre. Muchos españoles nuevos en la tierra han desmayado por comer destos higos colorados, pensando que con la orina se les iba toda la sangre del cuerpo, en que hacían reír a los compañeros. Ansí mesmo han picado muchos médicos recién llegados de acá, viendo las orinas de quien había comido esta fruta colorada. Porque engañados por el color, y no sabiendo el secreto, daban remedios para restañar la sangre del hombre sano, a gran risa de los oyentes y sabidores de la burla.

De aquella fruta nuchtli, y de tetl, que es piedra, se compone el nombre de Tenuchtitlan, y cuando se comenzó a poblar fué cerca de una piedra que estaba dentro de la laguna, de la cual nacía un nopal muy grande, y por eso tiene México por armas y divisa un pie de nopal nacido entre una piedra, que es muy conforme al nombre. También dicen algunos que tuvo esta ciudad nombre de su primer fundador, que fué Tenuch, hijo segundo de Iztacmixcoatl, cuyos hijos y descendientes poblaron, como después diré, esta tierra de Anáuac, que agora se dice Nueva España. Tampoco falta quien piense que se dixo de la grana, que llaman nuchiztli, la cual sale del mesmo cardón nopal y fruta nuchtli, de que toma el nombre. Los españoles la llaman carmesí, por ser color muy subido, y es de mucho precio.

Como quiera, pues, que ello fué, es cierto que el lugar y sitio se llama Tenuchtitlan, y el natural y vecino tenuchca. México, según ya dixe arriba, no es toda la ciudad, sino la media, y un barrio. Aunque bien suelen decir los indios México Tenuchtitlan todo junto, y creo que lo intitulan así

en las provisiones reales. Quiere México decir manadero, o fuente, según la propiedad del vocablo y lengua. Y así dicen que hay al rededor dél muchas fontecillas y ojos de agua, de donde le nombraron los que primero poblaron allí. También afirman otros que se llama México de los primeros fundadores, que se dixeron mexiti, que aun agora se nombran méxica los de aquel barrio y población. Los cuales mexiti tomaron nombre de su principal dios e ídolo, dicho Mexitli, que es el mesmo que Uitzilopuchtli. Primero que se poblase este barrio México, estaba ya poblado el de Tlatelulco, que por comenzarlo en una parte alta y enxuta de la laguna le llamaron así, que quiere decir isleta, y viene de tlatelli, que es isla.

Está México Tenuchtitlan todo cercado de agua dulce, como está en la laguna. No tiene más de tres entradas, por tres calzadas. La una viene de poniente, trecho de media legua. La otra del norte, por espacio de una legua. Hacia levante no hay calzada, sino barcas, para entrar. Al mediodía está la otra calzada, dos leguas larga, por la cual entraron Cortés y sus compañeros, según ya dixe. La laguna en que está México asentada, aunque parece toda una, es dos, y muy diferentes una de otra. Porque la una es de agua salitral, amarga, pestífera, y que no consiente ninguna suerte de peces. Y la otra de agua dulce y buena, y que cría peces, aunque pequeños. La salada crece y mengua, mas según el aire que corre, corre ella. La dulce está más alta, y así cae la agua buena en la mala, y no al revés, como algunos pensaron, por seis o siete ojos bien grandes que tiene la calzada que las ataja por medio, sobre los cuales hay puentes de madera muy gentiles. Tiene cinco leguas de ancho la laguna salada, y ocho o diez de largo, y más de quince de ruedo. Otro tanto terná la dulce en cada cosa. Y así boxará toda la laguna más de treinta leguas; y terná dentro, a la orilla, más de cincuenta pueblos. Y muchos dellos de a cinco mil casas, algunos de a diez mil, y pueblo, que es Tezcuco, tan grande como México.

La agua que se recoge a esto hondo, que llaman laguna, viene de una corona de sierras que están a vista de la ciudad y a la redonda de la laguna. La cual pára en tierra salitral, y por eso es salada, que el suelo y sitio lo causan, y no otra cosa, como piensan muchos. Hácese en ella mucha sal, de que hay gran trato. Andan en estas lagunas docientas mil barquillas, que los naturales llaman acalles, que quiere decir casas de agua. Porque atl es agua y calli casa, de que está el vocablo compuesto. Los españoles las dicen canoas, avezados a la lengua de Cuba y Santo Domingo. Son a manera de artesa, y de una pieza hechas, grandes o chicas según el tronco del árbol. Antes me acorto que alargo en el número de estas acalles, para según lo que otros dicen. Ca en solo México hay ordinariamente cincuenta mil dellas, para acarrear bastimentos y portear gente. Y así las calles están cubiertas dellas. Y muy gran trecho al rededor de la ciudad, especial día de mercado (pp. 346-7).

### *Los mercados de México*

Tianquiztli llaman al mercado. Cada barrio y parrocha tiene su plaza para contratar el mercado. Mas México y Tlatelulco, que son los mayores,

las tienen grandísimas. Especial lo es una dellas, donde se hace mercado los días de la semana, pero de cinco en cinco días es lo ordinario, y creo que la orden y costumbre de todo el reino y tierras de Moteczuma. La plaza es ancha, larga, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta y aun cien mil personas, que andan vendiendo y comprando. Porque como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda comarca, y aun lexos. Y más todos los pueblos de la laguna, a cuya causa hay siempre tantos barcos y tantas personas como digo, y aun más.

Cada oficio y cada mercadería tiene su lugar señalado, que nadie se lo puede quitar ni ocupar, que no es poca policía. Y porque tanta gente y mercaderías no caben en la plaza grande, repártenla por las calles más cerca. Principalmente las cosas engorrosas y de embarazo, como son piedra, madera, cal, ladrillos, adobes, y toda cosa para edificio, tosca y labrada. Esteras finas, groseras y de muchas maneras. Carbón, leña y hornija, loza, y toda suerte de barro, pintado, vidriado y muy lindo, de que hacen todo género de vasijas, desde tinajas hasta saleros. Cueros de venados, crudos y curtidos, con su pelo y sin él, y de muchas colores teñidos, para zapatos, broqueles, rodelas, cueras, aforros de armas de palo. Y con esto tenían cueros de otros animales y aves, con su pluma, adobados y llenos de yerba, unas grandes, otras chicas. Cosa para mirar por las colores y estrañeza.

La más rica mercadería es sal, y mantas de algodón, blancas, negras, y de todas colores, unas grandes, otras pequeñas. Unas para cama, otras para capa, otras para colgar, para bragas, camisas, tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas. También las mantas de hoja de metl, y de palma, y de pelo de conejos, que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilado de pelos de conejo, telas de algodón, hilaza, y madexas blancas y teñidas.

La cosa más de ver es la volatería que viene al mercado. Ca allende que destas aves comen la carne, visten la pluma y cazan a otras con ellas, son tantas que no tienen número, y de tantas raleas y colores que no lo sé decir. Mansas, bravas, de rapiña, de aire, de agua, de tierra.

Lo más lindo de la plaza es las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color. Y son los indios tan oficiales desto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas, tan al propio que parece lo mismo que o está vivo o natural. Y acontéceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma, y mirando a una parte y a otra, al sol, a la sombra, a la vislumbre, por ver si dice mejor a pelo o contrapelo, o al través, de la haz o del envés. Y en fin, no la dexan de las manos hasta ponerla en toda perfición. Tanto sufrimiento pocas naciones lo tienen, mayormente donde hay cólera, como en la nuestra.

El oficio más primo y artificioso es platero. Y así sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y fundidas con fuego. Un plato ochavado, el un cuarto de oro y el otro de plata; no soldado, sino fundido, y en la fundición pegado. Una calderica, que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta. Un pece con una escama de plata y otra de oro, aunque tenga muchas. Vacían un papagayo que se le ande la lengua, que se le

menee la cabeza y las alas. Funden una mona, que juegue pies y cabeza, y tenga en las manos un huso, que parezca que hila, o una manzana, que parezca que come. Esto tuvieron a mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor.

Esmaltan asimesmo, engastan y labran esmeraldas, turquesas, y otras piedras, y agujeran perlas, pero no tan bien como por acá. Pues tornando al mercado, hay en él mucha pluma que vale mucho. Oro, plata, cobre, plomo, latón y estaño; aunque de los tres metales postreros es poco. Perlas y piedras muchas. Mil maneras de conchas, y caracoles, pequeños y grandes. Huesos, chinas, esponjas, y menudencias otras; y cierto que son muchas, y muy diferentes, y para reír, las buxerías, los melindres y dixes de estos indios de México.

Hay que mirar en las yerbas, raíces, hojas y semientes que se venden, así para comida como para medicina. Ca los hombres y mugeres y niños conocen mucho en yerbas, porque con la pobreza y necesidad las buscan para comer y guarecer de sus dolencias, que poco gastan en médicos, aunque los hay, y muchos boticarios, que sacan a la plaza ungüentos, xarabes, aguas y otras cosillas de enfermos. Casi todos sus males curan con yerbas. Que aun hasta para matar los piojos tienen yerba propia y conocida.

Las cosas que para comer venden, no tienen cuento. Pocas cosas vivas dexan de comer. Culebras sin cola ni cabeza. Perrillos que no gañen, castrados y cebados. Topos, lirones, ratones, lombrices, piojos, y aun tierra. Porque con redes de malla muy menuda abarren en cierto tiempo del año una cosa molida, que se cría sobre la agua de las lagunas de México, y se cuaja, que ni es yerba, ni tierra, sino como cieno. Hay dello mucho, y en eras, como quien hace sal, lo vacían; y allí se cuaja y seca. Hácenlo tortas, como ladrillos. Y no sólo las venden en el mercado, mas llévanlas también a otros fuera de la ciudad, y lexos. Comen esto como nosotros el queso, y así tiene un saborcillo de sal, que con chilmolli es sabroso. Y dicen que a este cebo vienen tantas aves a la laguna que muchas veces por invierno la cubren por algunas partes. Venden venados en enteros y a cuartos. Gamas, liebres, conejos, tuzas, que son menores que no ellos. Perros, y otros que gañen con ellos, y que llaman cuzatli. En fin, muchos animales destos así que crían y cazan. Hay tanto del bodegón y casillas de malcocinado, que espanta donde se hunde y gasta tanta comida guisada y por guisar como había en ellas. Carne y pescado asado, cocido en pan, pasteles, tortillas de huevos de diferentísimas aves. No hay número en el mucho pan cocido, y en grano y espiga, que se vende juntamente con habas frisoles y otras muchas legumbres. No se pueden contar las muchas y diferentes frutas de las nuestras, que aquí se venden cada mercado, verdes y secas. Pero la más principal, y que sirve de moneda, son unas como almendras, que ellos llaman cacauatl, y los nuestros cacao, como en las islas Cuba y Haití.

No es de olvidar la mucha cantidad y diferencias que venden de colores que acá tenemos, y de otros muchos y buenos que carecemos, y ellos hacen de hojas, de rosas, flores, frutas, raíces, cortezas, piedras, madera, y otras cosas que no se pueden tener en la memoria. Hay miel de abejas, de centli, que es su trigo, de metl, y otros árboles y cosas, que vale más que

arrope. Hay aceite de chían, simiente que unos la comparan a mostaza y otros a zaragatona, en que untan las pinturas, porque no las dañe el agua. También lo hacen de otras cosas. Guisan con él y untan, aunque más usan manteca, saín y sebo. Las muchas maneras que de vino venden y hacen, en otro cabo se dirán.

No acabaría si hubiese de contar todas las cosas que tienen para vender, y los oficiales que hay en el mercado, como son estuferos, barberos, cuchilleros, y otros, que muchos piensan que no los había entre estos hombres de nueva manera. Todas estas cosas que digo, y muchas que no sé, y otras que callo, se venden en cada mercado déstos de México. Los que venden, pagan algo del asiento al rey, o por alcabala, o porque los guarden de ladrones; y así andan siempre por la plaza, y entre la gente, unos como alguaciles. Y en una casa que todos los veen, están doce hombres ancianos, como en judicatura, librando pleitos. La venta y compra es trocando una cosa por otra. Este da un gallipavo por un haze de maíz. El otro da mantas por sal, o a dinero, que es almendras de cacauatl, y que corre por tal por toda la tierra. Y desta guisa pasa la baratería. Tienen cuenta, porque por una manta o gallina dan tantos cacaos. Tienen medida de cuerda para cosas como centli y pluma, y de barro para otras como miel y vino. Si las falsan, penan al falsario, y quiebran las medidas (pp. 347-9).

Bien se nota en esta descripción tan bella la presencia del espíritu de Cortés. El reconocimiento de la alta calidad de las manifestaciones artísticas de los indios, del elevado nivel de vida que supone la variedad de sus oficios, del orden y disciplina que entre ellos reina, toda la nota de elogio, de admiración que se mantiene en las líneas que acabamos de reproducir es de inspiración cortesiana. Y esto mismo se aprecia en los capítulos dedicados a la descripción del género de vida de Moctezuma, de la majestad y pompa de su corte, del inmenso poderío del monarca azteca, de las diversiones y juegos, bailes y cacerías. Es un cuadro magnífico el que Gómara descubre ante nuestros ojos, sin un asomo de ironía, cosa rara en él. "Tanto fué el estado y casa de Moteczuma, su corte tan grande, tan generosa, tan noble" (p. 345 b) —nos dice—. ¿Es que hay un cambio en Gómara, un aumento de su comprensión para con los vencidos? Nada de eso. Hay la inspiración de Cortés, que Gómara sigue dócilmente en este caso porque ello favorece sus propósitos. Por igual razón que señala los vicios de los indígenas para mejor destacar el mérito de su conversión, subraya complaciente la grandeza del poderío azteca, a fin de despertar en el ánimo del lector la admiración por Cortés, conquistador de tan fuerte estado con tan escasos medios. La prueba es que pasa sin transición de describirnos el esplendor de México y de Moctezuma al relato de la prisión del monarca azteca. Logra así conseguir un efecto altamente dramático. Darnos de un golpe la visión de todo el inmenso poderío que viene a parar a manos de Cortés.

La obra de Gómara es, como vemos, modelo acabado de elaboración biográfica.

Fijados ya los puntos de vista que Gómara tiene sobre Cortés, el carácter de su empresa, y la índole del país conquistado, analicemos ahora el relato de la conquista en sus aspectos más esenciales.

Hemos dicho ya que Gómara destaca la magnificencia y el poderío de Moctezuma. Veamos cómo describe la conducta del soberano ante la invasión de los españoles. Una vez más emplea su técnica del claroscuro. Toda la indecisión, todas las fluctuaciones de Moctezuma le sirven a Gómara para mejor resaltar la firme voluntad de Cortés de marchar sobre México. Así lo vemos desde las primeras entrevistas, cuando Teudilli, el gobernador vasallo de Moctezuma, trata de evitar que Cortés vaya a la capital.

Y que pensar de ir adonde él [Moctezuma] estaba era muy difícil y trabajosísimo, ansí por las muchas y ásperas sierras que había en el camino, como por los despoblados grandes y estériles que tenía de pasar. Donde forzado le era padecer hambre, sed y otras necesidades déstas. Y allende de esto, mucha parte de la tierra por do había de pasar era de enemigos suyos, gente cruel y mala, que lo matarían sabiendo que iba como su amigo.

Todos estos inconvinientes o escusas le ponía Moteczuma y su gobernador a Cortés, para que no fuese adelante con su gente, pensando engañarle así, y estorballe el viaje, y espantalle con tales y tantas dificultades y peligros, o esperando algún mal tiempo para la flota que le constriñese a irse de allí. Pero cuanto más le contradecían, más gana le ponían de ver a Moteczuma, que tan gran rey era en aquella tierra, y descobrir por entero la riqueza que imaginaba.

Y así como recibió el presente y respuesta, dió a Teudilli un vestido entero de su persona, y otras muchas cosas de las mejores que llevaba para rescatar, que enviase al señor Moteczuma, de cuya liberalidad y magnificencia tan grandes loores le decía. Y díxole que aun por solamente ver un tan bueno y poderoso rey, era justo ir a do estaba. Cuanto más que le era forzado por hacer la embaxada que llevaba del emperador de cristianos, que era el mayor rey del mundo. Y, si no iba, no hacía bien su oficio ni lo que era obligado a ley de bondad y caballería. E incurriría en desgracia y odio de su rey y señor. Por tanto, que le rogaba mucho avisase de nuevo esta determinación que tenía, porque supiese Moteczuma que no la mudaría por aquellos inconvenientes que le ponían, ni por otros muy mayores que le pudiesen recrecer. Que quien venía por agua dos mil leguas, bien podía ir por tierra setenta (pp. 313-4).

Este tono y actitud los mantiene Cortés siempre, manifestándolos cada vez que habla con emisarios y gobernadores de Moctezuma, cuando éstos le encarecen el poderío de su señor. Así le ocurre con Olintlec, señor de

Zaclotan, quien le dice de Moctezuma "que era señor del mundo. Que tenía treinta vasallos con cada cien mil combatientes. Que sacrificaba veinte mil personas cada año. Que residía en la más linda y fuerte ciudad de todo lo poblado. Que su casa y corte era grandísima, noble, generosa. Su riqueza, increíble. Su gasto, excesivo" (p. 326 a). Cortés se crece con estos informes, en vez de amilanarse.

Nunca Cortés hasta aquí había entendido tan entera y particularmente la riqueza y poderío de Moteczuma. Y aunque se le representaban delante muchos inconvinientes, dificultades, temores y cosas otras en su ida a México, oyendo aquello que a muchos valientes por ventura desmayara, no mostró punto de cobardía. Sino que cuantas más maravillas le decían de aquel gran señor, tanto mayores espuelas le ponían de ir a verlo (p. 326 a-b).

En la entrevista con Olintlec se plantea claramente la pugna entre las dos potencias que había de dar por resultado el aniquilamiento de una de ellas.

Cortés les habló con sus farautes, que eran Marina y Aguilar, y les dixo la causa de su ida por aquellas partes, y lo demás que a los de hasta allí decía siempre, y al cabo le preguntó si conocía o reconocía a Moteczuma. El, como maravillado de la pregunta, respondió: "¿Pues quién hay que no sea esclavo o vasallo de Moteczumacin?" Entonces Cortés le dixo quién era el emperador, rey de España. Y le rogó que fuese su amigo, y servidor de aquel tan grandísimo rey que le decía (p. 326 a).

Con esta sobriedad se plantea el contraste de dos mundos, el de Olintlec y el de Cortés. Y frente a la decisión de este último se estrellan ruegos y amenazas.

En aquel tiempo [durante la estancia en Cholula] le hablaron no sé cuantas veces aquellos embaxadores de Moteczuma para estorbarle la ida a México. Unas veces diciendo que no fuese allá, que el gran señor se moriría de miedo si le viese, otras que no había camino para ir, otras que a qué iba, pues no tenía de qué mantenerse. Y aun también, como viesen que a todo esto les satisfacía con buenas palabras y razones, echáronle de manga a los del pueblo, que le dixesen cómo do Moteczuma estaba había lagartos, tigres, leones y otras muy bravas fieras. Que siempre que el señor las soltase bastaban para despedazar y comerse los españoles, que eran poquitos (p. 336 a-b).

Tan poquitos eran los españoles, y tan grande la fuerza de los mexicanos, que Gómara tiene que reconocer que si Cortés llega a la capital es porque Moctezuma lo permite.

Quería Moteczuma al principio hacer con Cortés que no fuese a México, poniéndole muchos temores y espantos. Ca pensaba que temería los

peligros del camino, la fortaleza de México, la muchedumbre de hombres, y su voluntad, que era más fuerte cosa, pues cuantos señores había en aquella tierra le temían y obedecían; y para esto tuvo gran negociación. Mas viendo que no aprovechaba, lo quiso vencer con dádivas, pues pidía y tomaba oro. Empero, como siempre porfiaba a verle y llegar a México, preguntó al diablo lo que hacer debía sobre tal caso, después de haber tomado consejo con sus capitanes y sacerdotes. Ca no le pareció de hacerle guerra, que le sería deshonra tomarse con tan pocos estrangeros, y que decían ser embaxadores, y por no incitar la gente contra sí, que es lo más cierto. Pues estaba claro que luego serían con él los otomíes y tlaxcaltecas y otras muchas gentes, para destruir los mexicanos. Así que se declaró a dexarlo entrar en México llanamente, creyendo poder hacer de los españoles, que tan pocos eran, lo que quisiese, y almorzárselos una mañana si lo enojasen (pp. 338-9).

Llega, por fin, Cortés a México. Como vamos viendo, Gómara saca todo el partido posible de la palabra para narrar este tema obsesionante de la marcha de los españoles sobre la capital azteca, que como nube negra llega a oscurecer todo el horizonte del perplejo Moctezuma, atormentado entre las predicciones de sus sacerdotes y los consejos de sus capitanes. Sería aquí preciso recurrir a la música, a la grandiosidad de un poema sinfónico que está por escribir. Llega Cortés a México, y los términos en que Gómara narra su encuentro con Moctezuma son análogos a los de las cartas de relación del conquistador. No hay en el cronista una palabra de condenación para la actitud sumisa del soberano hasta que relata cómo se deja poner grillos durante la ejecución de Qualpopoca.

Hombre sin corazón y de poco debía ser Moteczuma, pues se dexó prender, y preso nunca procuró soltura, convidándole con ella Cortés, y rogándoselo los suyos. Y siendo tal, era tan obedecido que nadie osaba en México enojar a los españoles por no enojarle (p. 354 a).

No sólo evita Gómara el reproche, sino que hay en él como un deseo de justificar la actitud del soberano, pues si menciona su apocamiento, también hace constar el gran amor que sentía por los españoles. "La poquedad de Moteczuma, o amor que a Cortés y a los otros españoles tenía, causaba que los suyos no solamente murmurasen, pero que tramasen novedades y rebelión" (p. 355 a-b). Vemos, pues, que Gómara nos pinta ahora un Moctezuma totalmente entregado a los españoles, que se declara vasallo del Emperador "de su albedrío o por el de Cortés" (p. 356 a), en un discurso que ya conocemos por las cartas de relación. A Gómara, como le ocurría a Oviedo, se le hace difícil comprender la actitud de Moctezuma, y la explica por la sumisión en que el monarca se encontraba ante predicciones sobrenaturales.

Y Moteczuma primero, y luego tras él todos, se dieron por vasallos del rey de Castilla, y prometieron lealtad, y así se tomó por testimonio con escribano y testigos. Y cada cual se fué a su casa con el corazón que Dios sabe y vosotros podéis pensar.

Fué cosa harto de ver, llorar Moteczuma, y tantos señores y caballeros, y ver cómo se mataba cada uno por lo que pasaba. Mas no pudieron ál hacer, así porque Moteczuma lo quería y mandaba, como porque tenían prognósticos y señales, según que los sacerdotes publicaban, de la venida de gente estrangera, blanca, barbuda y oriental, a señorear a aquella tierra. Y también porque entre ellos se platicaba que en Moteczuma se acababa, no solamente el linaje de los de Culhúa, mas también el señorío. Y por eso decían algunos no fuera él, ni se llamara Moteczuma, que significa "enojado por su desdicha".

Dicen también que el mesmo Moteczuma tenía del oráculo de sus dioses respuesta muchas veces que se acabarían en él los emperadores mexicanos, y que no le sucedería en el reino hijo ninguno suyo, y que perdería la silla a los ocho años de su reinado, y que por esto nunca quiso hacer guerra a los españoles, creyendo que le habían ellos de suceder. Bien que por otro cabo lo tenía por burla, pues había más de decisiete años que era rey.

Fuese, pues, por esto, o por la voluntad de Dios, que da y quita los reinos, Moteczuma hizo aquello, y amaba mucho a Cortés y españoles, y no sabía enojarlos. Cortés dió a Moteczuma las gracias cuan más cumplidamente pudo de parte del Emperador y suya, y consolólo, que quedó triste de la plática, y prometió que siempre sería rey y señor, y mandaría como hasta allí y mejor, y no sólo en sus reinos, mas aun también en los que él más ganase y atrayese al servicio del Emperador (p. 356 b).

No cabe más sumisión en Moctezuma. El propio Cortés tiene que consolarlo; pero en los párrafos citados puede observarse ya que Gómara subraya un factor esencial, al que para nada se aludía en las cartas de relación: el que Moctezuma, en su acatamiento, en su entrega total a los españoles, estaba en desacuerdo con su pueblo. Ya vimos antes, al hablar de la actuación de Cortés, que Gómara nos lo presenta a él y a los suyos llenos de desconfianza y de recelos desde el momento mismo de su entrada en la capital azteca, y que esta desconfianza es el motivo de la prisión de Moctezuma. Si en las cartas de relación Cortés exteriorizaba su seguridad, parecía creer coronada su obra con la llegada a México, en el relato de Gómara, que conocía lo ocurrido más tarde —la tremenda derrota de los españoles—, ha desaparecido ya el Cortés confiado que no cuenta con la resistencia de los naturales.

Así pues, nada hay aquí del cambio brusco de actitud que apreciábamos en la correspondencia del conquistador, y toda su conducta aparece inspirada en el recelo, en las dificultades que ha de seguir venciendo incluso después de su entrada en la capital y de la prisión del soberano. Para Cor-

tés estas dificultades parecían inexistentes; para Gómara son ellas las que ocupan el primer plano. La propia prisión de Moctezuma, que las cartas nos relataban como una acción sencilla, se presenta en Gómara con todos sus riesgos, como un hecho que había inspirado temor al propio Cortés.

La ocasión o achaque que para ello tuvo fué la muerte de nueve españoles que Qualpopoca mató, y la osadía, haber escrito al Emperador que lo prendería, y querer apoderarse de México y de su imperio. Tomó, pues, las cartas de Pedro de Hircio, que contaban la culpa de Qualpopoca en la muerte de los nueve españoles, para las mostrar a Moteczuma. Leyólas, y metióselas en la faldriquera, y paseóse un gran rato solo, y cuidadoso de aquel gran hecho que emprendía, y que aun a él mesmo le parecía temerario, pero necesario para su intento (p. 351 a).

En el comentario de Gómara se aprecia la importancia que concede a la prisión.

Nunca griego ni romano, ni de otra nación después que hay reyes, hizo cosa igual que Fernando Cortés en prender a Moctezuma, rey poderosísimo, en su propia casa, en lugar fortísimo, entre infinidad de gente, no teniendo sino cuatrocientos y cincuenta compañeros (p. 351 b).

También nos habla Gómara de unos informes de los traxcaltecas a los españoles —que para nada se mencionaban en las cartas de relación—, según los cuales los mexicanos estaban dispuestos a sublevarse.

Otro día por la mañana vinieron a él ciertos españoles con muchos indios de Tlaxcallan, a decirle cómo los de la ciudad tramaban de los matar, y querían quebrar los puentes de las calzadas para mejor hacerlo. Así que con estas nuevas, falsas o verdaderas... (p. 351 a).

Desconfianza y temor por todas partes. Pero hay más. La prisión de Moctezuma, en vez de apaciguar, exacerba los ánimos de los mexicanos, dispuestos a la rebeldía. El que primero exterioriza valientemente esta actitud es Cacama, señor de Tezcuco, a quien las cartas de Cortés no concedían atención mayor, y que ahora vemos convertido en muy seria amenaza para los españoles. "Cacamacín, señor de Tezcuco, mancebo feroz de ánimo y honra, el cual sintió mucho la prisión del tío" (p. 355 b), se pone a la cabeza de los descontentos "y publica que quiere ir a sacar de captiverio a Moteczuma, y a echar de la tierra a los españoles, o matarlos y comérselos" (*ibid.*). A Cortés, que quiere reducirlo amistosamente, le contesta "que no tenía él amistad con quien le quitaba la honra y reino. Y que la guerra que hacer quería era en provecho de sus vasallos, y defensa de sus tierras y religión. Y primero que dexase las armas, vengaría a su tío y a sus dioses. Y que él no sabía quien era el rey de los españoles, ni lo quería

oír, cuanto más saber" (*ibid.*). Es el propio Moctezuma quien interviene para aplacar a su sobrino, y éste le replica con no menos energía que a Cortés.

Cacama le respondió muy agramente, diciendo que si él tuviera sangre en el ojo, ni estaría preso, ni cativo de cuatro estrangeros, que con sus buenas palabras le tenían hechizado, y usurpado el reino. Ni la religión mexicana y dioses de Culhúa abatidos y hollados de pies de salteadores y embaidores. Ni la gloria y fama de sus antepasados infamada y perdida por su cobardía y apocamiento (*ibid.*).

Para nada oculta Gómara el gran peligro que corrieron los españoles debido a esta actitud tan gallarda de Cacama.

En grandísimo peligro estaban los nuestros, así de perder a México como las vidas, si no se atajara esta guerra y motín. Porque Cacama era animoso, guerrero, porfiado, y tenía mucha y buena gente de guerra, y porque también andaban en México ganosos de revuelta para cobrar a Moteczuma y matar los españoles, o echarlos de la ciudad (*ibid.*).

Es Moctezuma mismo quien salva a los españoles haciendo prender a su sobrino. Y Gómara convierte en elogio de Cortés lo que debiera ser censura del monarca azteca.

Desta manera se remedió aquel peligro, mas si hubiera muchos Cacamas, no sé cómo fuera. Y Cortés hacía reyes, y mandaba con tanta autoridad como si ya hubiera ganado el imperio mexicano. Y, a la verdad, siempre tuvo esto desde que entró en la tierra. Ca luego se le encaxó que había de ganar a México y señorear el estado de Moteczuma (p. 356 a).

"Mas si hubiera muchos Cacamas, no sé cómo fuera", acaba de decirnos Gómara. La realidad es que los había. Y que su opinión llegó a pesar tanto en el ánimo de Moctezuma que le hizo cambiar de parecer. Seguimos encontrando diferencias esenciales entre el relato de Gómara y el de las cartas de relación, pues nuestro cronista da como muy seriamente amenazada la empresa de Cortés ya antes de que llegase Narváez. Nótese la cautela con que nos explica el cambio de Moctezuma, cómo se escuda con el "como algunos quieren", "por estas causas, pues, o por ventura por otras que no sabemos". Cortés, según Gómara, fracasa en su empresa

porque Moteczuma volvió la hoja, o a lo menos quiso, y porque vino Pánfilo de Narváez contra él, y porque tras esto le echaron los indios de México. Todas estas tres cosas, que son muy notables, contaremos por su orden.

La vuelta de Moteczuma, como algunos quieren, fué decir a Cortés

que se fuese de su tierra, si quería que no le matasen con los demás españoles.

Tres razones, o causas, le movieron a ello. De las cuales las dos eran públicas. Una fué el combate grande y continuado que los suyos siempre le daban a que saliese de prisión, y echase de allí los españoles, o los matase, diciendo cómo era muy grande afrenta y mengua suya y de todos ellos estar así preso y abatido. Y que los mandasen a coces aquellos poquitos estranjeros, que les quitaban la honra y robaban la hacienda, cohechando todo el oro y riqueza de los pueblos y señores para sí y para su rey, que debía ser pobre. Y que si él quería, bien; si no, aunque no quisiese. Que pues no quería ser su señor, tampoco ellos sus vasallos; y que no esperase mejor fin que Qualpopoca y Cacama, su sobrino, aunque mejores palabras y halagos le hiciesen.

Otra fué que el diablo, como se le aparecía, puso muchas veces en corazón a Moteczuma que matase los españoles, o los echase de allí, diciendo que, si no lo hacía, se iría, y no le hablaría más. Por cuanto le atormentaban y daban enojo las misas, el evangelio, la cruz y el bautismo de los cristianos. El le decía que no era bueno matarlos, siendo sus amigos y hombres de bien; pero que les rogaría que se fuesen, y, cuando no quisiesen, que entonces los mataría. A esto replicó el diablo que lo hiciese así, y que le haría grandísimo placer. Que o se tenía de ir él o los españoles, pues sembraban la fe cristiana, muy contraria religión a la suya, ca no se compadecían juntas entrambas.

La tercera razón, y que no se publicaba, era, según sospecha de muchos, que como son los hombres mudables, y nunca permanecen en un ser y voluntad, así Moteczuma se arrepintió de lo que había hecho, y le pesaba de la prisión de Cacamacín, que algún tiempo quiso mucho, y que a falta de sus hijos le había de heredar, y porque conocía ser como le decían los suyos. Y porque le dixo el diablo que no podía hacer mayor servicio, ni sacrificio más acepto a los dioses, que matar y echar de su tierra los cristianos. Y echándolos, que ni se acabaría en él la casta de los reyes de Culhúa, antes se alargaría, ni dexarían de reinar sus hijos tras él. Y que no creyese en agüeros, pues era ya pasado el octavo año, y andaba en el deciocheno de su reinado.

Por estas causas, pues, o por ventura por otras que no sabemos, Moteczuma apercibió cien mil hombres, tan secretamente que Cortés no lo supo, para que, si los españoles no se fuesen diciéndoselo, los prendiesen y matasen (p. 357 b).

Es evidentemente turbia la actitud de Moctezuma, y ello se refleja en el relato de Gómara; pero encontramos en él un deseo de resaltar las dificultades con que Cortés luchaba, a fin de preparar el ánimo del lector y que no le sorprenda la catástrofe que luego se produce. ¿Podía realmente Moctezuma apercibir a sus guerreros sin que Cortés lo supiera, estando, como estaba, el soberano con una guardia de españoles, algunos de los cuales entendían su lengua? Lo que sí parece cierto —y Gómara lo relata

con las mismas palabras de Oviedo— es que Moctezuma llamó a Cortés para rogarle que él y los suyos se fuesen de la ciudad y de su tierra. Cortés le responde que lo hará en cuanto disponga de navíos, y ordena que se construyan. ¿Creyó el conquistador que este ruego de Moctezuma era una fluctuación más del soberano, a las que tan acostumbrado estaba, y por ello no lo mencionó en sus cartas?

Gómara nos describe un aumento continuo de recelo y tensión que nada contribuye a disipar la llegada ante Veracruz de unos navíos. "Temió Moteczuma de que lo supo, y llamó a Cortés, que no temía menos, recelándose siempre de algún furor del pueblo y antojo del rey" (p. 358 a). "Más que nadie piensa dió que pensar esta nueva y grande armada a Cortés antes que supiese cúya era" (p. 359 b). Moctezuma aprovecha la ocasión, y se apresura a decirle a Cortés que ya dispone de naves para irse. E incluso nos dice Gómara que celebra consejo con sus capitanes para ver si convendría deshacerse de los españoles que estaban en México antes de que llegasen los presuntos refuerzos, o esperar a tenerlos todos reunidos.

> A Moteczuma le pesaba, según dicen, aunque no lo mostraba, y un su capitán, viendo esto, le aconsejaba que matase los españoles de Cortés, pues eran pocos, y así ternía menos que matar en los que venían, y no dexase juntar unos con otros. Y porque aquéllos no osarían llegar, muertos éstos. Con esto llamó Moteczuma a consejo muchos señores y capitanes. Propuso el caso, y el parecer de aquel capitán. Diversos votos hubo en ello. Pero al cabo concluyóse que dexasen llegar a los españoles que venían, pensando que cuantos más moros más ganancia. Y que así matarían más, y a todos juntos, diciendo que si mataban los que estaban en la ciudad se tornarían los otros a las naos, y no podrían hacer el sacrificio dellos que sus dioses querían. Con esta determinación pasaba Moteczuma cada día con quinientos caballeros y señores a ver a Cortés, y mandaba servir y regalar a los españoles mejor que hasta entonces, pues había de durar poco (p. 358 b).

Vemos que no era tan malo como se ha dicho el sistema de Oviedo al dar por separado las distintas versiones de un mismo hecho; pues Gómara, a quien conviene interpolar estas noticias en el relato de Cortés, que para nada las menciona, incurre así en contradicciones. No somos nosotros quienes vamos a tratar de resolverlas. Aunque no fuese cierto que Moctezuma había tomado una serie de medidas para deshacerse de los españoles sin que Cortés lo supiera, lo cual, a la verdad, deja muy malparados a los encargados de su custodia, el solo hecho de la conversación del monarca con el conquistador para rogarle que él y los suyos abandonaran el país, convierte en imprudencia la decisión de Cortés —una vez que sabe que la

gente de los barcos viene contra él— de dividir sus fuerzas, dejando una parte de ellas en México. Realmente la situación de los españoles no tenía salida. Y pronto iban a experimentarlo a costa de sus vidas.

Como era de esperar, no encontramos grandes novedades en el relato de la expedición de Narváez, de las causas que la originan, y de la derrota que sufre el presuntuoso e imprudente capitán. Una vez más, Gómara contrasta conductas.

Mucha templanza tuvo aquí Cortés, que aun de palabra no injurió a ninguno de los presos y rendidos. Ni a Narváez, que tanto mal había dicho dél, estando muchos de los suyos con ganas de vengarse. Y Pedro de Maluenda, criado de Diego Velázquez, que venía por mayordomo de Narváez, recogió y guardó los navíos y toda la ropa y hacienda de entrambos, sin que Cortés se lo impidiese. ¿Cuánta ventaja hace un hombre a otro? ¿Qué hizo, dixo, pensó, cada capitán destos dos? Pocas veces, o nunca, por ventura, tan pocos vencieron a tantos de una mesma nación. Especial estando los muchos en lugar fuerte, descansados y bien armados (p. 362 b).

Lo peor es que de nada le sirve a Cortés la victoria. En su ausencia se sublevan los mexicanos. Tiene que volver a marchas forzadas a la capital. Gómara examina con serenidad las causas de la rebelión, justificando la actitud de los mexicanos, contra lo que podría esperarse de un hombre que, según hemos visto, no siente por ellos simpatía. Culpa sin ambages de lo ocurrido a Pedro de Alvarado —a diferencia de las cartas de relación, que echaban toda la culpa a Narváez por haber soliviantado a los indios contra Cortés—, y dice que si el conquistador no los castigó a él y a sus hombres fué porque necesitaba de toda la gente en momentos tan difíciles.

Cortés quiso por entero saber la causa del levantamiento de los indios mexicanos. Preguntólo a todos juntos. Unos decían que por lo que Narváez les enviara a decir. Otros que por echarlos de México, para que se fuesen, como estaba concertado, en teniendo navíos, pues peleando les voceaban: "¡Ios, íos de aquí!" Otros, que por libertar a Moteczuma, que en los combates decían: "¡Soltad nuestro dios y rey, si no queréis ser muertos!" Quién decía que por robarles el oro, plata y joyas que tenían, y que valían más de setecientos mil ducados, pues oían a los que llegaban cerca: "¡Aquí dexaréis el oro que nos habéis tomado!" Quién, que por no ver allí a los tlaxcaltecas y otros que sus enemigos mortales eran. Muchos, en fin, creían que por haberles derribado los ídolos de sus dioses, y por decírselo el diablo.

Cada cual destas causas era bastante a que se rebelasen, cuanto más todas juntas. Pero la principal fué porque, pocos días después de ido Cortés a Narváez, vino cierta fiesta solene que los mexicanos celebraban. Y quisiéronla celebrar como solían, y para ello pidieron licencia a Pedro de Alvarado, que

quedó alcaide y teniente por Cortés, porque no pensase, a lo que ellos decían, que se juntaban para matar españoles. Alvarado se la dió, con tal que en el sacrificio no interviniese muerte de hombres, ni llevasen armas.

Juntáronse más de seiscientos caballeros y principales personas, y aun algunos señores, en el templo mayor. Otros dicen más de mil. Hicieron grandísimo ruido aquella noche con atabales, caracoles, cornetas, huesos hendidos, con que silban muy recio. Hicieron su fiesta, y desnudos, empero cubiertos de piedras, collares, cintas, brazaletes, y otras muchas joyas de oro, plata y aljófar, y con muy ricos penachos en las cabezas, bailaron el baile que llaman mazeualiztli, que quiere decir "merecimiento con trabajo". Y así dicen mazauali por labrador. Este baile es como el netoteliztli que dixe. Ca ponen esteras en los patios de los templos, y encima dellos los atabales. Danzan en corro trabados de las manos, y por rengleras. Bailan al son de los que cantan, y responden bailando. Los cantares son santos y no profanos, en alabanza del dios cúya es la fiesta, porque les dé agua o grano, salud, vitoria, o porque les dió paz, hijos, sanidad y otras cosas así. Y dicen los pláticos desta lengua y ritos ceremoniales que cuando bailan ansí en los templos, que hacen otras muy diferentes mudanzas que el netoteliztli, ansí con la voz, como con meneos del cuerpo, cabeza, brazos y pies, en que manifestaban sus conceptos malos o buenos, sucios o loables. A este baile llaman españoles areito, que es vocablo de las islas de Cuba y Santo Domingo.

Estando, pues, bailando aquellos caballeros mexicanos en el patio del templo de Uitzilopuchtli, fué allá Pedro de Alvarado. Si fué de su cabeza, o por acuerdo de todos, no lo sabría decir, más de que unos dicen que fué avisado que aquellos indios, como principales de la ciudad, se habían juntado allí a concertar el motín y rebelión que después hicieron. Otros, que al principio fueron a verlos bailar baile tan loado y famoso. Y viéndolos tan ricos, que se acodiciaron al oro que traían a cuestas, y así tomó las puertas con cada diez o doce españoles, y entró él dentro con más de cincuenta. Y sin duelo ni piedad cristiana, los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima. Cortés, aunque le debió pesar, disimuló por no enojar a los que lo hicieron. Ca estaba en tiempo que los había bien menester, o para contra los indios, o porque no hubiese novedad entre los suyos (pp. 363-4).

La vuelta de Cortés nada resuelve ya en una situación que, según Gómara nos ha dicho, venía gestándose desde hacía mucho tiempo. Una vez más Moctezuma se pone de parte de los españoles, y muere víctima de su papel de imposible conciliador. Gómara le dedica una breve semblanza, en la que se plantea con claridad el enigma de la figura del soberano azteca: "a mi parecer fué muy sabio, pues pasaba por las cosas así, o muy necio, que no las sentía". El cronista duda, como lo hace siempre que no se trata de su héroe; pero apreciamos en su semblanza del monarca muerto una nota de ternura y respeto, inspirada, evidentemente, por Cortés:

Desta manera murió Moteczumacín, que de los indios era por dios te-

nido, y que tan gran rey como dicho es, era. Pidió el bautismo (según dicen) por carnestoliendas, y no se lo dieron entonces por dárselo la pascua con la solenidad que requería tan alto sacramento y tan poderoso príncipe, aunque mejor fuera no alargarlo. Mas como vino primero Pánfilo de Narváez, no se pudo hacer, y después de herido olvidóse con la prisa del pelear.

Afirman que nunca Moteczuma, aunque de muchos fué requerido, consintió en muerte de español, ni en daño de Cortés, a quien mucho amaba. También hay quien lo contrario diga. Todos dan buenas razones, mas empero no pudieron saber la verdad nuestros españoles, porque ni entonces entendían el lenguaje ni después hallaron vivo a ninguno con quien Moteczuma hubiese comunicado esta puridad. Una cosa sé decir, que nunca dixo mal de españoles, que no poco enojo y descontento era para los suyos.

Dicen los indios que fué el mejor de su linaje, y el mayor rey de México. Y es gran cosa que cuando los reinos más florecen, y más encumbrados están, entonces se caen y pierden, o truecan señor, según historias cuentan, y como lo habemos visto en este Moteczuma y en Atabaliba.

Más perdieron nuestros españoles con la muerte de Moteczuma que los indios, si bien consideráredes las muertes y destrozo que luego se siguió a los unos, y el contentamiento y descanso de los otros. Ca muerto él, se quedaron en sus casas y tomaron nuevo rey.

Fué Moteczuma reglado en el comer, no vicioso, como otros indios, aunque tenía muchas mugeres. Fué dadivoso, y muy franco con los españoles, y creo que también con los suyos. Ca si fuera por arte, y no por natura, fácilmente se le conociera el dar en el semblante. Que los que dan de mala gana mucho descubren el corazón. Cuentan que fué sabio. A mi parecer fué muy sabio, pues pasaba por las cosas así, o muy necio, que no las sentía. Fué tan religioso como belicoso, aunque tuvo muchas guerras en que se halló presente. Dicen que venció nueve batallas, y otros nueve campos en desafío uno a uno. Reinó decisiete años y algunos meses (pp. 365-6).

Al relatar los episodios de la lucha, que sigue con más violencia después de muerto Moctezuma, Gómara destaca bien el valor de los aztecas. Así nos dice que en el asalto al gran templo "murieron todos quinientos indios como valientes hombres. Y si tuvieran armas iguales, más mataran que murieran, según el lugar y corazón tenían" (p. 366 b). Tan violentos y repetidos son los ataques de los mexicanos, que los españoles se ven forzados a salir de la ciudad. En este momento de fracaso para su héroe, Gómara tiene buen cuidado de acordarse de sus compañeros, cosa que nunca hace en las situaciones afortunadas.

Cortés, viendo perdido el negocio, habló a los españoles para que se fuesen, y todos ellos holgaron mucho de oírlo: ca no había ninguno que herido no fuese. Tenían miedo de morir, aunque ánimo para morir, por-

que eran tantos indios que aunque no hicieran sino degollarlos como a carneros, no bastaban. No tenían tanto pan que se osasen hartar. No tenían pólvora, ni pelotas, ni almacén ninguno. Estaba aportillada la casa, que no pocos se ocupaban en la guardar. Todas eran bastantes estas causas para desamparar a México, y amparar sus vidas. Aunque por otra parte les parecía mal caso volver la cara al enemigo, que las piedras se levantan contra el que huye. Especialmente temían el pasar los ojos de la calzada por do entraron, que tenían quitadas las puentes. Así que por un cabo los cercaban duelos, y por otro quebrantos (p. 367 b).

Esta alusión a los compañeros de Cortés no sólo tiene por objeto justificar la decisión del conquistador, apoyándola en el deseo unánime de sus hombres, sino también salir al paso de afirmaciones como la de Juan Cano —recogida por Oviedo—, según el cual una parte de los españoles se había puesto de acuerdo para huir, dejando a los demás en poder de los indios. Gómara, naturalmente, rechaza esta versión, que le parece absurda.

Esto es muy de creer, que todos se concertasen, y no lo que algunos dicen, que Cortés se partió los cencerros atapados, y que se quedaron más de docientos españoles en el mesmo patio y real sin saber de la partida; a quien después mataron, sacrificaron, y comieron los de México. Pues de la ciudad no se podiera salir, cuanto más de la mesma casa. Cortés dice que se lo requirieron (*ibid.*).

De hecho Gómara no trata en modo alguno de velar la magnitud del desastre. El título mismo del capítulo en que lo relata es bien significativo: "Cómo huyó Cortés de México." Incluso da unas cifras más elevadas de pérdidas que las consignadas en las cartas de relación. Narra sobriamente lo ocurrido en la triste noche del 30 de junio de 1520, y pone un breve comentario al llanto de Cortés.

Cortés a esto se paró, y aun se sentó, y no a descansar, sino a hacer duelo sobre los muertos, y que vivos quedaban; y a pensar y decir el baque que la fortuna le daba con perder tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan gran ciudad y reino; y no solamente lloraba la desventura presente, mas temía la venidera, por estar todos heridos, por no saber adónde ir, por no tener cierta la guarida y amistad en Tlaxcallan. ¿Y quién no llorara viendo la muerte y estrago de aquéllos que con tanto triunfo, pompa y regocijo entrado habían? (p. 368 a-b).

En último término, tal como ha sido llevado el relato por Gómara, nos encontramos ahora con un simple percance militar dentro de una serie de operaciones victoriosas, cuya narración se reanuda sin dificultad. No hay en nuestro cronista nada de aquel viraje brusco que hemos apreciado en las cartas de Cortés, de aquel cambio radical en el carácter de su empresa que separa tan hondamente la primera de la segunda marcha sobre México.

Gómara le ha dado al relato de la conquista un tono marcial desde el primer momento, borrando el aspecto de empresa pacífica con que nos lo mostraban en su primera etapa las cartas de relación, y, por otra parte, ha destacado la resistencia indígena en forma tal, que nada puede sorprender al lector lo ocurrido en la Noche triste. Cortés y los suyos tienen que replegarse en condiciones desastrosas para poder lanzarse de nuevo sobre México, esta vez sin contemplaciones, pues había ya desaparecido el único elemento de conciliación, Moctezuma.

Hay en esta fase toda una serie de operaciones de recuperación moral y material que Gómara describe amorosamente, como si ayudara a incorporarse a Cortés, derribado por el descalabro. Así el cronista da precisión y contornos firmes a esta parte del relato —desde la huída de la capital hasta la vuelta sobre ella—, que en las cartas de relación quedaba algo desdibujada e imprecisa. Cortés se rehace, recupera la confianza de sus hombres —que habían llegado a exigirle la vuelta a Veracruz—; la de los indios, que, con excepción de los tlaxcaltecas, se habían sublevado contra los españoles, aprovechando su descalabro para dar muerte a los que estaban desperdigados por el país. Recupera también su prestigio en el terreno militar, gracias a una serie de operaciones parciales con las que templa el ánimo de sus hombres y el de los indios auxiliares, para así poder lanzarlos de nuevo sobre México.

Siempre conserva el relato de Gómara un tono más rígidamente belicoso que el de las cartas de relación. Para nada nos habla el cronista de aquellas vacilaciones y temores tan humanos que vimos exteriorizados por Cortés cuando él y sus hombres dieron nuevamente vista a México. "En pasando aquel mal paso, descubrieron las lagunas, dieron gracias a Dios, prometieron de no tornar atrás sin ganar primero a México, o perder las vidas" (p. 376 a), se limita a decirnos Gómara. Si alguna vez menciona el deseo de paz que subsistía en Cortés, apreciamos en el tono de la observación que es el propio conquistador quien habla, y que Gómara está siguiendo con especial fidelidad el texto de las cartas de relación.

Cortés se informó de aquellos cuarenta presos que traxo Sandoval de las cosas de México y de Quahutimoc; y entendió dellos la determinación que tenían para defenderse y no ser amigos de cristianos. Y pareciéndole larga y dificultosa guerra, quisiera con ellos antes paz que enemistad, y por descansar y no andar cada día en peligro, rogóles que fuesen a México a tratar paces con Quahutimoc, pues él no los quería matar ni destruir, pudiéndolo hacer (pp. 379-80).

Lo que acabamos de decir es válido para todo el relato de las opera-

ciones del cerco. Gómara tiene a la vista las cartas de Cortés, que constituyen un diario de operaciones. Y dándose perfecta cuenta de la monotonía de tanto encuentro, de tanta acción menuda reducida a derribar casas y cegar canales, las resume considerablemente. "Otros encuentros tuvo con los de Culúa, donde murieron muchos indios de una y otra parte; pero lo dicho es lo principal" (p. 381 b). Desde luego el libro sigue siendo biografía de Cortés, pues si algunas operaciones se narran con más detalle son siempre aquéllas en que él participa. La actuación de los otros capitanes, que tanto contribuyeron a la toma de la ciudad, se despacha con frases brevísimas. "Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado pelearon muy bien por sus cuarteles" (p. 385 b). "También entraron por su parte los otros capitanes, mas como era solamente para divertir los enemigos, no hay mucho que contar" (p. 386 b).

Hay que destacar en este relato de Gómara, tan ceñido al de Cortés, que la bravura extraordinaria de los vencidos se adueña en tal forma del ánimo del cronista, que al hacer una breve recapitulación del cerco, cuando cae la ciudad, elogia tan sólo lo hecho por los mexicanos, olvidándose de los españoles.

Estaban a la defensa todos los señores, caballeros y hombres principales, y así murieron muchos nobles. Eran muchos, comían poco, bebían agua salada. Dormían entre los muertos, y estaban en perpetua hedentina. Por estas cosas enfermaron, y les vino pestilencia, en que murieron infinitos. De las cuales también se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito. Porque llegando a estremo de comer ramas y cortezas, y a beber agua salobre, jamás quisieron paz.

Ellos bien la quisieran a la postre, mas Quahutimoc no la quiso, porque al principio la rehusaron contra su voluntad y consejo, y porque muriéndose todos no dieron señal de flaqueza. Ca se tenían los muertos en casa porque los enemigos no los viesen. De aquí también se conoce cómo mexicanos, aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos piensan, que si la comieran no murieran ansí de hambre.

Alaban mucho las mugeres mexicanas, y no porque se estuvieron con sus maridos y padres, sino por lo mucho que trabajaron en servir los enfermos, en curar los heridos, en hacer hondas, y labrar piedras para tirar, y aun en pelear desde las azoteas, que tan buena pedrada daban ellas como ellos (p. 392 b).

Se aprecia también en las páginas de Gómara el papel destacadísimo jugado por Cuauhtémoc en la defensa de la capital. Cuauhtémoc, "hombre muy valiente y guerrero", una vez decidida la guerra de exterminio contra los españoles —de la que en un principio, según Gómara, no había sido partidario—, la lleva hasta el fin con tenacidad admirable. Es el espíritu mismo de la resistencia, es quien mantiene el vigor de la lucha.

Quahutimoc reprehendió mucho a los suyos porque así huyeron. Ellos tornaron en sí, reconocieron su cobardía, y, como no había caballos, revolvieron sobre los españoles, y por fuerza los echaron de las torres, y de todo el circuito del templo, y les hicieron huir gentilmente (p. 385 a-b).

La sola presencia de Cuauhtémoc hacía que los mexicanos soportasen sufrimientos increíbles.

Muchos desmayaban, y hartos perecían en la obra, del sueño y hambre que sobre cansados pasaban. Mas no podían ál hacer, porque Quahutimoc andaba presente (p. 386 b).

Hecho prisionero el monarca por los españoles, cuando éstos le dan tormento, Gómara cree necesario defender a Cortés de su participación en un hecho que le parece repugnante.

Cortés quitó del tormento a Quahutimoc, pareciéndole afrenta y crueldad, o porque dixo cómo echara en la laguna, diez días antes de su prisión, las piezas de artillería, el oro y plata, las piedras, perlas y ricas joyas que tenía, por haberle dicho el diablo que sería vencido.

Acusaron esta muerte a Cortés en su residencia como cosa fea, e indina de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel. Mas él se defendía con que se hizo a pedimiento de Julián de Alderete, tesorero del rey. Y porque pareciese la verdad; ca decían todos que se tenía él toda la riquza de Moteczuma, y no quería atormentalle porque no se supiese.

Muchos buscaron este tesoro en la laguna y en tierra, por lo que dixo Quahutimoc, mas nunca se halló. Y es cosa notable haber escondido tanta cantidad de oro y plata, y no decirlo (p. 393 b).

Más tarde, al relatar el viaje a Las Hibueras, Gómara cree —como, sin duda, lo creyó Cortés— que Cuauhtémoc piensa en sublevarse para recobrar su reino; pero no tiene para él palabra de reproche, y le parece justo su designio.

Quahutimoc, afligido de tener guarda, y como tenía alientos de rey, y veía a los españoles alexados de socorro, flacos del camino, metidos en tierra que no sabían, pensó matarlos por vengarse, especial a Cortés, y volverse a México apellidando libertad, y alzarse por rey como solía ser (p. 412 b).

En cambio, el comentario que hace con motivo de la muerte de Cuauhtémoc es bien poco halagüeño para el conquistador.

Fué Quahutimoc valiente hombre (según de la historia se colige), y en todas sus adversidades tuvo ánimo y corazón real; tanto al principio de la guerra, para la paz, cuanto en la perseverancia del cerco; y ansí cuando le prendieron, como cuando le ahorcaron, y como cuando, porque dixese del tesoro de Moteczuma, le dieron tormento. El cual fué untándole muchas veces los pies con aceite, y poniéndoselos luego al fuego. Pero más infamia

sacaron que no oro. Y Cortés debiera guardarlo vivo como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus vitorias; mas no quiso tener que guardar en tierra y tiempo tan trabajoso. Es verdad que se preciaba mucho dél; ca los indios le honraban mucho por su amor y respeto, y le hacían aquella mesma reverencia y cerimonias que a Moteczuma, y creo que por eso le llevaban siempre consigo por la ciudad a caballo si cabalgaba, y si no a pie, como él iba (p. 413 a).

Los capítulos que siguen al de la caída de México en poder de los españoles son más flojos que los anteriores. Nuestro cronista toma sus datos un poco al azar, sin citar nunca sus fuentes, y descuidando el encaje. Por ejemplo, para el capítulo titulado "Señales y prognósticos de la destrucción de México", ni siquiera se molestó en cambiar de título el capítulo 55 de los *Memoriales* de Motolinía, que sigue al pie de la letra. Lo mismo le ocurre en la descripción de Michoacán, hecha al hablar de la sumisión de Cazoncin. Los datos se encuentran todos en el capítulo 67 de los *Memoriales*. Ya antes hemos dicho que no nos proponemos establecer minuciosamente las fuentes de Gómara, aunque no sería trabajo perdido el hacerlo. De la confrontación de los textos de Motolinía y Gómara resulta siempre que este último supera al primero por su mayor sentido de la prosa, del equilibrio y la armonía de la composición. En Gómara, aun en los momentos menos afortunados de su obra, aparece el relato bien construído y proporcionado, a diferencia del de otros cronistas —como el propio Motolinía—, en que las continuas digresiones y apartados nos dan la sensación de que colgara en jirones.

También utiliza Gómara las relaciones hechas por Pedro de Alvarado de su expedición a Guatemala. Por cierto que aquí comete un error muy chusco, cosa poco frecuente en él, pues donde Alvarado habla de pampanillas de ropa, Gómara lee campanillas, y afirma que los indígenas "traían sendas campanillas en las manos peleando".[55]

Como decíamos, estos capítulos en que Cortés multiplica las expediciones de sus capitanes para conseguir la pacificación de todo el territorio, en que busca el estrecho que una los dos mares, están faltos de cohesión y de vigor descriptivo. A veces encontramos un eco del Gómara a que estamos habituados, como cuando nos habla de la reedificación de México.

Cargó tanta gente a la fama que México Tenuchtitlan se rehacía, y

[55] Las dos relaciones de Pedro de Alvarado a Hernán Cortés pueden consultarse en el vol. 22 de la B. A. E., pp. 457-63. El párrafo que dió origen al error de Gómara dice: "y ninguna cosa de lo perdido se pudo cobrar, porque la ropa ya la habían hecho pedazos, y cada uno traía en la guerra su pampanilla de ella" (*ibid.*, p. 461 b).

que habían de ser francos los vecinos, que no cabían de pies en una legua a la redonda. Trabajaban mucho, comían poco, y enfermaron. Sobrevínoles pestilencia, y murieron infinitos. El trabajo fué grande: ca traían a cuestas o rastrando la piedra, la tierra, la madera, cal, ladrillos, y todos los otros materiales. Pero era mucho de ver los cantares y música que tenían. El apellidar su pueblo y señor; y el motejarse unos a otros. De la falta de comer fué causa el cerco y guerra pasada. Que no sembraron como solían, aunque la muchedumbre causaba hambre, y causó pestilencia y mortandad. Todavía, y poco a poco, rehicieron a México de cien mil casas mejores que las de antes (p. 402 b).

Es lástima que Gómara, fiel a su concepto heroico de la historia, no dedique más espacio a la labor de Cortés como gobernante, ni a la evangelización del país. Nos da tan sólo unas breves notas en las que nada encontramos que recuerde, por ejemplo, páginas como la de del discurso hecho por Cortés a Moctezuma para conseguir que derribara los ídolos. Gómara tiene en alto grado el sentido dramático de la historia. El relato de la conquista hasta la toma de la capital le había estimulado; pero ahora se diría que lo encontramos desinteresado, distraído. Utiliza una vez más su técnica del contraste al relatar las calamidades sufridas por Francisco de Garay en Pánuco, impotente para contener a los suyos, que se sublevan, se dispersan por el país, y acaban desastrosamente, sacrificados por los indios. Garay, que había querido imponerle condiciones a Cortés y discutirle su derecho a la conquista del territorio del Pánuco, se entrega totalmente al conquistador y muere a poco de llegar a la capital.

Así acabó el adelantado Francisco de Garay, pobre, descontento, en casa ajena, en tierra de su adversario, pudiendo, si se contentara, morir rico, alegre, en su casa, a par de sus hijos y muger (p. 398 b).

Parece que Gómara quisiera darnos una lección de renunciamiento, de humildad, hacernos un elogio de la vida prosaica y rutinaria, al ponernos en presencia de este triste fin del adelantado Francisco de Garay. En realidad, si Gómara prodiga aquí los tonos oscuros es para establecer contraste entre la mala estrella de Garay y la buena de Cortés, quien, al morir el adelantado, estaba en la cumbre de su fortuna. Pero basta recordar cómo murió el conquistador, tras una suma de padecimientos y desengaños que nada tuvieron que envidiar a los de Garay, para ver hasta qué punto es dramática la observación de Gómara.

No nos anticipemos, sin embargo. Gómara en estos capítulos lo que nos describe es el apogeo de Cortés, que triunfa de sus enemigos, muy en especial de Diego Velázquez, quien pierde su puesto de gobernador de la

isla de Cuba, "de lo cual sintió tanto pesar que vino a morir dello. Murió triste y pobre, habiendo sido riquísimo" (p. 404 a).

Todo les sale mal a los adversarios de Cortés. Todo le sale a Cortés a pedir de boca. Obtiene mercedes del Emperador, le envía grandes riquezas —la famosa culebrina de oro que tanto dió que hablar—. Multiplica las expediciones en busca del estrecho. Pero entonces se produce en su estrella uno de esos cambios de que tanto gustaban los historiadores filósofos, porque les daban pie para sus enjundiosas reflexiones.

La última jugada que le hace Velázquez a Cortés antes de morir es entenderse con el capitán Cristóbal de Olid, que había sido enviado a Honduras. Cortés, para castigar a su capitán, emprende la expedición que había de dar al traste con su salud, con su prestigio, con todo. Gómara nos presenta el viaje de Cortés como una simple expedición en busca de Cristóbal de Olid. Los oficiales del rey procuran evitar que Cortés abandone México, pues importaba más la seguridad de México que la de las Hibueras.

Y no diese ocasión que con su ausencia se rebelasen los indios y matasen los pocos españoles que quedaban. Ca, según entendían, no estaban muy fuera dello, porque siempre andaban llorando la muerte de sus padres, la prisión de sus señores, y su cautiverio. Y que perdiéndose México se perdía toda la tierra. Y que más le temían y acataban a él solo que a todos juntos (p. 407 a).

Pero Cortés insiste en llevar a cabo su viaje.

Cortés respondía que dexar sin castigo aquél era dar a otros ruines causa de hacer otro tanto. Lo cual él temía mucho, por haber muchos capitanes por la Nueva España derramados, que por ventura se le desacatarían tomando exemplo de Cristóbal de Olid, y harían ecesos en la tierra, por do se rebelase toda. Y no bastase después él, ni ellos, ni nadie a cobralla (*ibid.*).

Las razones de Cortés son de mucho peso; pero no justifican por sí solas el viaje, y sobre todo, no justifican la manera de hacerlo. Si Cortés quisiera simplemente castigar a Olid podía haber salido en su busca por mar. Si hizo tan larga excursión por tierra es porque pensaba conquistar nuevos laureles que le hicieran ganar prestigio y librarle de las cortapisas de la corona, de las investigaciones impertinentes de aquellos mismos oficiales del rey que le rogaban que no abandonase México. El propio Cortés nos lo dice al comenzar la carta en que relata la expedición. "Me pareció que ya había mucho tiempo que mi persona estaba ociosa y no hacía cosa nuevamente de que Vuestra Majestad se sirviese" (p. 395).

Cualesquiera que fuesen las razones de Cortés, lo cierto es que su expedición es doblemente desastrosa, porque no encuentra en ella sino ciénagas y poblados sin importancia, y porque durante su ausencia se producen en México disturbios graves que son la causa de sus desgracias ulteriores. Gómara una vez más tendrá buen cuidado de señalar todas las medidas que toma Cortés antes de salir, para que no podamos tacharle de imprevisor.

Ordenó muchas cosas tocantes a su gobernación. Mandó que la conversión de los indios se continuase con todo el calor posible y necesario. Escribió a los concejos y encomenderos que derribasen todos los ídolos. Dió repartimientos a los oficiales del rey, y a otros muchos, por no dexar a nadie descontento.

Dexó por sus tenientes de gobernadores a Alonso de Estrada, tesorero, y al contador Rodrigo de Albornoz, que le parecieron hombres para ello, y al licenciado Alonso Zuazo para en las cosas de justicia. Y porque Gonzalo de Salazar y Peralmíndez Chirino no se sintiesen de aquello, llevólos consigo. Dexó a Francisco de Solís por capitán de la artillería y alcaide de las atarazanas, y muy bien proveídos los bergantines, e muchas armas y munición, por si algo aconteciese.

Acordó llevar con él todos los señores y principales de México y Culhúa que podían alterar la tierra y causar algún bullicio en su ausencia, y entre ellos fueron el rey Cuahutimoc, Coacnacoyocin, señor que fué de Tezcuco, Tetepanquezatl, señor de Tlacopan, Oquizi, señor de Azcapuzalco, Xihuacoa, Tlacatlec, Mexicalcinco, hombres muy poderosos para cualquier revolución, estando presentes.

Ordenado, pues, todo esto, se partió Cortés de México por otubre de mil y quinientos veinte y cuatro años, pensando que todo se haría bien. Pero todo se hizo mal... (p. 407 a-b).

Gómara cree haber justificado plenamente a Cortés, y dejarlo así libre de culpa de todo lo ocurrido en su ausencia. La verdad es que la forma en que quedaba repartido el mando se prestaba a rozamientos y choques. Son los mismos oficiales del rey, y no los indios, quienes originan los disturbios.

Así como digo pasó esta guerra civil entre españoles, estando ausente Fernando Cortés. Y levantáronla oficiales del rey, que son más de culpar. Y nunca Cortés salió fuera que soldado suyo saliese de su mandado y comisión, ni hubiese la menor alteración de las pasadas.

Fué maravilla no alzarse los indios entonces, que tenían aparejo y aun armas. Bien que dieron muestra de hacerlo. Mas esperaban que Quahutimoc se lo enviase a decir cuando él hubiese muerto a Cortés, como lo trataba por el camino, según después se dirá (p. 409 a-b).

Es una influencia nefasta la que pesaba entonces sobre Cortés, pues ya a poco de iniciar su viaje tiene noticia de los disturbios ocurridos en Mé-

xico, y, sin embargo, no regresa a la ciudad. Parece que se hubiera apoderado de él un pánico extraño, un temor a que le hicieran lo mismo que él había hecho a Diego Velázquez, pues cuanto más requieren su presencia, más se aleja de la capital. E incluso después de finalizado su viaje parece ponerse a sí mismo pretextos para no regresar sino lo más tarde posible, dando la vuelta por Guatemala. Es necesaria la presencia de su pariente fray Diego Altamirano para que se decida a regresar por mar, la vía más corta. Y las dificultades con que tropieza su navegación —varias veces tiene que volverse al puerto a causa de las tempestades— aumentan sus zozobras. Gómara no nos oculta esta indecisión, este miedo que se apodera de Cortés.

Convínole, aunque pasó trabajo y peligro, volver al mesmo puerto. Tornó a decir misas y hacer procesiones, y asentósele que Dios no quería que dexase aquella tierra, ni que fuese a México, pues tantas veces, saliendo con buen tiempo, se había vuelto al puerto (p. 418 b).

Cuando llega, por fin, Cortés a Veracruz, está totalmente agotado, física y moralmente.

Luego lo supieron los de la villa, que estaban durmiendo. Levantáronse por verle a gran prisa y placer, que no lo creían, y muchos lo desconocieron como iba enfermo de calenturas y maltratado de la mar. Y a la verdad, él había trabajado y padecido mucho, ansí en el cuerpo como en el espíritu: caminó sin camino más de quinientas leguas, aunque no hay sino cuatrocientas de Trujillo a México por Cuauhtemallan y Tecoantepec, que es el derecho y usado camino. Comió muchos meses yerbas solas cocidas sin sal. Bebió malas aguas, y así murieron muchos españoles y aun indios, entre los cuales fué Coacnacoyocin. Podrá ser que a muchos no aplacerá la letura deste viaje de Cortés, porque no tiene novedades que deleiten, sino trabajos que espanten (p. 420 a-b).

A la verdad, las novedades que deleiten se habían acabado ya en la vida de Cortés. Poco le duró la satisfacción del triunfo a su regreso. Apenas llegado a la capital se presenta Ponce de León a tomarle residencia. "Entonces viérades el bullir y negociar de todos y de cada uno por sí, unos temiendo, otros esperando, y otros cizañando" (p. 421 b). Se desatan contra Cortés todos los rencores, todos los complejos de inferioridad.

Gómara es sobrio en el relato de estos acontecimientos penosos para el conquistador, y sigue empleando una vez más su técnica habitual del contraste, manejando la ironía al hablar de los enviados de la corona que debían residenciar a Cortés y sustituirle en el mando, ironía de la que no prescinde ni siquiera al relatar su muerte. Ponce de León, "la tarde antes que muriese hizo que le tañesen una baxa. Y él, así echado como estaba en la cama, la anduvo con los pies, señalando los compases y contra-

pases. Cosa que muchos la vieron; y que luego perdió la habla, y aquella noche espiró antes del alba. Pocos mueren bailando como este letrado" (p. 422 a). El bachiller Marcos de Aguilar, acompañante de Ponce de León, y encargado de sucederle después de su muerte, "gobernó con muchos trabajos y pesadumbre. No sé si fué por sus dolencias, o por malicias de otros o por hallarse engolfado en muy alta mar de negocios. Púsose muy flaco. Sobrevínole calentura. Y como tenía las bubas, mal suyo viejo, murió dos meses después, o poco más, que Luis Ponce de León" (p. 422 a).

Frente a esta ironía con que refiere la muerte de los adversarios de Cortés —pues Gómara los consideraba como tales— resalta la vehemencia con que defiende la lealtad del conquistador cuando éste sale de México en cumplimiento de la orden del tesorero Alonso de Estrada.

Mas Cortés lo remedió todo con salir de la ciudad, a cumplir su destierro. Y si tuviera ánimo de tirano, como le achacaban, ¿qué mejor ocasión ni tiempo quería para serlo que entonces, pues casi todos los españoles, y todos los indios, tomaban armas en su favor y defensa? Y no digo aquella vez, mas otras muchas pudiera alzarse con la tierra. Empero ni quiso, ni creo que lo pensó, según por obra lo mostró. Y cierto él se puede preciar de muy leal a su rey; que si no lo fuera, castigáranlo; puesto caso que sus muchos y grandes émulos le acusaban siempre de desleal, y por otras más infames palabras, de tirano y de traidor para indinar al Emperador contra él. Y pensaban ser creídos por tener favor en corte, y aun en consejo, según en otros lugares he dicho. Y con que cada día perdían muchos españoles de Indias la vergüenza a su rey. Empero Fernando Cortés siempre traía en la boca estos dos refranes viejos: "El rey sea mi gallo" y "Por tu ley y por tu rey morirás" (p. 422 b).

Que no hay una fobia sistemática en Gómara contra quienes desplazan a Cortés del mando nos lo demuestra su elogio de la segunda Audiencia y del virrey Mendoza. Y en general todo su relato de las desventuras de Cortés en la última época de su vida mantiene un tono más sereno que el que pudimos apreciar en la correspondencia del conquistador.

Nuestro estudio de Gómara se ha prolongado, tal vez, más de la cuenta. Pero era necesario intentar la comprensión de un gran historiador, tan sistemáticamente denigrado. No hemos de volver aquí sobre cuestiones tratadas ya en nuestro análisis. Queremos tan sólo insistir en nuestra llamada de atención, en la necesidad apremiante de que Gómara sea estudiado y comprendido debidamente dentro del cuadro espléndido de la historiografía de la conquista de la Nueva España.

El mismo Gómara nos da el ejemplo. Mal dispuesto, en un principio,

hacia los indígenas, acaba por subrayar fervorosamente la tenacidad magnífica de su resistencia, y elogia sin reservas a Cuauhtémoc, su caudillo. No demos muestras hoy de una incomprensión más grande, más tenaz, que la suya. Porque la prevención contra Gómara arranca de la prevención contra Cortés. Y tanto el biografiado como el biógrafo, con todos los defectos que puedan señalárseles, pertenecen al tipo más alto de hombres que engendró la España del siglo XVI. Hombres que volcaron su voluntad de acción y de conocimiento sobre estas tierras mexicanas, siendo ellos, en último término, los conquistados.

# *APENDICE*

## El fragmento *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii* es de López de Gómara

El texto latino en cuestión ha sido publicado por vez primera, junto con la traducción al español, en la *Colección de documentos para la historia de México* de García Icazbalceta, vol. I, pp. 309-356. La atribución a Calvete de Estrella es una simple conjetura de don Juan Bautista Muñoz, que fué quien descubrió el manuscrito en el Archivo de Simancas. En la nota que dicho historiador puso al documento, publicada por García Icazbalceta (*op. cit.*, pp. 356-57), dice lo siguiente:

Podría ser de Calvet de Estrella, cronista de Indias, que ofreció la Historia de ellas en cumplimiento de su oficio, según ndon Nicolás Antonio. El estilo no lo desmerece: conviene al tiempo, y también parece indicarlo el método de escribir la Historia del Nuevo Mundo dando las vidas de algunos hombres que se distinguieron en aquellas partes.

Como suele ocurrir en tales casos, la conjetura de Muñoz ha venido repitiéndose sin más examen. A la sagacidad crítica de don Joaquín García Icazbalceta no escapó la analogía que existe entre el *De rebus gestis* y la Historia de Gómara; pero no pasó de formular tímidamente su opinión del siguiente modo:

Es extraña la coincidencia que se nota entre muchos pasajes de él [el fragmento latino] y otros de la crónica de Gómara, y creo que alguno aprovechó los trabajos del otro. Mas habiéndose publicado por primera vez la obra de Gómara en 1552, no es posible aclarar quién escribió primero: me inclino a favor de Gómara. Muéstrase nuestro autor anónimo sumamente parcial de Hernán Cortés, y no se toma el trabajo de ocultarlo; su latín es bueno y el estilo agradable. Se habría leído con gusto la obra completa; pero no creo que su hallazgo, si llegó a escribirse, nos hiciera conocer mejor a Hernán Cortés (*op. cit.*, pp. XVI-XVII).

Bien cerca estuvo de la verdad el gran erudito mexicano. Trataremos nosotros de recorrer el camino que él dejó por andar. Desde un principio también me había llamado la atención el gran parecido que existe entre el *De rebus gestis* y los primeros capítulos de la *Conquista de México* de Gómara. Algunos párrafos del texto latino son traducción literal de los del castellano. La sucesión de los párrafos es también la misma. Pensé que Galvete de Estrella había entrado a saco en la obra de Gómara, y no volví a ocuparme del asunto.

Más tarde me interesó la suerte que hubiera podido correr el texto

latino de la obra de Gómara, al que éste alude varias veces. Ya lo menciona en su dedicatoria de la *Crónica de los Barbarrojas*:

> También compongo en entrambas lenguas la historia de vuestro consuegro [Hernán Cortés], la cual, como es de mayor importancia que ésta, y requiere mucho tiempo para haberse de sacar a luz, no puedo, como quisiera, hacerlo agora en lengua latina, para que venga a noticia de todo el viejo mundo el mundo nuevo, y sepan todos tantas cosas, tan extrañas y admirables como en él hay, las cuales aun no se entienden bien según su grandeza (p. 337).

En la advertencia "a los trasladadores" de su *Historia general de las Indias* dice:

> También los aviso cómo compongo estas historias en latín, para que no tomen trabajo en ello (p. 155).

En la dedicatoria de la misma obra a Carlos V lo vuelve a repetir:

> Hágola de presente en castellano porque gocen della luego todos nuestros españoles. Quedo haciéndola en latín de más espacio, y acabaréla presto, Dios mediante, si Vuestra Majestad lo manda y favorece. Y allí diré muchas cosas que aquí se callan, pues el lenguaje lo sufre y lo requiere (p. 156).

¿Qué le habría pasado a esta traducción? ¿La destruyó el mismo Gómara, o fué destruída en las pesquisas que se hicieron entre sus papeles después de su muerte? Merriman, en la introducción a su edición de los *Anales del Emperador Carlos V,* dice —tomando el dato de José Toribio Medina— que entre los papeles de Gómara se encontró el comienzo de una traducción latina de su *Historia de Indias*: "The beginning of a Latin translation was found among Gomara's papers after his death" (*op. cit,* p. xv). Pero también dice Merriman que se perdió el rastro de todos los papeles que habían pertenecido a Gómara después de la muerte del obispo de Osma, Honorato Juan (ocurrida en 1566), a quien los había entregado Juan Ruiz, sobrino y heredero de nuestro autor.

No había, pues, nada que hacer. El manuscrito latino de Gómara estaba definitivamente perdido; pero he aquí que, leyendo de nuevo el *De rebus gestis* en busca de unas notas para mi estudio, sin acordarme para nada del texto de Gómara, me suena en los oídos como una música muy conocida la frase cortada, la sentencia breve y precisa del autor de la *Conquista de México.* Y surge en mí, sin ninguna vacilación, la idea de que el fragmento *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii* es el comienzo de la traducción latina tantas veces mencionada por Gómara y que se había encontrado después de su muerte entre sus papeles.

A partir de este momento las pruebas acudieron solícitas a confirmar mi idea. El autor de *De rebus gestis* se dirige a don Martín Cortés, el hijo del conquistador —a quien, como es sabido, está dedicada la *Conquista de México*—: "Nunc ad res in Indiis a patre tuo fortissime gestas veniamus." El fragmento se inicia con un breve preámbulo en que se alude a temas tratados en la primera parte de la *Historia de las Indias*: existencia de los antípodas, descubrimiento del Nuevo Mundo, opiniones que sobre él habían tenido los antiguos.

Leo de nuevo la nota de don Juan Bautista Muñoz, y encuentro en ella lo que sigue:

El original de esta obra hallé en el Archivo de Simancas, Sala de Indias, legajo intitulado: *Relaciones y papeles tocante a entradas y poblaciones.* Está escrito en once hojas folio, de buena letra, con algunas correcciones y notas al margen, al parecer de mano del autor. Precede la siguiente advertencia: *Enviómele de Osma Francisco Beltrán, año de 1572, en setiembre.*

Osma, 1572. Aquí está, pues, la pista perdida del manuscrito de Gómara. Examino los documentos publicados por José Toribio Medina en su *Biblioteca Hispano-Americana*, t. I, pp. 265-70, para precisar los datos extractados por Merriman, a que antes aludí, y encuentro en el acta del registro llevado a cabo en casa de Gómara por Martín García, escribano de Su Majestad, el *5 de octubre de 1572*, lo siguiente:

... el dicho Pedro Ruiz, clérigo [sobrino de Gómara], poniendo la mano en su pecho juró *in verbo sacerdotis* y por el hábito que recibió de San Pedro y San Pablo, que él no sabe de otros papeles ningunos que hayan quedado del dicho difunto, mas que dos libros de mano, de letra del dicho Francisco López su tío, y encuadernados con unas cubiertas de pergamino, que el uno se decía *Historia de guerras navales desd'el año que nació el Emperador don Carlos, nuestro señor, hasta el que murió;* y el otro era más pequeño, y se decía *Inquiridión de cosas notables sucedidas por mar y por tierra en tiempo del mismo Emperador don Carlos, nuestro señor,* y hasta veinte pliegos de papel escritos en latín, de la misma mano del dicho Francisco López, que trataban de la Historia de las Indias que la volvía en latín, los cuales dichos dos libros y veinte pliegos de papel escritos se los pidió al dicho Pero Ruiz, clérigo, el obispo Honorato Juan, siendo obispo de Osma, y secretario desta dicha villa de Gómara, estando en ella visitándola, y el dicho Pedro Ruiz, clérigo, se los dió y entregó al dicho Honorato Juan, porque prometió que los haría sacar a luz, por amor de la amistad que decía haber tenido con el dicho Francisco López, y que daría la ganancia que dellos

se sacase al dicho Pedro Ruiz, sobrino del dicho Francisco López. Y ansí el dicho Honorato Juan se llevó los dichos libros, y a cabo de pocos días murió; y como éste que declara supo la muerte del dicho Honorato Juan, fué a la villa del Burgo, donde había muerto, a cobrar los dichos libros y papeles que le habían dado, y le respondieron sus criados que no podían dar papeles ningunos de los que habían quedado en casa del dicho obispo de Osma, porque el príncipe don Carlos había inviado a mandar que todos los papeles y libros de mano que habían quedado del dicho Honorato Juan, obispo, se los inviasen; y ansí despidieron al dicho Pedro Ruiz, que declara, y se volvió sin ellos, y nunca más los ha podido cobrar ni hallar rastro dellos, aunque los ha procurado, porque los estima en más de quinientos ducados, y que se holgaría mucho que pareciesen, para que saliesen a luz, ansí para el servicio de Su Majestad como por la honra del dicho Francisco López que los escribió, y como por el provecho que dellos se le podría seguir al dicho Pedro Ruiz (J. T. Medina, *op. cit.*, t. I, pp. 267-68).

No queda, pues, duda de que los pliegos de papel mencionados por Pedro Ruiz, cuya pista había perdido en Osma, son los descubiertos por don Juan Bautista Muñoz en Simancas, el comienzo de la traducción al latín de la *Conquista de México* de Gómara.

Resumiendo, pues, los datos que he dado a conocer en la forma en que llegaron a mi noticia, resulta lo siguiente:

*1.* Gómara menciona en varias ocasiones su traducción latina de la *Historia de las Indias,* en la que está trabajando cuando da a la imprenta el texto castellano.

2. Entre los libros y papeles entregados por Pedro Ruiz, sobrino y heredero de Gómara, a Honorato Juan, obispo de Osma, poco antes de que éste muriera, figuran "hasta veinte pliegos de papel, escritos en latín, de la misma mano del dicho Francisco López, que trataban de la Historia de Indias, que la volvía en latín".

*3.* El texto fragmentario encontrado en Simancas por don Juan Bautista Muñoz, "escrito en once hojas folio, de buena letra, con algunas correcciones y notas al margen, al parecer de mano del autor", fué remitido a determinada persona —Muñoz cree que fuera el cosmógrafo Céspedes— desde Osma en septiembre de 1572.

*4.* En septiembre de 1572 se ordena el registro llevado a cabo en la casa de Gómara por el escribano Martín García. Es decir, que, en la misma fecha en que *De rebus gestis* sale de Osma, la corona sigue la pista a los papeles de Gómara.

Posiblemente estos datos puedan completarse a base de invstigaciones

que habrán de llevarse a cabo en España. Lo único que nos resta por hacer ahora es la confrontación de los dos textos, la *Conquista de México* y el fragmento *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii,* para ver cuáles son las modificaciones introducidas por Gómara en su versión latina, de cuya existencia él mismo nos ha hablado: "diré muchas cosas que aquí se callan, pues el lenguaje lo sufre y lo requiere". En el texto del presente estudio he señalado ya algunas de las diferencias más importantes entre las versiones castellana y latina (v. *supra,* pp. 155-6).

Creo que Gómara no pensó, al menos en un principio, en traducir al latín toda su *Historia de las Indias,* y que, en todo caso, empezó por la segunda parte —*Conquista de México*—, con la intención de publicarla por separado. Acabamos de ver que en la dedicatoria de la *Crónica de los Barbarrojas* dice que está poniendo en latín la historia de Hernán Cortés. En el fragmento *De rebus gestis* están intercaladas descripciones de Santo Domingo y Cuba, noticias sobre las expediciones de Hernández de Córdoba y Grijalva, cuyos elementos aparecen en casi su totalidad en la primera parte de la versión castellana. Son los pasajes que reproduzco entre corchetes.

Gómara había prometido terminar pronto su traducción si Carlos V lo mandaba y favorecía. Ya sabemos que no hubo tal cosa y que su obra en castellano fué recogida. De aquí que sea muy probable que nunca haya existido más que el fragmento tal como ahora lo conocemos, que Gómara no siguiera trabajando en su traducción en vista del mal éxito de su versión castellana.

Para facilitar la confrontación de los textos al lector que no esté muy suelto en el manejo del latín, reproduzco la traducción de García Icazbalceta, modificándola en algunas ocasiones, para modernizarla o para seguir más de cerca el texto de Gómara que en algunos pasajes proporciona la traducción literal.

Texto latino y traducción han sido revisados por el Prof. Agustín Millares, a quien doy por ello las gracias más expresivas.

## *La Conquista de México*
*de Francisco López de Gomara*

Año de 1485, siendo reyes de Castilla y Aragón los católicos don Fernando y doña Isabel, nació Fernando Cortés en Medellín. Su padre se llamó Martín Cortés de Monroy, y su madre doña Catalina Pizarro Altamirano.

Entrambos eran hidalgos, ca todos estos cuatro linajes Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano son muy antiguos, nobles y honrados.

## *De Rebus Gestis Ferdinandi Cortesii*

Qui sint Antichtones, qui proprie dicantur Indi, cur etiam Indiae Novus hic Orbis, de quo scribere instituimus, appellentur, quis, quove casu mortalium primus Indias, ut vocant, invenerit, abunde a nobis dictum esse arbitror. Praeterea, quid Democritus, Herodotus, Plato, Seneca et multi alii de Novo terrarum Orbe vel sensenrint vel scripserint, suo loco indicavimus. Nunc ad res in Indiis a patre tuo fortissime gestas veniamus, cuius ductu et impensis, ut latius paulo post explicabitur, alter hic terrarum orbis potissimum est et inventus et debellatus quisque non modo in regum Hispanorum ditionem venit, verum etiam, quod multo est praeclarius atque gloriosius, in cognitionem veri Dei.

Ferdinandus Cortesius, Martini Cortesii Monroii et Catharinae Pizarrae Altamiranae filius, Metellini ortus est anno quinto et octogesimo supra millesimum ac quadringentesimum humanae salutis.

Parentes, si genus spectes, nobiles: *Idalgos*, quasi *Italicos*, hoc est, iure Italico donatos, Hispani vocant. Cortesiorum, Monroiorum, Pizarrorum et Altamiranorum familiae clarae, antiquae atque honoratae.

## *Vida de Hernán Cortés*
*Traducción de J. García Icazbalceta*

Creo haber hablado ya bastante de quiénes son los antípodas, de los que propiamente se llaman indios, y también de por qué se llama Indias a este Nuevo Mundo de que nos hemos propuesto escribir; de quién primero las descubrió, y en qué forma. Además, hemos indicado en otro lugar lo que Demócrito, Platón, Séneca y otros muchos pensaron o escribieron del Nuevo Mundo. Vengamos ahora a las hazañas realizadas en las Indias por vuestro padre; bajo cuya dirección y a cuyas expensas, según más ampliamente se explicará en seguida, este otro mundo fué descubierto y sometido; y no sólo quedó bajo el dominio de los monarcas españoles, sino que también, lo cual es mucho más ilustre y glorioso, vino al conocimiento del verdadero Dios.

Fernando Cortés, hijo de Martín Cortés de Monroy y de Catalina Pizarro Altamirano, nació en Medellín el año de 1485.

Sus padres eran de linaje noble, o hidalgos —como *itálicos*, es decir, que gozan del derecho itálico—, como dicen los españoles. Las familias de Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano son ilustres, antiguas y honradas.

Tenían poca hacienda, empero mucha honra; que raras veces acontece sino en personas de buena vida. Y no solamente los honraban sus vecinos por la bondad y cristiandad que conocían en ellos, mas aun ellos mesmos se preciaban de ser honrados en todas sus palabras y obras, por donde vinieron a ser muy bienquistos y amados de todos.

Si fortunam vitamque inspexeris, mediocrem quidem vitam egerunt; vixerunt tamen innocentissime.

Si se considera su fortuna y su vida, vivieron modestamente, pero muy honrados.

Ella fué muy honesta, religiosa, recia y escasa.

Catharina namque probitate, pudicitia et in coniugem amore, nulli aetatis suae feminae cessit.

Catalina no fué inferior a ninguna mujer de su tiempo en honradez, honestidad y amor a su esposo.

El fué devoto y caritativo.

Siguió la guerra cuando mancebo, siendo teniente de una compañía de ginetes por su pariente Alonso de Hermosa, capitán de Alonso de Monroy, clavero de Alcántara, el cual se quiso hacer maestre de su Orden contra la voluntad de la reina, a cuya causa le hizo guerra don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago.

Martinus vero, tametsi in eo bello, quod, auspiciis Ferdinandi regis et Elisabethae, Alphonsus Cardenas, equitum Divi Iacobi magister, contra Alphonsum Monroium, Alcantarae, ut vocant, clavigerum, et Beatricem Paciecam, Metellini comitem, gessit, levis armaturae equitum quinquaginta dux fuerit, pietate tamen et religione toto vitae tempore clarus.

Martín, aunque fué capitán de cincuenta jinetes ligeros en la guerra que, de parte de los reyes Fernando e Isabel, sostuvo Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, contra Alfonso de Monroy, clavero de Alcántara, y Beatriz Pacheco, condesa de Medellín, se distinguió siempre por su devoción y caridad.

Crióse tan enfermo Fernando Cortés, que llegó muchas veces a punto de muerte; mas con una devoción que le hizo María de Esteban, su ama de leche, vecina de Oliva, sanó. La devoción fué echar en suerte los doce apóstoles, y darle por abogado el postrero que saliese, y salió San Pedro; y regocijaba cada un año su día en la iglesia y en su casa, dondequiera que se hallase.

Puer sancte ac liberaliter educatus atque institutus domi est a parentibus. (Maria Stephana ex oppido Oliva nutrix.)

El niño fué educado santa y honradamente por sus padres en su misma casa. Fué su ama de leche María de Esteban, vecina de Oliva.

A los catorce años de su edad lo enviaron sus padres a estudiar a Salamanca,

Quartodecimo aetatis suae anno Salmanticam studiorum gratia missus, biennium

Enviado a los catorce años de su edad a estudiar a Salamanca, permaneció allí

*do estudió dos años, aprendiendo gramática en casa de Francisco Núñez de Valera, que estaba casado con Inés de Paz, hermana de su padre.*

*Volvióse a Medellín harto o arrepentido de estudiar, o quizá falto de dineros.*

Mucho pesó a los padres con su ida, y se enojaron con él porque dejaba el estudio; ca deseaban que aprendiese leyes, facultad rica y honrada entre todas las otras, pues era de muy buen ingenio y hábil para toda cosa. Daba y tomaba enojos y ruido en casa de sus padres, ca era bullicioso, altivo, travieso, amigo de armas.

Por lo cual determinó de irse por ahí adelante. Ofrecíansele dos caminos a la sazón, harto a su propósito y a su inclinación.

Uno era a Nápoles, con Gonzalo Hernández de Córdoba, que llamaron el Gran Capitán; el otro a las Indias, con Nicolás de Ovando, comendador de Lares, que iba por gobernador.

Pensó cual de los dos viajes le estaría mejor, y al cabo acordó de pasar a Indias, porque le conocía Ovando, y lo llevaría encargado, y porque también se le acodiciaba aquel viaje más que el de

*in contubernio amitae Agnetis Pazae, quae Francisco Nonio Valerae nupta erat, mansit, grammaticaeque studuit.*

Inde, cum studii taedio, tum rerum maiorum exspectatione (ad maxima enim natus erat) abscessit patriumque solum revisit.

Id aegre atque impatienter parentes tulerunt, quippe quod spem omnem in eum, qui unicus erat filius, collocaverant cuperentque illum iuris scientiae, quae ubique gentium in magno honore atque praetio semper habita est, operam navare. Erat in puero mira ingenii docilitas, animi praeter aetatem altitudo, et armorum tractandorum innata cupido.

Ergo cum domi apud parentes esset aetatemque inquietus agitaret, fluctuabat animo quonam terrarum sese conferret.

Stat tandem animo sententia in Indias navigare, ad quas ea tempestate inhabitandas belloque subigendas, Hispani, auri et argenti cupidine illecti, quod multum crebroque ad nos convehebatur, frequentissimi confluebant.

*dos años estudiando gramática en casa de su tía Inés de Paz, hermana de su padre, que estaba casada con Francisco Núñez de Valera.*

Se marchó de allí y volvió a su pueblo, o aburrido de estudiar o por aspirar a cosas más altas (pues había nacido para las mayores).

Los padres tomaron muy a mal esto, pues habían puesto toda su esperanza en él, que era su único hijo, y deseaban que aprendiese leyes, facultad que siempre y en todas partes es tenida en gran honor y estima.

El mozo tenía un ingenio admirable, una elevación de ánimo superior a su edad, y un deseo innato de dedicarse a las armas.

Así, pues, de vuelta en casa de sus padres, lleno de desasosiego, no sabía a qué tierras marcharse.

Decide, por fin, pasar a las Indias, a cuya conquista y población acudían por entonces muchísimos españoles, atraídos por el deseo del oro y la plata que en gran cantidad y de continuo traían de allí.

Nápoles, a causa del mucho oro que de allá traían.

Erat Gereae, nunc *Cáceres* dicimus, per id tempus, quo ab studiis Cortesius Metellinum redierat, Nicolaus Ovandus, Laris commendatarius, militiae, ut dicitur, Alcantarae, qui postea maior eiusdem equestris ordinis commendatarius est factus. Is, iussu et impensis Ferdinandi et Isabellae regum, classem triginta navium, cuius magna pars carabelis constabat, paraverat, in Hispanam insulam traiecturus, ut ibi non tantum illius, verum omnium quoque circumiacentium insularum gubernator praesesque esset. Hunc Cortesius, ut plerique nobiles Hispani, ducem secuturus erat.

Por el tiempo en que Cortés dejó los estudios y se volvió a Medellín estaba en Cáceres Nicolás de Ovando, comendador de Lares, de la orden de Alcántara, que más tarde fué comendador mayor de la misma orden. Este, por mandato y a expensas de los reyes Fernando e Isabel, preparaba una flota de treinta naves, en su mayor parte carabelas, para dirigirse a la isla Española, con el cargo de presidente y gobernador, no sólo de ella sino también de todas las islas vecinas. Con este capitán debía marchar Cortés, así como otros muchos nobles españoles.

Mas entre tanto que Ovando aderezaba su partida y se aprestaba la flota que tenía de llevar, entró Fernando Cortés una noche a una casa por hablar a una mujer, y andando por una pared de un trascorral mal cimentada, cayó con ella. Al ruido que hizo la pared y las armas y broquel que llevaba, salió un recién casado, que, como le vió caído cerca de su puerta, lo quiso matar, sospechando algo de su mujer; empero una vieja, suegra suya, se lo estorbó.

Sed interim dum per aliena tecta incedit (tenebatur enim puellae cuiusdam consuetudine) e caduco pariete cadit.

Pero mientras tanto, andando por tejados ajenos (pues frecuentaba a una muchacha), cayó de una pared ruinosa.

Parum abfuit quin ille, ita ut erat obrutus, telo fuerit a quodam confossus, ni anus quaedam domuncula egressa, ostiolum cuius parva pelta ferrea quam ipse gestabat, magno cum strepitu impegerat, generum, qui et ipse eodem strepitu domo fuerat excitus, detinuisset, precata ne hominem feriret, priusquam quis is esset nosset. Beneficio itaque huius aniculae tunc primum est Cortesius servatus.

Poco faltó para que, así medio enterrado como estaba, fuera atravesado por la espada de un vecino, a no ser porque una vieja salida de la casa, en cuya puerta había chocado con gran estrépito el broquel que Cortés llevaba, detuvo a su yerno, que también había salido de la casa por el mismo estrépito; y le rogó que no hiriese a aquel hombre antes de saber quién era. Y así se salvó Cortés por vez primera gracias a esta vieja.

*Quedó malo de la caída. Recreciéronle cuartanas, que le duraron mucho tiempo; y así, no pudo ir con el gobernador Ovando.*

*Longam eo casu traxit valetudinem. Accessit ad id malum non multo post quartana febris, quae illum diu multumque anxit. His malis implicitus, Ovandum sequi non potuit.*

*La caída le produjo una larga enfermedad, a la que se añadieron no mucho después unas cuartanas, de las que sufrió mucho y por largo tiempo. A causa de su enfermedad no pudo ir con Ovando.*

Cuando fué sano, determinó de pasar a Italia, según ya lo había primero pensado, y para ir allá echó camino de Valencia; mas no pasó a Italia, sino andúvose a la flor del berro, aunque no sin trabajos y necesidades, cerca de un año. Tornóse a Medellín con determinación de pasar a las Indias. Diéronle sus padres la bendición, y dineros para ir.
Tenía Fernando Cortés diez y nueve años cuando, el año de 1504 que Cristo nació, pasó a las Indias, y de tan poca edad se atrevió a ir por sí solo tan lexos.
Hizo su flete y matalotaje en una nao de Alonso Quintero, vecino de Palos de Moguer, que iba en conserva con otras cuatro, con mercadería.

Undevigesimo aetatis anno, qui salutis millesimus quingentesimus quartus fuit, quo et Isabella regina moritur, Seviliam (Hispalis olim fuit) pergit, quo tempore oneraria quaedam navis, cuius erat magister Alphonsus Quinterus Palensis, in procinctu ad navigandum in Hispanam insulam erat. Eam navim, faustum precatus cursum, ea nocte ascendit quae diem, quo e portu solvit, praecessit.
Prospera est navigatione usus Gomeram usque, quae una Fortunatarum insularum est.

A los diecinueve años de edad, el año de 1504, en que murió la reina Isabel, se fué a Sevilla, donde iba a salir para la isla Española una nave de Alonso Quintero, de Palos.

En esta nave, después de pedir un viaje feliz, se embarcó la noche anterior al día en que salió del puerto.
Tuvieron próspera navegación hasta la Gomera, una de las islas Canarias.

Las cuales tuvieron próspera navegación de San Lúcar de Barrameda hasta la Gomera, isla de las Canarias, donde se proveyeron de refresco y comida suficiente a tan largo camino como llevaban.

Alonso Quintero se partió, de codicioso, una noche sin hablar a los compañeros, por llegar antes a Santo Domingo y ven-

Quinterus, de nocte, ne ab aliis quatuor navibus, quae in eodem portu eisdem mercibus onustae erant, praesentiretur,

Quintero aprovechó la noche para salir del puerto silenciosamente, a fin de no ser sentido por las otras cuatro naves

der más aína o más caro sus mercadurías que no ellos.

Pero luego que hizo vela, cargó tanto el tiempo, que le quebró el mástil de la nave.

Por lo cual fué forzado a tornar a la Gomera, y rogar a los otros lo esperasen, que aun no eran partidos, mientras él adobaba su mástil. Ellos lo esperaron, y se partieron todos juntos, y caminaron a vista unas de otras gran pedazo de mar.

Quintero, que vió el tiempo hecho, se adelantó otra vez de la compañía, poniendo, como de primero, la esperanza de la ganancia en la presteza del camino.

silentio inde abscedit, ut carius suae quam illarum merces venderentur, si celerius ad Hispanam, quo iter suum omnes intenderant, adpellere contigisset.
Ceterum cum in conspectum insulae quam vocant Ferri pervenisset, navis arbor, qua parte carchesium malo figitur, aut certe non multo inferius, vi ingruentium ventorum frangitur secumque maximo cum fragore antenam, vela, ceteraque impedimenta deorsum trahit.
Quae quidem multos dubio procul vel ex vectoribus, vel ex navitis, qui paulo ante in stega aut iacebant aut deambulabant, confecissent, ni omnes in puppim ivissent ad edenda conditanea ac bellaria quaedam, quae Cortesius in navim sibi pro penu importari fecerat.
Malo itaque fracto, coacti sunt navitae cursum eo flectere unde paulo ante solverant. Refecto ibi utcumque malo, navis cum aliis quatuor, quae in portu adhuc erant, solvunt: illae namque solvere noluerant antequam arbor navis, qua Cortesius vehebatur, reficeretur.

Quinterus, cum multum essent in altum naves progressae, omnibus velocissimae navi datis velis, iterum progredi tentat, omni spe lucri, uti prius, in celeritate posita.

que allí estaban cargadas de las mismas mercancías, para que se vendieran las suyas más caras si conseguía llegar antes a la Española, adonde todas se dirigían.
Pero al llegar a la vista de la isla de Hierro, la fuerza creciente de los vientos partió el mástil de la nave, por la parte donde la gavia se fija al mastelero, o no mucho más abajo, arrastrando consigo con gran estrépito, antena, velas y demás aparejos.
Hubieran, sin duda, muerto muchos de los pasajeros o de los marineros que poco antes descansaban o paseaban por el cobertizo de la nave, de no hallarse todos en la popa comiendo de las viandas y confituras que Cortés había hecho llevar a la nave para su propia despensa.
Roto así el mástil, los navegantes se vieron obligados a tornar al mismo punto de donde poco antes habían salido. Reparado el mástil como se pudo, partió la nave con las otras cuatro que estaban en el puerto todavía, pues no habían querido partir antes de que se reparara el mástil de la nave en que iba Cortés.

Quintero, cuando las naves estaban ya bien engolfadas, intentó otra vez adelantarse, desplegando todas las velas de la velocísima nave, puesta, como la vez anterior, toda esperanza de lucro en la presteza del camino.

*Y como Francisco Niño de Güelva, que era el piloto, no sabía guiar la nao, llegaron a cabo y a tiempo que no sabían de sí, cuanto más dónde estaban.*

Maravillábanse los marineros, estaba triste el piloto, lloraban los pasajeros, y ni sabían el camino hecho ni por hacer. El patrón echaba la culpa al piloto, y el piloto al patrón; ca, según pareció, iban reñidos.

*Quidam tamen magnae auctoritatis atque fidei aliam mihi causam, multum ab ea quam modo dixi diversam, Quinterio fuisse retulit.* Videlicet ne Franciscus Nignus Huelvensis, navis gubernator, quem ipse molestissime ferebat patri suo in gubernanda navi esse praelatum, recta iter quo tendebana, agere posset, Quinterus paterque, seductis vel pecuniis corruptis qui clavum dum nauclerus dormitabat regebant, dextrorsum modo, modo sinistrorsum, alio navim quam quo ibat, ducere. Malebant pessimi illi mortales navim in scopulos, in Caribes, in Antropophagos incidere, aut quovis alio modo perditum iri, quam reducem in Hispanam adpellere, Nigno nauclero. Adeo hominis odium alte illis insederat, ut neque sui neque aliorum rationem haberent ullam. Quo accidit ut dum plurimum temporis errant, nec qui falsus est nec qui illum fefellerant, scire cognoscereve possent ubi locorum aut terrarum agerent.

Mirari nautae, mirari stupereque nauclerus, tristes moestique cuncti esse. Quippe quod neque navigationis actae, neque deinceps navigandi ullo modo iniri poterat ratio. Namque parum constabat quam stellarum sequi deberent, cum sub qua caeli plaga essent, nescirent aut qua,

*Sin embargo, cierta persona muy fidedigna y autorizada me dijo que Quintero había obrado en virtud de otra causa muy distinta de la que acabo de indicar.* Se trata de que, no pudiendo sufrir que Francisco Niño de Huelva, piloto de la nave, hubiese sido preferido a su padre para aquel cargo, quería impedirle seguir su derrota, para lo cual Quintero y su padre, seducidos o sobornados los que manejaban el timón mientras el piloto dormía, unas veces a la derecha y otras a la izquierda, apartaron a la nave de su derrota. Preferían aquellos miserables que la nave se estrellara en las rocas, o fuera a caer en manos de caribes o antropófagos, o que se perdiera de cualquier otro modo, que arribar a salvo a la Española con Niño por piloto. Hasta tal punto se había adueñado de ellos el odio a aquel hombre, que no pensaban en la suerte suya ni en la de los demás. Con lo cual ocurrió que yendo extraviados lo más del tiempo, ni el engañado ni quienes le habían engañado podían saber a qué lugar se dirigían.

Maravillábanse los marineros, se maravillaba y estaba atónito el piloto, y todos estaban tristes y afligidos. Pues no tenían modo de saber el camino hecho ni el que estaba por hacer.
Y no sabían qué estrella deberían seguir, pues ignoraban bajo qué región del cielo

quove cursum intenderent, ut terram tandem aliquam vel Antropophagorum attingere daretur.

estaban, ni qué rumbo habían de tomar para llegar a alguna tierra, aunque fuese de antropófagos.

Ya en esto se apocaban las viandas, y faltaba el agua, ca no bebían sino de la que llovía, y todos se confesaron.

Commeatus penuria laborare inceperant. Siti adeo premebantur, ut aquam non nisi pluviatilem, quam linteis ac velis congregare poterant, per viginti dies biberent.

Habían comenzado a faltarles las viandas, y les afligía la sed, porque durante veinte días no bebieron más que agua de lluvia que podían recoger en lienzos y velas.

Unos maldecían su ventura, otros pedían misericordia, esperando la muerte, que algunos tenían tragada, a ir a tierra de caribes, donde se comen los hombres.

Nec is finis malorum. Mors pene in faucibus erat.

Ni acabaron aquí sus males, que tenían la muerte tragada.

Cognita demum fraude atque proditione, Quinterus paterque, omnium quos terra aluit unquam scelestissimi, fateri culpam, precari veniam, prehensare omnes. Contra vero Nignus nauclerus minitari, mala imprecari, diris agere qui eum dolum fecerant. Cuncti praeterea fortunam incusare, lamentari, peccata fateri, omnia omnibus condonare, Dei Optimi Maximi auxilium supplices moestique implorare.

Descubierto, por fin, el engaño y traición, Quintero y su padre, el mayor par de miserables que jamás haya habido en la tierra, confesaron su culpa, y pidieron perdón, suplicando a todos. Por el contrario, el piloto Niño amenazaba, y echaba pestes contra quienes habían hecho aquella maldad. Todos los demás acusaban a la fortuna, se lamentaban, confesaban sus pecados, se perdonaban unos a otros, implorando tristes y rendidos el auxilio del Todopoderoso.

Estando, pues, en esta tribulación, vino a la nao una paloma el Viernes Santo, ya que se quería poner el sol, y sentóse en la gavia.

In hoc vitae discrimine erant miseri illi mortales, iamque nox appetebat, cum supra arboris summitatem placide volantem columbam vident (die crucis Domini), navigantium gemitibus haud territam.

En tan grave riesgo de muerte se hallaban aquellos desdichados, y ya se acercaba la noche, cuando vieron una paloma que volaba suavemente sobre lo alto del mástil (era el Viernes Santo), sin espantarse de los gemidos de los navegantes.

Diu circa navim pendenti magis quam volanti similis apparuit; sedit monstra-

Por mucho tiempo pareció, no que volaba, sino que estaba colgando: se asen-

*Todos la tuvieron por buena señal; y como les pareciese milagro, lloraban de placer. Unos decían que venía a consolarlos, otros que la tierra estaba cerca; y así, daban gracias a Dios, y enderezaban la nave hacia donde volaba la ave.*

*vitque haud dubium felicitatis auspicium. Ingens porro alacritas aut fiducia paulo ante deterritos deque salute desperantes cepit et, quod digna res admiratione visa est, collacrimare prae gaudio omnes, in caelum manus tendere, gratias clementissimo Deo rerum omnium Domino agere: clamare alius, haud quidem terram longe abesse; alius, Sanctum esse Spiritum, qui in illius alitis specie, ut moestos et afflictos solaretur, venire erat dignatus. Quo columba volabat, eo navis ducebatur.*

*tó, por fin, y les trajo señal cierta de salvación. Gran alegría y confianza se apoderó de los que poco antes estaban aterrados y desesperaban de su salvación, y como aquello les pareciere milagro, todos lloraban de placer, alzaban las manos al cielo y daban gracias al Dios clementísimo, señor de todas las cosas. Unos decían que la tierra no podía estar lejos; otros, que era el Espíritu Santo, que se había dignado venir en forma de paloma para consuelo de los tristes y afligidos. Enderezaban la nave hacia donde volaba la paloma.*

Desapareció la paloma, y entristecieron mucho; pero no perdieron esperanza de ver presto tierra.

Ceterum altero die quam eo venerat, columba disparuit. Quantum moeroris metusque et luctus qui in nave erant contraxerint, incredibile est memoratu. Ceterum spe tantum, quae sola comitatur mortales, vitam trahebant moestissimi.

La paloma desapareció al día siguiente de haber llegado. No se puede creer la tristeza, el miedo y el dolor que sintieron quienes iban en la nave. Solamente la esperanza, única compañera de los mortales, sostenía las vidas de aquellos desgraciados.

Y así, luego la mesma Pascua descubrieron la isla Española. Y Cristóbal Zorzo, que guardaba, dixo: "¡Tierra, tierra!", voz que alegra y consuela los mareantes.

Quarto deinde die Cristophorus Zorzus, navis proreta, albicantem terram videt clamitatque se terram conspexisse. Ad eius acclamationem cuncti, velut ex altissimo somno experrecti, omni animi languore pulso, ad proram ubi Zorzus erat, advolant, propriis oculis inspecturi quod tantopere expetiverant. Visa itaque atque terra agnita, oculis lacrimae prae

Al cuarto día, Cristóbal Zorzo, vigía de la nave, vió blanquear una tierra y comenzó a gritar que la había visto. A sus voces, como si despertasen de un profundísimo sueño, cobrado nuevo ánimo, vuelan todos a proa, donde Zorzo estaba, para ver por sus propios ojos lo que tanto habían deseado. Vista, pues, y reconocida la tierra, comenzaron a derra-

laetitia manare coeperunt, gestire omnes, alter alterum amplecti.

mar lágrimas de alegría, a dar saltos de gozo y a abrazarse unos a otros.

Miró el piloto y conoció ser la punta de Samaná.

Franciscus Nignus, nauclerus, affirmabat eam terrarum oram, quae ab omnibus conspiciebatur, Higueram et Samanae esse promontorium.
"Id ni ita est, inquit, caput mihi abscindite et corpus, ut coquatur, in istum cabacum qui in foco est, inicite." Quinterus tamen et pater pertinaciter, ut ea in re animo erant obstinatissimo, verum illud non esse contendebant.

El piloto Francisco Niño afirmaba que aquella costa, que todos contemplaban, era la de las Higueras, y la punta de Samaná.
"Si no es así —decía— cortadme la cabeza, y echad a cocer mi cuerpo en esa caldera que está al fuego."
No obstante, Quintero y su padre, obstinadísimos en aquello, sostenían que no era verdad.

Y dende a tres o cuatro días entraron en Santo Domingo, que tan deseado tenían. Donde ya estaban muchos días las otras cuatro naos.

Ceterum die quarto quam Samana se navigantibus videndam obtulit, optatissimum intrant portum, quem iam pridem quatuor illae navem, quarum supra mentio facta est, tenuerant, quaeque pro perditis ac deploratis Cortesium et ceteros qui in Quinteri navi erant, habuerant.

Sin embargo, al cuarto día de haber sido vista Samaná por los navegantes, entraron en el tan deseado puerto, al que ya habían llegado las cuatro naves de que arriba se hizo mención, y que habían dado por perdidos y lloraban a Cortés y a los demás que iban en la nave de Quintero.

No estaba el gobernador Ovando en la ciudad cuando llegó Cortés a Santo Domingo; mas un secretario suyo, que se llamaba Medina, lo hospedó e informó del estado de la isla y de lo que debía hacer.

Interim dum iaciuntur anchorae rudentibusque navis obfirmatur, Medina, Ovandi secretarius Cortesiique amicus, ut primum accepit Quinteri navem portum ingressam, cymbam intrat amicoque, quem salvum advenisse gaudebat, obviam ire pergit. Salutant sese ambo, dextram dextrae iungunt, mutuo sese amplectentur. Ceterum Medina, post mutuam gratulationem, inter ea quae de insulanorum

Mientras echaban anclas y aseguraban el navío con las amarras, Medina, secretario de Ovando y amigo de Cortés, en cuanto supo la llegada de la nave de Quintero, saltó en un esquife para salir al encuentro del amigo cuya feliz llegada le llenaba de placer. Ambos se saludan, se dan las manos y se abrazan. Luego Medina, tras las mutuas felicitaciones, entre las cosas que refirió de las leyes de indí-

*debellatorumque legibus retulit, illud addit quod Cortesio maxime conducere, ut ipse putabat, videbatur:*

*genas y conquistadores, añadió lo que, según él pensaba, parecía más conveniente para Cortés, a saber:*

*Aconsejóle que avecindase allí, y que le darían una caballería, que es un solar para casa, y ciertas tierras para labrar.*

Ut cum primum ad Sancti Dominici civitatem ad Ozamae fluminis os sitam, ubi et portus erat, e scapha descendisset, civis conscriberetur; namque alioqui neque civis iure, neque debellatoris munere frui licebat. Ceterum si in civium ordinem esset relatus, agrorum partem et in oppido solum, ubi domum facere posset, facile obtenturus, et brevi aliquot Indorum dominus erat futurus. Praeterea Cortesium, transactis quinque annis, quibus vellet nollet in insula, datis etiam vadibus ab ea non discedendi sine praesidis commeatu, manendum erat, sui juris fore. Vendere commutareque omnia arbitratu suo posse et quoquo vellet migrare.

que en cuanto llegara a la ciudad de Santo Domingo, situada a la desembocadura del río Ozamá, donde estaba el puerto, se avecindase, pues, de no hacerlo, no podría gozar de los derechos de vecino ni de los privilegios de conquistador. Además, si se avecindaba, obtendría con facilidad tierras para labrar y un solar donde podría hacer casa, y que pronto sería señor de algunos indios. Por lo demás, pasados cinco años, durante los cuales había de permanecer forzosamente en la isla, dando fiadores de que no saldría de ella sin licencia del gobernador, quedaba Cortés en libertad para vender y cambiar todas sus cosas, e irse adonde le pareciera.

Cortés, que pensaba llegar y cargar de oro, tuvo en poco aquello, diciendo que más quería ir a coger oro. Medina le dixo que lo pensase mejor; ca el hallar oro era dicha y trabajo.

Ad quae Cortesius: "Ego, inquit, nec in hac insula nec in quavis alia huius Novi Orbis esse volo aut spero tantum temporis. Quapropter hic loci haud equidem conditione ista manebo." Moleste tulit id responsum Medina.
Cortesius, ne expectato quidem praesidis adventu, cum his famulis quos ex Hispania secum adduxerat, ad effodiendum aurum, cuius ea insula feracissima est, ire parat.

A esto respondió Cortés: "Yo ni quiero ni espero estar tanto tiempo ni en esta isla ni en ninguna otra de este Nuevo Mundo. Por lo cual no me quedaré aquí con esta condición." A Medina le molestó esta respuesta. Cortés, sin aguardar la llegada del gobernador, se dispone a ir, con los criados que había traído consigo de España, a coger oro, que abunda muchísimo en aquella isla.

Volvió el gobernador, y fué Cortés a besarle las manos, y a darle cuenta de su venida y de las cosas de Estremadura; y quedóse allí por lo que Ovando le dixo.

Aberat Nicolaus Ovandus tunc temporis cum Quinteri navis eo adpulit. Sed ut primum domum redit, Cortesium accersire iubet: eum, ut est de rebus patriis certior factus, civem dixit.

Estaba ausente Nicolás de Ovando cuando llegó la nave de Quintero; pero en cuanto volvió, mandó llamar a Cortés, y después de informado de las cosas de España, le asentó por vecino.

Y dende a poco se fué a la guerra que hacía Diego Velázquez en Aniguayagua, Guacayarima y otras provincias que aun no estaban pacíficas, con el alzamiento de Anacoana, una viuda, grande señora.

Sub id tempus quo ad Hispanam Cortesius venit, pacate aetatem agebant indigenae. Sed haud multo post Baorucani, Aniguiaguani, Higuey et alii populi ab Hispanis desciverunt. Ovandus bellum hostibus, quia imperium detractaverant facturique imperata non essent, indicit: delectum habet militum, exercitum comparat, in hostes movet, pugnat denique atque hostes debellat. Cortesius, rudis antea et ignarus belli, multa in ea pugna et praeclara rei militaris facinora fecit specimenque futurae virtutis dedit. Quo factum est ut iam inde duci carius et inter milites clarus fuerit.

Cuando Cortés llegó a la Española los indios estaban pacíficos; pero de allí a poco los de Baoruco, Aniguayagua, Higuey y otros, se alzaron contra los españoles. Ovando les declaró la guerra, porque habían negado la obediencia, y no habían de hacer ya lo que se les mandaba. Reúne soldados, forma un ejército, marcha sobre el enemigo, lo combate y lo somete. Cortés, sin conocimiento ni práctica de la guerra hasta entonces, llevó a cabo en esta campaña muchos y muy notables hechos de armas, dando ya muestras de cuál iba a ser su valor. Desde entonces fué más querido del jefe, y distinguido entre los soldados.

Dióle Ovando ciertos indios en tierra del Daiguao, y la escribanía del ayuntamiento de Azúa, una villa que fundara, donde vivió Cortés cinco o seis años, y se dió a granjerías.

Partiti de more Indi cum eorum agro inter Hispanos sunt. Cortesio Indi dati sunt, attributus ager qui coli serique possit. Id fuit Cortesio primum virtutis praemium. Ovandus, hoste debellato rebusque in provincia ex voto compositis, exercitum in hiberna dimittit: ipse ovanti similis in civitatem revertitur.

Según era costumbre, los indios con sus tierras fueron repartidos entre los españoles. Fueron entregados indios a Cortés, asignándole un campo que pudiera sembrar y cultivar. Este fué el primer premio al valor de Cortés. Ovando, una vez sometido el enemigo y arregladas las cosas según su deseo, envía el ejército a cuarteles de invierno y regresa triunfante a la ciudad.

Quiso en este medio tiempo pasar a Veragua, que tenía fama de riquísima,

Alphonsus Ojeda et Didacus Nicuesa cum domi ea tempestate bellum deesset, foris

Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa, como entonces no hubiera guerra en la

*con Diego de Nicuesa, y no pudo, por una postema que se le hizo en la corva derecha, la cual le dió la vida, o a lo menos le quitó de muchos trabajos y peligros que pasaron los que allá fueron, según en la historia contamos.*

Envió el almirante don Diego Colón, que gobernaba las Indias, a Diego Velázquez que conquistase a Cuba, el año de once; y dióle la gente, armas y cosas necesarias.

*quaerere decernunt in Cubamque, quae nondum fuerat bello tentata, ire statuunt, auri redimendi praetenta causa. Hi itaque consilio cum amicis communicato, naves tres parant, commeatibus complent et armis, socios sibi ad eam expeditionem deligunt. Erat Cortesius illorum comes iturus, ni apostemate quodam eius femur dextrum ad suram usque eo maxime tempore distentum tetanicumque fuisset. Et quia plures menses is morbus tenuit, ad id belli ire non potuit. Ceterum tantae dignationis Cortesius ob praeclaram virtutem est habitus, ut Ojeda et Nicuesa, omnibus quae bello usui forent paratis, tres ipsum menses in anchoris exspectaverint diesque profectionis sit dilatus.*

Nicolao Ovando, qui optime et sanctissime provinciam administrarat, ab insula discedere iusso, Didacus Columbus, Christophori filius, in demortui patris locum suffectus, successor est a Rege datus. Is cum primum in Hispanam venit et omnia pacata essent, paterni nominis et gloriae haud immemor, animum ad Cubam insulam bello petendam adjecit, tum ut eam insulam, quam pater omnium fere primam repererat, ipse armis, si verbis fieri non posset, domaret, cum ne Hispani otio ac desidia torpescerent. Arma igitur ad id bellum, naves, commeatum,

*isla, resuelven ir a buscarla fuera; y con pretexto de rescatar oro deciden pasar a Cuba, donde hasta entonces no se había hecho entrada.* Consultando el proyecto con los amigos, preparan tres naves, bien provistas de víveres y armas, y escogen los compañeros para la expedición. Cortés debía acompañarles, pero tenía una postema en el muslo derecho, que se extendía hasta la pantorrilla, y mantenía la pierna inflamada e inmóvil. Y como tuvo esta enfermedad muchos meses, no pudo ir a aquella guerra; pero gozaba Cortés de tanto prestigio por su gran valor, que Ojeda y Nicuesa, preparado ya todo para la campaña, le aguardaron anclados tres meses, dilatando el día de la marcha.

Habiendo cesado en el mando de la isla Nicolás de Ovando, que la había gobernado muy acertadamente, el rey designó como sucesor suyo a don Diego Colón, hijo de don Cristóbal y neredero de sus títulos. Apenas llegó don Diego a la Española, como todo estuviese allí pacífico, y él no olvidara el nombre y la gloria de su padre, pensó entrar de guerra en Cuba, tanto para sujetar por las armas, si por razones no fuera posible, aquella isla, que era casi la primera descubierta por su padre, como para evitar que los españoles se enervasen con el

militem comparat; ducem eius expeditionis Didacum Velazquium Cuellarensem creat.

Erat Didacus, ut hoc in loco de eo semel tantum dicamus, veteranus miles, rei militaris gnarus, quippe qui septem et decem annos in Hispana militiam exercitus fuerat, homo probus, opibus, genere et fama clarus, honoris cupidus, pecuniae aliquanto cupidior.

descanso y la ociosidad. Así pues, preparó para aquella expedición armas, naves, víveres y soldados, nombrando por capitán a Diego Velázquez de Cuéllar.

Era Diego, para darle aquí a conocer de una vez, soldado veterano, conocedor en cosas de guerra, pues había servido diecisiete años en la Española, hombre íntegro, distinguido por sus riquezas, linaje y fama, ambicioso de gloria y aún más de dinero.

Fernando Cortés fué a la conquista por oficial del tesorero Miguel de Pasamonte, para tener cuenta con los quintos y hacienda del rey; y aun el mesmo Diego Velázquez se lo rogó, por ser hábil y diligente.

Velazquius igitur pro dux designatus, pro magno habuit negotio Ferdinandum Cortesium, strenuum militem et sibi amicum, cuius a bello Baorucano diligentia, sollertia et virtus nota erat, secum ducere. Ergo Velazquius diu multumque Cortesium rogat; ut secum eat: maria ac montes pollicetur, si operam ad id bellum polliceatur. El quoniam ipse minus aptus bello ob corporis habitudinem erat, socium et ministrum consiliorum omnium adsumit. Cortesius, tum ob amicitiam, qua Velazquio illud septenium quo in insula egerat, obstrictus erat, tum etiam quod bellum, cuius ipse esset cupidissimus, deerat, facile exorari est passus. Ad haec captandarum quoque maiorum rerum ocasionem illam non esse praetermittendam censuit, praesentibus futura meliora sperans.

Nombrado, pues, Velázquez por jefe, consideró muy conveniente llevar consigo a Fernando Cortés, buen soldado, y amigo suyo, cuya diligencia, talento y valor eran conocidos desde la guerra de Baoruco. De modo que Velázquez rogó mucho a Cortés que fuera con él, prometiéndole mares y montes si él le prometía su ayuda en aquella guerra; y porque él mismo era poco apropósito para la guerra por su constitución, hizo a Cortés consultor y ejecutor de todos sus acuerdos. Cortés, tanto por su amistad con Velázquez durante los siete años que había pasado en la isla, como porque no había guerra, a la que era aficionadísimo, se dejó persuadir con facilidad. Además de que pensó que no debía perder tal ocasión de lograr cosas mejores, esperando que las cosas futuras serían mejores que las presentes.

Fuit is annus, quo expeditio haec fieri

Se hizo esta expedición el año de 1511.

*contigit, undecimus post Christum natum millesimusque ac quigentesimus.*

[Tiene la isla en largo leste oeste ciento y cincuenta leguas, y de ancho cuarenta, y boja más de cuatrocientas. (*Historia de las Indias*, ed. B. A. E., p. 172 b)].

[Ha por aledaños de la parte de levante la isla Boriquen, que llaman Sant Joan, y del poniente a Cuba y Jamaica. Al norte las islas de los caníbales, y al sur el cabo de la Vela, que es en Tierra Firme (*ibid.*)].

[En lengua de los naturales de aquella isla se dice Haití y Quizqueia. Haití quiere decir aspereza, y Quizqueia tierra grande. Cristóbal Colón la nombró Española; agora la llaman muchos Santo Domingo, por la ciudad más principal que hay en ella (*ibid.*)].

*Distat Hispana insula, recta a Gadibus navigatione (ut de eius situ ac gentis moribus, antequam Cortesius ab ea digrediatur, aliquid dicamus) milliaria quinque mille, mille ducentas quinquaginta leucas, ut Hispani dicunt. Harum singulae quaternis constant milliaribus. Eius longitudo pasuum sexcenta milia. Latitudo duplo minor. Maxime circa sui medium patet. Ambitus mille fere quingenta milliaria.*

*Ab ortu Boriquenam insulam, quam nostri Sancti Ioannis appellant, habet. Ab occasu Cubam et Iamaicam. Qua boream spectat, insulae sunt cognomento Canibalum. Qua austro obversa est, mari Veneto alluitur; a Venetiola, quae continens est, in qua Macaibus lacus visendae magnitudinis, appellari placuit. Eam insulam Haity vocant indigenae. Cristophorus Columbus, de cuius origine, vita et gestis abunde alibi diximus, Hispanam nuncupavit. Nunc Sancti Dominici vulgo dicitur, ab urbe eiusdem nominis, totius insulae metropoli.*

*Cuius, cum haec commentaremur, erat episcopus Alphonsus Fuenmayor, vir doctissimus atque integerrimus.*

Dista la Española de Cádiz en línea recta (para decir algo de su situación y de las costumbres de sus naturales antes de que salga Cortés de ella), cinco mil millas, o mil doscientas cincuenta leguas, como dicen los españoles: cada legua tiene cuatro millas. Tiene la isla de largo seiscientas millas, y de ancho la mitad. Hacia el medio es donde más se extiende. Boja casi mil quinientas millas.

Tiene al levante la isla Boriquen, que los nuestros llaman San Juan, y al poniente Cuba y Jamaica. Al norte las islas que llaman de los Caníbales, y al sur el mar Véneto, así llamado de Venezuela, que es el continente donde está el lago de Maracaibo.
Los naturales llaman a esta isla Haití. Cristóbal Colón, de cuyo linaje, vida y hechos hemos hablado extensamente en otro lugar, la nombró Española. Ahora la llaman Santo Domingo, por la ciudad del mismo nombre, capital de toda la isla.

De la cual era obispo cuando esto escribíamos, Alonso de Fuenmayor, varón doctísimo e integérrimo.

| | | |
|---|---|---|
| | In ea omnium finitimarum insularum conventus: emporium celeberrimum. | Esta isla es el centro y el emporio más célebre de todas las vecinas. |
| [Hay en ella muchos y buenos puertos, grandes y provechosos ríos, como son Hatibanico, Yuna, Ozamá, Neiva, Nizao, Nigua, Hayna y Yaques, el que por sí entra en la mar; hay otros menores, como son Macorix, Cibao y Cotuy. Dellos, el primero es rico de pescado, y los otros de oro *(ibid.)*]. | Fluvii in ea insula maximi, Ozama, Neiva, Nizaus, Yuna, Macorix, Cotuyus, Zibaus, quorum duo postremi auro nobilissimi. | Los ríos más importantes de la isla son el Ozamá, Neiva, Nizao, Yuna, Macorix, Cotuy y Cibao; los dos últimos muy ricos en oro. |
| [Son estos isleños de color castaño claro, que parecen tiriciados *(ibid.)*]. | Gentis color subfuscus. | El color de la gente es cetrino. |
| [Dicho he cómo se andan desnudos con el calor y buena templanza de la tierra (p. 173 b)]. | Aeris tanta temperies, ut nudi fere agitent, serica tantum induti chlamyde nativi coloris, ad media crura demissa nodoque humeris collecta. Culponcas (aliter, lineas soleas) pedibus inducunt: nullum capiti tegumentum. | La templanza del clima es tal que andan casi desnudos, cubiertos tan sólo con una manta de algodón de color natural, que anudan sobre el hombro y baja hasta media pierna.<br>Llevan en los pies *culponcas* o sandalias de lino; la cabeza descubierta. |
| [Ellos y ellas son lampiños, y aun dicen que por arte; pero todos crían cabello largo, liso y negro (p. 172 b)]. | Comam promittunt: barbam deglabrant. | Llevan cabello largo y se arrancan la barba. |
| [Venían también las mujeres con semejantes sonajas, mas desnudas si eran vírgenes, y sin pintura ninguna; si casadas, con solamente unas como bragas (p. 173 b)]. | Feminae, si nuptae, ab umbilico crus usque pudenda obtegunt: si virgines, nihil obtegunt. | Las mujeres, si son casadas, cubren desde el ombligo hasta las piernas las partes pudendas; si son vírgenes van desnudas. |
| [Facilísimamente se juntan con las mujeres, y aun como cuervos o víboras, y peor; dejando aparte que son grandísimos sodométicos, holgazanes, mentirosos, ingratos, mudables y ruines (ibid.)]. | Facilis cum feminis virorum congressus. Libidini supra quam dici possit deditissimi, paedicones, cinaedi. | Fácilmente se juntan los hombres con las mujeres, y son muy dados al placer sexual; son disolutos y homosexuales. |

*[Casa cada uno con cuantas quiere o puede; y el cacique Behechio tenía treinta mujeres; una empero es la principal y legítima para las herencias (ibid.)].*

[No guardan más parentesco de con padre, hija y hermana, y esto por temor; ca tenían por cierto que quien las tomaba moría de mala muerte (*ibid.*)].

[Estando parida y criando es pecado dormir con ella (*ibid.*)].

[Areito es como la zambra de moros, que bailan cantando romances en alabanza de sus ídolos y de sus reyes, y en memoria de victorias y acaecimientos notables y antiguos; que no tienen otras historias (p. 174 a)].

[El principal dios que los de aquesta isla tienen es el diablo, que lo pintan en cada cabo como se les aparece, y apareceseles muchas veces, y aun les habla (p. 172 b)].

*Unicam tantum uxorem vulgo ducere: rex, dynasta, dives, quotquot alere potest, modo una ceteris dignitate praestet.*

Matrem, filiam aut sororem numquam ducere. Persuasum habuit natio illa, qui cum filia, matre aut sorore congrederetur, infelicissimae mortis exitum subiturum.

Cum coniuge, si uterum gestet vel lactet, cubare piaculum maximum.

Urbes frequentes: domicilia ex pluteis cratibusque, in pyri aut testudinis speciem. Lecti pensiles. Obsonia condiunt, convivia celebrant. Aqua potus: inebriari tamen crebro, non quidem vino, quo carent, sed quod magis mireris, fumo.

Choreas ducunt, cantilenam accinunt, *areitum* ipsi dicunt, deorum virorumque illustrium facta complexim. Nulla alia rerum monumenta quam quae in areito: quo nihil illis antiquius. Id liberis ad vitae institutionem parentes per manus tradere, ut voce tantum, quando litterarum nullus esset usus, referrent.

Maxima circa deos religio et cultus; daemonem (*Zemi* appellant indigenae) deorum maximum et credere et colere: ab eo uno omnia prospera aut adversa sperare. Illius immane atque horrendum simulacrum ubique locorum depingi.

*La gente vulgar sólo toma una mujer; el rey, los señores y los ricos, cuantas pueden mantener, con tal que una sea superior a las demás en dignidad.*

No casan nunca con madre, hija ni hermana. Tenían por cierto que quien con ellas se uniera, moría de mala muerte.

Es pecado muy grave dormir con la mujer cuando está embarazada o criando.

Las ciudades son numerosas. Las casas son de maderos y zarzos, en forma cónica o abovedada. Los lechos son colgantes. Guisan sus alimentos y celebran banquetes. Beben agua, pero se emborrachan con frecuencia, no con vino, que no tienen, sino lo que es más de admirar, con humo.

Tienen bailes y cantares, que llaman areitos, en honor de sus dioses y varones ilustres. No tienen otros vestigios del pasado que los areitos, pues nada hay más antiguo para ellos. Estos pasan de padres a hijos, para servir de ejemplo, siendo relatados tan sólo de palabra, pues ignoraban el uso de las letras.

Tenían gran devoción y reverencia a sus dioses; creen en el demonio y lo adoran como dios principal; de él sólo esperan todas las cosas buenas o malas. Pintan en todas partes su imagen descomunal y horrenda.

[Ya podéis pensar qué tales eran los sacerdotes del diablo, a los cuales llaman bohitis (p. 173 a)].
[Tienen grande autoridad por ser médicos y adevinos (*ibid.*)].

Eius sacerdotes *Buhiti* dicuntur atque ab ipso etiam daemone *Zemii*. Penes hos omnis augurandi atque medendi scientia et auctoritas.

Sus sacerdotes se llaman bohitis, y también zemíes, del nombre del mismo demonio. Tienen la autoridad y la ciencia de la medicina y la adivinación.

In bello hasta, ense, veruto, funda, gossipino thorace, sagitta et arcu, quo potissimum valent, utuntur. Quos bello capiunt vivos, mactant et comedunt.

En la guerra emplean picas, espadas, dardos, hondas, petos de algodón, flechas y arcos, que manejan de preferencia. A los que capturan vivos en la guerra los matan y los comen.

[No tienen letras, ni peso, ni moneda, aunque había mucho oro y plata y otros metales, ni conocían el hierro, que con pedernal cortaban (p. 174 a)].
[En lugar de trigo comen maíz, que parece algo al panizo (*ibid.*)].

Argenti aurive usus im omnifaria metallorum copia, nullus. Pyrita (idem est silex) ad quamcumque rem scindendam utuntur.
Cereris loco, maizo, cazabo et batavis vesci; vesci et axi probatissima specie.

Teniendo tanta abundancia de metales, no conocen el uso del oro ni de la plata. Usan el pedernal para partir cualquier cosa.
En lugar de trigo comen maíz, cazabe y batatas, como también una excelente especie de ají.

[No había en esta isla animales de tierra con cuatro pies (p. 176 b)].

Equis, asinis, bove et ove tellus ea, ubertate alioqui beatissima, carebat.

Aquella tierra, tan fértil en otras cosas, carecía de caballos, asnos, toros y carneros.

Auro gens abundantissima, sed quo frui nesciret. Flumina, rivuli, lacus, ramenta auri habent. Inter saxa, inter glebas, aureas pilas temere iacentes incredibili magnitudine reperiri, trium millia aureorum valore. Ridicula rerum permutatio: tum auri contemptu, cum desiderio earum rerum quae commercio parantur.

Tienen gran abundacia de oro; pero no saben aprovecharlo. Hay pepitas de oro en ríos, arroyos y lagos; y entre las piedras o en los campos se han encontrado granos de oro de increíble magnitud, que valen tres mil castellanos. Eran ridículos los cambios que hacían, o porque despreciaran el oro o por deseo de aquellas cosas que no tenían.

Navigabant parvis navigiis uniligneis: *canoas* Indi, Latini lintrum dicunt.

Navegaban en pequeñas embarcaciones de un solo tronco, que los indios llaman canoas.

[Entierran con los hombres, especial con

Solo corpora sepeliri. Cum regibus, quos

Entierran a los muertos en el suelo. Con

*señores, algunas de sus más queridas mujeres, o las más hermosas, ca es gran honra y favor (p. 173 b)].*

[De todas sus leyes ésta es la más notable, que por cualquiera hurto empalaban al ladrón *(ibid.)*].

*caciques vocant, cum dynastis omnia quae fuerant vivis cara, et ex uxoribus singulae binaeve, quae omnium maxime a viris essent dilectae, sepeliebantur. Dari id vulgo felicitati et honori.*

Ex legibus, quibus ea gens usa dicitur, illa in primis memorabilis, quod fur vel primo vel minimo quoque furto, vivus palo figebatur.

Ceterum Hispanorum commercio omnia in melius mutari contigit, praeterquam ex tot mortalium millibus qui insulam incolebant, vix unus aut alter superstes.

Velazquius igitur, paucis diebus quam est ab Hispana profectus, Cubam venit; quam multo breviori temporis intervallo quam speraverat, in ditionem redegit, cum commercio et suasione, tum bello.

Quot praeliis, quanto temporis spatio, qua industria quibusve artibus sit tandem Cuba a Velazquio debellata, haud est nostri instituti dicere. Sat erit quae ad Ferdinandum Cortesium attinent commemorare.

Itaque Cortesius postquam in Cubam cum Velazquio venit, nihil antiquius ducere quam modis omnibus gratissimum esse duci. In bello adeo se strenue gerere, ut sollertissimus omnium paucis tempestatibus factus sit. In operibus, in agmine, ad vigilias quoque multus esse. Interim

*los reyes, que llaman caciques, y con los señores, enterraban cuantas cosas habían apreciado en vida, y una o dos de sus esposas, las preferidas. Esto era tenido por el vulgo como felicidad y honra.*

Entre las leyes que se dice tenía aquella gente, la más notable es que al ladrón, aunque el hurto fuera por primera vez y sin importancia, lo empalaban. Por lo demás, con el trato de los españoles todas las cosas han mejorado, salvo que de tantos millares de personas que poblaban la isla, apenas si queda vivo uno que otro.

Así pues, Velázquez, a los pocos días de salido de la Española, llegó a Cuba, a la que sometió en mucho menos tiempo de lo que había esperado, en parte con negociaciones y en parte combatiendo.

No nos proponemos referir los encuentros, el tiempo, la diligencia y las estratagemas que necesitó Velázquez para conquistar Cuba. Bastará con decir las cosas que tienen relación con Fernando Cortés.

Luego que éste vino a Cuba con Velázquez, a nada atendió tanto como a granjearse por todos los medios la voluntad del jefe. En la guerra demostró tanto esfuerzo, que en poco tiempo se convirtió en el más experto de todos. Se multiplicaba en las maniobras, marchas y

En la repartición que hizo Diego Velázquez después de conquistada la isla, dió a Cortés los indios de Manicarao, en compañía de su cuñado Joan Xuárez.
Vivió Cortés en Santiago de Barucoa, que fué la primera población de aquella isla. Crió vacas, ovejas e yeguas; y así, fué el primero que tuvo allí hato y cabaña. Sacó gran cantidad de oro con sus indios, y en breve llegó a ser rico, y puso dos mil castellanos en compañía de Andrés de Duero, que trataba.
Tuvo gracia y autoridad con Diego Velázquez para despachar negocios y entender en edificios, como fueron la casa de la fundición y un hospital.

Llevó a Cuba Juan Xuárez, natural de Granada, tres o cuatro hermanas suyas, y a su madre, que habían ido a Santo Domingo con la virreina doña María de Toledo, el año de nueve, con pensamiento de casarse allá con hombres ricos, ca ellas eran pobres; y aun la una dellas, que

praeterea nullius famam, quod ambitio prava solet, laedere. Tantummodo neminem aut manu aut consilio priorem pati: plerosque antevenire quoque. Quibus artibus brevi est factus militibus carus, duci vero carissimus.

Velazquius ergo, cognita notaque Cortesii virtute, idoneum illum esse iudicat per quem negotia omnia transigi possint. Participem consiliorum secretorumque omnium, quod antea promisserat, facit. In amicis primo loco habet. Res omnes arduas difficilesque per Cortesium, quem in dies magis magisque amplectebatur, agit.

guardias. Nunca perjudicó la fama de los demás, como suele hacerlo una baja ambición; pero tampoco consintió que nadie se le adelantara o en el consejo o en la ejecución: más bien era él quien se adelantaba a muchos. Por estos medios fué pronto querido de los soldados, y queridísimo del jefe.

Conocidos y hechos públicos por Velázquez los méritos de Cortés, le juzga capaz para despachar toda clase de negocios. Le hace partícipe de todos sus planes y secretos, según le había prometido. Ocupa el primer puesto entre sus amigos. Todas las cosas arduas y difíciles las despacha por medio de Cortés, a quien cada día estima más.

*había nombre Catalina, solía decir muy de veras cómo tenía de ser gran señora, o que lo soñase, o que se lo dixese algún astrólogo, aunque diz que su madre sabía muchas cosas.*

Eran las Xuárez bonicas; por lo cual, y por haber allí pocas españolas, las festejaban muchos, y Cortés a la Catalina; y en fin se casó con ella, aunque primero tuvo sobre ello algunas pendencias y estuvo preso; ca no la quería él por su mujer, y ella le demandaba la palabra. Diego Velázquez favorecíala por amor de otra su hermana, que tenía ruin fama; y aun él era demasiado mujeril.

Acusábanle Baltasar Bermúdez, Juan Xuárez, dos Antonios Velázquez y un Villegas para que se casase con ella; y como le querían mal, dixeron muchos males dél a Diego Velázquez acerca de los negocios que le encargaba, y que trataba con algunas personas cosas nuevas en secreto. Lo cual, aunque no era verdad, llevaba color della; porque muchos iban a su casa, y se quejaban del Diego Velázquez, porque, o no les daba repartimiento de indios, o se lo diera pequeño.

Ex eo ducis favore et gratia, magna Cortesio invidia est orta. Fuere ea tempestate in exercitu nostro multi Hispani nobiles novique homines, factiosi, magis apud ducem clari quam honesti. Hi Cortesium, quam maxime poterant, invisum suspectumque Velazquio reddere conabantur: praecipue tamen duo Antonii Velazquii et Balthasar Bermudus, duci in primis carissimi, Cortesio autem, ob dignationis et auctoritatis aemulationem, adversi infestique. Hi aegre ferentes Cortesium sibi in rerum administratione antehabitum esse, ut primum premendi inimici tempus sunt nacti, ad Velazquium deferunt, falsum criminem obiectant, res novare Cortesium velle criminantur, negotia maligne agere, mandata fide non

Se despertó gran envidia contra Cortés por estos favores del jefe. Había por entonces en nuestro ejército muchos nobles españoles, y gente aventurera, turbulenta, validos de Velázquez más que honrados. Estos intentaban por todos los medios que Velázquez sospechara de Cortés. Quienes más le acusaban eran dos Antonios Velázquez y Baltasar Bermúdez, muy amigos del gobernador, pero contrarios y enemigos de Cortés por celos del favor y autoridad que gozaba. Llevando a mal que Cortés fuese preferido a ellos en la administración de los negocios, a la primera ocasión que vieron de atacar al enemigo, van a Velázquez acusándole de un delito falso, de que quería sublevarse y de que manejaba

Diego Velázquez creyó esto, con el enojo que dél tenía porque no se casaba con la Catalina Xuárez, y le trató mal de palabra en presencia de muchos, y aun lo echó preso.

bona exsequi. Amici sane fideles, sed moleste seduli omnia turbant, dum odio suo amicitiae et pietatis speciem praeferentes, innoxium ac bene de duce meritum opprimere laborant.

Velazquius, vir alioqui optimus, audire primum ea; postremo, quod invidorum obtrectatorumque criminationibus eius aures adapertae sunt, credere coepit. Saepe quod falso semel creditur, veri vicem obtinet; regibus, ducibus atque potentioribus, quibus aliena virtus semper est formidolosa, boni quam mali suspectiores sunt. Ita se mores habent.

Velazquius itaque, ira simul et odio stimulatus, inimicorum verba ante Cortesii facta ponit, propalam carpit, abs se submovet, submotum capi iubet, captum victumque arcis custodi asservandum tradit. Valde namque timebat ne si quis novus in exercitu motus oriretur, Cortesius ab hispanis militibus dux consalutaretur. Compertum habebat Hispanorum primores noctu in Cortesii casam, ut in se conspirarent, frequentes coivisse. Querebantur illi quod Velazquius non praedam solum quam ex hoste viri fortes tulissent, sed agrum quoque et Indos ipsos sibi suisque tantum amicis et clientibus

torcidamente los negocios, ejecutando sus mandatos de mala fe. Amigos fieles, sin duda, pero demasiado oficiosos, lo echaron todo a perder, pues encubriendo su odio bajo capa de amistad y respeto, tratan de hacer daño al inocente que tanto bien había merecido de su jefe.

Velázquez, que por otro lado era excelente persona, primero les dió oídos; y por fin comenzó a darles crédito, una vez prestada atención a las acusaciones de envidiosos y calumniadores. Con frecuencia ocurre que una vez creída la mentira pasa a ocupar el puesto de la verdad; y que a reyes, capitanes y poderosos se hacen más sospechosos los buenos que los malos, pues siempre temen la virtud ajena. Así anda el mundo.

Velázquez, pues, llevado de ira y odio al mismo tiempo, dió más crédito a las palabras de los enemigos que a los hechos de Cortés, le censuró en público, le apartó de sí, luego mandó prenderle, y una vez preso lo entregó al alcalde de la fortaleza.

Hacía esto por temor de que si se producía en el ejército algún desorden, los soldados proclamarían general a Cortés. Sabía que en la casa de Cortés se reunían por la noche muchos españoles principales para conspirar contra él. Se quejaban de que Velázquez, haciendo caso omiso de los valientes y nobles, repartía para

*daret, nulla virorum fortium aut nobilium ratione habita.*

Eum motum Cortesius facile auctoritate sua pressit. Coniurationis auctores leniter verbis increpitos eo rationibus adduxit, ut et eos coepti paeniterent et in officio esse non detrectarent. Sicque Velazquium ab iniuria prohibuit.

*sí y para algunos amigos y paniaguados, no sólo el botín tomado al enemigo, sino también las tierras y los indios.*

Cortés calmó fácilmente aquella agitación gracias a su autoridad; y reprendiendo con palabras suaves a los autores de la conjuración, consiguió que se arrepintiesen de su intento y que no abandonaran sus puestos. Así evitó todo daño a Velázquez.

Cortés, que se vió en el cepo, temió algún proceso con testigos falsos, como suele acontecer en aquellas partes.

Cortesius igitur, ut supra dictum est, in arce adservari iussus, in omnem evadendi occasionem erat intentus. Timere ducis iram, non quidem facti conscientia, sed malevolentissimorum quorundam hominum odio. Pedorem situmque carceris exhorrescere, vincula molestissime ferre. Ergo cum his animi curis ac sollicitudinibus angeretur, ferream catenam et nervum, quibus erat adstrictus, noctu abrumpere tentat. Nervum, tametsi difficulter, fusticulo tamen quem ad id ipsum paraverat, obrumpit: catenam facile exuit. At ferreum pestillum cum serra effringeretur, perstrepuit. Ruptis itaque vinculis, sudem, qui praeter parietem erat, arripit; ad lectum ubi arcis custos iacebat, citato gradu tendit, ne si antequam eo ipse veniret, clamaret, vel si clamare pergeret, sude caput tunderet. Sed Christophorus Lagus (id nomen arcis praesidi fuit) vel venientem Cortesium non sensit, vel si sensit, belle dissimulavit;

Una vez enviado a la fortaleza, como queda dicho, espiaba Cortés cualquier ocasión de evadirse. Temía la cólera del gobernador, no porque le acusase la conciencia, sino por la mala voluntad de algunos que le querían muy mal. Le repugnaban el aspecto y la suciedad de la cárcel, y le incomodaban mucho las cadenas. Incomodado, pues, por estas inquietudes y molestias, intenta romper por la noche la cadena de hierro y el cepo con que estaba sujeto. Por fin logra, aunque con dificultad, romper el cepo por medio de un palito que había preparado para este efecto, y sale con facilidad de la cadena; pero al limar el cerrojo hizo ruido. Rotas así sus amarras, echa mano a una estaca que estaba junto a la pared, y se dirige rápidamente hacia el lecho donde dormía el alcaide, para darle un estacazo en la cabeza si antes de que él llegara diese voces, o si intentara gritar. Pero Cristóbal de Lago —que

nam ne mutire quidem est ausus.

Quebró el pestillo del candado del cepo, tomó la espada y rodela del alcaide, abrió una ventana, descolgóse por ella, y fuése a la iglesia.

Eius Cortesius gladium peltamque, quae ad lecti caput pendebat, capit. Hanc brachio, illum cinctui adaptat, rectaque ad effringendam fenestellam quamdam it: ea effracta, pendulum deorsum se mittit. Ceterum primum omnium ad carcerem, ubi amici et commilitones, qui eius partes sequi dicebantur, vincti erant, tendit. Quibus consalutatis et in spem brevi e carcere liberandi erectis iussisque ne sine ducis iussu e loco abirent, in oppidi templum confugit.

Diego Velázquez riñó a Cristóbal de Lagos diciendo que soltara a Cortés por dineros y soborno.

Christophorus vero arcis custos, cum primum Cortesium abisse novit, milites, qui arci praesidio, ne Cortesio elabendi locus tempusve daretur, locati erant, compellat; negligentiae eos ac proditionis taxat, omnia tumultu, vociferatione atque minis complet atque interturbat.

Ad Velazquium denique it nuntiaturus quae acta erant. Valde enim sibi timebat, ne negligentiae vel, quod peius gravisque erat, proditionis accusaretur, quando fieri non poterat quin ipse Cortesium, qui in eodem cubiculo erat compeditus in quo et ipse cubabat, catenam fenestramque effringentem non senserit. Christophorus Lagus, si verum fateri volumus, metu, non amicitia, ut falso quidam pu-

así se llamaba el alcaide—, o no sintió venir a Cortés, o, si lo sintió, disimuló bonitamente, pues no se atrevió a abrir la boca.

Cortés tomó la espada y rodela que estaban colgadas a la cabecera del alcaide, y ceñida una y embrazada otra, rompió una ventanilla y descolgóse por ella. Antes de nada se dirigió a la cárcel donde estaban presos los amigos y compañeros que eran considerados partidarios suyos. Después de saludarles, alentándoles con la esperanza de que pronto estarían libres de la cárcel, pero ordenándoles que no saliesen sin mandato del gobernador, se acogió a la iglesia.

El alcaide Cristóbal, en cuanto supo que Cortés se había fugado, juntó a los soldados encargados de custodiar la fortaleza para impedir la fuga de Cortés, acusándoles de negligencia y de traición y llenando todo de gritos, alboroto y amenazas.

Al fin marchó a dar parte a Velázquez de lo sucedido, temiendo verse acusado de negligencia, o, lo que era peor y más grave, de traición; pues no era posible que estando Cortés preso en el mismo aposento en que él dormía, no le hubiera sentido romper la cadena y la ventana. Si hemos de decir verdad, Cristóbal de Lagos fingió no sentir nada, por miedo, y no por amistad, como algunos pien-

*tant, se nihil sentire finxit. Velazquius, eo nuntio expergefactus, praeter aequum et bonum commotus. Cortesium conquiri iubet.*

*san equivocadamente. Velázquez, despertado por aquel aviso, y alterado más de lo debido, da orden de buscar a Cortés.*

Y procuró de sacarlo por engaño de sagrado, y aun por fuerza; mas Cortés entendía las palabras y resistía la fuerza.

Ceterum ubi comperit eum in ecclesia esse, conatus est verbis primum, deinde vi e loco sacro illum abstrahere. Verum cum id parum procederet, quod Cortesius se atque sacras aedeis fortissime tutaretur, praesidio templum munit.

Cuando supo que estaba en la iglesia, quiso sacarlo de sagrado, primero con palabras y después por fuerza; pero con esto poco consiguió, porque Cortés defendía con fuerza su persona y el sagrado, y puso guardia al templo.

Experiri interea Velazquius quonam pacto de Cortesio poenas sumat. Molestissime atque impatientissime ferebat, tum carcerem Cortesium effugisse, tum e sacro loco exire et coram se ad templi fores inambulare. Namque existimabat (quod et Bermudus Antoniique et ceteri invidi affirmabant) id in sui contumeliam et contemptum fieri.

Velázquez piensa por qué medio podría castigar a Cortés. Le incomodaba y le impacientaba mucho tanto el que Cortés hubiera huído de la cárcel como que se atreviera a salir de sagrado paseando ante su vista delante de las puertas de la iglesia. Porque pensaba que Cortés hacía esto para ofenderle y despreciarle, según afirmaban Bermúdez, los Antonios y demás envidiosos.

Empero descuidóse un día, y cogiéronle paseando delante de la puerta de la iglesia, Juan Escudero, alguacil, y otros, y metiéronle en una nave so sota.

Ceterum cum in dies magis animus accenderetur, quod Cortesium capi posse sine dolo diffideret, insidias illi parat, et quam occultius potest, per posticum a Cortesio aversum, templum milite occupat, iubetque ut dum Cortesius ante templi ianuam incederet, incautum illum nihilque tale suspicantem, repente invaderent, caperent, captum diligentissime custodirent.

Creciendo cada día más su irritación, y desconfiando de poder prender a Cortés sin engaño, le preparó una emboscada. Con todo singilo hace entrar soldados en el templo por una puerta trasera y les manda que cuando Cortés estuviera descuidado y sin sospecha paseando por delante de la puerta, salieran de repente, lo prendiesen, y una vez preso lo custodiasen con toda diligencia.

Id cogitatione ipsa atque expectatione celerius fit. Nam deambulantem et inermem officialis praefecti (Joannes Scude-

Esto se hizo antes de lo que esperaba. Porque fué acometido por Juan Escudero, alguacil, y antes que Cortés pudiera des-

rus), quem nos alguacirum dicimus, aggreditur; et antequam sese Cortesius expedire posset, prehendit, prehensum arctissime tenet. Cortesius autem non ignarus spem omnem elabendi in viribus sitam esse, luctari coepit cum illo conatusque est de manibus, antequam adessent milites, delabi. Hominem itaque vi, arte et technis, quantus erat, in templum agit. Tamen cum ad ianuae limen ventum est, offendit milites, qui auxilium laturi officiali venerant, a quibus est et templum ingredi prohibitus, et ad ducem, religatis post terga manibus, ductus. Velazquius maiore quam decebat ira simul et odio exasperatus, in navim eum tradi victumque asservari iubet; milites praesidio in nave, ne inde effugere posset, locat.

asirse de él, le prendió y le mantuvo estrechamente sujeto. Conociendo Cortés que toda esperanza de fugarse estaba en la fuerza, comenzó a luchar con el alguacil, intentando soltarse de sus brazos antes de que los soldados acudiesen, y con cuanto vigor y destreza podía le iba llevando hacia la iglesia. Pero cuando ya llegaban al umbral de la puerta, se encontró con los soldados que venían en auxilio del alguacil, quienes le impidieron la entrada a la iglesia, y le llevaron a presencia del gobernador con las manos atadas a la espalda. Velázquez, exasperado por la ira y el odio más de lo que convenía, manda que lo lleven a un navío y lo tengan allí preso; coloca soldados de guardia en el barco para que no se pueda escapar.

Entonces favorecían muchos a Cortés, sintiendo pasión en el gobernador.

Plerique etiam Hispani, quos ab eandem causam invisos habebat, ad navem sunt rapti. Ita pleraque mortalium habentur.

También son conducidos al navío otros muchos españoles que no le eran gratos por la misma causa: así andan las cosas de los hombres.

Cortés, como se vió en la nave, desconfió de su libertad, y tuvo por cierto que lo enviarían a Santo Domingo o a España.

Accedunt Cortesio iam inde maioris sollicitudinis curae. Multa animo volvere, experiri cuncta, nervum subinde catenasque intueri ac pertentare.
Tentandae tandem fortunae omnemque, ut dicitur, iaciendi aleam consilium capit, quando eo ventum esset ubi magnum fortunae vitaeque discrimen subeundum erat. Multi quoque Hispani, quorum studium atque indignatio Velazquio erat

Con esto se aumentaron los cuidados de Cortés, quien, revolviendo muchas ideas en su ánimo, las experimentaba todas, mirando y tentando de continuo la cadena y el cepo.
Tomó la decisión de tentar la suerte, jugándolo todo, como dicen, a una carta, pues estaba en un trance del que dependían su fortuna y su vida. Estaban en igual peligro otros muchos españoles,

*molestissima, in eodem periculo versabantur.*

*por cuya afición a Cortés Velázquez estaba muy molesto.*

*Probó muchas veces a sacar el pie de la cadena, y tanto hizo que lo sacó, aunque con grandísimo dolor.*

*Cortesius igitur catenis de nocte adeo silenter pedes eximebat, ut ne ab accubante amico, qui in eandem navem missus fuerat, audiretur. Quod cum ille intellexit, illacrimari coepit vicem suam questus; vel quod timeret vel quod doleret. Rogare hominem Cortesius per divos divasque omnes, ne quis eius rei conscius esset: solari praeterea spemque brevi illinc abeundi ostendere. Nec multo post, qui cum Cortesio erat, alio abducitur. Nihil optatius nihilque oportunius contingere potuit Cortesio, qui nocte ipsa eius diei quo solus mansit, vestem cum famulo commutat, organum pneumaticum quo ad superius navis tectum scanderet, demolitur; ascendit ac priusquam exeat, caput eximit, oculis omnia lustrat, cunctos intentus intuetur, ad focum accedit, ut nautas et eos, quibus se observandi cura fuerat demandata, falleret. Illi tametsi Cortesium sunt intuiti, quod famuli vestes erat indutus, non tamen cognoverunt. Ergo Cortesius, cum ex sententia omnia caderent, velut aliud agens, per navis latus se ad scapham infert; funem, quo erat navi ligata, dissolvit, remum manu capit, ad alteram navim, quae in eodem portu erat, scapham adplicat: ad eam ut pervenit, funem etiam, quo ad navim sua scapha revinciebatur, solvit,*

Cortés sacaba de noche los pies de la cadena silenciosamente, para no ser oído de un amigo que dormía preso en el mismo barco. Pero como lo llegó a entender, comenzó a llorar quejándose de su suerte, fuese por temor o por pena. Cortés le rogaba por todos los santos y santas del cielo que no se diese por enterado de aquello, y además le consolaba con la esperanza de que pronto podría salir de allí. Y no mucho después el que estaba con Cortés fué trasladado a otra parte. Nada podía ocurrrir que Cortés deseara más, ni más oportuno para él, y la noche misma del día en que quedó solo, cambió los vestidos con su criado, y para poder trepar a la cubierta desbarató la bomba. Ya arriba, y antes de salir, saca la cabeza, registra todo con la vista, mirando atentamente, y se acerca al fuego para descuidar a los marineros y a sus guardianes. Estos, aunque le vieron, no pudieron conocerle porque iba vestido con las ropas del criado. Cortés, viendo que todo le salía según sus deseos, como si hiciera otra cosa, por el costado de la nave pasó al esquife; soltó la cuerda con que estaba amarrado al navío, tomó el remo en la mano y se fué hacia otro barco que estaba en el mismo puerto. Llegado hasta él, soltó también la

*Trocó luego aquella mesma noche sus vestidos con el mozo que lo servía; salió por la bomba sin ser sentido.*

*Colóse de presto por un lado del navío al esquife, y fuése con él; mas porque no le siguiesen, soltó el barco de otro navío que allí junto estaba.*

Era tanta la corriente de Macaguanigua, río de Barucoa, que no pudo entrar con el esquife, como remaba solo y cansado, ni aun supo tomar tierra, temiendo ahogarse si trabucaba el barco. Desnudóse y atóse con un tocador sobre la cabeza ciertas escrituras que tenía, como escribano de ayuntamiento y oficial del tesorero, y que hacían contra Diego Velázquez; echóse a la mar, y salió nadando a tierra.

Fué a su casa, habló a Juan Xuárez, y metióse otra vez en la iglesia con armas.

ut ea maris fluctibus agitata longius subtraheretur; ne, si conspectus esset, capi in fuga posset.

Eremigans denique ad os Macaguaniguae fluvii, qui Barucoam urbem interfluit, applicat. Ceterum iam portum ingressurum, undae refluxusque maris simul et fluminis retro propellunt. Nec ob id animum Cortesius despondit, verum multo enixius scapham flumen versus impellit terramque capit. Vix hoc periculum evaserat, cum alterum non minus formidandum, a quo maxime cavendum erat, Cortesio imminet.

Excubabant in statione milites et nautae. Ipse itaque, ne ab excubiis caperetur, paululum a via publica divertit: tantisper conquiescit quo animum viresque recipit. Deinde per diverticula quaedam, quo facilius excubitores falleret, ad Ioannis Xuaris, clientis sui, domum venit. Ibi ensem, peltam et thoracem capit.

Inde digressus, ad amicos, qui in carcere ipsius causa vincti tenebantur, contendit. Quibus consalutatis et in meliorem spem confirmatis bonoque animo esse iussis, in aedeis sacras se tandem contulit: eas quantum potuit, munit. Vix dies illucescerat cum magister navis quam Cortesius effugerat, in templum confugit. Cortesius eum in sacrarium, locum tutissimum ac munitissimum quem ipse occupaverat,

cuerda con que estaba amarrado su esquife, para que se lo llevaran las olas, y para no poder ser alcanzado en su fuga si fuera descubierto.

Se dirige remando hacia la boca del río Macaguanigua, que pasa por Barucoa; pero cuando iba a desembarcar, las olas y el reflujo del mar, junto con la corriente del río, le apartaban de la orilla. No por esto perdió ánimo Cortés, sino que impulsando con mucho más vigor el esquife, logró salir a tierra. Apenas había escapado de este peligro cuando se vió amenazado por otro no menos temible, y que debía sobre todo evitar.

Estaban allí acampados soldados y marineros, y para no caer en manos de los centinelas tuvo que apartarse algo del camino real. Descansó un ratito hasta recobrar ánimo y fuerzas, y luego, tomando ciertas veredas para mejor escapar a los centinelas, llegó a casa de Juan Juárez, pariente suyo, donde se proveyó de espada, broquel y coraza. Salido de allí, se dirige a ver a los amigos que estaban encarcelados por su causa, y después de haberles saludado, dándoles esperanza, y levantándoles los ánimos, se acogió de nuevo a sagrado, que aseguró cuanto pudo.

Apenas había amanecido cuando el patrón de la nave de donde había huído Cortés acudió a refugiarse en el templo.

*non recipit, tum quod se homini credere noluit, cum ne si diuturnior obsidio contingeret, commeatus deficerent.*

*No quiso Cortés dejarle entrar en la sacristía, lugar muy seguro y bien provisto que él había ocupado, tanto porque desconfiara del hombre como por temor a que llegaran a faltar los víveres si el asedio se prolongaba.*

Diego Velázquez envió a decir entonces a Cortés que lo pasado fuese pasado, y fuesen amigos como primero, para ir sobre ciertos isleños que andaban alzados.

Velazquius, ubi certior est factus Cortesium in templo esse, ratus ulterius exercendi inimicitias tempus non esse, de mittendis qui cum Cortesio de pace deque amicitia reconcilianda agerent, domum concionem convocat, consilium adhibet, duos mittendos esse censuit, mittit vel reclamantibus ipsius Cortesii invidis. Qui missi sunt, Cortesio mandata exponunt haec: Veterem in primis amicitiam commemorant; affirmant mitigatum esse Didacum; eumdem illi amicitiae gradum patere apud ducem, vel multo etiam ampliorem; impunitatem pollicentur, tantum ipse in gratiam redire velit. Ad ea Cortesius ita respondit: Gratissimam sibi esse eorum orationem, verum gratiorem multo ducis fuisse, cuius sibi neque maius quicquam neque carius auctoritate unquam fuisset: queri tamen, eam sibi a duce Velazquio, carissimo et amicissimo quondam, relatam gratiam: Didacum dolis ac vi vitae suae insidiatum esse: se ab multo tempore ita enisum, ut ab ipso duce et ab optimo quoque probaretur: virtute enim, non malitia, Didaco summo viro semper placuisse: ceterum quo plura

Cuando Velázquez supo que Cortés estaba en el templo, pensando que no era ya tiempo de llevar más adelante su enemistad, reúne en su casa una junta para tratar de que se enviasen a Cortés personas para negociar la reconciliación.
Pensó conveniente enviar a dos, y lo hizo a pesar de los enemigos de Cortés. Los enviados expusieron así su embajada: primero recordaron la vieja amistad; afirmaron estar ya aplacado Velázquez, quien le ofrecía no sólo ser su amigo como antes, sino mucho más, y le prometieron que no se le impondría ningún castigo, con tal de que fuera a reconciliarse con Velázquez. A estas cosas Cortés respondió así: que era muy grato lo que le decían, pero mucho más por ser cosa del gobernador, cuya autoridad había siempre tenido y estimado en tanto; se quejaba, sin embargo, de que el gobernador Velázquez, tan amigo suyo en otro tiempo, le hubiese dado tal pago, pues había atentado contra su vida con engaños y por la fuerza. El de mucho tiempo atrás había puesto todo empeño en merecer el aprecio del gobernador, por méritos y

bene atque strenue ipse fecisset, eo animum suum minus iniuriam tolerare; duci enim amico opus non esse, de cuius benevolentia dubitet: ceterum quia ultro Velazquius gratiam secum inire vellet, eam ipsum libentissime amplecti, ea tamen conditione, ne in posterum sua opera in quoquam utatur: ducem enim, quoniam malevolentissimis quibusdam obtrectatoribus, quam amico optimo atque fidissimo fides sit habita, ex se nihil amplius exspectare debere. Cum his eos qui secum de sarcienda amicitia egerant, dimissit Cortesius. Ipse ad declinandam invidiam, libentius imperium quam amiciatiam accepturus videbatur. Verum interim e sacris aedibus, ne occasio sui capiundi adversariis daretur ulla, pedem non extulit.

no por intrigas; y como se había portado bien y esforzadamente, estaba menos dispuesto a tolerar una ofensa. Ni necesitaba de la amistad de un superior cuya buena voluntad le era dudosa; por lo demás, si Velázquez deseaba una reconciliación, la aceptaba de buen grado, con la condición de que en adelante el gobernador no había de utilizar para nada sus servicios; porque el gobernador que había hecho más caso de unos perversos calumniadores que de su mejor y más fiel amigo, ya no debía contar con los servicios de éste. Con estas palabras despidió Cortés a los emisarios que habían tratado con él de la reconciliación. Parecía que para evitar la envidia estaba más dispuesto a aceptar a Velázquez como superior que como amigo. Pero entretanto, para no dar a sus contrarios ocasión de apoderarse de su persona, no dió un paso fuera de la iglesia.

**Cortés se casó con la Catalina Xuárez, porque lo había prometido y por vivir en paz; y no quiso hablar a Diego Velázquez en muchos días.**

Velazquius ab internuntiis pacis certior de Cortesii voluntate factus, milites cingere undique templum imperat, ne occulto aditu elabi posset. Ipse Xaraguam, quae postea Trinitatis est dicta, quoniam rebellaverat, profectionem edixit militibus.

Noticioso Velázquez por sus enviados de la voluntad de Cortés, manda rodear la iglesia de soldados para que no pudiera escaparse por una salida oculta. Ordena luego una expedición contra Xaragua, que más tarde se llamó Trinidad, que se había sublevado, y hechos los preparati-

***Salió Diego Velázquez con mucha gente contra los alzados, y dixo Cortés a su cuñado Juan Xuárez que le sacase fuera de la ciudad una lanza y ballesta.***

Y él salió de la iglesia en anocheciendo, y tomando la ballesta se fué con el cuñado a una granja do estaba Diego Velázquez con solos sus criados, que los demás estaban aposentados en un lugar allí cerca, y aun no habían venido todos, como era la primera jornada.

Llegó tarde, y a tiempo que miraba Diego Velázquez el libro de la despensa.

Llamó a la puerta, que abierta estaba, y dixo al que respondió cómo era Cortés, que quería hablar al señor gobernador; y tras esto entróse dentro.
Diego Velázquez temió por verle armado

***Paratis itaque quae itineri usui erant, in hostem movet.***

*Eo ipso die quo ad id bellum est Velazquius profectus, vocat Cortesius Ioannem Xuarem, cui quid sibi in animo sit, aperit. Iubet hastam, scorpionem, ceteraque, quae itineri et proelio opus erant, capiat: ad praescriptum locum eat ibique iussa facturus exspectet. Ipse noctis crepusculo, antequam praesidium ad templum custodiendum locaretur, tacitus inde digreditur, ad condictum locum pergit, arma capit, Ioannem pone sequi iubet, mandatis instruit, et quid opus sit facto, edocet.*

Ceterum cum ad multam noctem iter egisset, pervenit tandem ad Velazquii castra, quae in propria villa metatus erat: excubias, quia in pacato ageret, non locaverat. Quo factum est ut ducis domum libere petere potuerit.

Ad quam ubi est perventum, lustrat, circumspicit omnia, et quoniam foris aderat nemo, accedit ad domus fores, intuetur Velazquium rationum libellos lectitantem.

Inde: "Heus, inquit, vos" (erant enim et alii cum ipso Velazquio praeter domesticos). "Cortesius adest pro foribus, salvere iubet Velazquium, ducem optimum et fortissimum."

***vos de la expedición marchó contra el enemigo.***

El mismo día de la salida de Velázquez llamó Cortés a Juan Juárez, confiándole lo que pensaba hacer. Le manda coger lanza, ballesta, y las demás cosas necesarias para el camino y el combate, que vaya a un lugar determinado, y que espere allí sus órdenes. En anocheciendo, antes que pusieran la guardia de la iglesia, sale en silencio, llega al lugar convenido, toma las armas, manda a Juan que le siga de cerca, le da sus instrucciones y le indica lo que debe hacer.

Habiendo caminado hasta muy entrada la noche, llegó a los reales de Velázquez, que estaba en una granja de su propiedad y que no había puesto centinelas porque estaba en tierra de paz. Así Cortés pudo llegar sin tropiezo hasta los aposentos del jefe.

Cuando llegó allí miró y registró todo, y como fuera no estaba nadie se acercó a la puerta de la casa y vió a Velázquez que miraba el libro de la despensa.

"¡Hola, señores!' —dijo Cortés, pues había algunas personas con Velázquez, además de los criados—. "Cortés está a la puerta, y saluda a Velázquez, capitán excelente y esforzado."

y a tal hora; rogóle que cenase y descansase sin recelo.

Ad eam Cortesii vocem salutemque dux rei novitate attonitus, stupuit. Mirari hominis fiduciam, laetari de amici adventu; rogare obtestarique ingredi ne timeret, quando sibi amici loco et fratris carissimi semper fuerit. Famulis ad haec et pueris imperat, cenam citi parent, mensam sternant et lectum.

Al oír estas voces y el saludo de Cortés, el gobernador se quedó estupefacto por la novedad del caso. Se admiraba de la confianza de Cortés, y se alegraba de la llegada de su amigo. Le rogó con insistencia que entrase sin temor, porque siempre le había considerado como hermano y amigo muy querido. Manda a los criados y pajes que preparen cena en el acto, que pongan la mesa y hagan la cama.

El dixo que no venía sino a saber las quexas que dél tenía, y a satisfacerle, y a ser su amigo y servidor.

Ad quae Cortesius: "Fac, inquit, nemo huc accedat; alioqui tragula traiciam: tu vero si quid de me quereris, coram expostula. Nam quoad me attinet, qui nihil unquam timui magis quam famam perfidiae, satius est purgatum esse quam suspectum. Proinde eadem, precor, fide redi in gratiam mecum, qua ipse tecum revertor." Velazquius "Nunc credo —ait— te non minus pro mea dignitate et gloria, quam pro tua fide esse sollicitum."

En esto dice Cortés: "Haz que nadie se acerque, porque lo atravieso con este chuzo. Y tú, si alguna queja tienes de mí, dímela abiertamente. Por lo que a mí toca, como nada he temido nunca más que la nota de deslealtad, prefiero sufrir la pena a ser sospechoso. Por esto te pido que vuelvas a mi amistad con igual buena fe que yo vuelvo a la tuya." "Ahora creo —le contesta Velázquez— que no te preocupa menos mi nombre y mi fama que tu lealtad."

Tocáronse las manos por amigos, y después de muchas pláticas se acostaron juntos en una cama.

Haec locutus, dextram Cortesio offert. Cortesius, accepta prius dataque fide, domum ingreditur. Post mutuam salutem et congratulationem consedent ac denuo expostulant. Cortesius obiecta diluit crimina, culpa in obtrectatores reiecta. Ceterum, ut paucis multa comprehendam, firmata in perpetuam, ut arbitrabantur, pace ac concordia, cenat cubatque Cortesius cum Velazquio eodem in lecto.

Dicho esto, ofrece la mano a Cortés. Este entra en la casa recibido y dado el seguro. Pasados los mutuos saludos y cumplimientos, comienzan de nuevo las explicaciones. Cortés negó los delitos de que le acusaban, echando la culpa a sus calumniadores. En fin, para decirlo en pocas palabras, hechas las paces, según pensaban, a perpetuidad, Cortés cena y se acuesta con Velázquez en la misma cama.

*Donde los halló a la mañana Diego de Orellana, que fué a ver al gobernador y a decirle cómo se había ido Cortés.*

Desta manera tornó Cortés a la amistad que primero tuvo con Diego Velázquez, y se fué con él a la guerra.

Y después que volvió se pensó ahogar en la mar; ca veniendo de las bocas de Bani, de ver unos pastores e indios que traía en las minas a Barucoa, donde vivía, se le trastornó la canoa de noche, y media legua de tierra, y con tempestad; mas salió a nado, y a tino de una lumbre de pastores que cenaban junto a la mar. Por semejantes peligros y rodeos corren su camino los muy excelentes varones

*Qui postero die fugae Cortesii nuntius (Didacus Orellana) venerat, Velazquium et Cortesium iuxta accubantes intuitus miratur.*

Didacus, rebus ita compositis, a Ferdinando impetrare non potuit, ut ad id bellum operam polliceretur. Ceterum pro tempore laudatum domum dimittit, ipse ad hostes ire pergit. Cortesius, tametsi duci operam non est pollicitus ad id belli, comparatis tamen omnibus, quae necessaria sibi ad eam expeditionem erant, subsequitur. Eius ad exercitum adventus eo gratior duci fuit, quo minus exspectabatur. Omnia in eo bello, ut in retroactis bellis, ex Cortesii consilio dux fecit. Cuncta ex animi sententia cecide-runt. Victis debellatisque hostibus, victorem exercitum domum Velazquius ovanti similis reduxit. Cortesius maiore quam antea honore atque aestimatione deinceps est habitus.

Referre libet huius viri, qui tantus postea dux fuit, naufragium maximum, relatu atque miseratione dignissimum. Eludant qui velint quibusque humanarum negotia rerum forte ac temere volvi agique sit persuasum. Equidem crediderim aeterna constitutione suum quaeque destinatum ordinem immutabili lege percurrere.
Solitus erat Cortesius, cum a bellis vacaret, aut Indos qui fodiendo auro operam

*Al día siguiente los encontró así Diego de Orellana, que venía a dar noticia de la fuga de Cortés.*

Velázquez, así arregladas las cosas, no pudo conseguir de Cortés que le prometiese su ayuda en aquella guerra. Por el momento le envió muy honrado a su casa, mientras él se disponía a marchar contra el enemigo. Cortés, aunque no había prometido acudir a aquella guerra, una vez adquiridas todas las cosas que le eran necesarias para la expedición, le sigue. Su llegada al ejército fué tanto más grata al gobernador cuanto menos la esperaba. En aquella guerra, como en las pasadas, todo lo hizo con el consejo de Cortés, y todo le salió como deseaba. Derrotados y sometidos los enemigos, Velázquez regresó en triunfo con su ejército victorioso. Desde entonces Cortés fué tenido en mayor honra y estimación que antes.

Quiero narrar el peligroso naufragio, digno de referirse y lamentarse, que sufrió el que después llegó a ser tan gran capitán. Búrlense cuanto quieran los que piensan que las cosas humanas dependen del azar. Yo estoy convencido de que cada cual tiene señalado el camino que ha de recorrer desde la eternidad.
Cuando Cortés descansaba de las guerras, solía visitar con frecuencia, unas veces a

hasta llegar do les está guardada su buena dicha.

navabant aut colonos, qui rem eius rusticam exercebant, frequenter invisere. Cum semel itaque ab ore Bani Barucoam navigasset, aura cum solverat, lenis facilisque e terra spirabat. Sed dum navigat, ventus solito vehementius cooriri flareque coepit. Nihili ventum principio Cortesius facere; cum vero paululum processisset, quod ventus magis magisque in horas flaret, valde metuere: postremo posse tuto capi Portum Absconditum (sic vocant), quem ingruente procella fuerat praetervectus, desperare. Quippe quod si canoae proram alio quam quo recta tendebat, ducere vertereque vellet, linter dubio procul erat invertendus fluctibusque immergendus. Ob id itaque, nocte iam appetente, ire ultra quo coeperat conatus, in fluctuantes aestus incidit, quibus intorta, obliqua et remorum impatiens agebatur canoa. Iam vestem detraxerat corpori, proiecturus semet in mare, sed apparebat anceps periculum, tam natuturi quam navigare perseverantis. Ergo ingenti certamine concitat remos quantaque vis humana esse poterat admota est, ut fluctus qui se invehebant, everberarentur. Mergi singulis quibusque undis crederes canoam et in imum usque descendere: quibus tandem inversa est canoa. Cortesius, ut erat in periculis imperterrito atque praesentissimo animo, inversam canoam manibus prehendit, ut natuturo adiumento

los indios ocupados en sacar oro, y otras a los trabajadores que labraban sus campos. Navegando en cierta ocasión de las bocas de Bani a Barucoa, soplaba un vientecillo terral suave, pero que arreció más de lo acostumbrado durante la travesía. No se preocupó Cortés de él en un principio, pero habiendo caminado un poco, como arreciase más y más por momentos, sintió gran temor, y perdió la esperanza de poder llegar a salvo al puerto que llaman Escondido, porque la tempestad creciente le había llevado mucho más allá; y si quería cambiar de rumbo a la canoa, era seguro que ésta se voltearía hundiéndose en el mar. Y así, cuando ya cerraba la noche, deseando salir más allá de donde había pensado, se metió en una marejada donde la canoa, a merced de las olas, marchando de costado, no obedecía a los remos. Ya se había quitado la ropa para echarse al agua; pero dudaba entre el peligro de nadar y el de seguir en la lancha. Movía los remos con gran fuerza, luchando cuanto podía contra el empuje de las olas. Parecía que cada una de ellas iba a sumergir la canoa, echándola al fondo. Por fin dió la vuelta; pero Cortés, que era hombre impertérrito y muy sereno en el peligro, se agarró a ella, para que le ayudara a flotar si el viento y las olas no le dejaban llegar fácilmente a

*esset, si per ventum fluctusque terram minus commode attingere liceret. Nec eum sua fefellit opinio.* Nam quo magis ad terram accedere conabatur, eo violentius, ne accedere posset, ab urgentibus undis impellebatur. Maximum illi iuvamentum canoa fuit. Nullus toto litore locus erat ad quem adplicare tuto posset, praeter Macaguaniguam, quae longe aberat. Rupibus et crepidinibus praeruptissimis mare ea maxime parte cingitur. Parvae tantum sabulosaeque angustiae in medio scopulorum. Ibi forte fortuna pauci indigenae, quod apricus esset locus, ignem incenderant. Hi audire quidem vociferationem Cortesii et illorum, qui in eodem vitae periculo versabantur; videre tamen vociferantes in caliginosae noctis tenebris haud poterant. Ceterum id quod erant suspicati, ignem ut melius adluceat, vellicant irritantque, ut qui naufragium fecerant, ad eius splendorem, tamquam ad certum scopum allucinantes iter intenderent. Equidem plurimum ignis ille Cortesium iuvit, sed plus multo Indi, qui naufrago, fesso iam ac pene submerso, quippe qui tres horas fluctibus fuerat iactatus, opportune suppetias tulerunt.

Cortesii potissimum opera et consilio Velazquius Cubae insulae progubernator septem deduxit colonias, quarum caput Barucoa, quam Sancti Iacobi in eius divi honorem appellare placuit. Ad ostium

*tierra. Y no se equivocó, pues cuanto más procuraba llegar a tierra, con más fuerza le rechazaban las olas.* Le sirvió de gran ayuda la canoa. En toda la orilla no había otro lugar seguro al que poder dirigirse sino Macaguanigua, que aún estaba lejos. El mar está allí en su mayor parte rodeado por rocas y acantilados entre los que se abren pequeñas ensenadas. Quiso la fortuna que por ser aquél un lugar abrigado hubieran encendido allí lumbre unos indígenas. Estos oyeron las voces de Cortés y de los que con él estaban en peligro; pero no podían verlos por la oscuridad de la noche. Sospechando lo que era, atizaron la lumbre para que brillase más, y tuvieran los náufragos en su luz un punto adonde dirigirse. Mucho valió por cierto aquel fuego a Cortés; pero mucho más le valieron los indios, que le socorrieron a tiempo, cuando ya estaba rendido y casi ahogado, después de haber luchado tres horas con las olas.

Velázquez, adelantado de Cuba, por consejo y con ayuda de Cortés, fundó siete poblaciones, cuya cabeza fué Barucoa, a la que llamó Santiago en honor del apóstol, y que está situada en la boca del

fluminis Macaguaniguae sita est: portum magnum ac tutum habet. Aerarii domum et eam quam conflatorii vocant, aedificavit. Xenodochium (hospitale dicitur) fecit. Multa alia praeterea insignia aedificia molitus est.

río Macaguanigua, con puerto grande y seguro.

Hizo construir la casa del tesoro, una fundición y un hospital y otros edificios importantes.

Cortesius, Hispanorum primus omnium, aurifodinas in Cuba invenit: e quibus tantum auri effosum est, ut prope fidem excedat. Pecuariam primus quoque habuit in insulamque induxit, omni pecorum genere ex Hispana petito.

Cortés fué el primer español que encontró en Cuba minas de oro, de las que se extrajo tanto que parece increíble; fué también el primero que tuvo hato, e hizo traer de la Española toda clase de ganados.

Ceterum Cortesius ducta uxore (nam omnia eius viri acta in historiam redigere longum atque ingratum etiam esset), re familiari ampla quidem, sed virtute parta beate fruebatur.

De modo que Cortés, casado ya (pues referir en la historia todos sus hechos sería largo y fastidioso), gozaba felizmente de su hacienda, que era cuantiosa, pero lograda gracias a sus méritos.

Non ab re erit, pauca de Cuba deque eius incolis dicere, cum multa de Hispanis hominibus loquamur.

No se saldrá del tema decir algo de Cuba y de sus habitantes, ya que tanto hablamos de los españoles.

Quam Indi Cubam vocant, nostri, in gratiam et honorem regis Ferdinandi, Ferdinandam dixere.

La isla que los indios llaman Cuba es llamada por los nuestros Fernandina, en honra del rey don Fernando.

Extenditur insula inter ortum et occasum: hinc ad boream Lucayorum Guanaxorumque insulae sunt, multae numero, parva intercapedine divisae; ducentae esse perhibentur. Inde ad meridiem Iamaica.

Se extiende de Este a Oeste; tiene al Norte las islas Lucayas y de los Guanajos, que son muchas y separadas por corta distancia; dicen que son doscientas. Al Mediodía está Jamaica.

[A Cuba llamó Colón Fernandina, en honra y memoria del rey don Fernando, en cuyo nombre la descubrió (p. 185 a)]. [Va toda leste oeste, y está el medio della en casi veinte y un grado; ha por aledaños al oriente la isla de Haití, Santo Domingo, a quince leguas. Tiene hacia mediodía muchas islas, pero la mayor y mejor es Jamaica.

Por la parte occidental está Yucatán. Por hacia el norte mira la Florida y los Lucayos, que son muchas islas (ibid.)]. [Es Cuba de la hechura de hoja de

**Longitudo eius tercentum leucae aut mille**

Tiene trescientas leguas de larga, o mil

| | | |
|---|---|---|
| *salce, trecientas leguas larga, y ancha setenta, no derecho sino en aspa (ibid.)].* | *ducenta milliaria: latitudo quinquaginta leucae. Folio salicis perquam similis esse dicitur.* | *doscientas millas; de ancha, cincuenta leguas. Es de la hechura de una hoja de sauce.* |
| [*En todo son los hombres y la tierra como en la Española, y por tanto no hay para qué lo repetir (ibid.)*]. | *Gentis color, indumentum, mores, religio, ritus et leges, eaedem sunt quae Hispanae Indorum, de quibus alibi diximus.* | El color de la gente, su traje, costumbres, religión, ritos y leyes, todo es lo mismo que en la Española, y de ello hemos hablado en otro lugar. |
| [La lengua es algo diversa (*ibid.*)]. | Lingua fere eadem, etsi non nihil dissimilis, facile ab utrisque tamen intelligitur. | La lengua es casi la misma, y, aunque hay algunas diferencias, se entienden unos a otros fácilmente. |
| | Homines ut plurirum mendaces. | Son muy mentirosos. |
| | Quamplurimas uxores quisque ducere: alii quinas, denas alii, alii pro opibus plures habent: sed eo amplius reges: ita animus multitudine distrahitur, pro socia nullam habet, viles pariter omnes sunt. | Toman cuantas mujeres pueden, unos cinco, otros diez, y otros más si son ricos; pero quienes más tienen son los reyes. De donde resulta que, distraído el ánimo por tal multitud, ninguna es compañera, y todas son igualmente viles. |
| [Con liviana causa dejan las mujeres, y ellas por ninguna los hombres (*ibid.*)]. | Levibus de causis viri cum uxoribus divortium faciunt; sed levioribus cum viris feminae. | Por causas livianas los maridos dejan a las mujeres; pero por causas todavía más livianas dejan las mujeres a los maridos. |
| [En las bodas otro es el novio, que así es costumbre usada y guardada. Si el novio es cacique, todos los caciques convidados prueban la novia primero que no él; si mercader, los mercaderes; y si labrador, el señor o algún sacerdote; y ella entonces queda por muy esforzada (*ibid.*)]. | Qua nocte uxorem quis ducit, omnes cum ea congrediuntur, ipsa a coitu brachio extento: "Euge, clamat, viri, fortis sum." | La noche de bodas se acuestan todos con la novia, que exclama después del coito, extendiendo el brazo: "¡Eh, varones, qué fuerte soy!" |
| [Hay mucho oro, mas no fino; hay buen cobre, y mucha rubia y colores (*ibid.*)]. | Tellus auri abundans et aeris atque rubiae. | La tierra es abundante en oro, cobre y rubia. |
| [Era Cuba muy poblada de indios; agora | Insulani nulli aut pauci nunc: cuncti | Ahora hay pocos o ningunos indígenas, |

no hay sino españoles. Volviéronse todos ellos cristianos. Murieron muchos de trabajo y hambre, muchos de viruelas, y muchos se pasaron a la Nueva España después que Cortés la ganó, y así no quedó casta dellos (*ibid.*)].

aut bellis aut peste absumpti: magna vero pars in continentem ad Mexicum abiit, cum primum est ea urbs a Cortesio bello victa.

pues todos fueron consumidos por guerras o peste; una gran parte pasó a México, cuando la ciudad fué conquistada por Cortés.

[Descubrióla [la península de Yucatán], aunque no toda, Francisco Hernández de Córdoba el año de 1517, y fué desta manera: que armaron Francisco Hernández de Córdoba, Cristóbal Morante y Lope Ochoa de Caicedo el año de suso dicho, navíos a su costa para descobrir y rescatar; otros dicen que para traer esclavos de las islas Guanaxos a sus minas y granjerías, como se apocaban los naturales de aquella isla, y porque se los vedaban echar en minas y a otros duros trabajos (p. 185 b)].

Septimo anno post Didaci et Hispanorum in Cubam adventum, qui Christi nati millesimus fuit et quingentesimus decimus septimus, cum pacatissima insula esset, Franciscus Fernandus Cordubensis, Lupus Ochoa Salcedus, Christophorus Morantes, antiqui insulae cives, et alii multi Hispani, nomine et pecuniis haud obscuri, foedere inter se icto duceque expeditionis creato Francisco Fernando Corduba, naves quatuor comparant, armis et commeatu onerant, milites complent, proficisci in insulas, quas Lucayorum et Guanaxorum dicunt, die omnibus placito parant, ut insulanos, gentem barbaram atque indomitam, bello aut dolo captos, pro servis ad Cubam agerent.

Siete años después de la llegada de Diego Velázquez y los españoles a Cuba, o sea el año 1517, estando ya la isla muy pacífica, Francisco Hernández de Córdoba, Lope Ochoa de Salcedo y Cristóbal Morante, vecinos antiguos de la isla, y otros muchos españoles, conocidos por su nombre y riquezas, se concertaron entre sí y nombraron jefe de la expedición a Francisco Hernández de Córdoba; compran cuatro naves, las cargan de armas y víveres, reúnen soldados, disponiéndose a partir el día convenido a las islas que llaman de los Lucayos y Guanajos, a fin de capturar por engaño o por fuerza a los naturales, gente bárbara e indómita, y llevarlos a Cuba como esclavos.

[Están los Guanaxas cerca de Honduras, y son hombres mansos, simples y pescadores, que ni usan armas ni tienen guerras. Fué capitán destos tres navíos Francisco Hernández de Córdoba (*ibid.*)].

Guanaxorum Lucayorumque insulae, de quibus paulo superius diximus, iacent inter Cubam, ad austrum, et promontorium quod Fondurarum vocant, ad septentrionem. In has igitur insulas ad grassandum et praedandum, ut ita dicam, ire hi, de quibus supra dictum est, constituerant; non in Iucatanam, ut pa-

Las islas de los Guanajos y Lucayos, de las que acabamos de hablar, están entre Cuba, al sur, y el cabo que llaman de Honduras, al norte. A estas islas, pues, habían pensado ir los arriba dichos a piratear y robar; no a Yucatán, como con poca verdad escribe Gonzalo Fernández de Oviedo.

*rum fide integra Gonzalus Fernandus Oviedus scribit.*

[Y aun dicen que llevó una barca del gobernador Diego Velázquez, en que llevaba pan y herramienta y otras cosas a sus minas y trabajadores, para que si algo trajesen, le cupiese parte (*ibid.*)].

Iucatanam, quia magna ex parte fluctibus cingitur et speciem insulae praebet, insulam esse Petrus Martyr scribit, sed falso, ut pleraque alia.

Cordubae itaque et sociis, cum in procinctu ad navigandum essent, Didacus Velazquius progubernator, cymbam qua Indis e minis aurum fodientibus penu portari consuerat, dat, conditione pacta, ut certa Guanaxorum pars, si capi contingeret, sibi daretur.

Como Yucatán está en gran parte rodeado de agua, y parece isla, Pedro Mártir dice que lo es; pero se equivoca en esto como en otras muchas cosas.

Como Córdoba y sus compañeros estuvieran ya para hacerse a la mar, el adelantado Diego Velázquez les dió una barca de las que servían para llevar provisiones a los indios que trabajaban en las minas, con la condición de que le diesen parte de los Guanajos que pudieran cautivar.

[Partióse, pues, Francisco Hernández, y con tiempo que no le dejó ir a otro cabo, o con voluntad que llevaba de descubrir, fué a dar consigo en tierra no sabida ni hollada de los nuestros, do hay unas salinas en una punta que llamó de las Mujeres por haber allí torres de piedra con gradas y capillas cubiertas de madera y paja en que por gentil orden estaban puestos muchos ídolos que parecían mujeres. Maravilláronse los españoles de ver edificio de piedra, que hasta entonces no se había visto (*ibid.*)].

Digressas itaque naves, plurimumque progressas, ventus vehementissimus flans, alio quam quo ire animo destinaverant, egit: sicque non ad Guanaxos, quos petebant, appulerunt, sed ad Mulierum promontorium. Sic eo tunc primum Hispanis appulsis appellare libuit, quod feminarum dearumve plurima simulacra in sacello quodam fuerint reperta. Erat sacellum illud, in quo per ordinem, velut in classes, simulacra illa posita erant, lapideum. Nullum aliud ad id tempus marmoreum aedificium fuerat in illis terris inventum aut visum: lignea tantum vel stramentitia omnia.

Partidas las naves y distantes ya del puerto, sobrevino un viento muy fuerte y contrario, de manera que en vez de arribar a los Guanajos llegaron a la punta de las Mujeres. Entonces la llamaron así los españoles, porque en un adoratorio hallaron muchos ídolos de mujeres o diosas, colocados en hileras; el adoratorio era de piedra. Hasta entonces no se había encontrado ni visto en aquella tierra edificio de piedra, sino sólo de madera o paja.

[No paró allí, sino fuése a otra punta que llamó de Cotoche, donde andaban unos pescadores, que de miedo o espanto se retiraron en tierra, y que respondían

Corduba inde digressus oramque occasum versus legens, ad promontorium usque Cotochae adnavigat. Cotocha eo dicta est, quod Indi, hispani sermonis ignari,

Córdoba partió de allí, con la proa hacia poniente, y navegó hasta el cabo Cotoche, que se llamó así porque los indios, ignorantes de la lengua española, a todo lo

*cotohe, cotohe,* que quiere decir casa, pensando que les preguntaban por el lugar para ir allá; de aquí se le quedó este nombre al cabo de aquella tierra (*ibid.*)].

[De Yucatán fué Francisco Hernández a Campeche, lugar crecido, que lo nombró Lázaro, por llegar allí domingo de Lázaro. Saltó a tierra (p. 186 a)].

ad omnia quae ab nostris rogabantur, *Cotoche, Cotoche,* respondebant. *Domum* Cotoche sonat: indicabant enim domus et oppidum haud longe abesse.

que los nuestros les preguntaban respondían *Cotoche, cotoche. Cotoche* quiere decir casa, y querían decir que las casas y el poblado no estaban lejos.

Corduba itaque, cum militem in terram exposuisset, cum Cotochensibus qui in agmine armati erant, congreditur: congressus infeliciter pugnat: occisi sunt in eo proelio sex et viginti Hispani: Indi prope innumeri.

Córdoba hizo saltar a tierra a sus soldados e hizo frente a los naturales, que le recibieron en actitud hostil; la pelea le fué desfavorable, pues le mataron veintiséis españoles; los indios muertos fueron muchísimos.

Corduba, tum propter occisos socios, cum quod nulla manendi aurique redimendi esset spes, navim male affectus ascendit, ultra navigare pergit, in oppidum non longe a littore conspectum, quod indlgenae Campechum dicunt, e scaphis socios iubet ad terram descendere.

Córdoba, ya fuese por aquel percance, o porque no hubiera ninguna esperanza de poblar y rescatar oro, se reembarcó disgustado, y siguió navegando hasta llegar a un pueblo que se veía no lejos de la costa, llamado por los naturales Campeche; allí mandó a sus compañeros que saliesen a tierra en los esquifes.

[Allegábanse a los españoles; unos les tocaban las barbas, otros la ropa, otros tentaban las espadas, y todos se andaban hechos bobos al rededor dellos (*ibid.*).]

Properare ad mare mortales illi videndi cupidi, mirari novum genus hominum, mirari navium molem, rei novitate attoniti.

Los indios se acercaban al mar deseosos de verlos, admirados por aquella nueva especie de hombres, por la mole de los barcos, y atónitos por la novedad de la cosa.

Magna primùm laetitia sunt nostri a Campechiis excepti, rerum commercio pellectis. Certerum ad oppidum proprius accedere sunt prohibiti. Aquari interim Hispani ex puteo. Regio aquarum inops. Nullus fons fluviusve, praeter duos modicos rivulos, toto illius provinciae tractu est. Altero quam eo Hispani venerant die, oppidani ad eos caduceatorem prae-

Al principio los nuestros fueron recibidos por los campechanos con mucha alegría, atraídos por los objetos de rescate; pero no les permitieron que se acercaran al pueblo. Los españoles mientras tanto hicieron aguada en un pozo, por ser la tierra escasa de aguas, pues no hay fuente ni río, salvo dos arroyuelos. Al otro día de haber llegado los españoles, los

[De Campeche fué Francisco Hernández de Córdoba a Champotón, pueblo muy grande, cuyo señor se llamaba Mochocoboc, hombre guerrero y esforzado; el cual no dejó rescatar a los españoles, ni les dió presentes ni vitualla, como los de Campeche, ni agua, sino a trueco de sangre (*ibid.*)].

[Los indios, aunque nunca tan fieras heridas habían visto, duraron en la pelea con la presencia y ánimo de su capitán y señor hasta que vencieron en la batalla. Al alcance y al embarcar mataron a flechazos veinte españoles e hirieron más de cincuenta, y prendieron dos, que después sacrificaron. Quedó Francisco Hernández con treinta y tres heridas. Embarcóse a gran prisa, navegó con tristeza, y llegó a Santiago destruído, aunque con buenas nuevas de la nueva tierra (*ibid.*)].

*mittunt qui denuntiaret, ni abirent, ultima ipsos esse passuros. Hispanos a suis finibus excedere iussos, quod non paruerunt, bello Indi petunt. Hispani impigre proelium ineunt pugnantque, sed parum prospere. Re itaque infeliciter gesta, naves repetunt.*

Nec diu navigaverant, cum Mochocobocum perveniunt: id oppidum diversa lingua Champotum appellatur. Terram iterum nostri armati petere decernunt. Oppidani a Campechiis de Hispanis certiores facti, ad bellum erant intenti: Martis experiri eventum, multitudine freti, se velle aiunt: pugnam intrepidi alacresque capessunt, Hispanos fundunt fugantque. Cecidere ex nostris eo proelio viginti: Corduba viginti est ictus vulneribus; verum maiore periculo quam vulneribus affectus, cum his qui evaserant, naves conscendit. Ceterum vix quisquam nisi saucius ad naves revertitur. Indis haud incruenta victoria obtigit. Corduba, Salcedus, Morantes, ceterique omnes, qui vivi remanserant, spe frustrati nullaque earum terrarum ratione inita, domum tristes moestique repetunt: cuncta quae viderant, fecerant, quaeque acciderant, Didacum progubernatorem edocent.

*naturales les enviaron un emisario para advertirles que si no se iban les darían guerra. Como no daban señal de marcharse, los indios los atacaron. Los españoles aceptaron el combate con denuedo, pero con poca fortuna, y tuvieron que reembarcarse.*

No habían navegado mucho cuando llegaron a Mochocoboco, que en otra lengua se llama Champotón, donde decidieron saltar de nuevo a tierra. Ya los naturales les esperaban de guerra, advertidos por los campechanos de la llegada de los españoles; quieren probar la suerte de las armas confiados en su gran número. Acometen con intrepidez y algazara, derrotando y poniendo en fuga a los españoles. Cayeron veinte de los nuestros, y Córdoba recibió veinte heridas; más afectado por la gravedad del peligro que por las heridas, se volvió a las naves con los que habían huído. Casi ninguno iba sin heridas; pero tampoco los indios lograron sin sangre la victoria. Córdoba, Salcedo, Morante y los demás que quedaron vivos, perdida la esperanza, y sin tener conocimiento alguno de aquellas tierras, regresaron tristes y apesadumbrados, dando cuenta a Diego Velázquez de cuanto habían visto y hecho, y de lo que les había ocurrido.

[Luego que Francisco Hernández de Córdoba llegó a Santiago con las nuevas

Velazquius, re ut acta fuerat cognita, in spem maximam adductus, tria parva na-

Velázquez, cuando estuvo enterado de todo, concibió grandes esperanzas, y armó

de aquellas tan ricas tierras de Yucatán..., se acodició Diego Velázquez, gobernador de Cuba, a enviar allá tantos españoles que, resistiendo a los indios, rescatasen de aquel oro, plata y ropa que tenían. Armó cuatro carabelas, y diólas a Juan de Grijalva, sobrino suyo, el cual metió en ellas docientos españoles, y partióse de Cuba el primer día de mayo del año de 18, y fué a Acuzamil, guiando la flota el piloto Alaminos, que fuera con Francisco Hernández de Córdoba (página 183 b)].

vigia parat, milites deligit, Ioannem Grijalvam, necessarium consanguineumque suum, ducem creat, mandatis instruit, commeatu mercibusque ad aurum redimendum onerat. Intellexerat enim a Corduba, eam terram auro abundare Indosque illos, quibuscum male Hispani pugnaverant, auri plurimum gestare. Iubet praeterea Grijalvae sinus omnes illius tractus Iucatanae legere, et cum sit in terram expositus, ad mediterranea loca, quam maxime possit, penetrare deque rebus omnibus provinciae diligenter per Iulianum, Cozumellum interpretem, qui a Corduba captus fuerat, exquirere sciscitarique. Grijalva, acceptis mandatis, centum triginta Hispanis in naves impositis, Antonio Alamino, qui cum Corduba navigarat, in nauclerum assumpto, reque sacra prius de more facta, e Sancti Antonii promontorio solvit, primo die Maii anni millesimi quingentessimi decimi octavi humanae salutis. Secundo post die Cozumellam insulam, de qua postea latius loquemur, venit. Quartodecimo eius mensis die inde profectus, Cotocham appulit. Sunt qui malunt Grijalvam Champotum appulisse, quam Cotocham. Altero die quam eo appulerat, exponit Grijalva in terram milites: et quia aquae penuria sentiri coeperat, aquatum cohortem praemittit, ipse cum reliqua manu subsequitur. Aegre aquari potuit, Champotonis

tres navíos pequeños, juntó soldados, y nombró capitán a Juan de Grijalva, amigo y pariente suyo, a quien dió sus instrucciones. Cargó las naves de víveres y mercaderías para rescatar oro, pues sabía por Córdoba que abundaba en aquella tierra, y que lo llevaban mucho aquellos indios con quienes tan desgraciadamente habían peleado los españoles. Manda además a Grijalva que explore todas las entradas de la costa de Yucatán, y que, una vez desembarcado, se interne cuanto le sea posible, averiguando con toda diligencia las cosas de la provincia, utilizando para ello al indio Julián, que había sido capturado por Córdoba en Cozumel. Recibidas las instrucciones, puestos a bordo los ciento treinta españoles, nombrado piloto Antón de Alaminos que había ido con Córdoba, y hechos los acostumbrados actos religiosos, salió Grijalva del cabo de San Antonio el 1 de mayo de 1518. Al segundo día arribó a la isla de Cozumel, de la que luego hablaremos con más amplitud, y el 14 del mismo mes llegó a Cotoche. Hay quienes pretenden que Grijalva llegó a Champotón y no a Cotoche. Al día siguiente de su llegada echó a tierra los soldados, y como empezara a sentirse falta de agua, destacó algunos en busca de ella, y él les siguió con el resto de la gente. Hizo aguada con dificultad, pues los de Cham-

[Mas viendo que siguía mucho la costa, se tornaron atrás, y, arrimados a tierra, fueron a Champotón, donde fueron mal recebidos, como Francisco Hernández; ca sobre tomar agua, que les faltaba, pelearon con los naturales, y quedó muerto Juan de Guetaria, y heridos cincuenta españoles, y Juan de Grijalva con un

*diente menos, y otro medio, y dos flechazos (pp. 183-4)].*

*id fieri prohibentibus, Indi ad Grijalvam mittunt, qui suo nomine iuberent a finibus quam ocius exire, ni Champotonorum vires, qui multitudine abundarent, experiri malit.* Grijalva caduceatores cum Iuliano interprete ad Indos legat, qui eos a pugnandi obstinato animo, vel persuasionibus avertant vel minis deterreant; tum quod inermes ac nudos sint, quantum velint innumeri, cum armatis congredi temerarium atque extremae dementiae sit; tum etiam quod Hispani nihil mali aut fecissent aut vellent facere. Ceterum si arma velint ponere, in amicitiam esse recipiendos: sin nolint, pro hostibus futuros. Ad haec illi sagittis respondent, non verbis. Tum acies utrimque concurrunt. Acre proelium committitur, quo Grijalva duos dentes lingua leviter saucius, amittit. Ioannes Guetaria fortiter dimicans occumbit. Vulnerati sunt praeterea Hispanorum plerique.

*potón se lo estorbaban, y le enviaron mensajeros para decirle que se fuera en seguida de la tierra, si no quería probar las fuerzas de los de Champotón, que eran muy numerosos.* Grijalva despachó también mensajeros a los indios con el intérprete Julián para que les disuadiesen de su empeño en pelear, bien por la persuasión o con amenazas; pues era temerario, y el colmo de la demencia, que hombres inermes y desnudos, por muchos que fueran, peleasen contra otros armados; además de que los españoles ni les habían hecho mal ni pensaban hacérselo. De modo que, si querían deponer las armas, los recibiría por amigos; pero de no ser así, serían tratados como adversarios. La respuesta de los indios fué con flechas, no con palabras. Unos y otros se embisten, peleando reciamente. Grijalva perdió dos dientes, y fué levemente herido en la lengua. Juan de Guetaria murió peleando como bueno; además quedaron heridos muchos españoles. Conociendo Grijalva que había obrado con imprudencia, embarcó la gente y todo lo demás, y se hizo a la vela hacia el oeste, llegando poco después al río de Tabasco, al que llamó de Grijalva, dándole su nombre.

Grijalva, conscientia rei male gestae affectus, viris rebusque omnibus in naves impositis, vela occasum versus facit, ad Tabascum flumen, quod ex suo nomine Grijalvam dixit, paucis post diebus applicat.

[De allí fué al río que de su nombre se dice Grijalva (p. 184 a)].

[Despachó desde aquel lugar para Diego Velázquez, a Pedro de Alvarado en una carabela con los enfermos y heridos, y

Ibi contionem consiliumque primorum Hispanorum et naucleorum in navem cogit: Petrum Alvaradum omnium sen-

Allí celebró consejo en el barco con los principales españoles y los pilotos; y por acuerdo de todos envió para informar a

con muchas cosas de las rescatadas, porque no estuviese con pena, y él siguió la costa hacia el norte, muchas leguas, sin salir a tierra (p. 184 b)].

tentia nuntium cladis acceptae navigationisque actae, ad Velazquium patruum mittit, ipse, interim dum ille redeat, plura loca investigaturus. Velazquius, hoc tristi nuntio accepto, dixisse fertur: "Haud quidem aliud me sperare a fatuo illo oportebat: merito poenas luo imprudentiae meae, qui illum miserim."

su tío Velázquez del descalabro sufrido y de la navegación hecha a Pedro de Alvarado, con propósito de continuar descubriendo durante su ausencia. Se dice que Velázquez, cuando recibió la triste noticia, exclamó: "No debía yo esperar otra cosa de ese necio. Es justo que pague la pena de mi imprudencia en haberle enviado."

Como tardaba Joan de Grijalva más que tardó Francisco Hernández a volver o enviar aviso de lo que hacía, despachó Diego Velázquez a Cristóbal de Olid en una carabela, en socorro y a saber dél, encargándole que tornase luego con cartas de Grijalva.

Iam tunc Didacus, cum Alvaradus venit, Christophorum Olitum cum parvo navigio ad Grijalvam miserat, ut in quo statu res esset, cognosceret.

Cuando Alvarado llegó, había ya despachado Velázquez a Cristóbal de Olid en una carabela para saber cómo andaban las cosas.

Empero el Cristóbal de Olid anduvo poco por Yucatán, y sin hallar a Juan de Grijalva se volvió a Cuba, que fué un gran daño para Diego Velázquez y para Grijalva; porque si fuera a San Juan de Ulúa o más adelante, hiciera por ventura poblar allí a Grijalva; mas él dixo que le convino dar la vuelta por haber perdido las áncoras.

Llegó Pedro de Alvarado después de partido Cristóbal de Olid, con la relación del descubrimiento, y con muchas cosas de oro y pluma y algodón, que se habían rescatado. Con las cuales, y con lo que dixo de palabra, se holgó y maravilló Diego Velázquez con todos los españoles de Cuba; mas temió la vuelta de Grijalva,

*porque le decían los enfermos que de allá vinieron cómo no tenía gana de poblar, y que la tierra y gente era mucha y guerrera, y aun porque desconfiaba de la prudencia y ánimo de su pariente.*

Así que determinó enviar allá algunas naos con gente y armas y mucha quinquillería, pensando enriquecer por rescates y poblar por fuerza.

Rogó a Baltasar Bermúdez que fuese; y como le pidió tres mil ducados para ir bien armado y proveído, dexóle, diciendo que sería más el gasto, de aquella manera, que no el provecho. Tenía poco estómago para gastar, siendo codicioso, y quería enviar armada a costa agena, que así había hecho casi la de Grijalva; porque Francisco de Montejo puso un navío y mucho bastimento, y Alonso Hernández Puertocarrero, Alonso de Avila, Diego de Ordás y otros muchos fueron a su costa con Juan de Grijalva.

Habló a Fernando Cortés para que armasen ambos a medias, porque tenía dos mil castellanos de oro en compañía de Andrés de Duero, mercader; y porque era hombre diligente, discreto y esforzado, rogóle que fuese con la flota, encareciendo el viaje y negocio.

Ceterum Velazquius, quem omnia experiri cogebat necessitas, quippe cuius primas spes fortuna destituere videbatur, animadvertens eas tantas clades temeritate negligentiave aut inscitia Grijalvae ac Cordubae ducum accidisse, Ferdinandum Cortesium, qui nuper domum redierat, convenit: aberat enim Cortesius cum Alvaradus nuntium de adversa pugna tulerat. Consilium de ratione belli deque paranda classe cum eo communicat. Mul-

Velázquez, creyendo necesario empezar de nuevo, ya que la fortuna había desvanecido sus primeras esperanzas, y dándose cuenta de que tantas desgracias habían provenido de la temeridad, la negligencia o la ignorancia de los capitanes Córdoba y Grijalva, manda llamar a Hernán Cortés, que acababa de volver a su casa, pues estaba ausente cuando Alvarado había traído la noticia de la derrota. Trató Velázquez con Cortés de

ta interim de amicitia commemorans; neminem, inquit, in tota insula esse cui libentius eam provinciam, virtuti pristinae haud diffusus, committeret: neque item esse qui melius possit debeatque, modo velit, ad eam expeditionem operam polliceri, tum propter facultatem, tum propter rei militaris peritiam: atque etiam quod Grijalvae praetenta causa auxilii ferendi quod Alvaradus postulabat, ire licebat. Quapropter, si occasionem tantarum rerum gerendarum et spem maximarum futurarumque rerum e manibus elabi pateretur, minimi esse iudicii atque animi.

la situación de la guerra y de la preparación de otra armada, mezclando en la conversación muchas protestas de amistad. Le dice que no hay en toda la isla persona a quien con más gusto encomendara aquella empresa, pues confiaba en su valor reconocido y que, si él quisiese, no habría tampoco quien mejor pudiera y debiera contribuir a aquella expedición, tanto por sus medios, como por sus conocimientos militares. Además, podía ir con el pretexto de llevar a Grijalva el auxilio que Alvarado pedía. Y finalmente, que sería dar muestras de poco ánimo y juicio dejar escapar de entre las manos la ocasión de ejecutar grandes hazañas y la esperanza de darles cima.

Fernando Cortés, que tenía grande ánimo y deseos, aceptó la compañía y el gasto y la ida, creyendo que no sería mucha la cosa; así que se concertaron presto.

Cortesius tantarum rerum occasionem, velut divinitus oblatam, libens arripuit, haud tamen ignarus quam cum strenuo hoste res esset futura. Ceterum quoniam sibi semper novum bellum, multum exercitum magnumque imperium exoptaverat, ubi virtus enitescere posset, altiora iam meditans et spei plenus, gratias maximas, sed utroque dignissimas, Velazquio pro optimo atque gratissimo in se animo agit. Ducis munus recipit, operam in apparanda classe pollicetur.

Cortés aprovechó gustoso tan buena ocasión, que parecía venida del cielo, aunque no ignoraba la fuerza del enemigo con que tendría que habérselas. Y como siempre había deseado guerra nueva, ejército numeroso y gran autoridad, donde pudiera brillar su valor, meditando ya cosas más altas, y lleno de esperanza, dió a Velázquez las gracias más efusivas por su buena disposición hacia él. Aceptó el cargo de general y ofreció su cooperación para preparar la armada.

Enviaron a Juan de Saucedo, que había venido con Alvarado, a sacar una licencia de los frailes jerónimos, que gobernaban

Ceterum, ut commodius id negotium agatur, Velazquium rogat, quod in rem erat maxime futurum, scribat ad Alphonsum

Pero a fin de que el negocio se hiciera más llanamente, rogó a Velázquez que, por tratarse de cosa muy importante

*entonces, de poder ir a rescatar para los gastos, y a buscar a Juan de Grijalva, que sin ella no podía nadie rescatar, que es feriar mercería por oro y plata.* Fray Luis de Figueroa, fray Alonso de Santo Domingo y fray Bernaldino Manzanedo, que eran los gobernadores, dieron la licencia para Fernando Cortés como capitán y armador, con Diego Velázquez, mandando que fuesen con él un tesorero y un veedor para procurar y tener el quinto del rey, como era de costumbre.

Entretanto que venía la licencia de los gobernadores, comenzó Fernando Cortés de aderezarse para la jornada. Habló a sus amigos y a otros muchos para ver si querían ir con él; y como halló trecientos que fuesen, compró una carabela y un bergantín para con la caravela que traxo Pedro de Alvarado, y otro bergantín de Diego Velázquez, y proveyólos de armas, artillería y munición.

Compró vino, aeite, habas, garbanzos y otras cosillas.
Tomó fiada de Diego Sanz, tendero, una tienda de bohonería en sietecientos pesos de oro.

*a Sancto Dominico, Ludovicum Figueroam et Bernardinum Manzanedum, fratres Hieronymianos, qui in Hispana tunc insula progubernatores erant, quorum iniussu nihil ipse movere auderet, ut illi de nova expeditione certiores facti, potestatem Cortesio facerent eundi ad Iucatanam, tam ut Grijalvae suppetias ferat, quam ut aurum redimere possit. Scribit* Velazquius ad fratres, a quibus non multo post litteras accipit, quibus Velazquio et Cortesio classis expediendae non dabatur solum facultas, sed iubebatur quoque ut quam celerrime Cortesius ipse, qui dux declaratus erat, proficiscatur.
His litteris Cortesius confirmatus potestateque belli gerendi facta, classem parare, Hispanorum militum delectum habere coepit, in qua comparanda non solum proprias opes, verum etiam multum alieni aeris contraxit. Comparaverat iam Cortesius quinque caravelas duasque alias conduxerat, quas multis ad permutationem mercibus et vestibus, armis, bellicisque tormentis (bombardas vocant), anchoris, rudentibus velisque et rebus omnibus, quae ipsis navibus opus erant, ornarat atque onerarat.

*para el futuro, escribiese a los padres Alonso de Santo Domingo, Luis de Figueroa y Bernaldino Manzanedo,* frailes jerónimos que gobernaban entonces la Española, sin cuya licencia no se atrevía él a hacer nada; el objeto era que informados de la nueva expedición diesen poder a Cortés para llevar socorros a Grijalva y para rescatar oro. Velázquez escribió a los frailes, cuya contestación no tardó en venir, y en ella no sólo se daba facultad a Velázquez y a Cortés para enviar una armada, sino que ordenaban que el mismo Cortés, que era nombrado capitán, saliera lo más pronto posible.
Confirmado Cortés por estas cartas, y autorizado para hacer la guerra, comenzó a adquirir las naves y a reunir soldados. En lo cual no sólo gastó su hacienda sino que contrajo muchas deudas. Había comprado ya Cortés cinco carabelas, y fletado otras dos, que hizo aderezar y cargar de muchas mercaderías y ropas para el rescate, armas, artillería, anclas, cables, velas y todas las cosas que eran necesarias para las naves.

Diego Velázquez le dió mil castellanos de la hacienda de Pánfilo de Narváez, que tenía en poder por su ausencia, diciendo que no tenía blanca suya.
Y dió a muchos soldados que iban en la flota dineros, con obligación de mancomún o fianzas.
Y capitularon ambos lo que cada uno había de hacer ante Alonso de Escalante, escribano público y real, a 23 días de otubre del año de 18.
Volvió a Cuba Juan de Grijalva en aquella mesma sazón, y hubo con su venida mudanza en Diego Velázquez; ca ni quiso gastar más en la flota que armaba Cortés, ni quisiera que la acabara de armar. Las causas por que lo hizo fueron querer enviar por sí a solas aquellas mesmas naos de Grijalva; ver el gasto de Cortés y el ánimo con que gastaba; pensar que se le alzaría como había él hecho al almirante don Diego; oír y creer a Bermúdez y a los Velázquez, que le decían no fiase de él, que era estremeño, mañoso, altivo, amador de honras, y hombre que se vengaría en aquello de lo pasado.
El Bermúdez estaba muy arrepentido por no haber tomado aquella empresa cuando le rogaron, sabiendo entonces el grande y hermoso rescate que Grijalva traía, y cuán rica tierra era la nuevamente descubierta. Los Velázquez quisieran, como parientes, ser los capitanes y cabe-

Cum Velazquium, tametsi principio laetus fuerat, paenituit quod Cortesium ducem declarasset, existimans illius virtutem gloriae suae, ne dicam cupiditati, obstare posse. Deterrebat eum Cortesii natura imperii avida, fiducia sui ingens et nimius sumptus in classe paranda. Timere itaque Velazquius ne si Cortesius cum ea classe iret, nihil ad se vel honoris vel lucri rediturum. Ob quae multa diu noctuque animo suo volvere, ut Cortesium ab incoepto avertat.

Aunque al principio Velázquez había estado contento, luego se arrepintió de haber nombrado capitán general a Cortés, pensando que el valor de éste podría dañar a su gloria, por no decir a su codicia. Le asustaba el carácter de Cortés, ávido de mando, la enorme confianza que tenía en sí mismo, y su excesivo gasto en la preparación de la armada. Temía Velázquez por todo ello que si Cortés partía con aquella armada nada conseguiría él ganar ni en honra ni en provecho. Así pues, cavilaba día y noche buscando la manera de apartar a Cortés de la empresa comenzada.

*zas de la armada, aunque no eran para ello, según dicen.*

*Pensó también Diego Velázquez que aflo-xando él, cesaría Cortés; y como procedía en el negocio, echóle a Amador de Lárez, persona muy principal, para que dexase la ida, pues Grijalva era vuelto, y que le pagarían lo gastado.*

Cortés, entendiendo los pensamientos del Diego Velázquez, dixo a Lárez que no dexaría de ir, siquiera por la vergüenza, ni apartaría compañía. Y si Diego Velázquez quería enviar a otro, armando por sí, que lo hiciese; ca él ya tenía licencia de los padres gobernadores.

Y así, habló con sus amigos y personas principales, que se aparejaban para la jornada, a ver si le seguirían y favorecerían. Y como sintiese toda amistad y ayuda en ellos, comenzó a buscar dineros; y tomó fiados cuatro mil pesos de oro de Andrés de Duero, Pedro de Xerez, Antonio de Santa Clara, mercaderes, y de otros; con los cuales compró dos naos, seis caballos y muchos vestidos.

*Ceterum cum eo clam per regium quaestorem (Amatorem Larem) agere, quasi id ipse nesciat, coepit.*

Neque id Cortesium latuit, quippe qui quo quaestor vel potius per quaestorem Velazquius tenderet, optime, ut erat animo perspicaci, intellexit. Ergo quo magis Velazquius a classe paranda Cortesium deterrere conatur, eo maiora ille est moliri aggressus.

Namque Cortesius, tametsi iam sex milia numorum aureorum ex propriis bonis impenderat, altera tamen sex auri ducatorum milia mutuatur ab Andrea Duero, Petro Xerezio, Antonio Sancta Clara et a plerisque aliis, quae omnia et in paranda maiori classe et in alendo milites insumpserat, praeter id quod initio ab ipso Velazquio mutuatus fuerat vel in pecunia vel in mercimonio. Spes enim sumptus vincebat. Cortesius nihil parvum, in quo magnae gloriae laus esset, ducens, Hispanos milites pecuniae et gloriae avidos, quos invisos ob eandem causam adversosque Velazquio esse noverat, alloquitur ac in tantae rei spem erigit atque hortatur. Queritur praeterea de progubernatore conatibus suis adversante, quem

Empezó a tratar de persuadirlo por bajo de cuerda valiéndose del tesorero real Amador de Lares, y sin darse él por entendido.

Pero esto no se ocultó a la perspicacia de Cortés, que muy bien comprendió adónde iba a parar el tesorero, o más bien Velázquez por intermedio suyo. De modo que cuanto más procuraba Velázquez apartar a Cortés de los preparativos de la armada, mayores esfuerzos hacía éste.

Así pues, aunque ya había gastado seis mil pesos de oro de su hacienda, tomó en préstamo otros seis mil ducados a Andrés de Duero, Pedro de Jerez, Antonio de Santa Clara y a otros varios. Y todo lo empleó en preparar una armada mayor, y en mantener la tropa, además de lo que le había prestado Velázquez al principio en dinero y en mercancías. Más podía en él la esperanza que el gasto. Considerando que nada era poco cuando se trataba de gloria tan grande, arenga a los soldados españoles, ávidos de riquezas y de gloria, por cuya causa sabía que eran contrarios a Velázquez y mal vistos de él. Les infunde grandes esperanzas; se queja de que el adelantado,

vel precipuum adiutorem speraverat: animi a se alienati et invidentis gloriae suae ostendit indicia. Ad haec adimi sibi malignitate et invidia Velazquii tantae rei gloriam queribundus dolet. Hispani milites in spem maximam et ipsi erecti, operam Cortesio suam pollicentur.

en quien esperaba encontrar su principal apoyo, le suscita dificultades; les da pruebas de su mala voluntad y de que envidiaba su gloria; y se duele de que Velázquez, por malignidad y envidia, quiera arrebatarle la honra de tan gran empresa. Los soldados españoles, llenos de esperanzas, ofrecieron su cooperación a Cortés.

Socorrió a muchos, tomó casa, hizo mesa, y comenzó a ir con armas y mucha compañía; de que muchos murmuraban, diciendo que tenía estado sin señorío.

Cortesius suspectus iam Didaco atque eum suspiciens, lorica ab eo tempore sub veste munitus stipatusque armatis militibus, quos spe sibi fidos amicos fecerat, incedere iraque et metu moliri, parare atque ea modo in animo habere, quibus classis brevi confici posset.

Existiendo ya desconfianza entre Velázquez y Cortés, éste comenzó entonces a llevar una cota debajo del vestido y a rodearse de gente armada cuya fidelidad se había ganado con promesas. Lleno de indignación y recelo, daba prisa a los preparativos, sin otra idea que la de poder despachar pronto la armada.

Sed, per Deum immortalem, quo Velazquii consilium pertinuit? An ut Cortesium et plerosque Hispanos infensos invisosque sibi faceret? Frustra igitur niti, neque aliud nisi odium se fatigando quaerere, extremae dementiae est.

Pero, por Dios, ¿en qué pensaba Velázquez? ¿Acaso en enemistarse con Cortés y con los demás españoles? Además, hacer tentativas inútiles, y a fuerza de fatigas concitarse odios, es la mayor locura.

Llegó en esto a Santiago Juan de Grijalva, y no le quiso ver Diego Velázquez, porque se vino de aquella rica tierra; y pesábale que Cortés fuese allá tan pujante; mas no le pudo estorbar la ida, porque todos le siguían, los que allí estaban como los que venían con Grijalva; ca, si lo tentara con rigor, hubiera revuelta en la ciudad, y aun muertes; y como no era parte, disimuló.

Velazquio secretas cogitationes intra se versanti, ex comparatione novae classis desiderium excitabatur amissae. Pro hoste erat Cortesius, quod paratiorem paraverat classem, quam animo ipse conceperat. Mirari Velazquius tanti animi spiritus unde Cortesius haurire potuisset, qui maiora quam caperet, speraret, quique animum supra fortunam gereret. Negare id expeditionis a Cortesio omnino esse sus-

Viendo aprestar la nueva armada, se despertaba en Velázquez el deseo de la que había perdido, y consideraba enemigo a Cortés, que preparaba una flota mejor que la que él mismo había concebido. Le admiraba cómo podía tener Cortés tantos ánimos, que sus esperanzas fueran mayores que sus fuerzas, y que su ánimo dominara a la fortuna. Negaba que él debiera emprender semejante expedición,

*cipiendum, cum maior damni metus, quam emolumenti spes ostenderetur. Intuere oportere quid Cortesius petat. Praegrave esse, aiebat, imperium in milites, navigationem periculosam, belli eventum dubium. Haec propalam Velazquius. Ceterum quoniam Cortesii factio, (erant enim Hispani in duas partes divisi), potentiaque et virtus formidolosa erat et Hispanorum studia in eum accensa, (tanta enim libido cum Cortesio eundi plerosque invaserat, ut sese quisque praeda locupletem fore victoremque domum brevi rediturum speraret) ne qua seditio aut bellum oriretur, anxius erat Didacus Velazquius.*

*pues era más de temer el daño que el provecho. Convenía averiguar los designios de Cortés. Decía* que era grave darle mando de tropas, que la navegación era peligrosa, y dudoso el resultado de la guerra. Estas cosas propalaba Velázquez. Pero por otra parte temía que surgiese alguna sedición o guerra, porque los españoles estaban divididos en dos bandos, y el de Cortés era temible por su potencia y valor, pues todos le seguían, pensando regresar en breve a sus casas cargados de laureles y de botín.

**Todavía mandó que no le diesen vituallas, según muchos dicen.**

His itaque difficultatibus circumventus, ubi videt neque vi, quod armatus esset, neque dolis aut persuasionibus, quod maxime caveret, hominem ab incepto flecti posse, statuit commeatus illi prohibere. Ergo edixit ne quid quisquam Cortesio vendat aut donet.

Rodeado, pues, Velázquez de tantas dificultades, cuando vió que no lograría apartar a Cortés de su empeño, ni por la fuerza, pues estaba armado, ni con persuasiones o engaños, porque era muy precavido, mandó que no le diesen víveres, y que nadie vendiera ni entregara nada a Cortés.

Cortés procuró salir luego de allí. Publicó que iba por sí, pues era vuelto Grijalva, diciendo a los soldados que no habían de tener que hacer con Diego Velázquez.

Díxoles que se embarcasen con la comida que pudiesen.

Tomó a Fernando Alfonso los puercos y carneros que tenía para pesar otro día en la carnecería, dándole una cadena de

At vero ea res longe aliter ac ratus erat, evenit. Nam Cortesius, ut erat impiger acrique ingenio, dat operam ut noctu amici quam ocius occultiusque possint, quidquid carnium, maizi atque cazabi haberent, ad naves importandum curent.

Ipse interea loci boves, arietes suesque omnes, qui macello erant, ab lanione

Pero el resultado fué muy distinto del que se proponía, pues Cortés, que era activo e ingenioso, dispuso que de noche, con el mayor silencio y brevedad posibles, cuidasen los suyos de llevar a las naves cuanta carne, maíz y cazabe tuviesen.

Mientras tanto él tomó a Fernando Alfonso todos los bueyes, carneros y cerdos

oro, hechura de abrojos, en pago, y para la pena de no dar carne a la ciudad.

(Ferdinando Alphonso), vel invito atque reclamante, capit. Ceterum illi, ne mulctam subiret, qui communitati erat auctoratus, torquem aureum oppignorat, quem collo ipse gestabat.

que tenía para la carnicería, a pesar de sus protestas. Para que no sufriese la multa por no dar carne a la ciudad, le dió una cadena de oro que llevaba al cuello.

Commeatus inopia paululum quidem exspectare, sed timor etiam ne manere inberetur, festinare cogebat.

Cortés se había detenido algo por la escasez de bastimento, pero le daba prisa el temor a que le obligaran a quedarse.

Ad haec verebatur quoque ne si in Cubam Grijalva, antequam ipse a Velazquio discederet, veniret, coactus esset manere. Itaque haud secus quam par erat commotus, profectionem, ne operam et opes perderet, maturat.

Temía, además de estas cosas, que si Grijalva volvía a Cuba antes de que él se apartase de Velázquez, le estorbarían la ida; y sintiendo la inquietud que el caso requería, abrevia la marcha para no perder su trabajo y su hacienda.

Y partióse de Santiago de Barucoa a 18 de noviembre con más de trecientos españoles, en seis navíos.

Habuit Cortesius, cum e Sancti Iacobi urbe et portu solvit, naves sex; alia, nam septem habuit, in portu, ut sarciretur reficereturque, relicta; gregarios voluntariosque milites tercentos; vestium atque mercium ad rerum permutationem, plurimum.

Llevaba Cortés al salir del puerto de Santiago seis naves, pues, aunque tenía siete, dejó allí la otra para aderezarla y proveerla. Llevó trescientos hombres entre soldados y voluntarios; y muchas ropas y mercancías para rescate.

(Mercium tabernam emit a Didaco quodam Hispano.)

A un tal Diego le compró una tienda de buhonería.

In his omnibus comparandis, circiter quindecim mille aureos nummos impenderat. Velazquius ne unum quidem obolum expendit.

En comprar todas estas cosas había gastado cerca de quince mil pesos de oro. Velázquez no había gastado ni un maravedí.

Res postulare videtur, quando sumptus mentio incidit, paucis exponere, utrum Velazquius aliquid e suo in classem hanc comparandam insumpserit. Nam, ut video, multis persuasum est ipsum Velazquium naves classis omnes aut compa-

Ya que hablamos del gasto, la ocasión pide que aclaremos en pocas palabras si Velázquez invirtió o no algo de su haciendas para preparar esta armada. Pues, como veo, muchos están convencidos de que el mismo Velázquez compró o fletó

*rasse aut conduxisse propriis pecuniis Cortesioque cum navigandi facultate dedisse. Id ignorantia, ne dicam malitia, Gonzali Fernandi Oviedi, qui Naturalis Indicae Historiae librum hispanice scripsit, factum esse nemo nescit. Is ait Cordubam, Grijalvam, Pamphilum atque Cortesium naves quarum illi duces fuerunt, a Velazquio accepisse. Grijalva et Pamphilus acceperunt quidem: Corduba et Cortesius non accepere. Quod et Petrus Martyr affirmat. Scribit enim Cordubam, Salcedum et Morantem propriis impensis tria paravisse navia; cum autem de decem Cortesii caravelis loquitur, gubernatore annuente classem esse tantum paratam dicit. Sunt praeterea multi Hispani viri boni, qui et nunc vivunt et qui cum ea classis, de qua agimus, apparabatur, aderant. Hi in huius causae defensione, cuius apud Consilium Regium Indicum Cortesius est accusatus, testes iurati asserunt Velazquium nihil omnino ex propria facultate in Cortesii classem impendisse; ceterum Velazquium ipsum multa multis et aequo carius vendidisse et vel cum foenore mutuasse et duo navigiola quae habuit, multo quam aequius erat, conduxisse. Quarum omnium rerum postea procurator ipsius (Ioannes Diezius) praetia ab obaeratis Mexici recepit. Miserat enim eum Velazquius ad id ipsum cum expeditione, sed, ut suo loco dicemus,*

*a sus expensas todas las naves de la armada, y las entregó a Cortés con la licencia para la expedición. Todos saben que por ignorancia, cuando no por malicia, divulgó esto Gonzalo Fernández de Oviedo, quien escribió en español la Historia Natural de las Indias. En ella dice que Córdoba, Grijalva, Pánfilo de Narváez y Cortés recibieron de Velázquez las naves de que fueron capitanes. Grijalva y Pánfilo de Narváez las recibieron ciertamente; pero no Córdoba ni Cortés. Así lo afirma Pedro Mártir, quien dice que Córdoba, Salcedo y Morante armaron tres naves a su costa, y cuando habla de las diez carabelas de Cortés sólo dice que la armada se hizo con licencia del gobernador. Hay además muchos españoles honrados que están vivos todavía y que presenciaron los preparativos de la armada en cuestión. Estos, en la defensa de la causa, cuando Cortés fué acusado ante el Real Consejo de Indias, afirmaron con juramento que Velázquez no gastó nada de su hacienda en la flota de Cortés, sino que a muchos de la expedición vendió cosas muy caras, o se las prestó con usura, y les llevó mucho más de lo justo por el flete de dos barquitos suyos. El precio de todas estas cosas lo recibió después en México su procurador Juan Díaz, a quien había enviado Velázquez en la expedición con este objeto;*

ille cum omni pecunia, cum Cortesius fuit e Mexico expulsus, periit. Quae vero Cortesius est ab eo mutuatus, fuere vestes mercesque et res ad rerum permutationem et auri redemptionem plurimae.

Et ne in pari errore sint qui maligne res a Cortesio praeclarissime gestas interpretantur, quae nobis pro magnitudine parum compertae, pro veritate vero sat quidem sunt, scribit Oviedus se vidisse legisseque in Sancti Iacobi urbe conventionem, quam Velazquius et Cortesius coram Alphonso Scalante tabellione, contraxerunt. Id ita accipiendum est ut intelligatur, conventionem illam de iussione ac mandatis, non de pecuniis et expensis intelligi debere. Nam Velazquius potestatem tantum Cortesio permisit auxilium Grijalvae ferendi et auri cum merce permutandi, non colonias deducendi aut belli in Iucatana gerendi. Ioannes Saucedus, testis in defensione Cortesii accusationis, qui cum Grijalva in Iucatanam ivit quique ad Velazquium nuntius de illius in Cubam reditu venit, iurat gubernatorem Velazquium dixisse, Cortesium missum esse solum ad Grijalvam auxiliandum reducendumque. Hic ipse a Velazquio est ad fratres Hieronymianos in Hispanam missus, ad obtinendum ut Cortesius bellum gereret et colonias in continenti deduceret.

Quod facile a fratribus sumptus in clas-

pero, como diremos oportunamente, pereció él con todo el dinero cuando Cortés fué expulsado de México. Lo que a Cortés prestó Velázquez fueron ropas, mercaderías y otras muchas cosas para cambios y rescate del oro.

Pues para que no permanezcan en igual error quienes interpretan malignamente los esclarecidos hechos de Cortés, cuya magnitud aún no podemos apreciar, pero cuya verdad está fuera de duda, diremos que Oviedo escribe haber visto y leído en la ciudad de Santiago el convenio que Velázquez y Cortés celebraron ante Alonso Escalante, escribano público; mas debe entenderse que aquel convenio se refería al mandato e instrucciones, no a dineros y gastos. Porque Velázquez sólo dió poder a Cortés para llevar auxilio a Grijalva y permutar oro por mercaderías; pero no para poblar ni hacer guerra en Yucatán. Juan de Salcedo, testigo en la defensa de Cortés, que fué a Yucatán con Grijalva, y trajo a Velázquez la noticia del regreso de éste a Cuba, afirma bajo juramento haber dicho el gobernador Velázquez que había enviado a Cortés tan sólo para auxiliar y recoger a Grijalva. Este mismo fué enviado por Velázquez a los frailes jerónimos de la Española para obtener que Cortés pudiera hacer guerra en Yucatán y poblar en tierra firme. Lo cual obtuvo fácil-

*sem facti praetextu, obtinuit. De re hac plures sunt testes. Corduba, Salcedus et Morantes detulerunt ad iudices, qui tunc in Cuba regis vices gerebant, Velazquium, quod falso fratribus retulisset naves, quas ipsi propriis impensis compararunt, sumptu suo esse paratas; ob idque facultatem in continentem eundi illi datam esse, cuius auctoritate Grijalva misisset. Eo modo in classis Cortesii relatione fecit Velazquius. Oviedus itaque, qui diligentissime omnium, qui rerum Indicarum meminere, historiam est persecutus, parum libero ore locutus mihi esse videtur; vir alioqui bonus. Nec adduci possum ut non credam illum in Cortesii relatione a Velazquio, tunc insulae Cubae gubernatore et ob id imperioso, falsum deceptumque esse, potius quam invidia aut amicitia ad falso de Cortesii rebus scribendum adductum fuisse.*

*Ea vero quae in dubium Petrus Martyr vocat, declaremus. Ait ille Velazquium, Cubae gubernatorem, per procuratorem laesae maiestatis reum appellasse Cortesium, ac in ius vocasse, Senatum vero Indicum de hac re nihil statuisse. Sed quoniam Martyr sic scribit: "Hic multa contra Cortesium feruntur de infidia, quae aliquando apertius intelligentur, missa nunc fiant." Per Deum mihi velim respondeas, quae infidia fuit, ubi nulla debebatur fides? Cortesius non Ve-*

*mente de los frailes, con pretexto de los* gastos hechos en la armada. De esto hay muchos testigos. Córdoba, Salcedo y Morante denunciaron en Cuba ante los jueces de Su Majestad, que Velázquez había dicho con falsedad a los frailes que las naves que ellos habían armado a sus expensas lo habían sido por él, obteniendo así el permiso para pasar a Tierra Firme, en virtud del cual despachó a Grijalva. Igual hizo Velázquez con la relación que dió de la armada de Cortés. De suerte que Oviedo, el más diligente historiador de cuantos han escrito sobre cosas de Indias, me parece haberse expresado con poca libertad, aunque por lo demás era hombre bueno. No puedo dejar de creer que al escribir de Cortés cosas falsas, más bien lo hizo engañado por Velázquez, gobernador entonces de Cuba, y por lo mismo poderoso, que llevado de odio o de amistad.

Declaremos ahora lo que pone en duda Pedro Mártir. Dice que Velázquez, por medio de procurador, citó a juicio a Cortés, llamándole reo de lesa majestad, y que el Consejo de Indias no llegó a sentenciar sobre este caso. Mas ya que Pedro Mártir dice: "Corren aquí muchas especies de infidelidad contra Cortés, que algún día se aclararán, y de momento omito." Por Dios, quisiera que me dijeses, ¿qué infidelidad pudo haber donde

lazquii nomine, non iussu (nam profectionem impedire conatus est), non sumptu, non denique auspiciis res in Iucatana gessit, sed suo ductu suisque impensis et Caroli auspiciis. Quis unquam regi tam fidus fuit, quam Carolo Cortesius? Quis longius latiusque illius arma movit et imperium propagavit? Ceterum, quo modo Cortesius in ius vocatus sit absolutus, accipite iam tandem. Ioannes Fonseca, episcopus Burgensis, qui primus Indici Consilii praefectus fuit, maxime Velazquii partes tuebatur eo tempore quo Cortesius infidiae, ambitus et maiestatis laesae accusabatur. Is Francisco Nonio Pazo, viro diligentissimo, necessario Cortesiique procuratore postulante, in suspicionem adductus, Consilio Indico est amotus, ne Cortesii causae interesset. Causa suspicionis fuit favor ipsius in Velazquium propensissimus, cui neptim in uxorem spoponderat. Episcopus cum causae interesse non posset, negotio diffisus, Curiam moestissimus egreditur brevique postea moritur.

Anno salutis vigesimo secundo supra millesimum ac quingentesimum, Carolus Imperator, cum Pintiae esset, Emmanuele Roja et Christophoro Tapia, Velazquii procuratoribus, magis magisque in dies

no se debía fidelidad? Lo que hizo Cortés en Yucatán no fué a nombre de Velázquez, ni por orden suya (pues trató de estorbar su ida), ni a su costa, ni siquiera bajo sus auspicios; sino por consejo propio, a sus expensas, y bajo los auspicios del Emperador. ¿Quién fué nunca tan fiel a su rey como Cortés a Carlos V? ¿Quién llevó más lejos sus armas ni ensanchó más sus dominios? Pero digamos al cabo cómo fué absuelto Cortés en aquel juicio. Juan de Fonseca, obispo de Burgos, y primer presidente del Consejo de Indias, protegía mucho a las partes de Velázquez en el tiempo en que Cortés era acusado de infidelidad, intriga y crimen de lesa majestad. El obispo fué separado del Consejo de Indias para que no entendiera en la causa de Cortés, a petición de Francisco Núñez de Paz, hombre activísimo, procurador y pariente de Cortés, que hizo sospechoso de parcialidad a Fonseca. Causa de la sospecha fué verle tan inclinado a favor de Velázquez, a quien había prometido una sobrina en matrimonio. Apesadumbrado el obispo por no poder intervenir en aquella causa, y desconfiando del éxito, salió del Consejo y murió poco después.

Estaba el Emperador Carlos V en Valladolid en 1522, y como Manuel de Rojas y Cristóbal de Tapia, procuradores de Velázquez, insistieran más y más en sus

*Cortesium criminantibus ac in ius vocantibus, sexviros creat qui causam et litem Cortesii et Velazquii, diu in Consilio Indico agitatam, decidant. Hi fuere Laxaus, regius procubicularius; Roiya, homo flamencus; Ferdinandus Vega, Castellae commendatarius maior; Vargas, quaestor Castellae maximus; Laurentius Galindez Caravajalis, doctor, et Mercurinus Gatinara, Italus, magnus Imperatoris chancellarius, quem ceteris Carolus praefecit. Hi omnes, non tam virtutis admiratione quam iure, causa Cortesium absolverunt imperiumque in plures annos, rebus in provincia prospere decendentibus, prorogarunt. Id Consilii consultum in Hispaniam Novam ad Cortesium pertulit Franciscus Casas, Catharinae Pizarrae pernecessarius. Quod, ut Oviedus ait, in causa fuit ut non multo post quam est in Cuba praeconio declaratum, Didacus Velazquius moreterur. Iis itaque rebus disserte, ni falli volumus, declaratur Cortesium propriis pecuniis classem expedivisse. Consilium initio quidem et auctoritas parandae classis Velazquii fuit; opera vero, diligentia et sumptus Cortesii.*

*acusaciones y cargos contra Cortés,* nombró seis jueces que sentenciaran aquel pleito que tanto tiempo llevaba ante el Consejo de Indias. Los jueces fueron Mr. de Laxao, camarero mayor; de la Roche, flamenco; Fernando de Vega, comendador mayor de Castilla; Vargas, tesorero mayor de Castilla; el doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal, y Mercurino Gatinara, italiano, que fué nombrado presidente. Todos absolvieron a Cortés, no tanto por admiración de su valor como por justo derecho; y como iban tan prósperamente los negocios de aquella tierra, le prorrogaron el mando por muchos años. Francisco de Las Casas, pariente cercano de Catalina Pizarro, fué quien hizo saber a Cortés en Nueva España la sentencia del Consejo, y ella, según Oviedo dice, fué causa de que Diego Velázquez muriese a poco de haber sido pregonada en Cuba. Con lo referido se prueba claramente, si no nos engañamos, que Cortés envió la armada a sus expensas. Es verdad que el primer pensamiento y la autorización vinieron de Velázquez; pero el trabajo, la diligencia y el gasto fueron de Cortés.

**Salió Cortés de Santiago con muy poco bastimento para los muchos que llevaba, y para la navegación, que aun era incierta.**

**Y envió luego en saliendo a Pedro Xuá-**

**Ex Sancti Iacobi portu, ut eo unde digressi sumus redeamus, solvens, Macacam Cortesius venit. Macaca et portus et oppidum in Cuba insula. Sed cum solveret, Petrum Gonzalium Truxillum in Jamai-**

Volviendo, pues, al punto en que nos apartamos de nuestro relato, diremos que Cortés salió del puerto de Santiago, y fué a Macaca, ciudad y puerto de la isla de Cuba. Al tiempo de partir envió por

rez Gallinato de Porra, natural de Sevilla, en una carabela por bastimentos a Jamaica, mandándole ir con los que comprase al cabo de Corrientes o punta de Sant Antón, que es lo postrero de la isla hacia Poniente.

cam insulam praemissit cum caravela una ad commeatuum inde supplementum in naves convehendum. Ille emit in Jamaica suillae salitae mille quingentos petasones, cazabi, quo insulani victitant, duo milia baiulorum onera: *tamenes* Indi vocant humeris onera portantes. Emit praeterea aves et id genus commeatus alia multa.

delante a Pedro González Trujillo a Jamaica con una carabela para que trajese bastimento para la escuadra. Este compró en Jamaica mil quinientos tocinos, dos mil cargas de cazabe; los indios llaman *tamemes* a los que llevan las cargas a cuestas. Compró también aves, y otras muchas provisiones de esta índole.

Y él fuése con los demás a Macaca. Compró allí trecientas cargas de pan y algunos puercos a Tamayo, que tenía la hacienda del rey.

Macacae interim Cortesius mille tamenum onera maizi et nonnullos sues a Tamayo, proquaestore regio, mercatur.

Mientras tanto compró Cortés en Macaca mil cargas de maíz y algunos puercos a Tamayo, tesorero real.

Et quoniam ferebatur in insulam Grijalvam appulisse, maturare coactus est discessum, ne vel a Velazquio, qui tantopere ipsum detinere curaverat, vel a fratribus revocaretur, quando Grijalva, cui suppetias latum ibat, redierat.

Y como se decía que Grijalva había regresado a la isla, se vió obligado a apresurar la partida, no fuera a ser que Velázquez, tan empeñado en detenerle, o los frailes, le revocaran la comisión, puesto que Grijalva, a quien iba a llevar socorro, había vuelto ya.

Fué a la Trinidad, y compró un navío de Alonso Guillén; y de particulares tres caballos y quinientas cargas de grano.

Cortesius, praemissis ad Sancti Antonii promontorium navibus iussisque ibi opperiri, cum duabus caravelis ad Trinitatis portum adnavigat. Quo cum pervenit, comparat ab Alphonso Guilleno navigium unum et maizi onera quingenta.

Enviadas por delante las naves al cabo de San Antonio, con orden de que allí le aguardasen, fué a la Trinidad con dos caravelas. Allí compró un navío de Alonso Guillén, y quinientas cargas de maíz.

Illuc interim venit Franciscus Salcedus cum caravela, quam Cortesius in portu Sancti Iacobi, ut reficeretur, reliquerat. Is novem equos, octoginta voluntarios milites in supplementum adduxit. Adfertur sub id tempus Cortesio navem unam, multo penu onustam, in quasdam minas navigare.

En esto llegó Francisco de Salcedo con la carabela que Cortés había dejado para reparar en el puerto de Santiago; trajo nueve caballos y un refuerzo de ochenta voluntarios.

Por entonces avisaron a Cortés de que pasaba un navío con mucho bastimento que llevaba a unas minas.

Estando allí tuvo aviso que Juan Núñez Sedeño pasaba con un navío cargado de vituallas a vender a unas minas.

*Envió a Diego de Ordás en una carabela bien armada para que lo tomase y llevase a la punta de Sant Antón.*
Ordás fué a él, y lo tomó en la canal de Jardines, y llevó a do le fué mandado.
Y Sedeño y otros se vinieron a la Trinidad con el registro de lo que llevaban, que era cuatro mil arrobas de pan, mil y quinientos tocinos y muchas gallinas.

Cortés le dió unas lazadas y otras piezas de oro en pago, y un conocimiento, por el cual fué Sedeño a la conquista.
Recogió Cortés en la Trinidad cerca de docientos hombres de los de Grijalva, que estaban y vivían allí, y en Matanzas, Carenas y otros lugares.
Y enviando los navíos delante, se fué con la gente por tierra a la Habana, que estaba poblada entonces a la parte del sur en la boca del río Onicaxinal.

No le quisieron vender allí ningún mantenimiento, por amor de Diego Velázquez, los vecinos.

Mas Cristóbal de Quesada, que recaudaba los diezmos del obispo, y un receptor de bulas, le vendieron dos mil to-

*Eo ire Didaco Ordae iubet, ut eam aggrediatur, aggressam capiat, captam ad promontorium Sancti Antonii ducat.*
It Ordas, capit adducitque ad promontorium.
Ioannes Nonius Sedegnus, navis magister, et mercatores, cum in terram exponerentur, iussi sunt ad Cortesium ire. Eunt; mercium penuque regestum indicant, praetium poscunt. Erant enim tamenum duo milia onerum, duratae suillae mille quingenti petasunculi, gallinae (quae pavos magnitudine aequant) multae.
Omnia Cortesius valore iusto solvit atque navim etiam ipsam a Sedegno comparat, cui ad id bellum cum Cortesio ire placuit. Is nunc Mexici aetatem agit.

Ex Trinitatis portu, milite terra iter facere iusso, Havanam Cortesius venit. Ea ad os Onicaxinalis fluvii sita est. Incolebatur tunc temporis; nunc maxima ex parte infrequens est.
Cum eo appulit, omnia, quae ad profectionem opus erant, parata esse comperit, praeter commeatus, quos nemo propter Velazquii progubernatoris edictum vendere dareve audebat.

Erant eo tempore Havanae quidam Rodericus Quesada, vectigalium episcopi exactor, et alter, quem bullarum pro-

*Mandó ir a Diego de Ordás para que lo apresase y lo llevase a la punta de San Antonio.*
Ordás fué, lo capturó y lo llevó al promontorio.
El capitán Juan Núñez Sedeño y los mercaderes, cuando bajaron a tierra, recibieron orden de presentarse a Cortés. Fueron con el registro de las mercancías, señalando su precio. Eran dos mil cargas de maíz, mil quinientos tocinos, y muchas gallinas del tamaño de pavos.

Todo lo pagó Cortés por su justo precio, y compró el navío a Sedeño, quien aceptó ir con Cortés a la guerra, y hoy vive en México.

Del puerto de la Trinidad fué Cortés a la Habana, habiendo mandado la tropa por tierra. Está situada la ciudad en la boca del río Onicaxinal, y entonces estaba muy poblada; pero ahora no lo está.
Cuando llegó allí encontró preparado todo lo necesario para la partida, menos los víveres, que nadie osaba vender ni dar por la prohibición del adelantado Velázquez.

Estaban entonces en la Habana un Rodrigo de Quesada, recaudador de los diezmos del obispo, y otro a quien lla-

cinos y otras tantas cargas de maíz, yuca y ajes.

quaestorem vocabant. Ab his Cortesius emit quidquid carnium maizique et cazabi ab oppidanis pro bullarum vectigaliumque solutione receperant. Id illi nequaquam aliter vendere potuissent, quod aurum ibi loci non foditur.

maban receptor de bulas. A éstos compró Cortés cuanta carne, maíz y cazabe habían recogido de los vecinos en pago de diezmos y bulas, pues a ningún otro podían venderlo por no sacarse de allí ningún oro.

Basteció con esto la flota razonablemente, y comenzó a repartir la gente y comida por los navíos.

Solvere ex Havana Cortesius parabat, cum eo appulerunt in nave una Petrus Alvaradus, Christophorus Olitus, Franciscus Montejus, Alphonsus Avila et multi alii qui cum Grijalva iverant.

Ya preparaba Cortés la salida de la Habana cuando llegaron allí en un navío Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Francisco de Montejo, Alonso de Avila y otros muchos de los que habían ido con Grijalva.

Llegaron entonces con una carabela Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila, Francisco de Montejo, y otros muchos de la compañía de Grijalva, que fueran a hablar con Diego Velázquez.

Iba entrellos un Garnica, con cartas de Diego Velázquez para Cortés, en que le rogaba esperase un poco, que o iría él o enviaría a comunicarle algunas cosas que convenían a entrambos. Y otras para Diego de Ordás y para otros, donde les rogaba que prendiesen a Cortés.

Venit eo etiam... Garnica, cui ad Cortesium et plerosque alios litteras Velazquius dedit: quibus et Cortesium rogabat, paululum exspectaret, dum eo ipse de rebus maximis consulturus adplicuisset.

Et Didacum Ordam, suarum partium fautorem praecipuum, sollicitabat ut Cortesium quovis modo, vel vi intentata, caperet.

Vino entre ellos un Garnica, a quien Velázquez había dado cartas para Cortés y otros varios, en que le rogaba a Cortés que esperase un poco mientras iba a comunicar con él cosas de mucha importancia. Y a Diego de Ordás, principal partidario suyo, le pedía que se apoderase de Cortés por cualquier medio, incluso empleando la fuerza.

Ordás convidó a Cortés a un banquete en la carabela que llevaba, pensando llevarle con ella a Santiago; mas Cortés, entendida la trama, fingió al tiempo de la comida que le dolía el estómago, y no fué al convite; y porque no aconteciese algún motín se entró en su nao.

Ordas, Velazquii partium princeps, in nave omnium fere maxima, cuius ipse erat dux, quamque dolo et insidiis aptam erat ratus, Cortesio lautum convivium parat invitatque.

Cortesius vero, stomachi cruditatem causatus ac nauseabundus, his, qui ut ipsum in navem comitarentur venerant missis, eludit Ordam atque arma indutus signum

Ordás, jefe del bando de Velázquez, dispuso un banquete en la nave de su cargo, que era quizá la mayor y la que juzgó más propia para una celada, y convidó a Cortés.

Mas Cortés, fingiendo que le dolía el estómago, despidió a los que habían venido para acompañarle al navío, y dejó burlado a Ordás. Armóse luego, dió la

*solvendi dat et navem ascendit vela facturus.*

*señal de partir, y entró en su navío para darse a la vela.*

Hizo señal de recoger, como es de costumbre. Mandó que todos fuesen tras él a Sant Antón, donde todos llegaron presto y con bien.
Hizo luego Cortés alarde en Guaniguanigo, y halló quinientos y cincuenta españoles, de los cuales eran marineros los cincuenta. Repartiólos en once compañías, y diólas a los capitanes Alonso de Avila, Alonso Fernández Portocarrero, Diego de Ordás, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Salceda, Juan de Escalante, Juan Velázquez de León, Cristóbal de Olid, y un Escobar. El, como general, tomó también una.

Hizo tantos capitanes porque los navíos eran otros once, para que tuviese cada uno dellos cargo de la gente y del navío.

Habuit Cortesius, cum Havana solvit, naves undecim proprio sumptu vel factas vel emptas vel conductas: duas praeterea alias onerarias, quae sub id tempus eo venerant, quaeque sub eo militare stipendium facere voluerant.

Tenía Cortés cuando salió de la Habana once navíos, hechos, comprados o fletados a su costa, más dos de transporte, que por entonces arribaron y quisieron ir con él a aquella expedición.

Nombró también por piloto mayor a Antón de Alaminos, que había ido con Francisco Fernández de Córdoba y con Juan de Grijalva.
Había también docientos isleños de Cuba para carga y servicio, ciertos negros y algunas indias, y deciséis caballos y yeguas. Halló eso mesmo cinco mil tocinos y seis mil cargas de maíz, yuca y ajes. Es

Habuit equos viginti quatuor, milites triginta et quingentos; cibaria modica; mai-

Llevó veinticuatro caballos y quinientos treinta soldados; pocos víveres; cinco mil

cada carga dos arrobas, peso que lleva un indio caminando.
Muchas gallinas, azúcar, vino, aceite, garbanzos y otras legumbres; gran cantidad de quinquillería, como decir cascabeles, espejos, sartales y cuentas de vidrio, agujas, alfileres, bolsas, agujetas, cintas, corchetes, hebillas, cuchillos, tixeras, tenazas, martillos, hachas de hierro, camisas, tocadores, cofias, gorgueras, zaragüelles y pañizuelos de lienzo; sayos, capotes, calzones, caperuzas de paño; todo lo cual repartió en las naos.
Era la nao capitana de cien toneles; otras tres de ochenta y setenta; las demás pequeñas y sin cubierta, y bergantines.
La bandera que puso y llevó Cortés esta jornada era de fuegos blancos y azules con una cruz colorada en medio, y al rededor un letrero en latín, que romanzado dice: "Amigos, sigamos la cruz, y nós, si fe tuviéremos en esta señal, venceremos."
Este fué el aparato que Cortés hizo para su jornada. Con tan poco caudal ganó tan gran reino.

zi et cazabi quinque millia onera tamenum, duo millia petasonum, stipendium nullum.

cargas de maíz y cazabe, dos mil tocinos, y nada de dinero.

Tal, y no mayor ni mejor, fué la flota que llevó a tierras extrañas que aun no sabía. Con tan poca compañía venció innumerables indios. Nunca jamás hizo capitán con tan chico exército tales hazañas, ni alcanzó tantas vitorias, ni sujetó tamaño imperio.

Tantus fuit armorum apparatus quo alterum terrarum orbem bellis Cortesius concutit; ex tam parvis opibus tantum imperium Carol facit aperitque omnium primus Hispanae genti Hispaniam Novam, in qua est nobilissima urbs Mexicum.

Tal fué el armamento con que Cortés hizo guerra a un mundo nuevo; con tan escasas fuerzas ganó para Carlos imperio tan grande, y abrió el primero a los españoles la Nueva España, donde está la nobilísima ciudad de México.

*Ningún dinero llevó para pagar aquella gente, antes fué muy adeudado. Y no es menester paga para los españoles que andan en la guerra y conquista de Indias; que si por el sueldo lo hubiesen, a otras partes más cerca irían. En las Indias cada uno pretende un estado o grandes riquezas.*

*Et ni ea res longius nos ab instituto traheret, ingentem Hispanorum gloriam explicaremus, qui cum Gallis, Italis, Turcis quantum virtute bellica Hispani valeant, ostenderint, arma in longissimas terras, nullique Romanorum cognitas, promoverunt.*

*Y a no ser porque esto nos apartaría mucho de nuestro propósito, encareceríamos la gloria inmensa de los españoles, que después de mostrar su valor con franceses, italianos y turcos, llevaron sus armas a tierras remotísimas, de que no habían tenido noticia los romanos.*

## *INDICE GENERAL*

*Prefacio* ..... 11

*Hernán Cortés* ..... 17

*Pedro Mártir* ..... 73

*Gonzalo Fernández de Oviedo* ..... 79

*Francisco López de Gómara* ..... 97

Apéndice. El Fragmento *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii* es de López de Gómara ..... 219

Apéndice. La conquista de México de Francisco López de Gómara. *De rebus Gestis Ferdinandi Cortesii.* Vida de Hernán Cortés, traducción de J. García Icazbalceta.... 225

Este libro se acabó de imprimir el día 19 de marzo de 1942, en Gráfica Panamericana, S. de R. L., Pánuco, 63, la edición estuvo al cuidado de *Daniel Cosío Villegas* y del autor.